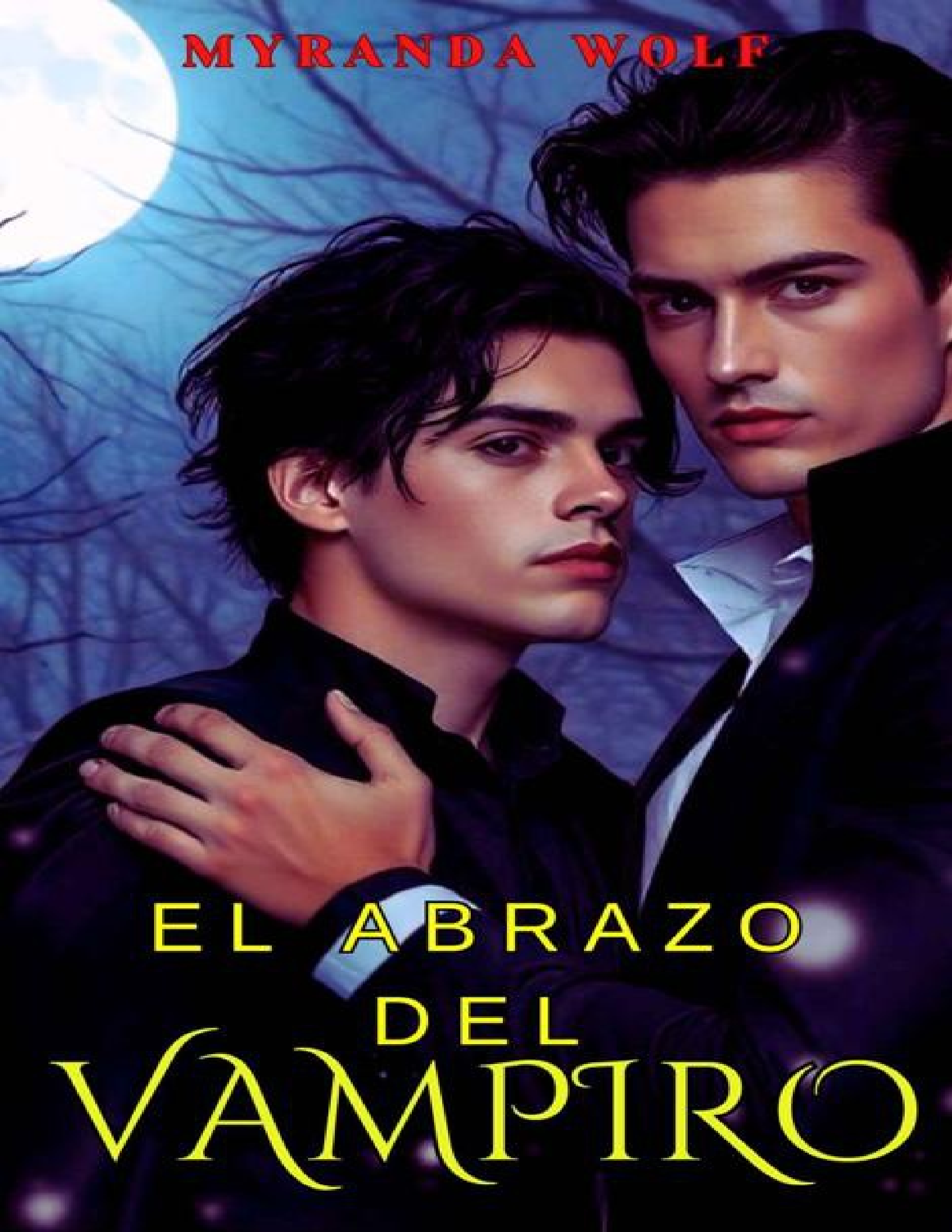

MYRANDA WOLF
EL ABRAZO DEL VAMPIRO

Copyright
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capitulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Otros libros de Myranda Wolf en Amazon

El Abrazo del Vampiro

Myranda Wolf

Copyright Myranda Wolf© 2024
All rights reserved.
No part of this publication may be copied, reproduced in any format, by any means without the prior consent from the copyright owner.
This is a work of fiction intended for a +18 audience. All characters, names, places and events are products of the author's imagination.

Capítulo 1

El tren serpenteaba como una bestia herida a través del paisaje montañoso de Rumania, sus ruedas chirriaban sobre las viejas vías oxidadas. Después de más de diez horas de viaje, Aiden ya empezaba a sentir el cansancio en los huesos, a pesar de sus jóvenes veintisiete años. Aunque ningún dolor físico podría opacar la emoción que latía en su pecho: ese viaje había sido su sueño desde que tenía memoria; desde que comenzó su Maestría en Folklore Europeo, desde que leyó su primer cómic de vampiros a los nueve años, desde que experimentó sentimientos raros cuando vio Entrevista con el Vampiro en su adolescencia. A través de la ventana del tren, las colinas se alzaban hacia el cielo grisáceo, cubiertas de árboles esqueléticos que se mecían suavemente bajo el peso del viento otoñal. Era finales de octubre, y el aire ya cargaba con la promesa de un invierno temprano.

Aiden había estado obsesionado con el folklore del este europeo desde que tenía memoria, fascinado por las historias que su abuela le contaba cuando era niño. Criaturas que se ocultaban en los bosques, espíritus que caminaban entre los vivos, y dioses antiguos cuyos nombres se susurraban en dialectos olvidados. Era un mundo que vibraba entre la superstición y la realidad, un lugar que anhelaba explorar más allá de los libros.

Y la pincelada final en su obsesión por los vampiros fue cuando vio Drácula en televisión por cable, tal vez a una edad demasiado temprana. En aquel entonces, asustado como fascinado por igual,comenzó a devorar todo tipo de contenido relacionado con vampiros: comics, libros, videojuegos...por supuesto siempre a escondidas de sus padres extremadamente católicos.

Su llegada al pequeño pueblo de Hovra, enclavado en los montes Cárpatos, era la evolución natural de su extraña obsesión por el mito del vampiro. Y el último paso para su investigación de posgrado. Había decidido que escribiría su tesis sobre el folklore de la región, un área olvidada incluso por los propios rumanos, donde las leyendas parecían más vivas que en ningún otro lugar. Su profesor le había advertido que la gente del lugar era recelosa de los forasteros y que no sería fácil ganarse su confianza, pero eso solo había incrementado su determinación.

Además, después de la horrible ruptura con Marcus, concentrarse en el estudio parecía la mejor manera de sanar. Marcus...desgraciado infiel...no quería arruinar ni un segundo de su viaje a Hovra pensando en él.

Mientras se preparaba para bajar del tren, Aiden miró a su alrededor. A diferencia de él, la mayoría de los pasajeros eran aldeanos, con rostros curtidos y manos fuertes. Sin embargo, había dos jóvenes mujeres que también parecían ser forasteras. Se sentaban al otro lado del vagón, rodeadas de libros, cuadernos y pequeños frascos de muestras. Intercambió miradas con una de ellas; parecía que lo estaban mirando. Pensó en hablarles pero la timidez o tal vez la apatía lo hizo regresar su atención al paisaje a través de la ventanilla.

El tren finalmente se detuvo con un sacudón en una pequeña estación de piedra, cubierta de musgo. El andén era diminuto, un reflejo del pueblo olvidado al que habían llegado. Aiden recogió su mochila y su maleta, ajustando su cámara fotográfica al hombro. Cuando descendió, el frío lo golpeó de inmediato, cortando el aire con una ráfaga húmeda, pero había algo mágico, algo sobrenatural flotando en el aire.

Aiden se sintió casi obligado a cerrar los ojos y respirar hondo durante un instante, y en ese momento sintió que el tiempo se había detenido, y que una profunda voz masculina susurraba dentro de su mente.

Cuando regresó a la realidad, el andén estaba casi vacío, salvo por las dos estudiantes que habían bajado justo detrás de él.

Las dos jóvenes lo miraron con una expresión curiosa, cuchichearon entre ellas y luego se acercaron, ambas envueltas en abrigos gruesos y con mochilas que parecían casi tan pesadas como las suyas. La más alta de las dos, una chica de cabello castaño claro recogido en una trenza, sonrió al ver a Aiden.

—Hola —dijo con una voz tranquila—. Tú también llegaste en este tren, ¿no? ¿Eres de la universidad, por la tesis de posgrado?

Aiden no tuvo más remedio que superar su introversión, y sonrió mientras asentía.

—Somos Marlene y Claudia. También estamos aquí por la universidad.

Aiden se apresuró a devolverles el saludo.

—Sí, soy Aiden Stefano. El profesor me dijo que me encontraría con dos estudiantes en Rumania, pero no sabía que serían dos chicas.

Los tres soltaron una risita incómoda, rompiendo la tensión inicial. Aiden, aunque algo nervioso, se sentía aliviado de estar acompañado por dos mujeres. La ruptura con Marcus aún era reciente y complicada, y cualquier otro hombre en el grupo solo podría añadir tensión a su vida ya cargada de incertidumbres.

—Nunca te vimos antes —dijo Marlene, mientras sacaba su móvil del bolsillo, observándolo con una mezcla de curiosidad y reserva.

—Bueno, mi área son las Humanidades —contestó Aiden, tratando de romper el hielo—. Mi tesis es sobre el folklore europeo, así que estaré investigando leyendas locales. ¿Y ustedes?

Claudia, la más baja de las dos, llevaba un abrigo verde oliva que parecía demasiado grande para su diminuta figura. Tenía el cabello castaño oscuro, y sus gafas redondas le daban un aire de intelectual retraída. Sonrió tímidamente al oír la pregunta.

—Yo estudio botánica —dijo, señalando su mochila repleta de frascos y cuadernos—. Me especializo en plantas medicinales. Y Marlene… —miró a su amiga con una leve sonrisa—, ella está en biología, pero se enfoca más en la fauna local.

Marlene, alta y de cabello corto, sin despegar los ojos de la pantalla de su teléfono, asintió.

—Así es —dijo de manera casi automática—. Vamos a estar aquí por un tiempo recolectando muestras. —Hizo una pausa, dándole un rápido vistazo a Aiden antes de volver a su móvil—. He alquilado un auto para llevarnos al hostal, llegará en cualquier momento.

Aiden asintió, sintiendo un pequeño alivio al ver que sus compañeras parecían organizadas y serias en sus propios proyectos. Sabía que, aunque sus áreas de estudio eran diferentes, el objetivo común de pasar tiempo en el remoto pueblo de Rumania podría crear una conexión entre ellos.

Y Aiden realmente necesitaba conexiones valiosas en su vida.

—Parece que todos estaremos bastante ocupados, ¿no? —comentó con una sonrisa, buscando establecer una conversación más relajada—. ¿Qué los trajo aquí? Es un lugar bastante... apartado para estudiar.

Claudia ajustó sus gafas antes de responder.

—Bueno, este lugar es conocido por sus plantas raras. Hay especies endémicas que no se encuentran en ninguna otra parte de Europa. Y, según algunos registros antiguos, hay hierbas medicinales que podrían ser clave para mis investigaciones.

Marlene levantó la mirada de su teléfono por primera vez, su expresión más seria.

—Y hay fauna que solo se encuentra en los Cárpatos. Se han reportado avistamientos de lobos grises y osos que no han sido documentados en años. Mi investigación es más de campo, así que estaré recorriendo mucho la zona.

—Parece que todos tenemos razones para estar aquí —añadió Aiden, sintiendo una extraña mezcla de entusiasmo y nerviosismo. Aunque el folklore era su pasión, no podía negar la atmósfera enigmática y, de algún modo, inquietante del lugar—. Para mí, todo está relacionado con las leyendas que circulan en esta región. Historias de vampiros, espectros, y cosas que, según dicen los lugareños, rondan por los bosques.

Claudia lo miró con interés.

—¿Vampiros? ¿Crees en esas cosas?

Aiden se encogió de hombros.

—No es cuestión de creer o no creer. Los mitos reflejan las tensiones, las creencias y los miedos de un pueblo. Quiero entender por qué el mito del vampiro persiste en este lugar tan remoto. Qué significa realmente.

Marlene soltó una risita, aunque no parecía del todo escéptica.

—Bueno, avísanos si tenemos que andar con ajo colgando del cuello o algo así, antes de que sea demasiado tarde.

El sonido de un motor interrumpió su conversación. Un pequeño coche apareció al final de la calle, deteniéndose frente a ellos. Marlene guardó el móvil en su bolsillo y se acercó a la puerta

delantera, mientras Aiden y Claudia la seguían cargando sus maletas.

—Es nuestro transporte —dijo Marlene, abriendo la puerta trasera del auto—. Suban, chicos.

Los tres subieron al coche y, en cuestión de minutos, se alejaron de la estación, dirigiéndose por un camino serpenteante a través de las montañas. Las casas del pueblo pasaban a su lado, cada una más antigua y desgastada que la anterior. Los postes de luz comenzaban a encenderse, pero el paisaje seguía sumido en una penumbra que parecía apropiada para el ambiente.

Marlene conducía, Aiden, sentado junto a Claudia, miraba por la ventana, absorto en sus pensamientos. A pesar de que sus compañeras de viaje eran agradables, no podía quitarse de encima la sensación de que algo más grande lo aguardaba en ese lugar. Algo que iba más allá de los libros y las leyendas.

De pronto, Claudia rompió el silencio.

—¿Estás segura que sabes por dónde vas?

—El GPS hace milagros —respondió Marlene desde el asiento del conductor—. Espero que el hostal esté bien. No soy fan de los lugares demasiado… rústicos.

Claudia soltó una risa ligera.

—¿Qué esperas, un hotel de cinco estrellas? Es básico, pero tiene lo necesario. Además, estamos aquí por el trabajo, no para relajarnos. Este hostel no solo es barato sino que está a corta distancia del bosque donde tomaremos muestras.

Aiden sonrió de manera automática y dudó antes de hablar.

—También está cerca de las ruinas de Dnega.

—¿Qué es eso? —Las dos muchachas lo miraron con curiosidad.

—Un antiguo castillo,pertenecía a una familia de aristócratas La leyenda dice que el lugar está embrujado. Dicen que las almas de aquellos que murieron en batallas aún vagan por allí.

Claudia lo miró con interés, sus ojos brillando con curiosidad.

—¿De verdad? Eso suena intrigante. ¿Sabes si hay algún guía que lleve a la gente a explorar las ruinas?

—No—respondió Aiden, sintiéndose más cómodo—. Mi profesor mencionó que hay lugareños dispuestos a contar las historias de la zona, y mi ilusión es poder entrevistarlos. Pero el castillo está clausurado al público, o por lo menos, lo que queda en pie de él. Lo cerraron después de la peste negra.

Marlene rió suavemente.

—Es increíble que sepas todas esas cosas, Aiden.

Aiden asintió, agradecido por el apoyo. Toda su vida había sido un bicho raro, no solo por ser gay en un entorno conservador y católico, sino por su extraño gusto por lo sobrenatural y macabro. No estaba acostumbrado a que no se rieran de él, a hablar libremente sobre sus pasiones sin ser humillado. El mismo Marcus solía decirle que su carrera era una pérdida de tiempo sin futuro. Pero esta vez, en la inhóspita Hovra, Aiden sentía que era aceptado por esas chicas, que podía tener un grupo de amigas por primera vez en su vida.

Mientras el coche zigzagueaba por la carretera, comenzaron a notar el cambio en el paisaje. Con el crepúsculo cerniéndose, el aire se volvía más fresco y el aroma a vegetación más denso. De repente, Marlene frenó bruscamente, deteniéndose en seco.

—¡Miren eso! —dijo, señalando hacia la izquierda.

Aiden y Claudia se inclinaron hacia adelante, tratando de ver a través de los árboles que se alineaban junto al camino. A lo lejos, varias cruces y lápidas demacradas por el paso del tiempo emergían de la hierba.

—Un antiguo cementerio —dijo Aiden.

Aunque era un poco extraño, un cementerio en una zona tan inhóspita, y sin ningún tipo de señalización. Las lápidas no lucían en buen estado tampoco, ¿tal vez ruinas, o el último recurso de la gente desafortunada para enterrar a sus seres queridos?

Lo que captó su atención fue algo que no esperaban encontrar: a lo lejos, entre las sombras de los árboles, una fila de luces titilantes avanzaba lentamente. Al principio, Aiden pensó que eran luciérnagas contra el cielo púrpura del atardecer, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de antorchas. Una procesión silenciosa se movía a lo largo de un sendero apenas visible.

—¿Qué es eso? —susurró Claudia, sus ojos muy abiertos detrás de sus gafas.

Aiden entrecerró los ojos, tratando de distinguir más detalles. El grupo que caminaba estaba formado por personas envueltas en largas capas oscuras, sus siluetas apenas visibles a través de la neblina que empezaba a formarse en el claro. Al frente de la procesión, un hombre alto sostenía una vara con una cinta roja que ondeaba al viento, y detrás de él, varias figuras llevaban instrumentos: tambores, un violín y algo que parecía una flauta.

—Parece... una especie de ceremonia —dijo Marlene, apagando el motor para no llamar la atención. Su voz sonaba incrédula, pero también fascinada—. ¿Tienes idea de qué es, Aiden?

El aire frío se volvía más denso a medida que la procesión avanzaba, y los sonidos de una melodía triste y antigua flotaban en el aire. El violín resonaba con una calidad sobrenatural, pero ahora, entre las notas, se sumaba el eco de voces cantando una letanía en un idioma que Aiden no reconocía. La música se entrelazaba con los cánticos y el sonido de los tambores, creando un ambiente cargado de ritual y misterio. Aiden sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Están... bailando? —preguntó Claudia en un murmullo, casi sin creer lo que veía.

—Algunos pueblos gitanos despiden a sus muertos con música y baile —explicó Aiden—. La vida y la muerte, la alegría y la tristeza, la música y el silencio eterno ...todos son una unidad. Dos caras de la misma moneda, inseparables.

Aiden entrecerró los ojos, fijándose en los movimientos de las figuras. Entre las sombras, podía distinguir que no solo caminaban con solemnidad, sino que algunos de los miembros de la procesión comenzaban a moverse de manera rítmica, girando lentamente, sus capas negras ondulando con cada paso. El canto se intensificaba, y el sonido de los tambores marcaba un compás ritual para el baile. Era un baile ceremonial, un movimiento hipnótico que acompañaba al ataúd, llevándolo en un vaivén casi reverencial.

El ataúd de madera oscura, que antes parecía simplemente cargado con solemnidad, ahora parecía el centro de toda la ceremonia. Aiden no podía apartar la vista de él. Las antorchas arrojaban destellos de luz sobre los símbolos tallados en la madera, símbolos que Aiden no reconocía, pero que sentía que tenían un propósito muy claro: proteger.

—Están protegiendo el alma del difunto —susurró Aiden, la realización golpeándolo de repente—. Este ritual es para asegurarse de que el alma cruce segura al otro lado, que no sea atrapada por algo... o alguien.

Las palabras de Aiden resonaban con una verdad que no comprendía del todo, pero que sentía profundamente en su interior. Los cánticos, los bailes, las cruces y las máscaras... todo estaba conectado. Era un ritual antiguo, uno que buscaba proteger el alma del difunto de cualquier mal que pudiera acechar en el limbo entre la vida y la muerte.

—¿Protección? —preguntó Marlene, mirándolo con incredulidad—. ¿Protección de qué?

Aiden negó con la cabeza, incapaz de dar una respuesta definitiva, pero su instinto le decía que había fuerzas más allá de su comprensión en juego esa noche. Mientras las figuras continuaban danzando alrededor del ataúd, sus movimientos parecían marcar el paso entre el mundo de los vivos y el reino de los muertos.

—Es como si el baile mismo fuera un escudo —dijo Aiden en voz baja—, un escudo para que el alma no sea perturbada en su viaje.

El grupo seguía adelante, cada vez más cerca del coche. Las máscaras de dolor y luto, talladas a mano, se movían con las figuras que bailaban y cantaban en círculos alrededor del ataúd. Era una danza enérgica, la vida contrastando contra la muerte, como si con cada giro y cada paso estuvieran tejiendo un hechizo protector.

—Entonces... —preguntó Marlene—, ¿a qué dios le están pidiendo protección?

—No lo sé —respondió Aiden, completamente absorto en la escena—. Pero no es algo que haya leído antes... Esto es mucho más antiguo que cualquier cosa que haya estudiado.

—Miren —dijo Claudia de repente, señalando al final de la procesión.

Una mujer caminaba detrás del ataúd, vestida de negro, con un velo oscuro cubriéndole el rostro. En sus manos sostenía una pequeña botella de cristal, que apretaba contra su pecho con la misma reverencia con la que otros llevaban el ataúd. Aiden no podía apartar la mirada del envase; su contenido era de un intenso tono escarlata. Detrás de la mujer, una figura más alta caminaba en silencio, con una corona de ramas sobre su cabeza, sus ojos fijos en el suelo.

El silencio del bosque, interrumpido solo por la música, los cánticos y el crujido de las hojas bajo los pies de los participantes, envolvía la escena en una atmósfera irreal. Aiden se dio cuenta de que no estaban simplemente observando; eran intrusos en algo sagrado. El aire parecía más frío, como si algo mucho más antiguo y poderoso estuviera despertando en esa procesión.

—Tal vez deberíamos movernos —sugirió Marlene, aunque su voz delataba que, al igual que Aiden y Claudia, también estaba fascinada por la procesión.

Antes de que pudieran hacer algo, el hombre al frente del grupo, que lideraba con una vara en la mano, se detuvo. Giró lentamente su cabeza en dirección al coche, y, a pesar de la distancia, Aiden sintió como si aquellos ojos oscuros y penetrantes lo estuvieran mirando directamente. Los cánticos y el baile se detuvieron de inmediato. El hombre no dijo nada, pero el resto de la procesión siguió su ejemplo, y en un solo instante, el movimiento y el sonido cesaron.

Aiden sintió un nudo en el estómago. El aire a su alrededor pareció enfriarse aún más, y el silencio que cayó sobre ellos fue ensordecedor. Las antorchas parpadeaban, y la melodía se desvaneció en el viento.

—Nos han visto —murmuró Claudia, con una mezcla de nerviosismo y fascinación.

El hombre con la vara levantó una mano, como si estuviera dándoles una señal. Pero, en lugar de ser una advertencia, parecía una invitación. Sin embargo, Aiden no se sentía listo para aceptarla. Algo en esa mirada, en la quietud del momento, le decía que se mantuviera alejado.

—Arranca el coche —dijo Aiden en un susurro urgente a Marlene.

Marlene, con las manos temblorosas, encendió el motor y comenzó a retroceder lentamente. El coche se alejó del claro, pero Aiden no pudo evitar mirar por el retrovisor. La procesión seguía allí, inmóvil, las figuras envueltas en sombras, como si esperaran que regresaran para presenciar

algo más. Algo que, por suerte, no llegaron a ver.

Marlene no se movió durante unos segundos, congelada por la escena que tenían frente a ellos. Pero entonces, asintiendo con la cabeza, encendió el motor y comenzó a conducir lentamente. El coche se alejó del claro, y, a medida que se alejaban, la procesión reanudó su marcha, como si nada hubiera pasado.

Ninguno de ellos habló durante los siguientes minutos. Aiden seguía mirando por la ventana, esperando ver si aquella procesión volvía a aparecer. Pero los árboles se cerraron sobre ellos, y pronto la música y las antorchas quedaron muy atrás.

Cuando finalmente llegaron al hostal, los tres bajaron en silencio. El aire fresco del bosque era bienvenido, pero Aiden no podía sacudirse la sensación de que habían sido testigos de algo importante, algo que no se suponía que vieran.

—¿Qué crees que era todo eso? —preguntó Claudia mientras caminaban hacia la entrada del hostal, rompiendo finalmente el silencio.

—No lo sé —respondió Aiden, su voz baja y pensativa—, pero creo que no es algo que se mencione en las guías turísticas.

—Definitivamente no —añadió Marlene, con una risa nerviosa—. Me parece que aquí vas a encontrar material jugoso para tu tesis.

Aiden asintió. Mientras entraban al hostal, no podía evitar pensar en la botella que la mujer sostenía con tanto cuidado, y en la mirada de aquel hombre que parecía conocerlos, como si ya los estuviera esperando. Desvió su mirada hacia el bosque, del cual emanaba una neblina casi fantasmal, las últimas luces del día apagándose, una delicada brisa sopló, acariciándole el rostro. Aiden cerró los ojos y se perdió en esa caricia, y dentro de su mente escuchó el susurro de una voz masculina, grave, acaramelada. Un estremecimiento lo recorrió cuando la voz pronunció su nombre, hasta la última porción de su piel ardiendo y erizándose.

Pronto las voces de sus nuevas amigas lo trajeron de nuevo a la realidad, y él las siguió dentro del hostel. El vestíbulo estaba iluminado por una cálida luz amarillenta que contrastaba con la oscuridad del exterior. Las paredes de madera, adornadas con fotografías antiguas y bordados tradicionales, le daban al lugar un aire acogedor, aunque algo envejecido. Una pequeña campana

sobre el mostrador resonó cuando Marlene, con la impaciencia de quien desea acabar con un largo viaje, la tocó.

Al cabo de unos momentos, una pareja de ancianos apareció por una puerta lateral. El hombre, de cabello canoso y espeso, tenía la mirada amable, pero sus ojos parecían cansados. La mujer, algo encorvada, sonreía con una amabilidad que no podía ocultar un leve rastro de preocupación en sus ojos. El aire era denso, cargado de una atmósfera que a Aiden le resultaba inquietantemente familiar, como si el lugar mismo compartiera la misma esencia que la procesión que acababan de presenciar.

—¡Bienvenidos! —exclamó la anciana—. Soy Maria, y este es mi esposo, Andrei. Nos alegra mucho tener visitantes de tan lejos. ¿Van a quedarse mucho tiempo?

—Solo unas semanas, por ahora —respondió Marlene, con una sonrisa relajada mientras firmaba el libro de registros.

Aiden miró su móvil durante un momento, y no le sorprendió que en aquel lugar no hubiera Internet. Tampoco le importó demasiado.

Claudia, a su lado, ya parecía haber dejado atrás cualquier incomodidad, entretenida con los frascos de plantas medicinales que llevaba en su mochila. Aiden, sin embargo, no podía despegarse de la sensación que lo había acompañado desde la carretera. Mientras sus amigas se registraban, él no podía olvidar ese suspiro en el bosque, donde las sombras parecían más profundas de lo que deberían.

Cuando llegó su turno de registrarse, tomó la pluma y miró brevemente a los ancianos. La anciana, Maria, le sonreía con la misma expresión dulce, pero Andrei lo observaba con una atención sutil, casi imperceptible para alguien que no estuviera alerta. Sin embargo, Aiden lo sintió. Era como si, de alguna manera, Andrei supiera que había visto algo en la carretera, algo que no debía ser visto por forasteros.

—Parece que el viaje fue largo —comentó Andrei, con voz grave, mientras les entregaba las llaves—. Es una noche fría. Supongo que vieron algo interesante en el camino.

—Oh, sí, solo la típica procesión local —respondió Claudia, restándole importancia con una

risa ligera—. Fue… exótico. Supongo que son costumbres del lugar, ¿no?

Marlene se unió a la conversación con un gesto indiferente, pasando de la procesión con la misma ligereza.

—Parecía algo festivo. Bonito, pero un poco tétrico. ¿Es algún tipo de celebración religiosa?

Aiden los escuchaba, pero apenas podía concentrarse en sus palabras. Las imágenes de la procesión, de los gitanos cantando y bailando alrededor del ataúd, y el hombre con su mirada penetrante seguían frescas en su mente. Las voces de sus compañeras sonaban lejanas, como si estuvieran en otra habitación, mientras él permanecía atrapado en esa extraña sensación de que había presenciado algo más que una simple tradición local.

—Es un ritual antiguo —respondió Maria, sin dejar de sonreír, pero con una sombra en su voz —. Se celebra para proteger el alma de los que ya no están. Aquí respetamos nuestras tradiciones.

Aiden levantó la vista al escuchar eso. "Proteger el alma", pensó. Era justo lo que había sentido al ver la procesión, esa carga de solemnidad, como si estuvieran intentando mantener algo a raya.

—¿Es común ver algo así? —preguntó Aiden, incapaz de ocultar su interés. Sus amigas ya parecían haberse olvidado del tema, pero él no podía dejarlo pasar tan fácilmente.

Andrei lo miró por un segundo antes de responder, con una expresión casi críptica.

—Para quienes viven aquí, es normal. Verán, han decidido una fecha peculiar para sus vacaciones: en tan solo una semana es la Luna de Sangre.

—Oh no estamos de vacaciones —interrumpió Marlene, restándole importancia al nombre de la celebración—. Somos estudiantes de posgrado, este viaje es un estudio de campo.

—¿De veras? —preguntó Maria, curiosa.

—Nunca había oído de esa celebración antes —señaló Aiden.

—¿Por qué lo harías? —sonrió el anciano—. Tan solo es un festival local, nada rimbombante. No muchos entienden lo que significa.

—¿Y qué significa exactamente? —insistió Aiden, a pesar de notar la incomodidad que crecía en el aire.

El anciano esbozó una media sonrisa y le entregó la llave de su habitación.

—Eres joven, no te preocupes por las supersticiones de los viejos. Estás a salvo aquí. Relájense, disfruten de la cena y del descanso.

Aiden tomó la llave, pero la sensación de estar atrapado en un misterio no lo dejaba. Mientras Marlene y Claudia seguían conversando animadamente con los anfitriones, sus mentes ya lejos de la procesión, él sentía que no podría dejar de pensar en ello. Algo más profundo lo había tocado esa noche, algo que no podía ignorar.

Capítulo 2

La sala común del hostal era pequeña y acogedora, con una chimenea en una esquina que irradiaba un calor reconfortante. El crepitar del fuego llenaba el espacio con un sonido rítmico y relajante, mientras el aroma de estofado casero comenzaba a mezclarse con el olor a madera quemada. Marlene y Claudia se acomodaron en los sillones junto a la chimenea, agradeciendo el calor después del largo día. Maria y Andrei habían preparado una cena sencilla pero abundante: pan fresco, estofado humeante y una botella de vino local que destaparon con una sonrisa.

—Esto es justo lo que necesitábamos —dijo Marlene, suspirando de alivio mientras se servía un tazón de estofado.

Claudia sonrió y asintió, ya olvidada de la inquietante procesión en la carretera. Se sirvió un vaso de vino y alzó su copa hacia las llamas.

—Salud, por nuestras aventuras y descubrimientos. A por más misterios —bromeó.

Aiden, en cambio, apenas tocó su plato. Estaba sentado en el borde del sofá, con la mirada perdida en las llamas. Aunque el calor del fuego le envolvía, la fatiga que sentía iba mucho más allá de lo físico. Tenía una extraña opresión en el pecho, como si el peso de la procesión todavía lo persiguiera. No podía apartar la imagen del ataúd, de los bailes y las canciones, y de la botella que la mujer había sostenido con tanto cuidado.

—Aiden, ¿no vas a cenar? —preguntó Claudia, notando su falta de entusiasmo.

Él levantó la vista y forzó una sonrisa.

—No tengo mucha hambre, la verdad. Creo que el viaje me dejó agotado.

Marlene lo miró de reojo mientras bebía su vino, pero no insistió. Era raro ver a Aiden tan retraído, pero lo atribuyó al cansancio.

—Bueno, descansa entonces. Mañana tenemos un día largo —le dijo con una sonrisa ligera.

Aiden asintió y se levantó lentamente, sintiendo cómo el peso del día y de sus pensamientos lo empujaban hacia el suelo. El agotamiento que sentía no era normal; era como si toda su energía hubiera sido drenada por la experiencia de aquella procesión.

—Voy a retirarme. Que disfruten la cena —dijo, tratando de sonar despreocupado.

—Nos vemos mañana, Aiden —respondió Claudia, ya entretenida en una conversación trivial con Marlene sobre la comida.

Aiden subió las escaleras en silencio, cada paso crujía bajo sus pies, y el eco resonaba por el pasillo vacío. Llegó a su habitación y cerró la puerta detrás de él, apoyando la espalda contra la madera. El silencio de la habitación era denso, solo interrumpido por el lejano crepitar del fuego en la chimenea de abajo.

La cama, cubierta con una colcha de lana tejida, parecía tentadoramente cómoda. Aiden se acercó lentamente y se dejó caer sobre ella, pero su mente no descansaba. Cerró los ojos, pero las imágenes de la procesión continuaban persiguiéndolo. Podía escuchar el eco lejano del violín y los tambores, sentir el peso de la mirada de aquel hombre al frente del grupo. Y la botella... esa botella que la mujer sostenía como si contuviera algo mucho más valioso que cualquier reliquia o tesoro.

Luna de Sangre, se preguntó, mientras el sueño comenzaba a arrastrarlo lentamente hacia un abismo profundo y oscuro. No recordaba haber leído sobre ese ritual en ninguno de sus libros, y se lamentó de que no hubiera conexión a Internet para investigar mejor.

El viento afuera susurraba entre los árboles, y el crepitar del fuego abajo sonaba cada vez más distante. Aiden no tardó en quedarse dormido, pero sus sueños no fueron tranquilos. Fueron invadidos por las sombras de la procesión, los rostros enmascarados, las melodías y el constante susurro de palabras en un idioma que no conocía, pero que resonaba profundamente en su ser, como si fuera algo que su alma reconociera de un tiempo olvidado.

Se percibió a sí mismo retorciéndose en la cama, y quiso hacer el truco que había aprendido desde niño para lidiar con los terrores nocturnos: solo debía repetirse «es una sueño,es un sueño, despierta ya», y la pesadilla terminaría.

Y así lo hizo; pronto el bosque y la procesión fantasmal desaparecieron, y también desapareció el miedo que palpitaba en su pecho.Pero su corazón seguía galopando duro contra sus costillas, y un calor agobiante golpeaba toda su carne. Aiden se encontró de nuevo en la cama del hostel, dormido, pero le pareció que había alguien más en la habitación.

Capítulo 3

La luz de la mañana se filtraba suavemente a través de las cortinas cuando Aiden abrió los ojos, todavía atrapado en los ecos de sueños inquietantes. Los rostros enmascarados, los cánticos extraños, y esa procesión gitana seguían revoloteando en su mente. Se levantó de la cama con una sensación de peso en los hombros, como si no hubiera descansado realmente, y se pasó una mano por el rostro, intentando sacudirse el letargo.

Luego de asearse y vestirse, bajó las escaleras, guiado por el aroma del café y el pan recién hecho que lo condujo hacia la sala común. Al llegar, vio a Marlene y Claudia ya sentadas, disfrutando de un desayuno abundante: frutas, queso, pan y huevos. Estaban charlando animadamente como si la extraña experiencia de la noche anterior hubiera desaparecido de sus pensamientos.

—¡Mira quién finalmente se despierta! —bromeó Claudia, sonriendo al verlo—. Pensé que te quedarías dormido para siempre.

—Buenos días —murmuró Aiden, esbozando una sonrisa culpable mientras se servía una taza de café. El peso de sus sueños aún lo acompañaba, pero intentó ignorarlo—. Supongo que necesitaba un poco más de descanso.

Marlene lo miró mientras untaba un trozo de pan con mermelada.

—Bueno, espero que hayas recargado las pilas. Tenemos mucho por hacer hoy. —Le echó otra mirada frustrada a su teléfono móvil sobre la mesa—. Y la falta de Internet no nos hará las cosas fáciles.

Aiden asintió, aunque seguía algo distante. Mientras sus amigas hablaban sobre los planes para visitar el bosque cercano, él no podía apartar de su mente la presencia de su sueño.

—¿Estás bien? —preguntó Marlene, notando su silencio—. Te ves un poco apagado.

—Sí, sí... solo tuve unos sueños raros —respondió Aiden, intentando quitarle importancia al asunto—. Pero estoy bien.

Claudia le dio un codazo juguetón, con una sonrisa.

—¿Hay alguna chica que te esté quitando el sueño?

Aiden rió nerviosamente, negando con la cabeza.

—No, nada de eso.

—Ay, Claudia. —Marlene puso los ojos en blanco—. Realmente no tienes remedio.

Claudia miró a su amiga con una expresión tan inocente como pasmada, y luego miró a Aiden, como si ellos se estuvieran riendo de un chiste que ella no comprendía.

—Soy gay —dijo Aiden.

—Oh...¡Oh! —La muchacha abrió los ojos como platos y a su lado, Marlene sacudió la cabeza —. Lo siento, no me di cuenta.

—Tú nunca te das cuenta de nada...

—Entonces...—Claudia apoyó los codos en la mesa y se acercó más a Aiden—, ¿tienes novio en casa?

Él soltó una risita.

—Tenía, ya no. —Suspiró con amargura, recordando al desgraciado de Marcus—. De hecho, este viaje no solo es para estudiar, sino para sanar. Cortamos justo mientras yo estaba preparando este viaje.

Las dos chicas soltaron un lamento.

—Lo siento —suspiró Marlene.

—Para nada. —Aiden sacudió la cabeza y forzó una sonrisa— .De hecho, fue liberador terminar una relación tan tóxica. A Marcus nunca le gustaba nada de lo que yo hacía: criticaba mis estudios, mi trabajo, si estaba muy gordo, si estaba muy flaco, mi ropa...¡hasta la música que

yo escuchaba! Siempre tenía algo para quejarse, y si yo me defendía de sus ataques me acusaba de no tener sentido del humor. O que yo era un desagradecido porque con sus comentarios él intentaba ayudarme a «ser la mejor versión de mí mismo».

Aiden se detuvo, avergonzado de que quizás estaba compartiendo demasiado. Se hizo un silencio, y luego Marlene soltó.

—Suena como una mierda de persona, ¡bien que te lo quitaste de encima!

Los tres rieron, y Aiden se sintió aliviado.

—Gracias. Sí, sí lo era, pero ya quedó en el pasado. —Soltó un suspiro y echó un vistazo al salón bañado por la luz del sol—. Ahora estoy aquí, en Hovra, convirtiendo mi sueño en realidad.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y los dueños del hostal, el anciano matrimonio, entraron con bandejas de comida adicionales. Ambos eran amables y sonrientes, aunque sus rostros mostraban el peso de los años. El hombre, encorvado y con el cabello completamente blanco, les dio los buenos días en un tono amable.

—Buenos días, jóvenes. ¿Durmieron bien? —preguntó la anciana, dejando una bandeja con más frutas sobre la mesa—. Espero que les guste nuestro desayuno. Todo es de la granja.

—Está delicioso, gracias —respondió Marlene con entusiasmo. Volteó el cuello para observar las otras mesas y finalmente dijo lo que Aiden había estado pensando desde que llegaron—. Oiga, ¿acaso no hay otros huéspedes?

—Oh, si —sonrió María—. Pero dudo que lo vean de día pues trabaja de noche; es un estudioso como ustedes y se dedica a observar una especie de flor que solo florece de noche. —Aiden notó que a la mujer le temblaba un poco la voz. ¿Acaso estaba mintiendo?—. O algo así, me lo explicó con lujo de detalles, pero yo no entiendo de esas cosas científicas.

—Creo que lo he oído anoche —A Aiden lo invadió un cosquilleo nervioso, no estaba seguro por qué, y le dio un sorbo rápido a su café—. Desde mi habitación, aunque tal vez todo fue un sueño.

La anciana asintió en silencio; no parecía del todo convencida de su respuesta, pero por suerte la conversación terminó allí. María se alejó de nuevo a la cocina, donde su marido estaba barriendo. Marlene y Claudia ahora parloteaban animosamente sobre la excursión de esa mañana,pero Aiden se perdió en sus propios pensamientos.

—Oye, Aiden —Marlene lo arrancó de sus ensoñaciones—. ¿Estás con nosotros? El bosque no va a explorarse solo.

—Sí, sí...—Él sacudió la cabeza y regresó al presente—. Es una caminata corta desde aquí, a menos de tres kilómetros. —comenzó a organizar sus cuadernos dentro de su mochila, y se aseguró de que la lente de su cámara estuviera limpia—. Mientras ustedes observan la flora y fauna, yo avanzaré unos kilómetros más hacia Dnega.

Desde la cocina, el rostro de María se oscureció de repente, y su marido dejó de moverse, quedándose de pie al escuchar las palabras de Aiden. El silencio que siguió fue incómodo, casi palpable.

—¿Las ruinas? —preguntó la anciana con voz apagada, sus ojos entrecerrándose con una mezcla de preocupación y algo más—. ¿Están pensando en ir a Dnega?

—Sí —respondió Claudia, algo sorprendida por el cambio en el ambiente—. Es nuestro campo de estudio.

El anciano negó lentamente con la cabeza, acercándose a la mesa con pasos deliberados.

—No es un buen lugar para ustedes, muchachos —dijo con voz grave, apenas un susurro—. Las ruinas están malditas.

Aiden levantó la vista al escuchar la palabra "malditas". El ambiente ligero del desayuno se había evaporado por completo.

—¿Malditas? —repitió Marlene, esbozando una sonrisa nerviosa—. ¿Qué quieren decir con eso?

El anciano se sentó pesadamente en una silla junto a ellos, su expresión solemne. Se quedó en silencio unos largos momentos, como tratando de elegir con cuidado sus próximas palabras. Pero

antes de que pudiera hablar, Aiden lo hizo por él.

—Era el año 1460, cuando Vlad Ţepeş, el príncipe conocido como Drăculea, gobernaba estas tierras con mano de hierro. Se decía que protegía a los suyos de los invasores con crueldad y ferocidad. Pero no todo lo que acechaba a la gente de esas tierras venía del exterior, ese invierno, Dnega fue visitada por algo peor que cualquier ejército . Durante una noche, justo después de que la luna llena alcanzara su punto más alto en el cielo, un grupo de turcos invadió al pueblo. Eran altos, pálidos, y hablaban una lengua que nadie reconocía. Los ancianos del pueblo notaron que no traían caballos, ni dejaban huellas en la nieve.—Aiden tomó un sorbo de café antes de continuar narrando la leyenda que había leído desde su juventud—. Los pocos que sobrevivieron dijeron que los "nobles" no eran humanos. Eran vampiros, criaturas de la noche que bebían la sangre de sus víctimas para mantenerse vivos. El pueblo de Dnega fue masacrado en una sola noche, y al amanecer, los vampiros desaparecieron. Pero eso no fue el final. Los cadáveres no permanecieron en sus tumbas.

Marlene dejó su taza sobre la mesa, su rostro completamente serio ahora.

—¿Qué quieres decir con que no permanecieron en sus tumbas?

El anciano continuó el relato con gravedad.

—Se levantaron. Los campesinos muertos se convirtieron en vampiros, como sus verdugos. Durante semanas, aquellos que pasaban cerca de las ruinas de Dnega hablaban de ver sombras moviéndose entre las piedras, oían susurros en lenguas que no entendían y vieron figuras espectrales que vagaban bajo la luna llena, buscando a los vivos para saciar su hambre insaciable.

El silencio que siguió a sus palabras fue absoluto. El fuego chisporroteaba, pero la sensación de peso en la sala era palpable, como si hubiera caído la noche en pleno día.

—¿Y qué pasó con esos vampiros? —preguntó finalmente Claudia, su voz apenas un susurro.

—Algunos dicen que Vlad Tepes mismo ordenó la destrucción de Dnega —respondió Aiden —, sellando las ruinas con maldiciones y rituales. Otros creen que las criaturas simplemente esperan, ocultas en las sombras, para cazar de nuevo. Pero nadie sabe con certeza qué sucedió después, porque nadie ha regresado de las ruinas con vida... o al menos, no como humano.

Se hizo un breve silencio, y luego el anciano esbozó una sonrisa.

—Has estudiado mucho, jovencito, pero la verdad completa no siempre está en los libros. Hay mucho que no sabes.

—Es cierto —agregó él, ahora sintiéndose arrogante por su demostración anterior—. Por eso he venido aquí a aprender. Los libros son solo una versión de la historia, yo pretendo hablar con los locales, entrevistarlos, oír su versión de los hechos. —Tomó aire antes de hablar—. Ver las ruinas con mis propios ojos.

El anciano mantuvo su sonrisa, pero sus ojos oscuros parecían atravesar a Aiden como si pudiera ver algo más allá de su arrogancia. El aire en la sala se volvió pesado de nuevo, cargado de una tensión que parecía provenir de las paredes mismas.

—Cuidado con lo que deseas ver, muchacho —dijo el anciano suavemente—. No siempre es bueno aprenderlo todo.

Aiden sostuvo su mirada, tratando de no dejarse intimidar. Sabía que había venido a este lugar precisamente para desentrañar esos secretos, para descubrir aquello que los libros no podían contarle. Pero una parte de él no podía ignorar el escalofrío que le recorría la columna vertebral ante las palabras del anciano.

Claudia y Marlene intercambiaron miradas, claramente incómodas por la dirección que había tomado la conversación. Pero Aiden, aunque nervioso, no estaba dispuesto a retroceder.

—Lo entiendo —respondió, manteniendo su voz firme—. Pero estoy aquí para investigar, y no puedo echarme atrás. Iré a las ruinas... porque necesito saber. Tal vez, cuando regrese, podemos compartir un café y usted podría contarme más sobre su pueblo.

Andrei sacudió la cabeza

—Antes mencionaste vampiros...—Él anciano lo miró con ojos penetrantes—. ¿Tú crees en ellos?

Aiden tragó saliva. La respuesta obvia era no, pero...algo en él le decía que no estaba siendo

sincero. tal vez porque una parte de él siempre había ansiado creer en que había algo más. Algo más que solo esta vida terrenal, lógica y racional. Algo más allá de la muerte.

—Por supuesto que no —se apuró a decir—. Son solo una leyenda. Folklore.

—No estás en tu tierra natal, allí quizás los vampiros no son más que entretenimiento, personajes ridículos de cine y TV. Pero aquí, aquí la gente vive acorde a las viejas formas.

Aiden no terminó de comprender ese último comentario.¿Qué eran exactamente las viejas formas?

—Me disculpo si lo he ofendido —dijo—. Solo vengo a estudiar sus creencias. Nada más.

El ambiente en la habitación se volvió casi irrespirable. El fuego seguía crepitando, pero la calidez que había ofrecido momentos antes se había desvanecido, reemplazada por una sensación de frío que Aiden no podía sacudirse.

El anciano suspiró, sacudiendo la cabeza con un gesto lento y cansado.

—Si realmente decides ir, hazlo de día —dijo mientras se levantaba de la silla y regresaba a la cocina—. No vayas allí cuando cae la noche. Las sombras se tornan largas y no sabes si lo que estás viendo es real o no.

Otra vez solas en el salón, las chicas pronto olvidaron la conversación y regresaron a los preparativos. Aiden sentía un nudo en el estómago, pero lo ignoró. Sabía que las advertencias del anciano no cambiarían nada. Su destino lo esperaba en las ruinas... y no podía ignorar el llamado de lo desconocido. Ese llamado que lo había acompañado durante toda su vida.

Terminaron de comer, y ya con los estómagos llenos aprestaron sus bolsos. Aiden se cerró su abrigo, se echó la cámara y la mochila al hombro y caminó junto a las muchachas hacia la puerta. Echó un último vistazo hacia la cocina, donde Andrei seguía inmerso en su trabajo.La anciana, que hasta entonces había permanecido en silencio, finalmente habló con voz suave pero clara.

—Si realmente debes ir —dijo con un susurro maternal—, lleva esto para protegerte.

Se acercó a Aiden y le entregó un pequeño crucifijo de oro. Él lo encerró en su puño y le

agradeció con una sonrisa.

—Gracias. Pero estaremos bien, no se preocupen.

La anciana observó a Aiden con una mezcla de preocupación y resignación mientras él guardaba el crucifijo en el bolsillo. Su sonrisa tranquila no parecía convencerla, pero ya no dijo nada más. El anciano, sentado junto al fuego, les dirigió una última mirada grave, como si supiera algo que ellos aún no comprendían.

—Vayan con cuidado —fue todo lo que dijo Andrei desde la cocina, sin volverse a mirarlos.

Las puertas del hostel se cerraron tras ellos con un crujido, y el frío del aire exterior los envolvió de inmediato. El cielo estaba cubierto de nubes grises, y un viento cortante silbaba entre los árboles. El bosque parecía más denso y sombrío ahora, como si algo en su atmósfera hubiera cambiado.

—¿Listos para la aventura? —preguntó Marlene, tratando de aligerar el ambiente mientras ajustaba su mochila.

Claudia asintió, aunque su expresión mostraba una ligera inquietud. Aiden, con la cámara en la mano, no pudo evitar sentir que algo lo estaba observando desde las sombras del bosque. El crucifijo en su bolsillo pesaba más de lo que debería.

—Sí, vamos —respondió Aiden finalmente, su voz firme a pesar de las dudas que lo carcomían por dentro.

Capítulo 4

Partieron con el sol de frente, dejando atrás el hostel. Las chicas charlaban con despreocupación, entusiasmadas por su trabajo de campo y de tanto en tanto haciendo fotos de los árboles que veían al pasar. Mientras caminaban, Aiden no dejaba de pensar en las palabras de

advertencia del anciano y el gesto maternal de la anciana. Y en ese supuesto desconocido que se hospedaba con ellos. Sabía que, a pesar de su determinación, había algo en ese lugar que desafiaba la lógica y las investigaciones. Algo que sólo podía comprenderse al enfrentándose cara a cara con Hovra, con sus bosques espesos perfumados a pinos y clavo de olor, con sus ruinas de piedra marcadas por la sangre de los siglos pasados, por sus silencios y sus sombras.

El sendero se volvía cada vez más estrecho a medida que se adentraban en el corazón del bosque. Los altos pinos, oscuros y antiguos, se alzaban como centinelas alrededor de ellos, sus ramas entrelazadas creando un techo natural que apenas dejaba pasar la luz del sol. Lo poco que lograba filtrarse iluminaba la maleza de un verde húmedo y sombrío, cubriendo el suelo con un tenue brillo espectral. El aire olía a resina de pino, tierra mojada y algo más: un toque agrio y penetrante, como a clavo de olor mezclado con la humedad de siglos.

Las risas y el entusiasmo de Marlene y Claudia reverberaban en la inmensidad del bosque, amortiguados por la densidad de los árboles, hasta que el silencio comenzó a dominarlo todo, más profundo con cada paso. Solo el crujir de las hojas secas y las ramas quebradas bajo sus botas rompía la quietud.

Aiden caminaba unos pasos detrás de ellas, atento a todo lo que los rodeaba. Sentía el peso de los pinos inclinándose sobre él, como si lo observaran, susurrando secretos antiguos que no quería conocer. Sus sombras se extendían sobre el suelo en formas inquietantes, alargadas y distorsionadas, como si quisieran atraparlos en un abrazo gélido. A medida que avanzaban, las raíces retorcidas salían del suelo como manos huesudas que emergían para atraparlos, obligándolos a caminar con cuidado.

Un pájaro graznó en la distancia, su chillido resonando entre los árboles, y Aiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El bosque parecía respirar, como si algo más, algo invisible y antiguo, estuviera habitando en las sombras, observando cada uno de sus movimientos.

El cielo, que antes se veía claro en el horizonte, ahora apenas se vislumbraba entre las ramas. El viento que susurraba entre los árboles llevaba consigo un gemido suave, como el eco de voces olvidadas. La sensación de estar vigilado se hizo más fuerte, y Aiden no pudo evitar girarse cada tanto, esperando ver a alguien, o algo, acechando entre la maleza.

Tal vez la misma voz que había oído en la neblina.

Las piedras cubiertas de musgo comenzaban a aparecer a los costados del camino, restos dispersos de lo que alguna vez había sido un sendero pavimentado. Parecían más viejas que el tiempo mismo, desgastadas por siglos de viento y lluvia, aunque aún conservaban un aire de majestad sombría, como guardianes olvidados de un reino perdido.

Aiden...

—¿Escuchan eso? —murmuró Aiden de repente, deteniéndose en seco.

Claudia y Marlene dejaron de caminar y escucharon, pero solo el viento entre las ramas respondía, llevándose consigo cualquier sonido que pudieran haber oído.

—Solo el viento, Aiden —dijo Claudia, sonriendo—. Te estás dejando llevar por las viejas leyendas.

Pero Aiden no estaba tan seguro. Había algo más en ese susurro, algo oculto en los pliegues del aire frío y perfumado. Algo que se movía entre las sombras del bosque, observándolos desde las ruinas de Dnega, esperando su llegada.

El camino sinuoso finalmente los condujo a un claro luminoso, un espacio abierto entre la espesura del bosque que parecía fuera de lugar, como un respiro en medio de la opresiva oscuridad de los árboles. El sol caía directo sobre el lugar, proyectando una luz pálida y dorada que contrastaba con las sombras profundas que habían dejado atrás. Aiden, Claudia y Marlene se detuvieron, parpadeando ante el cambio abrupto de luz, como si hubieran emergido de una cueva.

El suelo del claro estaba cubierto de una hierba suave y vibrante, tan verde que parecía casi irreal, salpicada de pequeñas flores blancas que temblaban con la brisa. Los árboles que rodeaban el claro se mantenían firmes en un círculo casi perfecto, sus troncos altos y rectos, como si marcaran el límite de un espacio sagrado.

Claudia soltó un suspiro de alivio, estirando los brazos hacia el cielo.

—¡Finalmente algo de luz! —exclamó con una sonrisa—. Este lugar es increíble.

Marlene, siempre curiosa, se agachó para examinar las flores, mientras Aiden permanecía en

silencio, observando el claro con una mezcla de fascinación y desconcierto. El aire aquí era diferente, más fresco, pero también cargado de una energía difícil de describir. No había animales alrededor, ni siquiera el sonido de los pájaros que antes había oído. Solo el susurro del viento y la quietud del claro.

Mientras el grupo se detenía en el claro, Claudia y Marlene sacaron sus mochilas y comenzaron a examinar las plantas con entusiasmo. Claudia sacó su cuaderno y empezó a anotar detalles sobre las especies de flores que habían encontrado, mientras Marlene se arrodillaba junto a un grupo de helechos, inspeccionando sus hojas con una lupa pequeña.

—Mira esto —dijo Claudia, señalando una flor que parecía única—. Estas flores no son nativas de esta región. Es fascinante.

—Quizá alguna corriente migratoria —añadió Marlene mientras tomaba una pequeña muestra de hojas con sus pinzas—. O tal vez haya algo en el suelo de esta área que esté provocando cambios.

El entusiasmo científico de sus compañeras contrastaba con el ánimo de Aiden. Mientras las chicas se sumergían en su estudio botánico, él se quedó de pie, mirando hacia el límite del claro, donde el bosque volvía a cerrar filas, oscuro y denso. Los árboles más allá parecían formar una barrera natural, como si custodiaran un territorio prohibido.

—¿Estás con nosotras? —preguntó Marlene con una sonrisa, mientras seguía con sus muestras.

Aiden sonrió débilmente, pero su mente estaba en otro lugar. No podía dejar de pensar en las ruinas, en esa sensación extraña que lo había acompañado desde que llegaron a Hovra. Algo en su interior lo empujaba a seguir adelante, a encontrar Dnega cuanto antes.

—Voy a seguir adelante —dijo finalmente, ajustándose la mochila—. Quiero hacer un relevamiento de las ruinas.

Claudia levantó la vista, ligeramente sorprendida.

—¿Vas a ir solo? Pensé que esperarías a que nosotras termináramos aquí.

Aiden negó con la cabeza.

—Están a solo un par de kilómetros. Puedo explorarlas y regresar antes de que terminen. Quiero aprovechar la luz, aquí anochece temprano, especialmente en invierno.

Claudia y Marlene estaban lo suficientemente concentradas en su trabajo como para no insistir en detenerlo.

—Está bien —dijo Claudia—, pero no te demores demasiado. Nos encontraremos aquí en dos horas, ¿vale?

—Vale —respondió Aiden con una sonrisa de despedida, aunque sus pensamientos ya estaban lejos del claro.

Con pasos rápidos, Aiden cruzó el límite del claro y se adentró de nuevo en el bosque. A medida que avanzaba, el aire se volvía más frío, y la densa vegetación parecía cerrar filas a su alrededor. Los árboles, altos y retorcidos, se alzaban como centinelas silenciosos, y las sombras entre sus ramas creaban formas que parecían moverse con vida propia.

El camino a las ruinas era estrecho y apenas visible, marcado solo por pequeños indicios de una antigua senda. Las advertencias del anciano volvieron a cruzar su mente, pero Aiden las apartó. Tenía una misión, y algo en lo más profundo de su ser lo llamaba hacia Dnega. Sabía que había venido a este lugar por una razón, y aunque no podía explicarlo, sentía que estaba a punto de descubrir algo más allá de sus estudios académicos.

Después de caminar durante un tiempo que pareció alargarse en la quietud del bosque, Aiden vio las primeras señales de las ruinas: piedras caídas y columnas quebradas, cubiertas de musgo y ocultas entre los árboles. Se detuvo un momento, respirando hondo mientras la sensación de misterio se profundizaba. Ante él, Dnega se alzaba, un lugar olvidado por el tiempo y envuelto en una oscuridad que no tenía que ver sólo con la falta de luz.

Descubrió que una lágrima cayó salada por su rostro hasta saborearla; una mezcla indescriptible de satisfacción, felicidad y entusiasmo por igual. Todos los pasos que había dado en su vida lo habían conducido hasta aquel momento sublime: ese momento eufórico en el cual todo tiene sentido, y todas las piezas del universo encajan a la perfección. Allí, de pie frente a las ruinas en aquel pueblito desolado de Rumania, Aiden era extrañamente feliz. Ya no le importaba

el dolor, la soledad, o el rechazo que había experimentado toda su vida. No le dolían más los abusos de Marcus ni el rechazo de sus padres católicos cuando él salió del closet. No le dolía sentirse un bicho raro y nunca haber tenido amigos. No le dolía que sus padres no lo aceptaran por ser gay, y que la comunidad gay tampoco lo aceptara a él por ser demasiado pacato y aburrido. Tampoco le dolía no haberse podido despedirse de sus padres, pues al momento del accidente ellos ya llevaban más de un año sin hablarse.

No, todo estaba perfecto en ese momento. Aiden estaba donde siempre debía haber estado, cumpliendo su sueño y construyéndose una vida.

Se enjugó la lágrima y salió de su ensoñación. Los vestigios de una fortaleza perdida aguardaban en silencio, como si las ruinas lo hubieran estado esperando. Aiden avanzó con cautela, sabiendo que lo que estaba por descubrir podría cambiarlo para siempre.

Aiden siguió avanzando, dejando atrás el bosque espeso mientras un escalofrío lo recorría. El aire se volvía más frío a medida que se acercaba, y una sensación pesada parecía envolver el paisaje. Finalmente, cuando cruzó un último grupo de árboles, las ruinas de la fortaleza de Dnega se revelaron ante él.

La vista era sobrecogedora.

Delante de él, la antigua fortaleza se alzaba imponente, una mezcla de majestad perdida y desolación eterna. Los restos de la construcción, de estética gótica con influencias bizantinas, se aferraban al paisaje como si se resistieran a ser completamente devorados por el tiempo. Las paredes de piedra oscura y desgastada aún se mantenían en pie en algunas partes, aunque muchas se habían derrumbado, dejando a la vista lo que una vez fueron ventanas en arco, ahora vacías y desfiguradas por siglos de viento y lluvia. Los arcos ojivales, típicos de la arquitectura gótica, se mezclaban con los mosaicos desgastados y las columnas ornamentadas con símbolos que evocaban el estilo bizantino.

El sol apenas penetraba las nubes que se cernían sobre el lugar, lanzando una luz grisácea que proyectaba largas sombras sobre las piedras rotas. Aiden se detuvo al borde de lo que alguna vez debió ser el foso de la fortaleza, ahora cubierto de maleza y escombros. En el centro de las ruinas, la torre principal se alzaba como un espectro del pasado, su cúpula parcialmente colapsada, pero aún revelando restos de una antigua grandeza. Las columnas que flanqueaban la entrada principal habían sido talladas con intrincados diseños, aunque el tiempo había borrado

gran parte de los detalles, dejando solo figuras fantasmales que parecían mirarlo desde las sombras.

El lugar respiraba historia, pero también algo más profundo y oscuro. Había una sensación de abandono, pero también de peligro. Las piedras mismas parecían murmurar, llenas de secretos no contados, cargadas con la memoria de lo que una vez sucedió allí. La influencia bizantina se notaba en las bóvedas y las cúpulas que una vez coronaron la fortaleza, muchas ahora caídas en pedazos, pero aún evocando una imagen de poder imperial perdido. Restos de mosaicos cubrían algunas de las paredes internas que aún permanecían en pie, pero las imágenes estaban descoloridas y dañadas, representando escenas religiosas que ahora eran casi irreconocibles.

Aiden se detuvo justo antes de cruzar el umbral de la antigua puerta de hierro. El aire era denso, pesado con la sensación de algo desconocido que parecía envolver el lugar. Se tomó un momento para respirar profundamente, intentando calmar los nervios que, sin que se diera cuenta, habían comenzado a agitarse en su interior.

Fue entonces cuando lo sintió.

Esa incomodidad familiar, ese peso invisible que sólo llega cuando sabes que no estás solo. Una sensación punzante en la nuca, como si unos ojos se clavaran en él desde la distancia. El vello de sus brazos se erizó. Giró lentamente, escaneando el área alrededor de las ruinas.

Y ahí, a lo lejos, entre las sombras de los árboles que bordeaban la fortaleza, vio una figura.

La figura vestía completamente de negro, con un abrigo largo que apenas ondeaba con la brisa. No podía distinguir sus rasgos desde tan lejos, pero la silueta era inconfundible: alta, delgada, con una quietud que parecía casi antinatural. Permanecía de pie, inmóvil, observándolo. Aiden entrecerró los ojos, tratando de enfocar mejor, pero la figura no se movió. No había manera de que fuera una coincidencia. Quienquiera que fuera, lo estaba mirando directamente.

El corazón de Aiden comenzó a latir más rápido. La lógica le decía que tal vez se trataba de un curioso local o un turista solitario, pero algo más profundo, más primitivo, lo advertía de un peligro invisible.

—¿Hola? —alzó la voz.

Pero el extraño no respondió; ni siquiera se movió.

Aiden tomó la cámara colgada de su hombro, levantándola con manos temblorosas. El lente capturó la figura en el centro del encuadre, y Aiden hizo clic, esperando que la cámara revelara lo que sus ojos estaban viendo. Miró la pantalla digital inmediatamente después de tomar la foto.

Nada.

La imagen mostraba el mismo paisaje de árboles oscuros, la misma línea de horizonte, pero la figura vestida de negro no estaba allí. Era como si jamás hubiera existido.

Desconcertado, bajó la cámara y miró nuevamente hacia el lugar donde la figura había estado. Pero ahora, ya no había nada. El espacio entre los árboles estaba vacío, solo sombras y silencio.

El aire parecía enfriarse a su alrededor, y una creciente sensación de inquietud se apoderó de él. Su mente trataba de encontrar una explicación racional, pero la sensación de que algo estaba profundamente mal no desaparecía.

Aiden miró nuevamente la pantalla de la cámara, incrédulo. ¿Había imaginado a esa persona? ¿Era posible que su mente le estuviera jugando una mala pasada debido a la tensión del lugar? No, estaba seguro de lo que había visto. Aquella figura había estado ahí, y ahora... ya no lo estaba.

—Tantos cuentos se me están subiendo a la cabeza —soltó una risita y guardó la cámara, sintiendo el peso invisible de la ausencia de la figura en el aire.

Aiden dio unos pasos más, cruzando el umbral de una puerta derrumbada. El interior estaba oscuro, cubierto de escombros, y el aire era más denso, casi sofocante. Los muros parecían cerrarse a su alrededor, y cada sonido que hacía resonaba en el silencio absoluto. A pesar de su fascinación, había algo perturbador en esa quietud. No era solo el abandono lo que le inquietaba, sino la sensación de que el lugar guardaba algo que no debía ser descubierto.

Mientras caminaba entre los restos de lo que alguna vez debió ser un salón de banquetes o un gran salón, notó que había marcas en las piedras. No parecían solo marcas de erosión o del paso del tiempo. Eran arañazos, como si algo o alguien hubiera luchado desesperadamente para salir. La sangre de los siglos pasados parecía incrustada en las piedras, y la sensación de maldición que

los ancianos del hostal mencionaron comenzó a calar en su mente.

Dnega no era simplemente una fortaleza perdida. Era un lugar donde la historia se mezclaba con las leyendas, donde los mitos de Vlad Tepes, los vampiros, y las masacres no eran solo cuentos para asustar a los viajeros. Algo ocurrió aquí, algo que dejó una huella indeleble en el mismo aire que se respiraba. Aiden lo podía sentir. Las ruinas eran más que restos físicos; eran un monumento a algo oscuro y siniestro.

El viento sopló de repente, levantando polvo y hojas a su alrededor. Aiden se quedó quieto por un momento, la cámara colgando de su hombro, mientras su corazón latía con fuerza. Las advertencias de los ancianos volvían a su mente, pero estaba decidido. Había llegado hasta aquí, y algo le decía que debía seguir adelante, descubrir lo que las ruinas guardaban.

Aiden continuó su exploración, haciendo fotos de lo que quedaba de la estructura y tomando notas en su teléfono de tanto en tanto. Se detuvo frente a la enorme puerta doble de hierro, su superficie oxidada y manchada por el paso del tiempo. Las bisagras chirriaron suavemente con el viento, y las marcas de desgaste se extendían como cicatrices sobre el metal. Era evidente que nadie la había cruzado en muchos años, pero su intuición lo empujaba hacia adelante, hacia lo desconocido.

El aire frío lo envolvía, y la fortaleza permanecía en un inquietante silencio. Con un suspiro, estiró la mano hacia la pesada aldaba de hierro, un antiguo anillo grabado con extraños símbolos que se sentían desgastados bajo sus dedos.

Al tirar del anillo, la puerta se resistió. Aiden frunció el ceño, apretando los dientes mientras tiraba con más fuerza. Las bisagras chirriaron, pero no cedían. Con una mueca de frustración, puso ambas manos en la puerta, empujando con todo su peso. Fue entonces cuando sintió un agudo ardor en la palma de su mano derecha.

—¡Mierda! —exclamó, retirando la mano rápidamente.

Miró su palma, y ahí, en medio de su piel, una delgada línea escarlata comenzaba a formarse. Un pequeño corte. En el óxido de la puerta había una astilla metálica que se le había clavado cuando hizo demasiada presión. Sangre fresca goteaba lentamente desde la herida, mezclándose

con el óxido y la suciedad en el suelo. Aiden soltó una maldición más suave esta vez, frotando su mano contra sus pantalones.

El corte no era profundo, pero la sensación de ardor en la piel lo hacía incómodo.

Nada grave, por suerte recibí la antitetánica antes de viajar, se dijo, tratando de ignorar la creciente molestia. Sin embargo, mientras observaba la sangre, un pensamiento perturbador cruzó su mente. Había algo en esa mezcla de su sangre y la puerta antigua que no le gustaba, como si su propio fluido vital hubiera despertado algo en la fortaleza.

Volvió a intentarlo, esta vez con más cuidado, usando solo la mano izquierda para empujar la puerta. Al principio, la puerta permaneció inmóvil, pero después de un chirrido prolongado, empezó a ceder lentamente, dejando escapar un aire viciado y denso desde el interior.

Aiden respiró hondo, mirando el oscuro umbral que ahora se extendía ante él. Algo más que el frío invadía el ambiente, una sensación de antigüedad, de olvido, y de... peligro. Su mano derecha aún palpitaba, pero no tenía tiempo para preocuparse por el pequeño corte.

Cruzó el umbral, el eco de sus propios pasos resonando en las paredes de piedra mientras desaparecía en las sombras de la fortaleza de Dnega. Las sombras eran más profundas, el silencio más pesado. Algo lo observaba. O al menos, así lo sentía Aiden mientras caminaba entre las ruinas de la fortaleza maldita.

Aiden avanzó por el oscuro umbral de la fortaleza de Dnega, su cámara en mano, lista para capturar cada rincón de aquel lugar olvidado por el tiempo. El ambiente estaba cargado, como si las piedras mismas recordaran las tragedias que habían presenciado, y cada paso resonaba en un eco bajo que se desvanecía en las profundidades de las ruinas.

Las primeras habitaciones que encontró estaban vacías, sólo sombras y el susurro del viento que se filtraba por las grietas. Sin embargo, algo en su interior lo empujaba a seguir adelante. Aiden tomó varias fotos: los arcos bizantinos de las puertas, los restos de antiguos mosaicos en el suelo, las paredes desgastadas que habían visto siglos de historia. El flash de la cámara iluminaba brevemente las estancias, revelando detalles que el ojo no podía ver a simple vista. Capturó las figuras desdibujadas de lo que parecían ser antiguos santos y guerreros en las paredes, ahora casi borradas por el paso del tiempo.

Una sensación de irrealidad lo invadía mientras se adentraba más en las ruinas. Cada habitación parecía igual, y a la vez, diferente. A veces sentía que algo lo observaba desde los rincones oscuros, pero cada vez que giraba la cabeza, no había nada. Aiden tomó otra foto, y el ruido del obturador lo hizo estremecerse en el silencio.

Concentrado en su exploración, no se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado. La luz que entraba por las estrechas ventanas de la fortaleza, filtrada y débil, comenzaba a desvanecerse. Miró su reloj, pero la niebla mental que lo había envuelto no lo dejaba procesar la hora con claridad. Se sentía como si hubiera estado caminando entre las ruinas durante horas, pero a la vez, apenas minutos. Era una sensación extraña, como si el tiempo dentro de las ruinas siguiera un ritmo diferente.

De repente, Aiden se detuvo. El silencio era aún más pesado que antes. Se dio cuenta de que la luz natural había desaparecido casi por completo. Un ligero escalofrío recorrió su columna. El día se había ido, y la noche comenzaba a asentarse rápidamente.

—Mierda... —susurró para sí mismo, dándose cuenta de que había perdido completamente la noción del tiempo.

El viento que atravesaba las ruinas ahora sonaba más fuerte, más inquietante, como un murmullo que venía desde los rincones más oscuros. La temperatura había caído de forma brusca, y el aire viciado de las ruinas le daba la sensación de estar atrapado en un lugar que no quería soltarlo.

Guardó la cámara en su mochila y miró a su alrededor, tratando de recordar el camino de regreso. La fortaleza era un laberinto de pasillos y habitaciones vacías, y aunque había sido cauteloso al entrar, en algún momento había dejado de prestar atención a la ruta que tomaba.

—Tengo que volver al claro... las chicas... —murmuró, más para sí mismo que para nadie.

Con pasos rápidos, Aiden comenzó a retroceder, intentando encontrar la salida. Cada esquina que giraba parecía llevarlo más adentro de las ruinas. El ambiente ahora estaba cargado con una tensión que no podía ignorar. El sol ya se había ocultado del todo, y la oscuridad empezaba a llenar cada rincón.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, alcanzó nuevamente la puerta doble de hierro

por la que había entrado. La luz tenue del atardecer apenas iluminaba el exterior, pero al menos era un alivio ver que no estaba completamente perdido. Con el pulso acelerado, empujó la puerta y salió al aire libre, llenando sus pulmones con el aire fresco del anochecer.

El cielo sobre el bosque de Hovra estaba teñido de tonos rojizos y violetas. El sol ya se había hundido bajo el horizonte, y las primeras estrellas comenzaban a aparecer en el firmamento. Las sombras se alargaban, y el bosque, que antes parecía acogedor a la luz del día, ahora lo envolvía con una sensación de desasosiego.

Aiden comenzó a caminar de regreso al claro, donde las chicas debían de estar esperando. Pero mientras avanzaba, el silencio del bosque lo inquietaba. Los sonidos típicos del bosque, los pájaros, el susurro de las hojas, se habían apagado, dejándolo solo con sus pensamientos. Se apresuró, su paso cada vez más rápido, intentando disipar la sensación de ser observado.

Solo es la sugestión del lugar, se repetía a sí mismo, pero la extraña figura vestida de negro que había visto antes, y que no había salido en su foto, comenzó a atormentarlo en su mente. Lo que en un principio descartó como una confusión, ahora lo aterraba. Y se sintió como un niño chiquito, aterrado en medio de la oscuridad.

—¡Al fin! —Marlene lo regañó al verlo— ¡Ya estábamos por regresar sin ti!

A su lado, Claudia sostenía varios frascos de muestras, se la notaba claramente asustada.

—Perdón, perdón. —Aiden se cogió las rodillas para recuperar el aliento—. Me entusiasmé tomando muestras y perdí la noción del tiempo.

—Mejor regresamos...—murmuró Claudia, y Aiden notó que su labio inferior temblaba. Tal vez por frío, tal vez por miedo. Tal vez por ambos.

Los dos asintieron y emprendieron rumbo de nuevo hacia el hostel.El sol desapareció por completo mientras los tres se adentraron en el bosque, y la temperatura comenzó a caer rápidamente. Las primeras señales de neblina aparecieron como si la tierra misma exhalara un aliento helado. Pronto, aquella niebla se volvió más densa, cubriendo el suelo del bosque como un manto fantasmal que envolvía los árboles. Las sombras se alargaban, deformadas por la luz menguante, y todo el paisaje se teñía de una oscuridad antinatural.

Aiden, Marlene y Claudia caminaban más rápido, con una inquietud creciente en el ambiente. Lo que antes era una charla despreocupada entre ellos ahora se había reducido a silencio tenso, solo interrumpido por el crujido de las hojas bajo sus pies. Claudia lanzaba miradas nerviosas hacia los árboles, como si esperara que algo o alguien emergiera de entre las sombras.

—Esto no es normal... —susurró Claudia, abrazándose a sí misma, temblando visiblemente.

—Bueno, ¿quién es la que cree en vampiros y cosas sobrenaturales ahora? —Aiden se burló con cariño, un intento vano por reconfortar a la chica, aunque el miedo crecía en su interior.

Aiden sabía que no debía mostrar su propio nerviosismo, que debía ser fuerte por sus nuevas amigas, pero el aire denso y la opresiva sensación de ser observado se volvía imposible de ignorar. El bosque ya no parecía el mismo que habían cruzado esa mañana. Era como si la neblina hubiera cambiado todo, transformando el paisaje en una trampa de la que no podían escapar.

—Apresurémonos —murmuró Marlene, su voz temblando también—. No me gusta esto.

De repente, un sonido rasgó el silencio. A lo lejos, se oyó un aullido largo y profundo, tan lleno de fuerza y gravedad que pareció hacer eco entre los árboles. El sonido se extendió por el bosque como una advertencia, y los tres se detuvieron en seco, congelados en su lugar. Luego, otro aullido le siguió, esta vez más cercano. Claudia se aferró al brazo de Aiden, sus ojos abiertos de par en par, y él soltó un chillido de dolor al sentir las uñas de ella contra su herida fresca.

—Lobos... —susurró Marlene, con una mezcla de miedo y urgencia—. Están cerca.

—Tenemos que movernos, ya. —Aiden tomó la mano de Claudia y comenzó a caminar rápido, casi corriendo. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos, impulsando sus piernas a moverse más rápido.

Los aullidos se repetían, más intensos y amenazadores, acercándose cada vez más. El grupo rompió en una carrera desordenada, sus respiraciones aceleradas se mezclaban con el crujir de la maleza bajo sus pies. La neblina se volvía cada vez más espesa, haciendo que los árboles parecieran figuras oscuras que se cernían sobre ellos. Aiden echaba miradas hacia atrás, pero todo era una masa confusa de sombras y bruma, incapaz de distinguir si los lobos los seguían o si simplemente estaban asustados por el sonido.

Y de pronto Aiden divisó un par de ojos rojos refulgiendo entre la neblina. Esos no eran los ojos de un lobo, había razonamiento debajo de ellos. Pero tampoco eran humanos del todo. Un escalofrío lo recorrió cuando se dio cuenta que esos ojos estaban fijos en él, como un depredador que ya ha elegido su presa. Con el pánico martillando en su corazón, Aidena aceleró.

El aire se había vuelto helado, y un frío punzante se filtraba en sus huesos. A su alrededor, el bosque parecía cerrar sus garras, y por momentos parecía que los aullidos los rodeaban. Claudia respiraba con dificultad, jadeando, mientras Marlene intentaba seguirle el paso. El miedo era palpable, lo impregnaba todo.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad de correr a ciegas, divisaron la silueta del hostal entre la bruma, sus contornos difuminados por la niebla. La visión de la seguridad los impulsó a moverse aún más rápido, ignorando el agotamiento que ya los vencía. Llegaron a la puerta, golpeándola con fuerza y desesperación. Apenas unos segundos después, Andrei la abrió con una mirada de alarma.

—¿Qué sucede? —preguntó, pero ninguno de ellos tuvo aliento para responder. Se apresuraron a entrar, sintiendo la calidez del interior envolviéndolos como un abrazo salvador. Casi de inmediato, el anciano cerró la puerta detrás de ellos, lanzando una última mirada hacia la oscuridad exterior antes de girar el cerrojo con firmeza.

Aiden se apoyó contra la pared, recuperando el aliento, mientras las chicas hacían lo mismo.

—Lobos... los oímos —dijo Marlene entre jadeos.

Andrei asintió lentamente, como si ya lo supiera, su mirada sombría. Echó una mirada rápida a través de la ventana: los ojos rojos habían desaparecido.

—Les advertí que el bosque es peligroso al anochecer. Bueno, ya están aquí...a salvo. Pasen junto al fuego para entrar en calor, María está preparando la cena.

Aiden, Marlene y Claudia intercambiaron miradas rápidas, aún temblando del esfuerzo y el miedo, pero ninguno discutió la sugerencia de Andrei.

El fuego crepitaba, llenando la habitación con su cálida luz anaranjada. Marlene y Claudia se

sentaron cerca del fuego, frotándose las manos para recuperar la circulación. Aiden se quedó de pie un momento, observando las llamas danzar antes de finalmente sentarse junto a sus amigas. La atmósfera reconfortante pronto disipó todo el frío y miedo que habían sentido afuera, y las muchachas soltaron una carcajada.

—¡Casi nos comen los hombres-lobo! —rió Marlene, y Aiden percibió algo de miedo en su risa nerviosa.

—Por suerte Aiden está con nosotras —se mofó Caludia—. ¿Traes balas de plata contigo?

Un poco aliviado por los chistes, finalmente él se aflojó la bufanda de cuello. Ahora que los ánimos habían mejorado, decidió no mencionar nada sobre los ojos rojos, ni sobre la figura enigmática que no salió reflejada en sus fotos. Cuando se quitó el abrigo, reparó en la herida en su mano. Parecía que el corte era más profundo de lo creído, pues su sweater estaba manchado de escarlata oxidado.

María, la anciana, apareció en ese momento con una olla humeante en las manos. El aroma a sopa caliente llenó la sala, inundando el ambiente de una aparente normalidad. Ella sirvió silenciosamente y dejó los cuencos en la mesa, sin embargo sus ojos se abrieron como platos al ver la mano de Aiden manchada con sangre seca y oscura.

—¡Querido, mejor te limpias eso ya mismo! —La anciana se persignó.

—Oh, no es nada. Solo me hice un cortecito. —Aiden soltó una risita, pero ante las miradas de todos, se encogió de hombros—. ¿Tienen algún desinfectante?

—No tenemos nada de eso por aquí —sentenció Andrei desde la cocina—. Puedes ir al baño y limpiarte con agua jabón.

Aiden dejó su cuenco sobre la mesa y se dirigió al pequeño baño en el pasillo, sintiendo las miradas de todos clavadas en su espalda. Al llegar, cerró la puerta tras de sí con un suspiro, tratando de sacudirse la sensación de incomodidad que lo había acompañado desde las ruinas. El baño era austero pero limpio, con un viejo espejo sobre el lavabo que reflejaba su rostro cansado.

Encendió el grifo, y el agua fría golpeó sus manos, haciendo que el escozor del corte se intensificara. Miró la herida, pequeña pero profunda, y sintió un escalofrío cuando recordó el

momento en que se cortó al intentar abrir la puerta de hierro en las ruinas. Se inclinó para limpiarse mejor, observando cómo la sangre seca se desprendía en pequeños hilos oscuros.

De repente, un sonido sutil, como un leve crujido, rompió el silencio del baño. Aiden levantó la vista hacia el espejo, su reflejo mostrándole algo extraño. Por un instante, juraría que había visto una sombra moverse detrás de él, una figura oscura y fugaz, pero cuando se volteó, no había nada. Solo el silencio opresivo y el eco del agua corriendo.

Con el corazón acelerado, se apresuró a lavar la herida y a secarse las manos con una toalla áspera. Salió del baño rápidamente, intentando sacudirse la sensación de ser observado. Cuando volvió al salón, María y Andrei lo miraron con una expresión extraña, como si supieran algo que él no sabía.

—Todo bien —dijo Aiden, forzando una sonrisa y regresando a su lugar junto al fuego—. Solo un rasguño.

María lo observó en silencio, sus ojos oscuros fijos en la mano de Aiden, como si pudiera ver algo más allá de la simple herida.

—Esas cosas, aunque parezcan pequeñas, pueden tener consecuencias —murmuró María desde su silla, con tono sombrío.

Afuera, la neblina cubría el bosque como un manto espeso, y los lobos no habían vuelto a aullar... pero eso no significaba que estuvieran a salvo.

—Come, para que entres en calor —dijo Andrei, sentándose frente a ellos y ofreciéndole el cuenco de nuevo a Aiden. Su tono de voz era serio, pero amable.

—Gracias —dijo Aiden, tomando su cuchara, aunque su apetito era mínimo. Algo en la forma en que Andrei los miraba le hacía pensar que el anciano sabía más de lo que dejaba entrever.

El silencio se hizo pesado en la habitación, roto solo por el sonido de las cucharas moviéndose en los cuencos. Afuera, la neblina cubría el mundo, y aunque estaban a salvo junto al fuego, la sensación de que algo más los acechaba persistía, escondido en la oscuridad del bosque, esperando.

Capítulo 5

Después de la cena, Aiden se despidió de sus amigas y se retiraron a dormir. Lo reconfortó ver que Marlene y Claudia habían recuperado tanto el color de sus mejillas como su buen humor habitual. Para ellas, la persecución con los lobos sería una anécdota inusual para contar en futuras fiestas, pero Aiden no estaba seguro de qué creer.

Para proteger a sus amigas, tampoco mencionó nada del incidente en las ruinas, con la figura misteriosa. Antes de acostarse, volvió a pasar sobre las fotos que había hecho esa misma tarde. Nada. Ni rastros del hombre de negro.

—Tal vez mi madre tenía razón: demasiados cómics de Drácula —rió él por lo bajo, y guardó la cámara en su bolso.

Su dormitorio estaba cálido y acogedor, el suave fuego crepitando con haces anaranjados. Aiden se quitó la ropa y se escabulló bajo las sábanas y gruesas frazadas de piel. Se sentía delicioso allí abajo, y su cuerpo estaba agotado por las emociones del día. Revisó por última vez que el vendaje en su mano estuviera bien ajustado para no manchar las sábanas de sangre, y cerró los ojos, dispuesto a dormir.

Pero en la penumbra broncínea de su dormitorio, el sueño lo esquivó. Comenzó a sentirse agitado, molesto, su corazón palpitando rápido.

No estaba solo.

Había algo, o alguien acechándolo.Sin embargo, Aiden no se sintió en peligro. O más bien, por algún motivo el peligro se sentía delicioso, así que él permaneció inmóvil en su cama, boca arriba.

Alguien estaba allí, con él, en su dormitorio. En su misma cama, podía sentir una presencia bajo las mantas, chocando contra su piel.

¿Quién? No lo sabía, pero podía sentir unos ojos hambrientos sobre su piel. Unos ojos hambrientos, lobunos, los mismos que había visto en la neblina del bosque. Quiso moverse en la

cama, pero no pudo. Tampoco quiso: ahora eran dos manos las que recorrían su cuerpo, acariciando sus piernas, sus muslos, los huesos de su cadera, su vientre y su pecho, y se sentía delicioso. Esas manos masculinas y fuertes subieron por su cuerpo, y comenzaron a acariciarle el cuello. Aiden sintió que una erección desesperada crecía entre sus piernas, y una boca ansiosa jugaba con uno de sus pezones, despertando todo tipo de escalofríos en su piel ardiente.

Estoy teniendo un sueño húmedo, se dijo entre ojos cerrados. Tenía sentido: ¿hace cuánto que no se acostaba con nadie? Siempre había sido muy tímido para el ligue, demasiado incómodo para los antros gay, y los últimos meses con Marcus ni siquiera se acostaban. Su novio sí se acostaba con otros, después de prácticamente forzarlo a aceptar una relación abierta, pero a Aiden siempre le había parecido extraño acostarse con otros estando enamorado.

No quería arruinar esto pensando en Marcus: esas manos lo tocaban en todos los lugares correctos, y ahora su miembro estaba durísimo. Los labios y dientes que hasta entonces le habían torturado el pezón,ahora estaban mordisqueándole el cuello y Aiden soltó un gemido de placer algo vergonzoso.

Podía sentir el cuerpo de otro hombre sobre él, bajo las mantas, la sensación de una fría piel desnuda sobre la suya, despertándole escalofríos y estremecimientos deliciosos. Y esa piel además olía a madera y hojas quemadas, y le hacía dar vueltas la cabeza de anticipación y placer.

Aiden, susurró una voz dentro de su cabeza. Era la misma voz que había oído afuera, y se sentía demasiado real para ser un sueño. Aiden abrió los ojos y encontró el rostro de un muchacho a escasos centímetros del suyo.

Era tan hermoso que se estremeció; pero era una belleza exótica, masculina, casi de otra época. Con ojos grises y penetrantes, almendrados, enmarcados por dos cejas pobladas del mismo tono azabache que su cabello. Los ángulos de su nariz y quijada eran afilados, equilibrados por dos pómulos prominentes. Su piel era blanca y delicada como la nieve, y toda la vitalidad parecía estar concentrada en esos labios, carnosos y hambrientos, enrojecidos después de tanto besarlo y morderlo.

Sus miradas se encontraron, y Aiden se perdió en esos ojos eternos. Sintió que debajo de las mantas su cuerpo recibía una corriente eléctrica, su erección ya palpitando con fuerza, y chorreando pre semen.

—¿Q-quién eres? —preguntó entre jadeos.

Pero el otro no respondió, tan solo volvió a besarle el cuello, a morderlo hasta que Aiden estaba jadeando y hundiendo las yemas en la espalda gélida de ese extraño. Era tan frío que ardía, y ahora esa boca hambrienta estaba de nuevo en su pezón inflamado, torturándolo hasta que la cabeza de Aiden estaba dando vueltas. El extraño siguió descendiendo, y cuando envolvió la erección de Aiden en su palma, él se estremeció de nuevo, arqueando la espalda en contra de su voluntad.

Si esto era un sueño,se sentía demasiado real. La presión de esa mano era fuerte, perfecta, y subía y bajaba por su miembro a un ritmo cadencioso. Más pre semen brotó de él, y la lengua del extraño lo recogió, haciéndolo temblar. Cuando Aiden creyó que iba a correrse, ahora una boca caliente envolvía su miembro, y unos labios ajustaban todo su grosor. Ese muchacho lo tragaba casi completo, subiendo y bajando la cabeza a un ritmo lento y sensual, despertando todo tipo de sensaciones eufóricas en Aiden.

— ¡Más rápido, más rápido! —suplicó Aiden casi al borde del orgasmo.

Sin embargo, el desconocido parecía determinado a torturarlo, porque no aceleró el ritmo. En su lugar, continuó tragándolo despacio, decidido a despertar los placeres más intensos en la carne de Aiden. Su boca caliente subía y bajaba, empapada, y sus manos ahora subieron por las caderas de Aiden.

—Eres delicioso, Aiden...sabes tan bien...

Él se estremeció al oír esa voz, esas palabras. Y de pronto notó que el extraño era incapaz de hablar mientras lo tragaba completo. No, esas palabras estaban siendo pronunciadas dentro de su mente como un suspiro. Y esa boca lo devoraba vivo.

Él no estaba acostumbrado a que lo trataran así; a que alguien se preocupara tanto por construir su placer a un ritmo tan lento, a que toda la atención estuviera sobre su cuerpo. Ese hombre le estaba adorando la polla con devoción, besando, lamiéndolo, tragándolo, y Aiden ya no podía tolerarlo más.

—¡Me corro...! —soltó con un gemido lastimoso.

Pero el otro no se detuvo; lo tragó hasta lo más profundo de su garganta. Por algún motivo, Aiden buscó las manos de ese muchacho y entrelazaron sus dedos, y ese simple gesto fue lo que lo empujó al abismo. Meciendo las caderas y apretando los párpados, Aiden se corrió, y fue el orgasmo más devastador de toda su existencia. Todos sus músculos temblando, acumulando tensión y relajándose a la vez, golpeando todo su cuerpo con un hormigueo caliente. Su semen escapó de él a gruesos chorros, espasmo tras espasmo de gozo castigándolo, y el extraño tragó hasta la última gota con un hambre sobrehumano.

Esto no puede ser un sueño, pensó Aiden con una sonrisa jadeante, su cuerpo todavía palpitando por el placer. Es demasiado real.

Miró al chico sobre su cama, ahora sentado a horcajadas de él. Lo contemplaba con sus enormes ojos grises, estudiando cada expresión de placer que escapaba de Aiden, y a él le avergonzó que alguien lo mirara con tanta devoción. Sus ojos estudiaron al extraño de su sueño: su torso desnudo una perfecta escultura de alabastro. Hombros anchos y algo huesudos, con pectorales firmes y pálidos y dos pezones nacarados. Su abdomen era fuerte, y Aiden le acarició los músculos con las yemas. Su piel estaba fría. Y debajo de una mata de azabache vello púbico se alzaba una erección larga y gruesa, con la punta enrojecida y pálidas venas azuladas recorriéndola. Aiden se estremeció de nuevo ante esa imagen, su cuerpo cosquilleando de nuevo con deseo. Nunca había visto un cuerpo tan magnífico, y no podía esperar para deleitarse en él.

—Es mi turno ahora —dijo Aiden con algo de timidez, incorporándose con torpeza—. Déjame darte placer a ti ahora.

Extendió la mano para acariciar la mejilla del chico, y cuando lo hizo, el otro reparó en el vendaje de su mano. Soltó un siseo, como un gato asustado, y el extraño desapareció de su cama.

Capítulo 6

Aiden despertó con una sensación de tranquilidad inusual, como si el sueño lo hubiera envuelto en una capa de calma que hacía mucho no experimentaba. El suave murmullo del viento golpeaba las ventanas del hostal, y por primera vez en días, no sentía esa opresión en el pecho, ese constante presentimiento de que algo iba mal.

Parpadeó, acostumbrándose a la luz tenue que se filtraba por las cortinas gastadas. Se incorporó lentamente en la cama, notando el silencio reconfortante que llenaba la habitación. Por un momento, se permitió quedarse allí, envuelto en el calor de las mantas, disfrutando de la quietud que le proporcionaba ese amanecer. Todo parecía tan normal, casi cotidiano, como si la agitación de la noche anterior hubiera sido un mal sueño.

Pronto despertaron en él los otros recuerdos, los recuerdos del sueño que había tenido con ese atractivo desconocido. Soltó una risita al notar que tenía una molesta erección matutina, digna de un adolescente.

Comenzó a masturbarse, mientras languidecían en él los ojos, la piel y las caricias del muchacho de su sueño. Y la voz...esa voz... claramente una fantasía, porque ese hombre era perfecto en todo sentido. No podía ser real, apenas una creación de su inconsciente cachondo. ¡Si hasta parecía un vampiro! Pálido, de cabello negro y rostro angular...

Aiden apretó los párpados, se mordió el labio inferior y se masturbó más fuerte, más rápido, como si quisiera arrancarse el miembro. Mientras más recordaba esa boca caliente, esas manos, esos ojos...su clímax se acercaba. Se corrió retorciéndose en su cama, el semen aterrizando en su estómago mientras jadeaba, la imagen de ese muchacho exótico y hermoso detrás de sus párpados.

Debo estar muy necesitado de sexo, pensó mientras yacía en su cama, el orgasmo todavía palpitando en su carne y sus respiración agitada. No recordaba estar tan caliente en años.

Se tomó unos largos minutos para saborear el placer post orgasmo, y agradeció ser el único hombre en el viaje y poder tener una habitación para él solo. También agradeció no tener Internet; había algo relajante en no coger el móvil apenas despertaba.

Finalmente, se levantó, sintiendo los músculos un poco rígidos pero descansados. Se acercó a la pequeña ventana y apartó las cortinas. Afuera, el bosque se veía calmado, envuelto en una

suave niebla matinal, pero nada que recordara la espesa bruma que los había atrapado la noche anterior. El sol apenas asomaba sobre las copas de los árboles, pintando el paisaje de tonos dorados.

Suspirando con alivio, Aiden se vistió con calma y se echó un vistazo en el espejo del baño. Sus ojos ya no mostraban el cansancio extremo de los días anteriores. Su mano, aunque todavía con una pequeña marca del corte, parecía estar en mejor estado. No había signos de infección, algo que le tranquilizó.

Cuando bajó al salón, encontró a Claudia y Marlene ya sentadas a la mesa, riendo suavemente mientras compartían una taza de café. La atmósfera era ligera, completamente distinta a la noche anterior.

—¡Buenos días, dormilón! —bromeó Claudia, dándole una sonrisa—. Pensamos que ibas a quedarte en la cama todo el día.

—¿Qué tal dormiste? —preguntó Marlene, con los ojos brillantes—. Anoche estabas agotado.

—Sorprendentemente bien —admitió Aiden mientras tomaba asiento—. Creo que necesitaba un buen descanso después de todo lo de ayer.

—Eso nos hace bien a todos —Claudia asintió, sirviendo un café—. Vamos a tener un día productivo hoy. Después de lo que pasó ayer, hemos decidido hacer una pausa. Iremos a la biblioteca del centro, nada tan intenso.

—Me parece bien —asintió él, y le dio un sorbo a su café—. Yo también voy a mantenerme alejado de ruinas oxidadas y optar por algo más tranquilo. Daré unas vueltas por el pueblo y trataré de entrevistar a algunos locales. Con algo de suerte, obtendré algunos testimonios interesantes.

—Buena suerte con eso —suspiró Marlene entre dientes.

—Gracias, la voy a necesitar —respondió Aiden con una sonrisa irónica, recordando las advertencias de los ancianos sobre las ruinas de Dnega y el aire de superstición que parecía envolver el lugar. Suponía que no sería fácil encontrar a alguien dispuesto a hablar abiertamente de esos temas.

Claudia miró por la ventana, observando el cielo despejado.

—Al menos parece que el clima está de nuestro lado hoy —comentó, intentando añadir algo de ligereza a la conversación.

Marlene soltó una risita y añadió:

—Sí, ojalá el pueblo esté igual de despejado de supersticiones.

Aiden rió con ellas, pero aún sentía una incomodidad persistente bajo la piel, una sensación que no se había disipado del todo. De todas formas, decidió dejarla de lado por el momento. Se terminó su café y se levantó de la mesa, listo para empezar el día.

—Bueno, será mejor que me ponga en marcha —dijo, ajustándose el abrigo—. Nos vemos más tarde en el hostal. Tal vez tenga algunas historias interesantes para contarles.

Claudia le sonrió, mientras Marlene levantaba una mano en señal de despedida.

—Cuídate, Aiden. Y no te metas en líos, ¿eh? —bromeó Marlene, aunque había un leve tono de preocupación en su voz.

—Lo intentaré —respondió Aiden, y tras intercambiar una última mirada con sus amigas, salió del hostal.

El aire frío de la mañana lo envolvió de inmediato, despejando cualquier resto de sueño que quedara en su mente. Mientras caminaba por las calles silenciosas del pueblo, Aiden no pudo evitar pensar en las ruinas y en la figura que había visto la noche anterior. Había demasiadas preguntas sin respuesta, pero hoy no era el día para enfrentarse a todas ellas. O al menos, eso se dijo a sí mismo mientras se alejaba del hostel.

Aiden caminó por las estrechas calles del pueblo, que parecían aún más vacías en la fría luz de la mañana. El sol apenas asomaba por entre las montañas, arrojando largas sombras sobre los edificios de piedra. No había muchos locales a la vista, pero sabía que su mejor oportunidad de

encontrar gente dispuesta a hablar sería en alguna de las tabernas.

Finalmente, dio con un pequeño local al borde de la plaza principal, una taberna rústica con un letrero de madera desgastado que colgaba sobre la puerta. El sonido de voces apagadas se escuchaba desde adentro, y el olor a café fuerte y pan recién horneado lo invitó a entrar.

Cuando cruzó la puerta, el murmullo se redujo ligeramente, y varias cabezas se volvieron hacia él, un forastero evidente en un lugar tan cerrado y pequeño. Aiden ignoró las miradas y caminó hasta la barra, donde un hombre de mediana edad con un delantal gris lo observaba con recelo.

—¿Qué puedo servirte? —preguntó el tabernero sin mucha emoción, limpiando un vaso con un trapo.

—Un café, por favor —respondió Aiden con una sonrisa cordial. Tras recibir su taza, se sentó en una mesa al fondo, observando a los demás clientes. Había un grupo de hombres mayores jugando a las cartas en una esquina, y dos mujeres sentadas cerca de la ventana, hablando en voz baja. Aiden decidió que lo mejor sería abordar la conversación de manera casual. Después de todo, no podía simplemente lanzarse con preguntas sobre vampiros.

Terminó su café y se dirigió a la mesa donde los ancianos jugaban.

—Disculpen —dijo con tono amistoso—, estoy de viaje por Hovra, y me gustaría conocer sobre el pueblo, y me pregunto si alguno de ustedes podría contarme un poco sobre los mitos que han escuchado desde niños. Estoy investigando las leyendas de la región.

Uno de los hombres, de cabello canoso y rostro surcado de arrugas, lo miró fijamente mientras el resto permanecía en silencio.

—¿Leyendas? —respondió el anciano con una ceja levantada—. Hay muchas, pero no todas son aptas para turistas curiosos.

Aiden sonrió, tratando de desarmar la hostilidad.

—No soy un turista, soy investigador. Estoy haciendo mi posgrado sobre historia local, especialmente en los relatos antiguos... ya saben, sobre los tiempos de Vlad Tepes.

Al oír ese nombre, los hombres intercambiaron miradas, como si el ambiente se hubiera tensado de repente.

—No deberías pronunciar ese nombre a la ligera —dijo un hombre.Parecía gravemente insultado—. Ustedes, forasteros cobardes, no saben nada.

—Entiendo que para ustedes es un héroe — dijo Aiden con el mayor de los respetos posibles, pero sentía que con cada palabra se hundía más entre las miradas de desprecio—. No pretendo faltarles el respeto, solo quiero oír la historia de la boca de su propio pueblo.

El anciano que había hablado antes soltó una risa amarga.

—Mejor olvídese de eso. No encontrará respuestas aquí, solo problemas. —Volvió a concentrarse en su juego de cartas, ignorando a Aiden por completo.

Aiden insistió, inclinándose un poco hacia ellos.

—He oído hablar de ciertas...criaturas que habitan en las ruinas. ¿Alguno de ustedes sabe algo al respecto? Vampiros, tal vez.

El hombre dejó caer sus cartas sobre la mesa con brusquedad y lo miró con frialdad.

—Aquí no hablamos de esas cosas, muchacho. Si tienes algo de sentido común, harías lo mismo. —Sus palabras fueron un claro cierre a la conversación. Los demás hombres asintieron en silencio, sin hacer contacto visual con Aiden.

Desalentado pero no dispuesto a rendirse, Aiden se giró hacia las dos mujeres junto a la ventana. Parecían más jóvenes, tal vez más dispuestas a hablar. Pero cuando las miró, ambas desviaron la mirada rápidamente, como si quisieran evitar cualquier tipo de interacción.

Aiden suspiró, sintiendo el peso del silencio incómodo que ahora colgaba en la taberna. Parecía que nadie iba a hablar abiertamente sobre lo que realmente creían, o sobre las leyendas que circulaban en esa región. Fuera por miedo o superstición, el tema de los vampiros estaba claramente vetado.

Terminó su café y dejó un par de monedas en la mesa. Cuando se dirigió hacia la puerta, el

tabernero lo detuvo con un comentario en voz baja.

—Te sugiero que no sigas hurgando en cosas que deberían quedarse enterradas. Aquí, a la gente no le gusta hablar de ciertas cosas.

Aiden lo miró, su mente llena de preguntas, pero sabía que presionar más sería inútil.

—Gracias por el consejo —respondió, y salió de la taberna.

Afuera, el aire frío lo recibió de nuevo, y mientras caminaba no pudo evitar sentir que las advertencias y los silencios hablaban más de lo que los propios aldeanos se atrevían a decir.

Aiden pasó el resto del día deambulando por las callejuelas del pueblo, buscando alguna oportunidad para entrevistar a los locales. El frío mordía sus mejillas mientras cruzaba la plaza central y se adentraba en los caminos más estrechos, donde las casas se apiñaban unas contra otras como si estuvieran tratando de protegerse del viento.

Su primer intento fue en una pequeña tienda de comestibles. Entró, saludando amablemente al hombre detrás del mostrador, que parecía más interesado en el periódico que en su nuevo cliente.

—Buenos días —dijo Aiden—. Tal vez pueda ayudarme, mi nombre es Aiden Stefano y estoy de visita, investigando el folklore local. ¿Tal vez podría colaborar con mi tesis y contarme algo sobre las ruinas de Dnega?

El hombre levantó la vista apenas un segundo, frunciendo el ceño como si Aiden le estuviera hablando en otro idioma. Sin decir una palabra, volvió a concentrarse en su periódico. El silencio en la tienda se hizo palpable, y Aiden supo que no iba a obtener ninguna respuesta allí. Salió con un suspiro, sintiéndose cada vez más frustrado.

Después, intentó hablar con una mujer que llevaba una cesta de pan camino a su casa. La detuvo con una sonrisa amistosa, presentándose como investigador y explicando que estaba recopilando información sobre las leyendas del pueblo. La mujer, de cabello canoso y rostro severo, lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—No tengo nada que decir —murmuró antes de apresurarse a continuar su camino.

Aiden suspiró profundamente. Parecía que cada intento lo llevaba a lo mismo: miradas evasivas, negativas rápidas, o directamente ignorancia sobre el tema. Intentó con un par de personas más: un herrero que afilaba cuchillos fuera de su taller y una pareja de ancianos que descansaban en un banco junto a la plaza. Nadie quería hablar, y en algunos casos, ni siquiera se molestaban en responderle.

El día avanzaba rápidamente, y el sol apenas calentaba la helada que seguía colgando en el aire. Aiden, ahora con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido, finalmente decidió regresar al hostel. Sentía que había agotado todas las posibilidades de obtener información en el pueblo.

Caminó de regreso por las mismas calles que había recorrido esa mañana, pero esta vez el peso de la decepción lo acompañaba. Las palabras del tabernero aún resonaban en su mente: "Algunos recuerdos es mejor no desenterrarlos". ¿Estaba todo el pueblo decidido a mantener en silencio algo que claramente les aterraba? ¿O había una superstición tan profunda que ni siquiera se atrevían a hablar sobre ella?

Cuando llegó al hostel, el cielo estaba nublado, y el frío parecía haberse intensificado. Aiden empujó la pesada puerta de madera y entró, agradecido por el calor que lo recibió. En la sala principal, Marlene y Claudia estaban sentadas junto al fuego, revisando sus notas.

—¿Y cómo te fue? —preguntó Marlene sin levantar la vista de sus papeles.

—No muy bien —respondió Aiden, dejándose caer en una silla cercana—. Nadie quiere hablar. Es como si mencionar las leyendas locales fuera un tabú o algo así.

Claudia lo miró con simpatía mientras guardaba sus frascos de muestras en su bolso.

—Bueno, al menos lo intentaste. Este lugar es más extraño de lo que parece a simple vista.

—Eso seguro —murmuró Aiden, frotándose las manos para calentarlas—. Pero no pienso rendirme. He estado esperando este viaje toda mi vida, no puedo echarme atrás ante el primer obstáculo.

Marlene levantó la vista entonces, frunciendo el ceño.

—Solo no te metas en problemas, ¿sí? Ayer ya fue bastante complicado con las ruinas. No

querrás que te pase algo más raro aún.

Aiden sonrió. Sabía que Marlene tenía razón, sin embargo, algo lo atraía a seguir investigando, a descubrir qué secreto se ocultaba bajo la superficie de ese lugar tan cerrado y lleno de sombras.

La tarde fue cayendo lentamente, y el ambiente en el hostal se hizo cada vez más cálido gracias al crepitar constante del fuego. Afuera, el viento gélido comenzaba a aullar entre los árboles, y las sombras se alargaban en el interior del salón. María, la anciana, apareció al cabo de un rato con una olla humeante en las manos, y les sirvió una abundante cena: un guiso espeso con papas, zanahorias y carne de cordero. El aroma llenó la sala, creando un aura reconfortante alrededor de la mesa.

Aiden, Marlene y Claudia se sentaron junto al fuego, comiendo en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. La calidez de la comida y el chisporroteo del fuego ofrecían una paz momentánea, pero Aiden no podía dejar de pensar en las extrañas experiencias del día, en los rostros evasivos de los locales y en las ruinas que había explorado.

De repente, la puerta principal se abrió con un crujido que resonó en la estancia, y una ráfaga de aire frío invadió la sala. Aiden levantó la vista de su plato, al igual que Marlene y Claudia. Un hombre alto y delgado entró en la posada, vestido con un largo abrigo negro que casi llegaba al suelo. Su cabello oscuro caía en mechones desordenados alrededor de su rostro pálido, y sus ojos, de un gris profundo y penetrante, se movieron con calma por la habitación antes de detenerse en los tres comensales junto al fuego.

En ese preciso instante, el tiempo se detuvo para Aiden. No había nadie en aquella habitación perdida en Rumania más que él y ese extraño de ojos grises. El latido rabioso de su corazón hacía eco con la nevada afuera, y él solo podía contemplar ese rostro que no le era del todo desconocido. Ese extraño de rostro níveo y angular era el mismo que había visto en sus sueños, el que lo había besado y complacido con esos labios generosos y sonrojados.

¿Cómo era posible?, se preguntó mientras todo su cuerpo despertaba con hormigueos ardientes, su corazón acelerado y su polla latiendo despacio dentro de sus pantalones. ¿Tal vez su sueño erótico no había sido un sueño?¿Tal vez ese huésped se había escurrido en su habitación anoche para tener sexo con él?

El recién llegado cerró la puerta tras de sí y se sacudió la nieve de los hombros. María, que había estado limpiando algunos platos, se acercó rápidamente a él, intercambiando algunas palabras en voz baja, aunque su tono era extrañamente respetuoso, casi reverente. Aiden no pudo escuchar lo que decían, pero la curiosidad se encendió en él al instante.

—Parece que tenemos compañía —murmuró Marlene con una sonrisa, aunque su tono reflejaba cierto nerviosismo.

Claudia, que había estado observando en silencio, solo asintió y continuó comiendo, aunque Aiden pudo notar que su mirada no se apartaba del nuevo huésped.

—Es sexy...—murmuró la chica.

Aiden asintió, todavía incapaz de pensar con claridad. Un cosquilleo se agitó en su interior; pensar que ese extraño se había metido en su habitación para follar con él era excitante, pero también era una locura. ¿En qué momento ese huésped había puesto sus ojos en él? No había nadie en el hostel cuando llegaron. ¿Y cómo había desaparecido tan rápido? Aunque a decir verdad, Aiden estaba algo adormilado, y tal vez no recordaba todo con exactitud. Y toda la experiencia, por más vivida y excitante que haya resultado, estaba envuelta en una neblina fantasmal.

Pero al mismo tiempo: ¿cómo era posible que él hubiera soñado con la cara de alguien que nunca antes había conocido?

El hombre finalmente se acercó al fuego y se quitó el abrigo, revelando una vestimenta oscura y elegante debajo. Su cuerpo era alto y esbelto, pero con hombros anchos. Sus movimientos eran fluidos, casi hipnóticos, y cuando tomó asiento en una silla cercana, Aiden sintió algo extraño en su interior, como si una fuerza invisible lo atrajera hacia él. Era una sensación inexplicable, una mezcla de inquietud y fascinación. No podía apartar la mirada de aquel hombre.

—Buenas noches —dijo el desconocido con una voz profunda y suave, cargada de una elegancia antigua que no encajaba con el lugar modesto en el que estaban.

La misma voz que había oído en sueños.

—Buenas noches —respondió Aiden, antes de que Marlene o Claudia pudieran decir algo. Se

sorprendió de lo rápido que había hablado, como si hubiera estado esperando el momento para dirigirse a él. El hombre le sonrió, una sonrisa cálida, reconfortante, y Aiden sintió un escalofrío recorrerle la columna.

El extraño inclinó la cabeza levemente, reconociendo el saludo. Otra vez, el tiempo se detuvo, y Aiden solo podía perderse en esos ojos, donde diamantes danzaban con turmalinas.Todo su cuerpo estaba despertando, las pulsaciones aceleradas y el calor entre sus piernas amenazando con provocarle una erección.

—Tú debes ser el botánico que estudia de noche. —Marlene interrumpió el silencio.

—Así es —respondió el hombre, con una sonrisa apenas perceptible—. Mi nombre es Tobías Nicolai.

Su voz era tan suave como las brasas del fuego, y cada palabra que decía parecía envolver la habitación con un manto de misterio.Claudia, que aún no había despegado los ojos del hombre, dejó escapar una risita nerviosa.

—Yo soy Claudia, ella es Marlene, estamos en el campo de las ciencias naturales también.
—Un gusto conocerlas —dijo en un tono caballeroso que parecía atemporal.

El extraño viró la mirada hacia Aiden, sus ojos grises reflejando las llamas del fuego como si ocultaran secretos profundos.

Aiden sintió un calor subir por su cuello y apartó la mirada, avergonzado por lo evidente que se sentía su interés. ¿Por qué este hombre le provocaba esa mezcla de deseo y temor? Era como si una parte de él supiera que debía mantenerse alejado, pero al mismo tiempo, algo en su interior lo empujaba a acercarse.

—Yo...yo...—tartamudeó,reparando de nuevo en cómo su cuerpo estaba perdiendo el control —. Aiden...Aiden Stefano.

—Un placer conocerte, Aiden.

Aiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda ante esas palabras.El fuego chisporroteó suavemente, y él no podía sacudirse la extraña sensación de déjà vu. La voz del desconocido, su

presencia imponente, todo le resultaba inquietantemente familiar, pero no podía descifrar si su experiencia había sido un simple sueño o casualidad.

El silencio que siguió fue casi insoportable. El desconocido lo miraba con una intensidad que lo hacía sentir desnudo ante él, como si pudiera ver más allá de su fachada, más allá de la normalidad que trataba de proyectar.

—El placer es mío —balbuceó Aiden incapaz de articular una respuesta coherente.

Esa mirada lo atrapaba, había algo más profundo, algo más oscuro, y no podía evitar sentirse cautivado por ello.

Claudia, tal vez notando el nerviosismo de Aiden, intentó retomar la conversación con ligereza, aunque su propia voz temblaba ligeramente.

—Únete, cena con nosotros.

Tobías agradeció con un gesto silencioso, y tomó asiento junto a Marlene, quedando enfrentado a Aiden. Ahora sí, él no podía escapar de esos ojos gélidos y ardientes al mismo tiempo que lo observaban como un depredador acecha a su presa.

—¿Te quedarás mucho tiempo por aquí? —preguntó Marlene.

—Soy de Bucarest, me quedaré aquí hasta pasada la Luna de Sangre —respondió Tobías, jugueteando con el borde de una copa vacía.

—¿La Luna de Sangre? —Aiden se adelantó—. ¿Conoces ese festival?

—Por supuesto —sonrió Tobias—, ya te he dicho que he nacido aquí.

—Aiden se especializa en folklore europeo —explicó Marlene—, pero hasta ahora no ha tenido mucha suerte consiguiendo testimonios.

—No me extraña —dijo Tobías—, la gente aquí es desconfiada de los extraños. Y tienen toda la razón de serlo; este pueblo ha sufrido mucho.

El comentario de Tobías cayó sobre la mesa como una losa pesada. El fuego seguía chisporroteando suavemente, pero el ambiente en la sala se había vuelto tenso, como si la mención de ese sufrimiento oculto hubiera traído consigo una sombra oscura que envolvía a todos.

Aiden frunció el ceño, su curiosidad aún más despierta ante las palabras del hombre.

—¿A qué te refieres? —preguntó con cautela, sintiendo una mezcla de emoción y aprensión al mismo tiempo.

Tobías lo miró directamente, sus ojos penetrantes como el hielo, pero había un brillo en ellos que parecía esconder secretos profundos, como si supiera mucho más de lo que estaba dispuesto a compartir.

—Este lugar ha visto demasiada muerte, demasiadas tragedias —dijo, su voz suave, casi hipnótica—. Las leyendas no son solo historias para entretener a los turistas o asustar a los niños... Aquí, esas leyendas son parte de la vida cotidiana. Especialmente durante la Luna de Sangre.

El nombre "Luna de Sangre" parecía reverberar en el aire, cargado de significado. Marlene y Claudia intercambiaron miradas, claramente inquietas, pero fue Aiden quien se inclinó hacia adelante, incapaz de contener su sed de respuestas.

—¿Qué sucede exactamente durante esa luna? —insistió Aiden—. He oído rumores, pero nada concreto. Nadie quiere hablar de ello.

Tobías esbozó una sonrisa tenue, y sus dedos tamborilearon suavemente sobre la mesa, un gesto casi casual, pero que a Aiden le pareció que ocultaba algo más.

—No es solo un festival... —respondió finalmente Tobías—. Es un momento en que el velo entre nuestro mundo y el otro se vuelve delgado. Muy delgado. Antiguamente, la gente del pueblo realizaba ritos para protegerse de las fuerzas que cruzaban ese umbral. No todos lo creen hoy en día, pero algunos, los que recuerdan, aún temen.

Aiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La mención del "otro lado" evocaba imágenes de los vampiros y las criaturas que había estado estudiando en sus investigaciones. Las

supersticiones que rodeaban este tipo de fenómenos siempre lo habían fascinado, pero ahora, con Tobías tan cerca, con su presencia inquietante y su conocimiento íntimo de las tradiciones, esas leyendas ya no parecían simples cuentos.

—¿Y tú? —preguntó Aiden, su voz apenas un susurro—. ¿Tú lo crees?

Tobías se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando a la luz del fuego mientras hablaba en voz baja, casi conspiratoria.

—Digamos que hay razones para creer —murmuró, su sonrisa enigmática de nuevo en su rostro—. Y si eres inteligente, Aiden... también tendrás cuidado. La Luna de Sangre trae consigo más de lo que cualquier libro de folklore podría contar.

El silencio volvió a reinar en la sala, mientras el crepitar del fuego parecía intensificarse. Aiden no pudo apartar la mirada de Tobías, su mente corriendo en círculos mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar. ¿Qué sabía realmente este hombre? ¿Y por qué sentía que había mucho más de lo que estaba dispuesto a compartir?

De pronto reparó en que Tobías era el único que no estaba comiendo.

—¿No vas a comer? —ofreció Aiden.

Tobías sacudió la cabeza.

—He cenado más temprano. —Sus ojos grises viraron hacia el brazo de Aiden—. ¿Qué te ha ocurrido allí?

—Solo un cortecito.

El hombre asintió lentamente, su expresión imperturbable, y al mismo tiempo una ebullición de emociones. Aiden necesitó de toda su fuerza de voluntad para sostenerle la mirada. Tobías se levantó de su asiento, moviéndose con la misma gracia hipnótica que había mostrado antes.

—Es hora de retirarme, como ya saben tengo horarios extraños —dijo, inclinando ligeramente la cabeza hacia las chicas y luego hacia Aiden—. Cuídate mucho, Aiden.

Se despidió con un leve gesto de la mano, y desapareció con la misma sutileza con la que había llegado. Aiden lo siguió con la mirada, sintiendo que algo importante había quedado sin resolver, pero incapaz de nombrarlo.

Claudia rompió el silencio primero, dejando escapar un largo suspiro.

—Qué tipo tan... intrigante —dijo con una mezcla de nerviosismo y fascinación.

Marlene asintió lentamente, pero Aiden no respondió. Se quedó mirando las brasas, todavía tratando de descifrar por qué había soñado con él sin siquiera conocerlo. O tal vez, Tobías sí se había escabullido en su habitación.

—¿Crees que tenga novia? —preguntó Claudia, visiblemente excitada.

—Claudia...—Marlene puso los ojos en blanco—, si a Tobías le interesa alguien de esta mesa, claramente es Aiden.

Los ojos de la chica se posaron en Aiden, abiertos como platos, y él sintió que el ardor subía por su cara.

—¿De qué estás hablando? —farfulló él.

—¡Vamos! Te estaba comiendo con los ojos, era prácticamente como si Claudia y yo no existiéramos.

Aiden soltó una risita, y poco a poco sintió que su cuerpo se iba relajando.

—No....yo...ya les he dicho que pasé por una ruptura dolorosa. No creo estar listo para empezar una relación nueva tan pronto.

—¿Y? —soltó Marlene en tono juguetón— Nada mejor para olvidar a un ex que tener sexo salvaje con un desconocido. nadie está hablando de una relación seria.

—¿Acaso no te gusta? —preguntó Claudia.

—No dije eso.

—Le gusta —sonrió Marlene con picardía—. Vamos, ¿qué te detiene? Los dos son adultos.

—¿Qué edad crees que tenga? —preguntó Claudia, y Aiden reparó en que era imposible dilucidar cuántos años tenía Tobias. Lucía joven, pero había algo antiguo en la forma en que se conducía y hablaba.

—Es que...—Aiden tomó una larga inhalación antes de hablar—, yo nunca he servido para eso. Para el sexo casual. Necesito conocer a la persona antes, estar enamorado...

Volvió a repasar el sueño con Tobias, aunque ya ni siquiera sabía si realmente había sido un sueño.

—Tal vez este es el momento de cambiar —insistió Marlene—. Mira, en dos semanas regresarás a casa, ¿por qué no divertirte un poco con un extraño sexy al que claramente le gustas? No tienes nada que perder.

Durante una fracción de segundo, Aiden consideró contarles a sus amigas lo que había sucedido con Tobías, pero se contuvo. Iban a creer que estaba loco. Él mismo ya estaba dudando de su capacidad de diferenciar entre realidad y fantasía.

Así que no dijo nada, tan solo sonrió.

De pronto, la idea de separar sexo de sentimientos y disfrutar de algo con Tobias era increíblemente tentadora.

.

Capítulo 7

Aiden se despertó lentamente, envuelto en una cálida sensación de descanso, algo inusual después de los extraños sueños que lo habían atormentado los últimos días. Aunque era una tortura deliciosa, soñar con las manos y la boca de Tobías. El sol apenas filtraba su luz a través de las cortinas, y la neblina de la mañana le daba al cuarto una atmósfera tranquila. Se estiró en la cama, disfrutando del silencio por un momento, antes de finalmente levantarse y vestirse.

Las palabras de Marlene todavía resonaban en su mente: ¿por qué no separar sexo de amor con Tobías? Tan solo fantasear con eso le despertaba pulsaciones en el miembro.

Pero ahora tenía cosas más importantes.

Cuando bajó al comedor, el aroma a café recién hecho lo recibió de inmediato. Aiden suspiró, agradecido por ese pequeño lujo, y se sirvió una taza caliente. Mientras lo hacía, los ancianos dueños de la posada, lo saludaron con una sonrisa.

—Buenos días, joven —dijo el anciano mientras removía su propio café—. Sus amigas ya se fueron hace un rato.

Aiden, sorprendido, alzó la vista de su taza.

—¿Se fueron? ¿Tan temprano?

—Sí, se marcharon al amanecer para evitar la tormenta pronosticada para esta noche —respondió la mujer, sirviendo un poco más de pan fresco en la mesa—. Dijeron que tenían varias tareas pendientes en el campo y no querían perder tiempo. Parece que van a estar todo el día ocupadas.

Aiden asintió, dándole un sorbo al café. La noticia le cayó con una mezcla de alivio y desconcierto. No le habían despertado, lo cual era algo inusual, pero tampoco se había ofrecido a acompañarlas el día anterior. Estaba claro que Claudia y Marlene tenían sus propias prioridades en la investigación, y quizás querían aprovechar la mañana sin distracciones.

—Bueno, supongo que es un buen momento para continuar con mis propias tareas —murmuró, más para sí mismo que para los ancianos.

El hombre mayor asintió con un gesto lento y paternal.

—Tal vez hoy encuentres a alguien más dispuesto a hablar contigo en el pueblo.

—No lo creo —dijo Aiden, sonriendo. Miró a través del ventanal, los campos grises meciéndose al viento—. pero de todos modos, creo que hoy voy a dedicarme al marco teórico.

Aiden miró a través del ventanal, observando el bosque que se extendía más allá de los campos. No era un día para estar fuera; el bosque por algún motivo lucía más fantasmagórico que de costumbre. Una capa de niebla cubría los árboles, envolviendo sus siluetas retorcidas en una atmósfera de fantasía y terror. Las ramas desnudas se agitaban con el viento, como si fueran manos espectrales alzándose desde la tierra. El suelo del bosque, cubierto de hojas caídas y humedad, parecía latir con una vida propia, mientras sombras largas se proyectaban en todas direcciones, creando un laberinto de oscuridad en constante movimiento.

El bosque, en toda su quietud y misterio, exudaba una presencia inquietante, como si aguardara algo, como si cada árbol, cada roca, tuviera una historia macabra por contar. No era difícil imaginar que aquel lugar había sido testigo de cosas inenarrables a lo largo de los siglos. Aiden podía sentir el peso de aquellas leyendas no contadas en el aire, cada vez más densas, más imponentes. Una sensación de frío, no solo físico, sino también espiritual, se aferraba a la

atmósfera.

Definitivamente no es un día para estar afuera, pensó Aiden, sacudiendo la cabeza. Decidió que pasaría el día en un lugar más seguro y cálido: la sala común del hostel. Ya que su tesis parecía atascada, por lo menos podía avanzar leyendo libros sobre vampiros y folklore, buscando alguna pista que lo guiara en su investigación.

Pero antes debía hacer una escala en la biblioteca.

Terminado el café, Aiden se despidió de los ancianos y salió de la posada. El aire frío y denso de la mañana lo envolvió de inmediato, y una ligera neblina cubría las calles de ese pequeño pueblo. Sus zapatos crujieron sobre la grava húmeda mientras avanzaba, y el silencio del lugar parecía amplificar cada uno de sus pasos.

El trayecto hacia la biblioteca fue breve, pero no por ello menos inquietante. Los caminos rurales que rodeaban el pueblo estaban vacíos, cubiertos de una niebla persistente que parecía tragarse el horizonte. Al llegar al pequeño y antiguo edificio de la biblioteca, Aiden respiró hondo antes de entrar. Había algo reconfortante en estar rodeado de libros, de conocimiento-

Dentro, el ambiente era tranquilo, pero las paredes, revestidas de estantes de madera oscura, emanaban un aura de siglos de antigüedad. Aiden recorrió los pasillos, examinando los lomos desgastados de los libros hasta que encontró lo que buscaba: títulos polvorientos que hablaban de vampiros, leyendas antiguas y rituales olvidados. No podía evitar emocionarse, sintiendo que, aunque no lograra entrevistas, podía encontrar respuestas entre esas páginas amarillentas.

Llenó sus brazos con una pila de libros que hablaban de mitos y criaturas de la noche, y tras hacer el registro con la bibliotecaria, salió cargado con su botín literario.

De vuelta en el hostel, el fuego ya estaba encendido en la sala común, creando un ambiente cálido y acogedor. Aiden se acomodó en una de las sillas de cuero, con una manta sobre las piernas, mientras colocaba los libros en una mesita junto a él. Afuera, el viento seguía aullando entre los árboles, pero allí dentro solo se oía el crepitar de las llamas.

Con el primer libro entre sus manos, comenzó a leer sobre las antiguas leyendas de vampiros que habían dominado el folclore europeo. Relatos que describían seres inmortales, sedientos de sangre, que se alimentaban de los vivos bajo la luz de la Luna de Sangre. Aiden se perdió en

aquellas historias, pasando página tras página, tomando notas cuando encontraba algo que podría ser útil para su investigación.

Pasó horas de esta manera, inmerso en la lectura, mientras la tarde transcurría y las sombras se alargaban en la habitación. El fuego ardía suavemente, acompañando su soledad en medio de los susurros antiguos de aquellos libros. Y aunque Aiden estaba rodeado de palabras y relatos, no podía sacarse de la cabeza la misteriosa presencia de Tobías y lo que este podía significar para él.

Aunque tenía entre sus manos auténticos tesoros,libros que nunca podría encontrar en su tierra natal, a Aiden le costaba mantener su atención en las páginas. Los ojos grises de Tobías regresaban para seducirlo, para torturarlo...

¿Tal vez debía hacerle caso a Marlene? Dejar de ser tan cursi y de disfrutar del sexo sin amor, como todas las personas de este siglo. Después de todo, ¿de qué le había servido buscar amor en el pasado? Solo había atraído a un narcisista manipulador como Marcus...

Regresó al estudio: el tiempo parecía desvanecerse mientras las palabras en las páginas danzaban ante sus ojos. Y así, entre el calor del fuego y el misterio de las leyendas, Aiden encontró un refugio temporal en su lectura, aunque sabía que pronto tendría que enfrentarse a algo mucho más real que cualquier mito o cuento antiguo.

Pronto anocheció, y el sonido de la lluvia golpeando el techo rompió el silencio. Un estruendo lejano anunció la llegada de una tormenta. El viento, que antes apenas susurraba entre las ramas, ahora aullaba, haciendo que las ventanas del hostel vibraran levemente. Aiden, que había estado tratando de concentrarse en uno de los antiguos libros de folklore, levantó la vista hacia el ventanal. Afuera, la oscuridad del bosque parecía engullir el mundo, y el cielo se había teñido de un gris profundo, casi negro.

Se preguntó si sus amigas estarían bien, si la tormenta las había atrapado. Miró su móvil, pero no había mensajes.

Las llamas del fuego chisporroteaban, arrojando sombras en las paredes, y la cálida sala común del hostel contrastaba con el caos que reinaba fuera. Aiden intentó volver a leer, pero su mente seguía volviendo a Tobías. Era imposible sacarse de la cabeza a ese hombre misterioso, como si Tobías estuviera atado a él de una manera que Aiden no lograba comprender.

Un relámpago iluminó brevemente la habitación, seguido de un estruendo de trueno que hizo que el corazón de Aiden latiera más rápido. En ese mismo instante, la puerta del hostel se abrió, y un torrente de aire frío y húmedo invadió la estancia. Aiden giró la cabeza rápidamente, su cuerpo tenso por la sorpresa, y allí estaba Tobías.

Empapado por la tormenta, el hombre se detuvo en la entrada, con el cabello oscuro pegado a la frente y su abrigo negro goteando agua en el suelo. No parecía afectado por el mal tiempo ni por el frío que traía consigo; de hecho, su expresión era tranquila, casi serena, como si nada en el mundo pudiera perturbarlo. Los ojos de Aiden se encontraron con los suyos, y una corriente eléctrica pareció atravesar la habitación.

—Una tormenta bastante fuerte, ¿no crees? —dijo Tobías con su voz suave y profunda, quitándose el abrigo con lentitud, como si estuviera perfectamente en casa, a pesar de ser un huésped reciente.

Aiden tragó saliva, sintiendo cómo el calor de las llamas se mezclaba con una nueva oleada de calor interno, algo más profundo y difícil de describir.

—Sí, parece que se desató de repente —respondió, intentando sonar casual mientras apartaba la mirada y cerraba el libro que estaba leyendo, como si el contenido de esas páginas fuera insignificante ante la presencia de Tobías.

El hombre avanzó lentamente hacia el fuego, sacudiéndose un poco el agua del cabello antes de dejar caer su abrigo en una silla cercana. La luz del fuego iluminaba sus facciones angulosas, resaltando la intensidad de sus ojos grises, que nunca parecían dejar de observar a Aiden, como si estuviera desnudándolo con la mirada.

—¿Te molesta si me uno? —dijo mientras se acercaba a Aiden casi como si estuviera danzando.

Él asintió y lo invitó a sentarse en el sillón a su lado. Intentaba lucir calmo y tranquilo, pero estaba ardiendo por dentro.

Durante unos momentos intentó sumergirse de nuevo en las páginas del libro, pero podía sentir la mirada de Tobías devorándolo, y un cosquilleo en su estómago y entre sus piernas le impedía concentrarse.

—¿Qué lees? —preguntó Tobías, su tono amable pero cargado de una curiosidad inusual.

Aiden intentó controlar su respiración y levantó el libro para que Tobías pudiera ver la portada, aunque las palabras se le quedaban atrapadas en la garganta.

—Folklore… vampiros —murmuró finalmente.

Tobías sonrió, una sonrisa lenta y enigmática que envió un nuevo escalofrío por la espalda de Aiden.

—Ah, vampiros… —dijo Tobías, tomando asiento frente a él, tan cerca que el calor de su cuerpo se mezclaba con el del fuego—. Una fascinación que muchos comparten, pero pocos entienden realmente.

Aiden sintió que su piel se erizaba al oír esas palabras. El sonido de la tormenta afuera se intensificó, como si el cielo estuviera gritando, pero dentro de aquella sala, el tiempo parecía haberse detenido. La atención de Tobías era tan penetrante que Aiden apenas podía pensar con claridad.

—¿Y tú entiendes? —preguntó Aiden, casi en un susurro, como si temiera la respuesta.

Tobías mantuvo la mirada fija en él, inclinándose levemente hacia adelante, su rostro iluminado por las llamas.

—Digamos que tengo cierta… familiaridad con las leyendas —respondió, su voz envolviendo a Aiden como un murmullo hipnótico—. Es imposible no tenerla cuando has nacido aquí. Pero, Aiden, el verdadero poder de las leyendas no está en lo que se cuenta, sino en lo que no se dice.

Aiden sintió que su corazón latía con más fuerza, como si esas palabras llevaran consigo un significado más profundo, un secreto que él aún no podía comprender. Se removió en su asiento, incómodo pero al mismo tiempo extrañamente atraído por el hombre frente a él. Algo en la forma en que Tobías lo miraba, en cómo cada palabra parecía tener un peso especial, lo hacía sentir vulnerable, expuesto.

—Y tú, ¿qué crees? —preguntó Tobías, inclinándose un poco más, lo suficiente para que

Aiden pudiera percibir el suave aroma de la lluvia en su piel—. ¿Crees en lo que has leído? ¿En esas criaturas inmortales que se alimentan de la vida de los demás?

Aiden no supo qué responder. Parte de él se sentía ridículo por siquiera considerar la posibilidad, pero otra parte, la que estaba conectada a esos sueños y extrañas sensaciones que había tenido desde su llegada, le decía que había más verdad en esas leyendas de lo que quería admitir.

—No —respondió finalmente—. Son solo mitos.

Tobías sonrió nuevamente, esa sonrisa que no revelaba nada pero lo insinuaba todo.

—No estás siendo sincero.

Esa sonrisa...esa sonrisa tenía el poder de hacerle temblar las rodillas.

—No creo en vampiros —soltó Aiden—, pero me gustaría hacerlo. Me gustaría que fueran reales.

—¿De veras te gustaría que criaturas tan crueles, que se alimentan de la sangre de inocentes, sean reales?

—Bueno, dejando de lado ese pequeño detalle —Aiden rio por lo bajo—, me gusta la idea de que haya algo más que solo...esto.

—¿Esto?

—Ya sabes, más que la vida terrenal. Saber que hay algo más allá de lo que la ciencia puede comprobar, que existe la chance de burlar la muerte y vivir para siempre. De escapar de la enfermedad, el decaimiento y la vejez, y vivir para siempre joven y hermoso.

De nuevo, Aiden notó que se había perdido en otro de sus monólogos, como siempre que hablaba de algo que lo entusiasmaba. Avergonzado,se encogió de hombros.

—Disculpa. Soy denso cuando me entusiasmo.

—No hay nada que disculpar. —La voz de Tobías era como caramelo líquido—. Y no eres nada denso, me gusta escucharte. Eres un romántico, Aiden: quedan pocos como tú en esta época.

Aiden sintió cómo su rostro se calentaba ante las palabras de Tobías. "Un romántico." La forma en que lo decía, con esa voz suave y profunda, hacía que pareciera un halago, una verdad que Aiden no sabía si quería aceptar o rechazar. Su corazón latía con fuerza en su pecho, y el ambiente, aunque cálido por el fuego, parecía cargado de algo más denso e indefinido.

—No sé si llamarlo romanticismo —dijo Aiden, bajando la mirada al suelo, consciente de lo expuesto que se sentía—. Solo... no quiero pensar que todo termina tan rápido. Que la vida se acabe sin dejar más huella que unas cuantas memorias borrosas.

Tobías lo observaba en silencio, como si lo analizara, cada palabra y gesto, cada suspiro que escapaba de sus labios.

—Tal vez no se trata de huellas físicas —dijo finalmente Tobías, su voz tan baja que casi era un susurro—. Tal vez hay algo más profundo que dejamos tras nosotros. Algo inmortal, más allá de lo que los ojos pueden ver.

Aiden levantó la vista, sus ojos se encontraron de nuevo con los de Tobías. Había algo en la intensidad de su mirada que lo desconcertaba, que hacía que sus pensamientos divagaran en un sinfín de posibilidades. ¿A qué se refería exactamente? ¿Qué sabía él que Aiden no?

—Y tú, ¿qué piensas? —preguntó Aiden, sus palabras saliendo con cautela, como si no estuviera seguro de si quería conocer la respuesta—. ¿Crees que hay algo más allá de lo que podemos ver?

Tobías sonrió, esa sonrisa misteriosa que parecía esconder más de lo que revelaba.

—Creo que hay muchas cosas que los humanos no pueden ver, Aiden. Y muchas más que no deberían ver, por su propio bien.

El fuego crepitó suavemente en la chimenea, y la tormenta afuera rugió con más fuerza, como si el mundo natural respondiera a la conversación que se desarrollaba dentro de la habitación. Aiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero no estaba seguro si era por el frío de la

tormenta o por las palabras de Tobías.

—Entonces, ¿tú crees en lo sobrenatural? —insistió Aiden, intentando mantener la conversación en terreno racional, aunque todo en él le decía que había algo más profundo en juego.

Tobías no respondió de inmediato. En su lugar, se inclinó ligeramente hacia adelante, lo suficiente para que Aiden sintiera el calor de su proximidad, casi como si el fuego no fuera la única fuente de calor en la habitación. El aroma masculino de su piel, una adictiva mezcla amaderadas de cuero y especias, envolvió a Aiden, sumiéndolo en una serie deliciosa de cosquilleos y hormigueos calientes. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no perder el control frente a esos hambrientos ojos grises.

—Aiden, hay cosas en este mundo que desafían la lógica y la razón. Cosas que solo aquellos dispuestos a verlas pueden comprender. Pero no todas las verdades son confortables.

Aiden tragó saliva, el corazón martillando en el pecho. La cercanía de Tobías, su voz, sus palabras, todo parecía envolverlo, atraparlo en un hechizo del cual no sabía si quería o podía escapar.

—¿Nos habíamos conocido antes?

La pregunta salió de sus labios sin control, impulsada por esa sensación inquietante que lo acosaba desde la llegada del hombre.

—No lo creo —respondió Tobías con suavidad, pero su sonrisa decía lo contrario—. ¿Por qué lo dices?

—¿Te escabulliste en mi habitación la primera noche en que llegué? —soltó Aiden sin tapujos, y se sorprendió de haber dicho eso en voz alta. Normalmente no era tan directo, pero algo en Tobías lo empujaba al límite. Además, necesitaba respuestas. Las necesitaba.

—Es una acusación muy seria —dijo Tobías, sin dejar de sonreír—. ¿Por qué preguntas eso?

Su corazón se aceleró, golpeando duro contra sus costillas, y se dio cuenta de lo ridículo y paranóico que sonaba haciendo esa pregunta.

—Yo...no lo sé..—sacudió la cabeza. Entre sus piernas, ya no podía batallar contra su erección, y la disimuló descansando el libro sobre su regazo—. Es que tu rostro me resulta familiar, eso es todo.

—Pero... quizás en otro lugar, en otro tiempo, nuestros caminos se cruzaron. A veces, las almas se encuentran antes de que las mentes lo comprendan.

Sus palabras eran como un eco lejano, como si hubiera respondido a algo más que la simple pregunta de Aiden. El silencio que siguió fue pesado, interrumpido solo por el crepitar del fuego. Las llamas proyectaban sombras danzantes sobre las paredes, y el ambiente en la habitación parecía haberse vuelto más frío, a pesar del calor que el fuego desprendía.

Aiden sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. No podía entender si eran las palabras del hombre, la forma en que las había dicho o el simple hecho de que su presencia parecía invadir cada rincón de su mente. Había algo irremediablemente magnético en él, pero también peligroso, como una advertencia que se percibe demasiado tarde.

—Tal vez... —murmuró Aiden, sin saber exactamente a qué se refería.

Por un breve momento, el rostro de Tobías se ensombreció, y Aiden pudo ver algo diferente en sus ojos: una sombra de algo antiguo, algo peligroso. Pero tan rápido como apareció, desapareció, y Tobías volvió a sonreír, pero esta vez su sonrisa era más sombría, casi melancólica.

—Tal vez —fue todo lo que dijo.

El silencio se extendió entre ellos, solo interrumpido por el crepitar del fuego y los golpeteos de la tormenta en las ventanas. Afuera, el mundo estaba envuelto en caos, pero dentro de esa habitación, Aiden se sentía como si estuviera en el ojo de un huracán, atrapado en una calma inquietante, con Tobías en el centro de todo.

Y al mismo tiempo, le gustaba estar atrapado en esa tormenta. Disfrutaba de la presencia hipnótica y seductora de Tobías, y pronto recordó las palabras de Marlene. Una relación con Tobías era una fantasía lejana, pero tal vez...tal vez podía tener algo casual con él. Era casi como

si no pudiera evitarlo, todo su cuerpo, su alma, su ser se sentía irrefrenablemente atraído hacia él.

Aiden sentía cómo su corazón latía con fuerza, cada latido resonaba en sus oídos, mezclados con el crepitar del fuego y el susurro de la tormenta. La tensión en el aire era palpable, y aunque sabía que debería ser cauteloso, algo en su interior lo empujaba hacia Tobías. Era una atracción que no podía ignorar, un impulso casi primitivo que lo invitaba a cruzar una línea que, en el fondo, sabía que no debía traspasar.

—¿Qué te pasa por la cabeza, Aiden? —preguntó Tobías en voz baja, su tono suave y tentador, como si supiera exactamente lo que Aiden estaba pensando.

Aiden abrió la boca para responder, pero no encontró las palabras. ¿Cómo podía explicar lo que sentía? ¿Cómo podía poner en palabras la mezcla de deseo y peligro que lo consumía? Tragó saliva y se obligó a sostener la mirada de Tobías, esos ojos grises que parecían contener un universo de secretos, sombras y promesas. Tobías lo observó con una intensidad que hizo que Aiden se sintiera desnudo, expuesto. Era como si el hombre pudiera ver más allá de sus pensamientos, más allá de su apariencia, y estuviera leyendo sus deseos más profundos.

—¿Me tienes miedo? —preguntó Tobías, su sonrisa ampliándose ligeramente.

Aiden negó con la cabeza, aunque sabía que la verdad era más complicada. No, no lo asustaba en el sentido convencional. Lo que le daba miedo era la posibilidad de perderse completamente en Tobías, de dejarse llevar por esa atracción y cruzar un punto sin retorno. De enamorarse, como siempre terminaba ocurriendo. De no poder separar la atracción del amor. Pero al mismo tiempo, eso era exactamente lo que deseaba. Sentía un anhelo incontrolable, como si cada fibra de su ser lo empujara hacia él.

—No —murmuró finalmente—. No tengo miedo.

Tobías se inclinó ligeramente hacia él, sus ojos nunca apartándose de los de Aiden.

—Entonces, ¿qué te detiene?

Aiden sintió cómo el aire en la habitación se volvía más denso, más cargado de electricidad. Cada palabra de Tobías era como un imán, atrayéndolo más cerca, rompiendo sus defensas.

—No lo sé —respondió Aiden, casi en un susurro, sintiendo que su autocontrol se desvanecía —. Nunca he hecho esto antes.

Tobías sonrió de nuevo, esa sonrisa que parecía contener tanto misterio como promesa, y en ese instante, Aiden supo que estaba a punto de cruzar una línea. Pero la verdad era que, en el fondo, ya lo había hecho desde el momento en que conoció a Tobías.

—No va a pasar nada que no quieras —dijo Tobías, acercándose aún más—. Solo... deja que ocurra.

Aiden sintió el calor de su aliento, la cercanía, y en ese momento, todos sus pensamientos racionales se desvanecieron. No había nada más que ese instante, esa conexión intensa y peligrosa. Sin pensarlo más, dejó que sus impulsos lo guiaran, moviéndose hacia Tobías como la luciérnaga que, aun sabiendo el peligro de la llama, no podía resistirse a su atracción hipnótica.

Tomó un respiro hondo y tragó saliva. Quería hacer esto...deseaba a Tobías Nicolai con todas sus fuerzas, y entre sus piernas sentía que moriría si no lo follaba pronto. Pero...no sabía cómo actuar....qué decir o cómo continuar.

—Yo...ehmm —Aiden se aclaró la garganta—. Estoy un poco cansado, creo que voy a saltear la cena y subir a mi habitación.

Se perdió en los ojos de Tobías, un infinito abismo de terciopelo gris, y rezó con todas fuerzas para que él comprendiera la indirecta. Obviamente lo hizo, por la media sonrisa cómplice que dibujó en sus labios irresistiblemente carnosos.

Tobías no apartó los ojos de Aiden ni un segundo. Esa sonrisa suya era como una promesa silenciosa, una señal de que entendía perfectamente el mensaje. Se quedó quieto, como si disfrutara al ver a Aiden debatirse entre el deseo y la incertidumbre.

—¿Subes solo, o prefieres compañía? —dijo Tobías, su tono tan suave como hipnótico, pero cargado de una intención clara.

Aiden sintió cómo el calor le subía por el cuello, su corazón latiendo a mil por hora. Era como si el aire entre ellos estuviera cargado de electricidad, una tensión palpable que lo dejaba sin aliento. Las palabras de Tobías lo envolvieron como una caricia invisible, y aunque parte de él

aún dudaba, otra parte —más profunda, más instintiva— ya había decidido.

—Compañía suena... bien —respondió Aiden, sintiendo cómo su voz temblaba ligeramente, pero sin poder detenerse. No quería detenerse.

Tobías se levantó con una gracia casi felina, y el mero movimiento hizo que la respiración de Aiden se detuviera por un segundo. Lentamente, sin romper la conexión visual, Tobías extendió una mano hacia él. Aiden la miró, su mente nublada por el deseo y la adrenalina, antes de aceptar el gesto y dejar que Tobías lo guiara.

Juntos subieron las escaleras, el sonido de la tormenta retumbando afuera como un eco lejano, pero el verdadero torbellino estaba en su interior. Aiden sentía que cada paso lo acercaba más al abismo, y lo que era más extraño, lo abrazaba.

Tobías tenía los dedos entrelazados con los suyos, y por algún motivo se sentían helados, pero al mismo tiempo ardían, y Aiden amaba ese contacto. Su miembro palpitaba duro con cada paso que daba, y la ansiedad lo estaba devorando vivo.

Caminaron por el pequeño corredor que guiaba a su dormitorio,la madera crujiendo debajo de sus pies y los relámpagos atacando el tejado. Aiden se sentía eufórico; no podía creer que esto estaba sucediendo. Tal vez era un sueño: era imposible que un hombre tan atractivo estuviera interesado en él, aunque sea para algo casual.

Con el rabillo del ojo miró de nuevo a Tobías. Realmente era hermoso; hermoso y masculino y misterioso, como ningún otro hombre que había conocido en su vida. Otra vez, se preguntó por qué estaba interesado en él.

—Oye...—le dijo con un hilo de voz—, si tienes hambre y prefieres ir a cenar...

—Tengo mucha hambre —lo interrumpió Tobías—, pero prefiero comerte a ti.

Aiden no pudo evitar soltar una risita, una que lo relajó profundamente. Cuando miró a Tobías, él también reía, pero pronto lo silenció con un beso.

Fue un beso rápido e inesperado: Tobías se abalanzó hacia él con un movimiento felino y envolvió la nuca de Aiden con su poderosa mano derecha, pero al mismo tiempo, los labios

fueron suaves cuando rozaron los suyos, despertando miles y miles de latidos calientes en todo su cuerpo.

Aiden se perdió en ese beso, un relámpago subiendo por su espina dorsal mientras saboreaba la boca de Tobías. Le capturó el labio inferior entre los suyos, y luego el superior, y de nuevo el inferior, y cada beso le aceleraba más el pulso, Aiden se sintió expulsando un gemido de placer en la boca de Tobías, y él lo empujó contra la pared sin dejar de besarlo. Ahora tenía el pecho de Tobías contra el suyo, el aroma a jengibre de su piel envolviéndolo. Se aferró a los hombros de Tobías, haciendo el abrazo más ajustado: necesitaba sentir su cuerpo, su fuerza, su calor...aunque la piel del muchacho poseía un aura fría.

El beso se hizo más profundo y cuando Aiden sintió la lengua de Tobías contra la suya volvió a gemir. Su polla ya estaba durísima, y podía jurar que ya estaba expulsando presemen en sus pantalones. El abrazo era tan ajustado que pudo sentir la erección de Tobías también, presionando contra la suya con una fricción eufórica y deliciosa.

Aiden separó los labios de los de Tobías para poder respirar, su cabeza dando vueltas mientras expulsaba otro gemido. Los labios y dientes de Tobías fueron por su cuello, besando, mordisqueando, lamiendo, y Aiden creyó que las rodillas iban a traicionarlo. El calor lo agobiaba, la mano de Tobias se deslizó hasta la parte inferior de su cuerpo y le palpó la erección por encima de la ropa. Aun con esa barrera de por medio, Aiden se estremeció, y apretó los dientes para no correrse tan rápido. Tobías lo besó una vez más, mientras sus dedos ansiosos le abrieron la cremallera.

Cuando Aiden sintió la mano helada de Tobías envolverle el miembro, todo su cuerpo recibió un azote de placer intenso. Soltó otro chillido de gozo, que Tobías silenció con un beso apasionado y profundo,sus lenguas hambrientas la una por la otra.

La mano de Tobías subió y bajó por la erección de Aiden, a un ritmo perfecto, cadencioso, uno que le despertaba deseos de retorcerse y gritar. Se aferró con fuerza a la espalda de Tobias, quien lo masturbó un poco más rápido. Otro gemido lamentoso de placer, y Aiden pudo sentir las gotas de pre semen goteando fuera de él. Tobías las recogió con su pulgar, causándole otro estremecimiento, y siguió masturbándolo al mismo tiempo que lo besaba con frenesí voraz.

Aiden creyó que iba a eyacular o morir allí mismo. La cabeza le daba vueltas con un calor delicioso, y pronto recordó que todavía estaban en el pasillo.

—N-nos van a descubrir...—susurró Aiden en el oído de Tobías.

Al oírlo, Tobías detuvo los movimientos de su mano. Miró a Aiden con una mirada que nunca nadie antes le había dedicado, sensual y cálida, y lo besó. Fue un beso más pausado y tierno que los de antes, como si Tobias estuviera conteniéndose él también.

—Entremos —dijo, su aliento acariciándole los labios antes de un último beso dulce y corto.

Capítulo 8

Cuando finalmente llegaron a la puerta, Aiden se detuvo, su mano temblando ligeramente mientras buscaba la llave en su bolsillo. Sentía la mirada de Tobías en su nuca, intensa, ardiente. Su respiración se volvió más rápida cuando la puerta finalmente se abrió y ambos entraron.

Dentro, la habitación era cálida, iluminada solo por la tenue luz de una lámpara en la mesilla. El viento y la lluvia golpeaban las ventanas, pero el pequeño cuarto parecía un refugio seguro, íntimo. Aiden cerró la puerta tras ellos, quedándose de pie por un momento, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Todo parecía tan surrealista.

Tobías, por otro lado, se movió con la misma calma depredadora que siempre lo caracterizaba. Se acercó a Aiden, su presencia era abrumadora, y le tomó la mano de nuevo, esta vez para atraerlo hacia él con una delicadeza que contrastaba con la tensión en el aire y lo que habían desatado en el pasillo.

Claramente, los dos estaban conteniéndose, dos bestias esperando el momento justo para desquitarse. Tobías lo besó de nuevo, despacio, profundo, descansando sus palmas frías en las mejillas de Aiden con una ternura a la que él no estaba acostumbrado.

—Estás temblando —susurró Tobías, casi burlón, pero con una suavidad que le daba un tono

más íntimo.

Aiden tragó saliva, sus ojos se compararon con los de Tobías.

—Es solo... nervios —admitió, con un intento torpe de sonreír.

Tobías alzó una mano, rozando con la punta de los dedos la mejilla de Aiden, como si quisiera probar su temblor. Su tacto era frío, pero esa frialdad solo encendió más el calor dentro de Aiden. Tobías lo miraba como si lo estuviera despojando de todas sus capas, viendo a través de él, leyendo sus deseos y temores más profundos.

—No tienes que estar nervioso conmigo —murmuró Tobías, su voz un susurro tentador.

Aiden cerró los ojos un momento, tratando de calmar su respiración, de controlar las emociones que lo desbordaban. Pero cuando sintió los labios de Tobías rozar suavemente los suyos, todo pensamiento racional se desvaneció por completo. Era como una chispa que encendió algo en lo más profundo de su ser.

El beso fue lento al principio, casi exploratorio, pero pronto se volvió más intenso, más demandante. Aiden sintió que se derretía en los brazos de Tobías, su cuerpo respondiendo sin pensar, dejándose llevar por la corriente de ese momento. No había marcha atrás.

Tobías lo empujó suavemente hacia la cama, su peso ligero pero imponente sobre él, mientras el mundo afuera desaparecía. En ese instante, todo lo que Aiden había temido y deseado parecía encontrarse en la figura de Tobías, en ese beso, en esa conexión que era al mismo tiempo peligrosa y embriagadora. Aiden sintió el colchón bajo su espalda mientras Tobías le besaba el cuello, despertando deliciosos temblores entre sus piernas. Su espalda era ancha y eterna, y Aiden no se cansaba de deslizar sus yemas por ella. Deslizó sus manos debajo de su sweater y sintió la piel fría y sedosa.

El aire en la habitación parecía cargarse de una energía palpable, una mezcla de nervios y deseo que lo dejaba sin aliento. La tormenta seguía rugiendo fuera, pero dentro de ese pequeño cuarto, el mundo se reducía a ellos dos, a la intensa conexión que compartían.

Tobías le levantó el sweater y depositó tiernos besos en su abdomen. Aiden se sentó con un movimiento rápido y alzó los brazos para que Tobias pudiera quitárselo. Aiden se apuró a quitarle el sweater a Tobías también.Ya con el torso desnudo, los dos se besaron de nuevo. Tobías se inclinó sobre él, y Aiden apenas podía procesar lo que sucedía. Los labios de Tobías

encontraron los suyos una vez más, y esta vez el beso fue más profundo, más desesperado, como si ambos estuvieran tratando de llenar un vacío que ninguno de los dos había admitido antes. Las manos de Aiden encontraron su camino hacia la espalda baja de Tobías, aferrándose a él como si de alguna manera eso lo mantuviera anclado en la realidad.

El calor entre ellos creció rápidamente. Tobías tenía un control sutil, guiando cada movimiento con una precisión que a Aiden le resultaba hipnótica. Las manos de Tobías comenzaron a recorrer su cuerpo, explorando con una confianza que dejaba a Aiden temblando de anticipación. Sus dedos eran fríos al tacto, pero el efecto que tenían en Aiden era como fuego.

Aiden no podía pensar en nada más. Su mundo se redujo a la sensación de Tobías sobre él, el peso de su cuerpo, la intensidad de sus caricias. Todo en Tobías parecía perfectamente calculado para seducir, desde el tono bajo de su voz hasta la manera en que sus labios apenas rozaban la piel de Aiden antes de apartarse, dejándolo con la piel ardiendo por más.

—Tobías… —murmuró Aiden entre respiraciones entrecortadas, apenas capaz de formar palabras.

Tobías no respondió con palabras, pero su sonrisa era suficiente. Ese gesto lleno de misterio y promesas no hechas lo decía todo. Aiden no sabía qué era lo que lo atraía tanto hacia este hombre, pero en ese momento no importaba. El peligro, el misterio, la atracción inexplicable… Todo lo empujaba hacia Tobías, como si estuviera atrapado en una espiral de la que no podía, ni quería, escapar.

Tobías le besó el cuello, los hombros, los brazos, y cada caricia de sus labios hacía que Aiden temblara. El muchacho se detuvo cuando encontró la herida en el brazo de Aiden. Ya estaba cicatrizada casi del todo, pero Tobías se detuvo en ella, inspeccionándola con la nariz, acariciándola con un roce sutil de sus labios. Aiden se estremeció de nuevo, su polla ya durísima. Se estaba preguntando por qué Tobías se demoraba tanto en su brazo cuando él lo silenció con otro beso, profundo y desesperado.Aiden cerró los ojos, dejando que el momento lo envolviera, su respiración acelerada marcando el ritmo del deseo que sentía crecer en su interior.

Pero justo cuando la tensión alcanzaba su punto máximo, Tobías se detuvo, sus manos frías aún sobre el pecho desnudo de Aiden. Aiden abrió los ojos, confuso por la interrupción. La expresión de Tobías había cambiado ligeramente, y aunque seguía sonriendo, había algo oscuro y contemplativo en sus ojos grises.

—Aiden… —susurró Tobías, su voz baja, casi como un eco en la tormenta que rugía afuera—. ¿Estás seguro de esto?

Aiden frunció el ceño, su mente todavía nublada por el deseo. Contempló durante unos largos momentos esos ojos grises; Aiden no nunca había tenido ninguna certeza en la vida. Y sabía que quizás nadie las tenía. Pero en ese mismo momento, mientras los truenos retumbaban afuera y el aroma de la piel de Tobías lo envolvía, estaba seguro de una cosa: lo necesitaba. Necesitaba a Tobías casi como el aire que respiraba, o tal vez más. Necesitaba estar con él, sentirlo palpitando en su interior, llenándolo. Necesitaba más de esos labios, y esa boca, y esas manos, y esa piel fría. Era como si toda su vida lo hubiera conducido a ese momento.

—Sí...¿Por qué? —La inseguridad le hizo temblar la voz—. ¿Tú no quieres?

—Más que nada en el mundo...

Tobías bajó la mirada por un momento, como si estuviera debatiéndose internamente. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos brillaban con una intensidad diferente, casi dolorosa. Aiden sintió un escalofrío recorrer su columna, pero no apartó la mirada. Algo dentro de él lo empujaba hacia ese desconocido, y no podía batallar contra un deseo tan tortuoso.

—No importa —dijo Tobias, su voz apenas un susurro.

Tobías lo miró fijamente, sus ojos grises penetrando los de Aiden como si estuviera buscando algo en lo más profundo de su ser. Finalmente, se inclinó hacia él una vez más, sus labios rozando los de Aiden en un beso suave, dolorosamente lento.

—Entonces que así sea —murmuró Tobías, con un tono que sonaba a destino sellado.

Y por algún motivo, en ese momento, Aiden supo que estaba cruzando un umbral del que no habría retorno. No le importaba regresar, de todas maneras. No cuando Tobías lo besaba y lo mordía con una pasión tan hambrienta y desbordante.

Cuando Aiden creyó que no podía tolerarlo más, Tobías se apartó. Con una elegancia natural se puso de pie y quitó los pantalones, luego la ropa interior. Aiden no pudo evitar soltar un

suspiro mientras admiraba ese cuerpo pálido y fuerte: los músculos esculpidos en mármol por un verdadero maestro, las tímidas venas azuladas asomando en sus brazos torneados, en su cuello, en sus manos...en su polla. Los muslos poderosos y el abdomen plano, donde se traslucían músculos firmes. Y bajo la mata de vello tan renegrido como su cabello, se alzaba una erección larga y gruesa, con la punta enrojecida.

—Eres...hermoso —soltó Aiden, incapaz de respirar normalmente, o de apartar la vista del cuerpo magnífico de Tobías.

Extendió la mano y acarició el pecho de Tobías, tan duro, tan firme y sedoso a la vez. Tan gélido. Siguió deslizando la mano hacia abajo, maravillado por la rigidez de su vientre. No podía creer que alguien así quisiera estar con él. Debía ser un sueño, y durante un momento tuvo pánico de despertar.

Tobía soltó una risita.

—¿Acaso no vas a desvestirte? —le dijo.

Aiden dejó escapar un gruñido abochornado: obnubilado por el cuerpo desnudo de Tobías, había olvidado quitarse los pantalones. Se sentó en la cama, apurado, y se quitó los pantalones y ropa interior con manos ansiosas. Ya desnudo, otro escalofrío lo recorrió. Era la primera vez que estaba desnudo con alguien desde Marcus, pero pronto el abrazo de Tobías lo hizo olvidar todos los miedos y malos recuerdos.

Era bastante dulce y cuidadoso para alguien que solo quería follar; Aiden no estaba acostumbrado a que lo besaran y acariciaran tanto. Tobías le mordisqueó el cuello, y luego hizo lo mismo con los dos pezones, hasta que Aiden estaba gritando y su polla chorreaba pre semen. Sintió la mano de Tobías masturbándolo y soltó un gemido lastimoso.

No iba a aguantar mucho; quería disfrutar de cada milímetro de Tobías, quería besarlo y chupársela, quería sentir esos labios alrededor de su polla...pero el placer era abrumador y no iba a tolerarlo si seguía tocándolo así.

—Espera...—jadeó, y le sujetó la muñeca para que dejara de masturbarlo—, no aguanto más...te necesito ya...

Tobía se inclinó para besarlo; un beso dulce, y después lo miró con sus profundos ojos grises.

Aiden no podía creer que alguien lo mirara así.

—¿Tienes condones? —preguntó Aiden.

—Yo...eh..no —Tobías soltó una risita culpable. Se quedó pensativo unos segundos y despúes dijo—, pero...si te parece bien...No tienes que preocuparte porque te contagie nada, no tengo sexo hace muchísimo.

—¿Hace cuánto?

Tobías volvió a reír de una forma adorable.

—Demasiado. Tanto que me daría vergüenza decirte. Verás, yo tampoco soy de tener cosas casuales.

Aiden no podía creer eso; ¿cómo era posible que alguien tan atractivo, y con ese cuerpazo, no tuviera sexo seguido? y sin embargo, le creía. Había algo descarnadamente sincero y vulnerable en la voz y la mirada de Tobías. Una vulnerabilidad que contrastaba con su aspecto alto, oscuro y misterioso, pero que al mismo tiempo lo hacía más irresistible.Tal vez Aiden estaba loco, pero le creía.

—Tampoco tienes que preocuparte por mí —susurró—, no he estado con nadie más desde mi ex, y los dos usábamos protección siempre.

Tobías le sonrió y lo besó una vez más. ¿Por qué sus besos, y su lengua eran tan adictivos? Era como si Aiden fuera a enloquecer.

—Oye. —Aiden rompió el beso, preocupado—. ¿Y lubricante? Dime que sí tienes lubricante...

—Oh, tampoco tengo —se disculpó Tobías con otra sonrisa culpable—. Realmente no estoy acostumbrado a esto.

—Yo tampoco —gruñió Aiden, y dejó escapar un bufido de frustración al dejar caer su nuca en la almohada.

Durante unos momentos, ninguno de los dos dijo nada, tan solo la lluvia tamborileando sobre

el tejado.

—¿Crees que haya en el baño? —preguntó Tobías.

—Lo dudo. Tampoco creo que Andrei y Maria lleven lubricante consigo.

—No creas: hay parejas mayores que son unos verdaderos animales...

Aiden soltó una carcajada en la cama; la pasión desenfrenada había mutado a frustración y ahora, a risas. Y aún así, Aiden sintió que no quería estar en ningún otro lugar en el mundo, más que en esa cama con Tobías. Aunque su polla retumbaba, dura y urgente, reparó en que poco le importaba el sexo. Pero le gustaba sentirse cálido junto a Tobías.

El chico se inclinó de nuevo sobre él y le acarició la mejilla con dedos fríos. Aiden se estremeció ante la caricia y ante esos ojos grises.

—Cuando te ríes eres todavía más hermoso —susurró Tobías—. ¿Quién puede resistirse?

Aiden sonrió, y se besaron de nuevo. Los labios tiernos, pero pornto hambrientos y urgentes conforme el beso se tornaba más profundo. De nuevo la desesperación se apoderó de ambos, y Aiden sujetó entre sus dedos un puñado del cabello negro de Tobías, sus lenguas saboréandose entre gemidos.

Aiden sintió la erección de Tobías contra su polla, y cuando él meció las caderas una fricción deliciosa envió un relámpago en toda su espina dorsal. Soltó otro gemido lamentoso en la boca de Tobías, y él apartó sus labios, jadeante y con las pupilas dilatadas como un depredador a punto de atacar.

—Podemos hacer otras cosas sin lubricante —le ofreció. ¿Te parece bien?

Aiden asintió, incapaz de articular una oración coherente. Se encontraba poseído por el deseo, como nunca antes, y deseaba a Tobías de cualquier forma en que pudiera tenerlo.

El muchacho de cabello negro hundió el rostro en la curva de su hombro; le besó el cuello y descendió por el pecho. Le besó los pezones hasta que Aiden estaba arqueando la espalda en contra de su voluntad, y luego siguió descendiendo. Dejó varios besos y mordiscos en la suave

piel de su vientre, y siguió bajando. Las manos gélidas le acariciaron la cara interna de los muslos, llenándolo de escalofríos y estremecimientos, y finalmente los labios de Tobías le besaron la punta de la polla. Aiden soltó un gemido agónico, un latigazo de placer azotando todo su cuerpo. Tobías le envolvió el miembro con la palma, y su agarre era frío y ajustado, tanto que Aiden tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no correrse.

Tobías jugaba con la punta de su lengua alrededor del glande de Aiden, y esa tortura se prolongó hasta que él estaba suplicando. Cuando creyó que no iba a tolerarlo más, Tobías lo envolvió con sus labios y lo engulló. El contraste entre su mano fría y su boca caliente, que subían y bajaban al mismo ritmo, hizo que pronto Aiden estuviera temblando, preso de un placer indescriptible. Miro hacia abajo, y encontró los ojos aterciopelados de Tobías fijos en él hambrientos por cada reacción.

—Voy...voy a correrme...—se lamentó, enredando los dedos en el cabello negro de Tobías.

—Pues házlo —hizo una pausa y volvió a ajustar sus labios alrededor de su erección.

Aiden lo detuvo de nuevo, entre respiraciones agitadas.

—No, no...yo también quiero...hacértelo...

Tobías se detuvo y lo miró con otra sonrisa enigmática.

—¿Quieres decir, al mismo tiempo?

Aiden asintió, la cabeza dándole vueltas por el calor. La sonrisa de Tobías se hizo más amplia, y el muchacho se tumbó en la cama de lado. Con movimientos lentos, Aiden se arrastró sobre la cama, hasta la parte inferior del cuerpo de Tobías. Descansando sobre su codo, buscó la erección del chico y la acarició con dedos lentos. Tocarla era adictivo, intoxicante. Tobías ya estaba con la cara entre sus piernas, chupándosela de nuevo, y Aiden se tomó unos largos segundos para acariciarlo, para lamerlo, para besarlo. Cuando Tobías ya lo estaba tragando casi completo, él también lo engulló lo más profundo que pudo.

Aiden movía la cabeza a ritmo frenético, hambriento por Tobías, y Tobías hacía lo mismo, tomándolo hasta lo más profundo de su garganta. Durante unos momentos, los dos lograron sincronizar sus ritmos, y Aiden creyó que realmente iba a enloquecer. Se vió obligado a

detenerse para respirar, su aliento entrecortado y sus ojos lagrimosos. Mientras tanto, Tobías había descubierto su entrada, y comenzó a deslizar su lengua por el borde hasta hacerlo gritar. Aiden volvió a metérselo en la boca, desesperado, y Tobías seguía lamiéndolo. Cuando Tobías volvió a metérselo en la boca, Aiden sintió que uno de sus dedos se abría paso dentro de él.

Era demasiado, iba a volverse loco. Se esforzó con todas sus energías para seguir chupándosela a Tobías mientras él lo penetraba con el dedo. Pero conforme Tobías lo follaba más rápido con su índice, Aiden perdió el control.

Se apartó para respirar y soltó un largo gemido mientras se corría en la garganta de Tobías. No podía creer lo intenso que se sentía; espasmo tras espasmo de placer mientras Tobías lo tragaba, sus labios todavía ajustando el grosor de su polla y su dedo aun enterrado en él. El cuerpo de Aide todavía estaba palpitando por el orgasmo, cuando vio la mano de Tobías apretar su propio miembro y comenzar a masturbarse. Pronto era Tobías quien se estaba corriendo, abundantes borbotones de semen caliente sobre el pecho y el rostro satisfecho de Aiden.

La tormenta seguía rugiendo afuera,y los dos permanecieron acostados en la cama en silencio, solo sus respiraciones agitadas reverberando en las paredes. El placer todavía palpitaba en la carne de Aiden, un placer que nunca había vivido antes. No podía creer que había tenido un orgasmo tan intenso tan solo por un sesentaynueve. Y al mismo tiempo, no sabía cómo proseguir.

Giró el cuello y encontró los pies de Tobías junto a su cara. Soltó una risita y se sentó en la cama, Tobías también se sentó, hasta que los dos quedaron cara a cara. Por un momento, Aiden no supo qué hacer...sentía muchos deseos de besar a Tobías, y de abrazarlo, pero...¿la gente hacía esas cosas después del sexo casual? ¿O solo los novios? De nuevo, lo embargó ese pánico a arruinarlo todo.

Miró a Tobías con algo de timidez, y lo encontró arrebolado y sonriente, con los hombros encogidos. Tobías fue el primero en abrazarlo, y Aiden lo sintió cómo el mejor abrazo del mundo. Tobías le besó la frente y las mejillas con ternura, y al final le besó los labios. Aiden se perdió en ese beso, y pronto los dos estaban perdidos en un abrazo lánguido bajo las sábanas.

Era medianoche y los dos seguían intercambiando besos y caricias en silencio, hasta que Aiden sugirió ir al baño. Separarse de los brazos de Tobías se sintió casi doloroso, pero salió de la habitación y cruzó al baño del hostel. Mientras se lavaba la cara, sintió pánico de que Tobías no

estuviera en su cuarto de regreso. Pero no fue así; Tobías lo recibió con otro beso antes de ir él al baño. Luego de asearse, regresó a la cama y los brazos de Aiden.

—Entonces...—Tobías preguntó a la madrugada, mientras los dos descansaban el uno en los brazos del otro—. ¿Lo has disfrutado?

—Mucho. —Sonrió Aiden—. ¿Y tú?

—Creo que fue bastante obvio. Hace mucho que no compartía algo así con nadie.

Aiden pensó que él tampoco; las cosas nunca habían sido tan intensas con Marcus. Ni con nadie. Pero pronto recordó que esto era algo casual; no podía olvidarse de eso.

—Yo tampoco. —Miró a Tobías—. Entonces...¿te parece bien repetirlo?

—Me parece muy bien. —Tobías se apresuró a besarlo.

—Pero...yo me iré en menos de un mes. —Buscó en los profundos ojos grises de Tobías—. No regresaré a Hovra ya terminada mi tesis. ¿Eso...te parece bien? ¿Solo nos divertimos sin compromiso hasta que yo me vaya?

Durante los siguientes segundos, que se sintieron como una eternidad, Aiden no pudo descifrar la expresión de Tobías, era como si un torbellino de emociones estuviera atravesando la mente del chico. Y en ese mismo momento, el miedo lo atacó a él también; no estaba acostumbrado a tener sexo sin amor, ¿sería capaz de manejarlo?¿Sería capaz de no enamorarse de Tobías Nicolai?

—Me parece bien —sonrió Tobias—. Solo diversión.

—Bien.

—Bien.

El silencio que siguió fue denso, pero no incómodo, sino cargado de una mezcla de alivio y tensión no resuelta. Ambos sabían que las palabras que acababan de intercambiar llevaban más

peso del que estaban dispuestos a admitir en ese momento. Aiden se acurrucó más cerca de Tobías, disfrutando de la sensación de su piel fría contra la suya, aunque su mente no dejaba de correr.

Solo diversión, se repetía a sí mismo como un mantra. Pero había algo más profundo en Tobías, algo que lo inquietaba y fascinaba al mismo tiempo. Era más que solo deseo físico, más que simple atracción. Había un abismo en aquellos ojos grises, y Aiden no podía evitar sentir que se asomaba demasiado cerca del borde.

Tobías acariciaba lentamente el cabello de Aiden, sus dedos largos y delgados moviéndose con una suavidad casi hipnótica. Aiden cerró los ojos, tratando de relajarse en ese momento.

Sabía que la relación estaba destinada a ser efímera, y sin embargo, una parte de él ya se sentía atraída por la idea de quedarse más tiempo, de conocer mejor a Tobías, de entenderlo en toda su complejidad.

—¿En qué piensas? —susurró Tobías, interrumpiendo sus pensamientos.

—En nada importante —respondió Aiden con una sonrisa ligera, abriendo los ojos.

—No pareces alguien que no piensa en nada importante —dijo Tobías, su tono suave pero con esa astucia que lo hacía parecer que siempre sabía más de lo que mostraba.

Aiden soltó una risa corta.

—Supongo que no lo soy. Es solo que… esto me parece demasiado bueno para ser verdad, supongo.

Tobías se inclinó, besando la frente de Aiden de manera fugaz.

—A veces, lo bueno no necesita ser cuestionado. Solo se disfruta mientras dure.

Aiden asintió, aunque su mente seguía enredada en pensamientos. Sabía que Tobías tenía razón, pero había algo en él que no podía evitar explorar lo desconocido, el "y si..." de cada situación.

—Tienes razón —murmuró, finalmente dejando que su cuerpo se relajara, sus preocupaciones momentáneamente alejadas por la proximidad de Tobías y el cansancio que lo envolvía—. Vamos a disfrutar esto mientras dure.

Pero en el fondo, ambos sabían que esta historia no sería tan simple. Las tormentas internas, tanto de Aiden como de Tobías, apenas habían comenzado a revelarse, y lo que parecía un acuerdo sin compromisos podría convertirse en algo mucho más complicado.

La madrugada siguió su curso, con el viento susurrando afuera y el mundo reducido a ese pequeño cuarto donde, por un momento, todo parecía estar en su lugar. Los dos intercambiaron suaves besos y tiernas caricias, hasta que Aiden se quedó dormido entre los brazos de Tobías.

Sin embargo, cuando despertó al día siguiente, Aiden estaba solo en su cama.

Capítulo 9

Aiden estaba solo en su cama. La presencia intoxicante de Tobías se había desvanecido, y el espacio a su lado estaba frío, como si nunca hubiera estado allí. Aiden parpadeó lentamente, intentando sacudirse la somnolencia mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra matinal que se filtraba por las cortinas.

Por un momento, todo le pareció irreal, como si la intensa conexión de la noche anterior hubiera sido solo un sueño. Se llevó una mano a la frente, tratando de organizar sus pensamientos. El leve olor de Tobías aún flotaba en el aire, una mezcla de especias, tierra húmeda besada por la lluvia y algo más, algo antiguo, que no podía identificar del todo.

Aiden se incorporó, dejando que las sábanas se deslizaran por su cuerpo, y miró alrededor del cuarto en busca de alguna señal de Tobías. Nada. Ni una nota, ni un mensaje, ni una pista de cuándo se había marchado o por qué lo había hecho tan silenciosamente.

Se levantó despacio, sus pies descalzos tocando el suelo frío de la habitación. Mientras se vestía, su mente seguía atrapada en las emociones contradictorias que lo invadían. Los dos habían pactado algo sin compromisos, sin embargo, la ausencia repentina del otro ahora se sentía dolorosa,antinatural.

Aiden bajó al comedor del hostal, esperando encontrar a Tobías allí. Pero lo único que lo recibió fue el cálido olor a café recién hecho y el sonido de las sillas siendo movidas por los ancianos del lugar. Ellos lo saludaron con una sonrisa cortés, como si nada hubiera cambiado.

—Buenos días —saludó Maria—. Hoy está tranquilo el pueblo, ¿verdad?

—Sí, tranquilo... —murmuró Aiden, distraído.

—En cinco días es la Luna de Sangre.

Se sirvió una taza de café y se sentó en una de las mesas junto a la ventana, observando cómo el mundo afuera seguía igual que siempre, ajeno a lo que había pasado entre él y Tobías. Las nubes pesadas colgaban sobre el bosque cercano, cubriendo el cielo en una capa gris que parecía reflejar su estado de ánimo.

Aiden bebió un sorbo de café, sintiendo el amargo calor recorrer su garganta. De pronto, algo llamó su atención. En la mesa donde se habían reunido la noche anterior, había algo que no había notado al bajar: una pequeña hoja de papel doblada, dejada cuidadosamente junto a su lugar.

Aiden tomó la nota, su corazón acelerándose mientras la desdoblaba por completo. En la elegante caligrafía de Tobías, decía:

Perdón por irme tan temprano, tenía asuntos urgentes que atender. ¿Te parece bien cenar juntos esta noche? Me encantaría mostrarte un lugar especial. A las 8 en La Posada El fuego del hogar.
Con cariño, T.

Aiden sintió una mezcla de alivio y nerviosismo. La repentina ausencia de Tobías al despertar había dejado una sensación incómoda, casi como si lo que había sucedido entre ellos la noche anterior no hubiera tenido importancia. Pero con la invitación a cenar, era evidente que Tobías no había desaparecido.

La idea de un segundo encuentro lo emocionaba y lo inquietaba a la vez. Lo que había comenzado como un acuerdo "sin compromiso" ahora parecía más complicado. Sabía que debía mantener las cosas claras, pero, por alguna razón, cada vez que pensaba en Tobías, sentía cómo su corazón se aceleraba.

Dejó la nota en la mesa y tomó un largo sorbo de café, mirando por la ventana, perdido en sus pensamientos. El bosque seguía allí, oscuro y misterioso, y la tormenta de la noche anterior había dejado el aire más frío y pesado. Una inquietante sensación de anticipación lo invadió. Se sentía inquieto, entre la nota de Tobías y el misterioso atractivo de aquel hombre, sus pensamientos no paraban de girar en círculos.

De repente, el sonido de la puerta principal abriéndose y risas familiares lo sacó de su ensimismamiento. Marlene y Claudia entraron en el hostal, sus botas cubiertas de barro y sus abrigos empapados. Aiden se levantó, sorprendido al verlas entrar a esa hora del día.

—¡Ah, ahí estás! —dijo Marlene, con una sonrisa amplia mientras se sacudía las gotas de lluvia del pelo—. Nos atrapó la tormenta anoche y... bueno, fue toda una aventura. Ni te

imaginas lo que descubrimos.

Aiden arqueó una ceja, curioso, mientras Claudia se acercaba, cargada con su mochila y algunos libros.

—¿Qué pasó? —preguntó, intrigado.

Marlene y Claudia intercambiaron una mirada rápida con María, quien preocupada se ofreció a prepararles un desayuno. Finalmente, Claudia suspiró y se dejó caer en un sillón frente a Aiden.

—Nos adentramos en el bosque para investigar unas plantas nocturnas que habíamos oído mencionar —comenzó Claudia—, pero antes de que nos diéramos cuenta, la tormenta nos atrapó. No podíamos regresar al pueblo, así que terminamos refugiándonos en una pequeña posada a las afueras.

—No era nuestra intención quedarnos, pero la tormenta estaba tan fuerte que no tuvimos opción —añadió Marlene—. Y ahí es cuando las cosas se pusieron interesantes.

—¿Interesantes? —Aiden frunció el ceño, cada vez más intrigado.

—Sí. —Claudia bajó la voz con un tono dramático—. Mientras estábamos en la posada, logramos hablar con algunos lugareños. Al principio no querían decirnos nada, eran muy reservados, pero después de un rato, uno de ellos empezó a soltarse.

—¿Y qué les dijo? —Aiden se inclinó hacia adelante, esperando lo peor, o quizás lo mejor.

—Nos confesaron que los vampiros son reales —soltó Marlene, con un tono tan serio que a Aiden se le heló la sangre por un instante.

El silencio se hizo en la sala. El crepitar del fuego en la chimenea fue el único sonido que llenó el espacio por unos segundos. Aiden parpadeó, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Reales? —repitió, con incredulidad.

Claudia asintió.

—Eso fue lo que nos dijeron. Según ellos, las leyendas que has estado investigando no son solo cuentos. Los vampiros existen, aquí, en Hovra. Nunca abandonaron este pueblo después de la batalla de las ruinas de Dnega. Hablaron de personas que desaparecen, cuerpos encontrados sin una gota de sangre... ya sabes, lo típico que lees en las historias de terror. Pero ellos lo creen. De verdad.

—Incluso nos advirtieron que no siguiéramos indagando —añadió Marlene, con un brillo de emoción y miedo en sus ojos—. Que no es seguro para los forasteros, especialmente durante la noche.

Aiden se dejó caer en su silla, procesando todo lo que las chicas le acababan de contar. Su mente saltaba de un pensamiento a otro. ¿Vampiros reales? Todo sonaba tan absurdo... y sin embargo, algo dentro de él no podía descartar la idea por completo, no después de lo que había sentido la noche anterior con Tobías.

La carcajada de Marlene quebró el silencio, y Aiden se estremeció.

—¡Debiste ver tu cara!

—¿Acaso están burlándose de mí? —protestó Aiden, su corazón acelerado.

—No, nos estamos burlando de ti. —Marlene se enjugó una lágrima—. Bueno, tal vez un poquito. Los lugareños sí nos contaron esas historias, pero tu expresión fue muy tierna.

Aiden se tomó unos momentos para procesar toda la información.

—Así que... ¿aquí creen que todo eso es verdad? —preguntó, sin saber si estaba más emocionado o aterrado.

Claudia se encogió de hombros.

—No sé. Parte de mí piensa que solo son historias para asustar a los turistas curiosos como nosotras.

—Pero admito que me dio escalofríos cuando nos lo contaron —añadió Marlene—. Había algo en sus ojos, en la forma en que hablaban... no parecía una broma. No intentaban asustarnos, ellos

realmente creen que los vampiros son reales.

Aiden permaneció en silencio, sus pensamientos volviendo a Tobías, su comportamiento enigmático, su extraña conexión con este lugar. Algo no encajaba del todo, pero a la vez, todo comenzaba a tener un sentido inquietante.

—No puedo creer que yo pasé un día entero intentando conseguir una entrevista, y ustedes se toparon con esa información tan fácilmente —se lamentó Aiden.

Claudia asintió, pero Marlene sonrió con un destello de desafío en sus ojos.

—Tal vez encuentres a alguien que quiera hablar contigo —agregó Marlene—. La posada donde nos quedamos quedaba cerca de la plaza principal, puedes probar suerte hoy.

Aiden buscó el móvil de su bolsillo, solo para recordar que en ese rincón remoto de Rumanía, la tecnología moderna no era de mucha ayuda. No había Internet en todo el pueblo, lo que lo dejaba completamente desconectado de cualquier recurso digital. No podía usar su GPS ni buscar la ubicación de la posada. O del restaurante donde Tobías lo había citado para esa noche. Miró a las chicas, envidiando un poco su buena suerte al haber tropezado con la información tan fácilmente.

—Tal vez encuentre a alguien dispuesto a hablar, o tal vez termine perdiéndome en el bosque sin ninguna pista —respondió Aiden con una sonrisa irónica, antes de volver a mirar el móvil inútil en su mano—. Pero parece que voy a tener que hacer las cosas a la vieja usanza.

Claudia dejó escapar una pequeña risa mientras Marlene lo miraba con ese brillo desafiante en sus ojos.

—Podemos acompañarte si quieres —sugirió Claudia—. Nosotras tenemos que volver al bosque a recolectar muestras hoy, podemos llevarte.

—Gracias, con algo de suerte podré hablar con alguien. ¿Recuerdan si cerca de allí había una posada llamada El fuego del hogar?

—No sé..—dijo Claudia, pensativa—, puede ser. Había muchas posadas cerca de la plaza principal.

—¿Por qué preguntas? —insistió Marlene.

—Tengo...una cena esta noche, en esa posada.

—¿Una cena? —preguntó Marlene, alzando una ceja con picardía—. ¿Con quién?

Aiden se aclaró la garganta, sabiendo que sus amigas no dejarían pasar ese detalle tan fácilmente.

—Con Tobías —dijo, tratando de sonar casual, aunque la ligera sonrisa de Marlene le hizo saber que no lo había logrado.

—¡Oh, Tobías! —exclamó Claudia con una sonrisa burlona—. Ya veo. ¿Una cena romántica, entonces?

Aiden se encogió de hombros, sin saber cómo describir la situación sin levantar sospechas.

—No lo llamaría exactamente "romántico". Solo vamos a cenar y... hablar. —Hizo una pausa, intentando que el tema no girara completamente hacia su vida amorosa—. Es más sobre... el folklore, ya saben. Él es un local, si nadie quiere hablara conmigo hoy, tal vez él pueda ayudarme con mi tesis.

Marlene soltó una pequeña carcajada.

—¿Hablar sobre folklore? Eso suena fascinante.

Aiden puso los ojos en blanco ante el tono sarcástico de su amiga, pero no pudo evitar sonreír.

—No es gran cosa. Es solo una cena.

—Claro, solo una cena —repitió Claudia, alargando las palabras como si no le creyera ni un poco.

—Mira, decidí que voy a seguir tu consejo —susurró Aiden, algo avergonzado—. Solo nos divertiremos sin compromiso, durante lo que dure mi viaje.

Aunque al decir esas palabras, y recordar los ojos grises y la sonrisa reconfortante de Tobías, se preguntó una vez más si podría cumplir su promesa.

—Pues me hace muy feliz por ti —festejó Marlene.

—De todas formas, será interesante ver qué aprendes de él. —agregó Claudia—. Algo me dice que ese chico sabe más de lo que deja entrever.

—¿Estás diciendo que Tobías es un vampiro? —preguntó Aiden, tratando de sonar burlón, pero notando el silencio que siguió a su comentario.

Claudia y Marlene se miraron brevemente antes de que Marlene hablara con un aire misterioso y dramático.

—No lo sé... pero solo lo hemos visto de noche.

—Y no probó bocado durante la cena —agregó Claudia.

Se hizo un profundo silencio, hasta que las dos muchachas estallaron en carcajadas una vez más.

—¡Eres tan inocente! —soltó Marlene mientras se enjugaba una lágrima de tanto reír.

—Bueno, su piel siempre está fría —murmuró Aiden, y las dos chicas abrieron los ojos como platos.

—¿Y cómo sabes tú que su piel está fría?

—¡Ah, aquí está el desayuno! —exclamó Aiden con un suspiro de alivio, intentando desviar la atención mientras María, la encargada del hostal, entraba con una bandeja repleta de tazas de café y pan recién horneado.

—Buenos días —saludó María con una sonrisa cálida, dejando la bandeja sobre la mesa—. Hace frío esta mañana, ¿verdad? Perfecto para un buen café.

—Gracias, María —respondió Claudia, tomando una taza—. Justo lo que necesitábamos.

—María —interrumpió Aiden—, si es tan amable, ¿tiene la dirección de un restaurante llamado El fuego del hogar?

—Creo que sí, querido...—respondió ella pensativa—. Déjame buscarlo en la guía, y te escribiré las indicaciones. —María, al ver el silencio que se había instalado en la mesa, sonrió de manera maternal—. Si necesitan algo más, estaré en la cocina. Y no olviden abrigarse si salen, parece que el viento trae más tormenta.

A Aiden no le sorprendió que en ese lugar del mundo todavía usaran la guía telefónica y notas en papel. Pero pronto reparó en que Tobías nunca le había dado su número, y le había dejado una notita de papel cuando cualquiera simplemente le hubiera enviado un mensaje de texto.

Marlene, aún recuperándose de la risa, se inclinó hacia Aiden y murmuró en voz baja:

—Esto no se acaba aquí, ¿eh? Quiero detalles de esa "cena".

Aiden rodó los ojos mientras tomaba su taza de café, pero no pudo evitar sonreír. Aunque sus amigas lo molestaban, la sensación de inquietud no lo abandonaba del todo. Pensar en la cena con Tobías lo llenaba de una mezcla de emoción y nerviosismo, sobre todo después de la noche anterior y los comentarios de las chicas.

Mientras desayunaban en silencio, su mente volvía una y otra vez a las palabras de Marlene: "Solo lo hemos visto de noche". Era una broma, claro, pero en el ambiente cargado de misterio del pueblo, cualquier cosa parecía posible. ¿Y si había algo más detrás de la figura enigmática de Tobías Nicolai?

Aiden volvió a mirar por la ventana, el cielo gris y pesado reflejando perfectamente su estado de ánimo. No sabía qué esperar de la noche, pero una cosa era segura: no podía esperar para ver a Tobías de nuevo.

Con los estómagos llenos y calentitos por el café, los tres se prepararon para la expedición del día. Aiden organizó sus notas, cuadernos y cámara de fotos. Las chicas hicieron lo mismo, apremiando sus bolsos y frascos de muestras. Cuando estaba por cruzar el umbral del hostel,

María le entregó a Aiden las anotaciones para llegar a la posada El fuego del Hogar. Después de agradecerle y guardar el papel en el bolsillo de su abrigo, Aiden notó que Maria lo miraba con una expresión preocupada.

—¿Todavía tienes el crucifijo que te dí, querido? —preguntó la mujer.

Aiden buscó el colgante de su bolsillo y se lo mostró.

—No, así no, querido —insistió ella. Cogió el crucifijo con sus dedos huesudos y lo colocó alrededor del cuello de Aiden, él se inclinó un poco para que la mujer pudiera cerrarlo. Luego ella le dio un golpecito suave en el pecho y se persignó—, Úsalo siempre en tu pecho, junto al corazón.

Aiden asintió y abandonó el hostel. El día estaba algo nublado, así que se ajustó la bufanda al cuello y siguió a sus amigas rumbo a las afueras. Caminaron hacia la ruta principal, cogieron un bus y después de un corto viaje de diez minutos, se encontraron en la plaza principal de Hovra.

Se notaba que ya se estaban preparando para el festejo de la Luna de Sangre, las calles de Hovra estaban decoradas con guirnaldas de luces rojas y doradas, y las ventanas de las tiendas y casas exhibían velas y figuras talladas de lobos y lunas. El ambiente era una mezcla de celebración y misterio, como si el pueblo estuviera esperando algo grande, algo más allá de una simple festividad. Aiden observó a los lugareños, la mayoría ocupados colgando adornos o charlando por lo bajo, pero de vez en cuando veía una mirada furtiva o un gesto rápido hacia el cielo encapotado.

—¿Siempre será así de... extraño? —preguntó Aiden mientras caminaban por la plaza. Claudia y Marlene intercambiaron una mirada curiosa.

—Supongo que son sus creencias —respondió Marlene con un encogimiento de hombros—. Nosotras vamos a la biblioteca en cuanto acabemos aquí. ¿Te veremos luego? —preguntó Marlene, mirándolo con una ceja levantada.

—Sí, pero yo me encargaré de mis propias cosas ahora —respondió Aiden, señalando el papel en su mano—. Tengo una cita esta noche, ¿recuerdan?

Claudia sonrió de medio lado, pero no dijo nada. Ambas chicas parecían más preocupadas por

su tesis que por la misteriosa cena de su amigo.

—Recuerda usar protección —fue todo lo que dijo Marlene antes de despedirse.

Aiden continuó su paseo por el pueblo. La creencia en vampiros, tan ridícula a la luz del día, de pronto parecía un poco más plausible bajo ese cielo nublado y con la anticipación del festival envolviendo Hovra. Después de un par de vueltas, se detuvo frente a una tienda que vendía figuras talladas de madera, en su mayoría lobos y criaturas mitológicas. No pudo evitar la tentación y entró; el ambiente estaba perfumado a clavo de olor e incienso. Aiden curioseó un poco, le llamó la atención la figura de un lobo aullando con una luna grabada en su base. La sostuvo en sus manos, y pronto una mujer mayor se le acercó.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó la anciana de cabello gris y sonrisa amable.

—¿Acaso soy tan obvio? —Aiden soltó una risita y volvió a examinar la estatuilla—. ¿Cuánto quiere por ella?

La mujer le dijo el precio.

—¿Acepta tarjeta de crédito?

Cuando la anciana sacudió la cabeza con amabilidad, Aiden dejó la figura de nuevo en su lugar.

—¿Has venido por la Luna de Sangre? —insistió la vendedora mientras Aiden seguía curioseando.

—Algo así...me gustaría entender las creencias de la gente de Hovra.

Estaba preparado para el rechazo, pero la mujer sonrió con tristeza.

—La Luna de Sangre es más que una simple celebración —dijo ella—. Los turistas creen que es solo una fiesta, pero durante esa noche despiertan fuerzas antiguas; el velo entre ambos mundos se torna más fino. Y ellos...ellos se tornan más fuertes, más hambrientos...

—¿Ellos? —insistió Aiden—, ¿se refiere a los vampiros?

La vendedora habló con cautela.

—No, los vampiros son quienes nos protegen. La Luna de sangre es la ofrenda que el pueblo de Hovra históricamente realizaba en honor a Vlad Tepes, para pedir protección durante el resto del año. Para ganar la gracia de los espíritus de la noche.

Aiden tragó saliva, y se apuró a buscar su teléfono para anotar todo antes de olvidarlo.

—N-nunca había oído esa versión de la historia —dijo con voz temblorosa—. Vampiros como protectores...

—Por supuesto, eres un extranjero. La gente de Hovra es sospechosa por naturaleza, y no los culpo. —le echó una larga y lenta mirada a Aiden—. Cuídate mucho, ¿sí?

—Será mejor que me mantenga lejos de esos lobos —bromeó Aiden, intentando aligerar el ambiente.

La vendedora soltó una risita, pero la tensión en su rostro era palpable. Algo en el aire se sentía incómodo. Él esperó que ella le contara más, pero la mujer cruzó su chal delante de su pecho y regresó detrás del mostrador sin decir una palabra. Aiden se despidió con amabilidad y salió de la tienda.

Aprovechó el momento para observar el papel que María le había dado. La dirección de la posada "El fuego del hogar" estaba anotada con una letra firme y clara. No quedaba muy lejos, apenas a unas calles de la plaza, pero todavía era temprano. Mejor, le daba tiempo para seguir investigando. El hecho de que alguien hubiera estado dispuesto a hablar con él en lugar de rechazarlo era esperanzador, y ese relato sobre la influencia protectora de los vampiros sobre la gente de Hovra era revigorizante. Nunca había oído algo así, y podía ser un cambio pivotal en el rumbo de su tesis.

Dio unas vueltas más por la plaza principal, y sus pensamientos vagaron nuevamente hacia su relación con Tobías. No, no es una relación, se regañó a sí mismo. Es solo diversión, no arruines las cosas con tus cursilerías.

Sin embargo, en un corto tiempo Tobías ya había despertado en él cosas que jamás había sentido por nadie. Tal vez así se sentía la lujuria...pero Aiden podía jurar que eso era algo más

que simple deseo. Y eso lo aterraba. Lo aterraba tanto como no poder explicar esos ojos rojos que había visto en la niebla, o la foto misteriosa en las ruinas. O el hecho de que él había soñado con Tobías incluso antes de conocerlo.

Debe haber una explicación racional, se dijo sacudiendo la cabeza. tanto la figura en las ruinas como los ojos rojos pudieron ser espejismos: producto de una mente asustada y sugestionada por historias sobrenaturales. Ahora el sueño...el sueño era más difícil de explicar, pero no imposible. Claramente, Aiden tenía un tipo: los hombres de estilo goth, pálidos, altos y de cabello negro. No sería inusual para él tener un sueño erótico con alguien así. Que Tobías se le parezca al personaje de sus fantasías es una mera coincidencia. Nada más.

Se detuvo cerca de la plaza, donde un grupo de jóvenes estaban decorando los árboles con cintas y guirnaldas de frutos secos. No pudo evitar notar las pequeñas cruces doradas entrelazadas entre las cintas. Ante su notable curiosidad, los lugareños lo miraron.

—¿Puedo sacar una foto? —preguntó. Los tres jóvenes intercambiaron una mirada curiosa y luego asintieron. Aiden sacó su móvil y fotografió las cruces y decoraciones. Al ver que el grupo eran personas de su edad, pensó que tal vez sería fácil sacarles conversación—. Muchas gracias. Mi nombre es Aiden, estoy de paso, estudiando las creencias del pueblo de Hovra. ¿Podrían explicarme el significado de estas cruces?

De nuevo, los tres muchachos intercambiaron unas miradas sospechosas antes de que el más alto hablara.

—A los vampiros no les gustan las cruces, los repelen. —Continuó arreglando las guirnaldas —. Y la Luna de Sangre es la noche cuando más fuertes están.

—P-pero...creí que los vampiros protegían al pueblo de Hovra.

Otro de los chicos lo miró con los ojos llenos de miedo.

—Los vampiros se alimentan de sangre humana —respondió con firmeza—. Los humanos son su alimento. No creas lo que ves en películas, extranjero, los vampiros no son elegantes y seductores, son monstruos. Horribles a la vista.

—¿Alguna vez viste uno? —insistió Aiden.

El chico mayor asintió con lentitud.

—Uno de ellos asesinó a mi hermana. Yo era un niño, pero recuerdo cuando ella pasó un mes entero en la cama, tan débil que al final ni siquiera podía comer ni hablar. El médico dijo que estaba anímica, sin embargo no pudieron detectar la causa de su anemia, y tampoco respondía al tratamiento. Todos pensamos que solo estaba enferma, pero una noche yo me escabullí hasta su cama y lo ví. Un vampiro venía todas las noches a beber su sangre. Era alto, muy alto, y su piel era gris como la ceniza. No tenía cabello, y su cráneo era puntiagudo. Todavía tengo pesadillas con esa figura negra inclinándose sobre mi hermana para morderle el cuello...y esos ojos. Eran ojos bien rojos.

Aiden tragó saliva; un escalofrío subió por su columna ante esas palabras. Él también había visto ojos rojos....aunque debía ser una casualidad. Otro producto de la sugestión.

—Yo también los he visto —agregó otro de los muchachos—. Cerca de las ruinas de Dnega está lleno: esa era su antigua fortaleza. ¿sabes? Por eso no puedes andar solo por el bosque al anochecer. A veces cambian de forma y se convierten en lobos.

—¿Cómo sabes que no son solo lobos? —insistió Aiden, y su pregunta fue recibida con desdén.

—Mi padre era como tú —dijo el primer chico—. Escéptico. Nunca quiso participar del festival de la Luna de Sangre, decía que eran idioteces para atraer turistas. Y mi hermana murió por eso.

Los tres regresaron a sus tareas en silencio, y Aiden se despidió con amabilidad a pesar de que le dieron la espalda.

Dio un par de vueltas más por el pueblo conforme caía la noche, intentando organizar dentro de su cabeza toda la información nueva. Miró la hora en su móvil; faltaba poco para las ocho.

Aiden comenzó a caminar en dirección a la posada, con una mezcla de expectativa y una creciente inquietud en el estómago. Las nubes seguían oscureciendo el cielo, y las sombras del pueblo parecían más largas, más densas. A medida que avanzaba, se preguntaba qué lo esperaba

realmente esa noche. ¿Sería solo una cena más con Tobías? ¿O había algo más oscuro, algo que los habitantes de Hovra, con sus miradas furtivas y sus advertencias, sabían pero no se atrevían a decir?

Cuando finalmente llegó a la posada "El fuego del hogar", el edificio desde afuera parecía acogedor y cálido, con luces tenues que brillaban desde las ventanas y un letrero de madera desgastado que colgaba sobre la entrada.

Aiden empujó la puerta de la posada, y una cálida bocanada de aire lo envolvió de inmediato. El contraste con el frío exterior era acogedor, y el interior de "El fuego del hogar" estaba iluminado por lámparas de aceite y velas, lo que le daba un aire antiguo y encantador. El ambiente olía a madera quemada, pan recién horneado y una ligera nota de especias que le recordaba a la canela. Era un refugio cálido en medio de la oscuridad que se cernía sobre el pueblo.

El lugar no estaba lleno, pero varias mesas estaban ocupadas por lugareños que charlaban a viva voz, bebiendo vino o compartiendo comida. Nadie parecía prestar demasiada atención a Aiden cuando entró, lo cual agradeció. Mientras recorría el salón con la mirada, su corazón dio un vuelco cuando vio a Tobías sentado en una esquina, junto a una ventana que daba a la calle. La luz de las velas proyectaba sombras suaves sobre su rostro, acentuando sus rasgos marcados y misteriosos. Tenía una copa de vino en la mano, pero no parecía haber bebido mucho.

«Yo nunca bebo...vino» decía Bela Lugosi en Drácula, pensó Aiden, y no pudo evitar reírse por lo bajo.

Tobías levantó la vista justo en ese momento y sonrió al verlo, un gesto cálido y seductor en partes iguales. Aiden sintió un nudo en el estómago, una mezcla de nerviosismo y anticipación, todo su cuerpo cosquilleando. Se acercó despacio, cruzando el suelo de madera que crujía ligeramente bajo sus botas.

—Llegaste justo a tiempo —dijo Tobías en tono suave cuando Aiden se sentó frente a él—. ¿El viaje hasta aquí fue agradable?

—Sí, fue corto. —Aiden sonrió nerviosamente, ajustándose la bufanda y sintiendo el crucifijo frío contra su pecho bajo la camisa—. El lugar es... acogedor. Más de lo que esperaba.

—Me alegra que te guste. Es uno de mis lugares favoritos en Hovra. —Tobías dejó la copa de vino sobre la mesa y lo observó con una intensidad que hizo que Aiden sintiera un leve escalofrío recorrerle la espalda. Sus ojos grises parecían más profundos bajo la luz tenue—. Espero no te moleste que me haya ido tan repentinamente: tenía que observar el florecimiento de una especie que solo lo hace de madrugada. Espero que la nota no te haya parecido fría e impersonal.

—Para nada...de hecho, me pareció romántico. —Aiden se avergonzó de usar esa palabra—. Poca gente usa lápiz y papel hoy en día. Eso me recuerda que no tengo tu número.

Aiden se apuró a sacar su móvil del bolsillo, pero cuando miró la cara de Tobías, le pareció ver cierta incomodidad en su expresión.

—Es que...yo no tengo uno de esos. —Soltó una risita—.Se me cayó en el viaje a Hovra, y no he podido comprarme otro todavía.

—Ya veo. —Aiden volvió a guardar su teléfono. Sonaba a excusa, pero tal vez era para mejor. Seguramente Tobías no quería darle su número a un ligue casual. Una vez más, Aiden casi arruina todo.

Por suerte, un camarero llegó para romper la tensión del momento. Aiden tomó un respiro hondo y se repitió una vez más que no debía mezclar sus sentimientos en todo esto.

—No sé qué ordenar —soltó una risita mientras hojeaba el menú.

—¿Tienes hambre? —preguntó Tobías.

—Muero de hambre.

—Entonces te sugiero el pollo a la naranja con especias. Es la especialidad de la casa.

Aiden asintió.

—¿Y tú no vas a pedir nada?

—He cenado temprano —respondió Tobías,acariciando el borde de su copa de vino—. Ya te

he dicho: horarios extraños.

—Me sentiré raro comiendo solo —bromeó Aiden, intentando relajarse. Sin embargo, algo en el aire entre ellos seguía sintiéndose cargado, como si hubiera algo no dicho que flotaba en la atmósfera. Miró a Tobías, que seguía observándolo con esa expresión impenetrable. Algo más allá de lo físico le inquietaba; no podía evitar recordar los comentarios de Claudia y Marlene sobre su enigmático acompañante.

—¿Cómo ha sido tu día? —preguntó Tobías, rompiendo el silencio mientras tamborileaba los dedos suavemente sobre el borde de la mesa.

—Interesante, aunque... algo desconcertante. —Aiden decidió ser honesto.

Tobías alzó una ceja, aunque su expresión no reveló sorpresa.

—Hovra está lleno de historias. Leyendas, mitos... supersticiones. Es parte de su encanto.

—Sí, pero hoy he logrado entrevistar a un par de personas —añadió Aiden, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Aquí, parecen tomarlo muy en serio. Incluso hablaron de... vampiros.

Tobías esbozó una leve sonrisa, pero sus ojos no reflejaron diversión.

—¿Y tú? ¿Tomas esas historias en serio?

Aiden dudó. Quería creer que eran solo mitos, historias contadas para asustar a los forasteros o mantener vivas las viejas tradiciones. Pero había algo en la forma en que Tobías lo miraba, algo que lo hacía cuestionar su escepticismo.

—No lo sé —admitió Aiden—. No suelo creer en cosas así, pero no puedo evitar notar que nunca te he visto comer.

Tobías soltó una carcajada, sus dedos aún tamborileando sobre la mesa. Aiden se sintió menos incómodo por haber dicho eso.

—Hovra está jugando con tu mente —dijo en voz baja, casi como si estuviera hablando consigo mismo—. Los botánicos especializados en flores nocturnas desayunamos a la hora que la gente normal suele cenar.

Antes de que Aiden pudiera responder, un camarero se acercó con un enorme plato humeante, interrumpiendo el momento. Dejó la comida frente a ellos: un crujiente pato aromático que olía a hierbas y naranjas, acompañado de pan oscuro recién horneado y una pinta de cerveza negra. Tobías agradeció al camarero con una inclinación de cabeza, y Aiden hizo lo mismo antes de darle un sorbo a su vino.

El primer bocado y Aiden soltó un chillido de gusto.

—¿Sabroso? —rió Tobias.

—¡Es lo mejor que he probado en mi vida! —festejó Aiden, los sabores explotando en su paladar.

Atacó su comida sin piedad, sintiendo los ojos de Tobías estudiarlo con ternura.

A medida que la cena avanzaba, Aiden sintió que la tensión entre ellos comenzaba a disiparse. Tal vez solo había sido el nerviosismo de la cita lo que lo había hecho sentir tan inquieto. O tal vez era algo más profundo, algo que no estaba preparado para enfrentar.

—Gracias por invitarme —dijo Aiden entre bocados, rompiendo el silencio una vez más.
—Gracias a ti por no plantarme. Se nota que has tenido un día agotador.

—¡Fue terrible! —se quejó Aiden, y bebió de su cerveza negra—. He logrado unas entrevistas, pero el resultado....tal vez puedas ayudarme a desentrañar un misterio. Por un lado, hay gente que ve a los vampiros como protectores. Me han dicho que el festival Luna de Sangre es para pedirles protección. Pero por otro lado, he oído descripciones de vampiros como Nosferatu, monstruos despiadados que solo ven a los humanos como alimento.

—Entiendo tu confusión —suspiró Tobías.

—Mi tesis está estancada ahora...hasta que no descubra qué función cumplen los vampiros en el imaginario colectivo de Hovra, no puedo seguir avanzando.

Tobías hizo un largo silencio, como estudiando sus próximas palabras con sumo cuidado, y Aiden sintió que su corazón latía con fuerza dentro de su pecho.

—¿Qué sabes sobre las ruinas de Dnega? —preguntó Tobías.

—Sé sobre la leyenda de los visitantes que atacaron al pueblo. La gente cree que esa era la fortaleza de los vampiros.

Tobías volvió a asentir, y acercó el rostro al de Aiden, las llamas modelando sus rasgos con tintes anaranjados. Aiden no pudo evitar mirarle los labios y estremecerse.

—Solo conoces la mitad de la leyenda —le dijo con un susurro—. Antes me preguntaste si los vampiros son monstruos o protectores, y la respuesta es sí. A las dos preguntas. —Esbozó una sonrisa enigmática y continuó—. Esas ruinas pertenecían al señor feudal que gobernaba Hovra. Durante las invasiones turcas, los turcos saquearon la fortaleza y se apoderaron de ella. Pero duraron poco. El bosque siempre estuvo plagado de espíritus sangrientos.. la palabra vampiros todavía no se usaba. Pero fueron vampiros los que masacraron a los turcos.

—Y los turcos regresaron de la muerte como vampiros para aterrorizar a los habitantes de Hovra todavía más.

—Sí —respondió Tobías—, hasta que apareció Vlad Tepes. No solo liberó a este país de los turcos, también los liberó de los vampiros. Por eso este país lo adora, lo ven como un héroe.

—Pero...supuestamente Vlad Tepes era la inspiración para Drácula...¿No fue el primer vampiro?

—No sé si el primero. —Tobías se encogió de hombros—. Pero hizo un pacto con la oscuridad.Y sí, era un vampiro, pero diferente a los que acechan en el bosque, más animalísticos, más elementales. Liberó al pueblo de Hovra de los vampiros, y a cambio, los habitantes le han rendido culto desde entonces. La Luna de Sangre es una muestra de respeto a Vlad Tepes y sus descendientes, a cambio de protección.

Aiden suspiró, su mente tratando de asimilar lo que Tobías acababa de decir. La historia, tan impregnada de leyenda, parecía increíble, pero en ese momento, bajo la luz titilante de las velas y con Tobías tan cerca, parecía tan real como el frío que sentía en la piel. No podía apartar la vista de los labios de Tobías, de la forma en que sus palabras parecían estar entrelazadas con algún

secreto antiguo, algo que no debía ser revelado a la ligera.

—Entonces, los vampiros buenos protegen a la gente de los vampiros malos —pensó Aiden en voz alta.

—Básicamente —Tobías soltó una risita—. Aunque no existe tal cosa como «vampiros buenos», Aiden. Son monstruos. El festival de la Luna de Sangre es lo más cercano a un chantaje por superviviencia que la gente está obligada a realizar.

Tobías sostuvo su mirada, sus ojos grises casi hipnóticos bajo la tenue luz de las velas. Hubo un silencio pesado, Aiden sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. La forma en que Tobías hablaba, con esa mezcla de certeza y ambigüedad, hacía que todo pareciera más inquietante. Quizás había más verdad en las leyendas de Hovra de lo que quería admitir.

—¿Y tú? —Aiden lo miró con curiosidad, su pregunta cargada de un significado más profundo —. ¿Crees en estas cosas?

Tobías sonrió, una sonrisa enigmática que parecía contener todas las respuestas y ninguna a la vez. Se inclinó aún más cerca, tanto que Aiden podía sentir el leve roce de su aliento contra su piel.

—Digamos que sé lo suficiente como para advertirte que tengas cuidado con lo que deseas saber —murmuró, sus ojos clavándose en los de Aiden—. Hay secretos que, una vez desvelados, no pueden ser olvidados. Y algunos de esos secretos te cambian para siempre.

Aiden sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho, el sonido retumbando en sus oídos. El ambiente en la posada, que antes había sido cálido y acogedor, ahora se sentía cargado de una energía diferente, más oscura, más peligrosa.

—Entonces... ¿qué debería hacer? —preguntó, su voz temblorosa.

Tobías lo miró fijamente, sus ojos grises profundos como un abismo.

—Deberías disfrutar de la cena —respondió con una sonrisa ligera, como si el momento anterior no hubiera existido—. Y cuando necesites información para tu tesis yo estaré feliz de

ayudarte.

—Gracias. —Aiden se recostó en su silla, el estómago lleno—, Ha sido... Fue una noche interesante.

Tobías lo miró fijamente durante unos segundos antes de responder.

—La noche aún no ha terminado, Aiden.

Un hormigueo ardiente corrió por todo su cuerpo, ahora sí, no podía evitar mirar los labios de Tobías, y ansió besarlos de nuevo. Besarlos, morderlos, sentirlos en cada centímetro de su piel. Tobías deslizó la mano por encima de la mesa y buscó los dedos de Aiden. Cuando los entrelazó con dulzura, Aiden volvió a estremecerse. Era increíble como una simple caricia podía empujarlo al límite con tanta facilidad.

—¿Sabes? —susurró Tobías con una sonrisa cómplice—. Compré lubricante.

Aiden rio por lo bajo,el nerviosismo palpitando entre sus piernas junto con un deseo voraz.

—Regresemos al hostel —murmuró, perdido en los ojos grises de Tobías.

Ya de nuevo con el frío de la calle golpeándole el rostro, Aiden miró a Tobías caminando a su lado y se preguntó si realmente podría no enamorarse de él.

Capítulo 10

Aiden y Tobías caminaron en silencio de regreso al hostal, el aire frío de la noche envolviéndolos mientras las luces tenues de las farolas iluminaban el camino empedrado. A pesar de la calma exterior, el corazón de Aiden seguía latiendo con fuerza, extasiado tan solo por pasar esa noche con Tobías. Tobías caminaba a su lado, tranquilo, como si no hubiera nada más natural que aquella noche oscura en Hovra. El pueblo dormía, pero Aiden se sentía más vivo que nunca.

Al entrar al hostal, el calor acogedor del lugar lo envolvió de inmediato, contrastando con la

frialdad de afuera. El sonido de voces bajas desde la sala común llamó su atención. Reconoció las risas apagadas de Marlene y Claudia, pero había algo más, un tono de preocupación que lo hizo acelerar el paso.

Al girar la esquina, vio a Claudia sentada en uno de los sofás, con Marlene inclinada sobre ella, sosteniendo un pequeño frasco de desinfectante. El dedo de Claudia estaba ensangrentado, y por la mueca de dolor en su rostro, Aiden pudo adivinar que no había sido solo un pequeño rasguño. Recordó su propio rasguño en las ruinas.

—¡Aiden! —exclamó Marlene al verlo—. Justo a tiempo para unirte a nuestra pequeña noche de primeros auxilios.

—¿Qué pasó? —preguntó Aiden, acercándose a ellas mientras Tobías permanecía de pie cerca de la entrada, observando en silencio.

Claudia levantó la mano, mostrando su dedo vendado, y suspiró. Con el rabillo del ojo, Aiden notó que Tobías se tensó de miedo. ¿Acaso le tenía miedo a la sangre? No parecía querer avanzar del umbral.

—Una maldita planta. Estábamos en el bosque recolectando muestras cuando me rasgué el dedo con unas hiedras. No parece gran cosa, pero sangró mucho más de lo que esperaba, y arde como el infierno.

—Tuvimos suerte de encontrar una tienda abierta para comprar desinfectante —añadió Marlene, mientras cuidadosamente aplicaba más líquido sobre el vendaje—. Hay que tener cuidado con las infecciones.

Aiden frunció el ceño al escuchar eso.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Claudia asintió con una pequeña sonrisa, aunque su expresión revelaba que aún sentía dolor.

—Estaré bien. Solo necesito descansar un poco. —Claudia bostezó con pesar y volvió a mirarse el dedo—. No dejo de pensar en esa hiedra. No tengo idea de qué especie era.

Aiden dio otro paso adelante y se inclinó un poco hacia Claudia.

—¿Puedo ver la herida? —preguntó, su tono suave pero firme.

Claudia accedió con curiosidad, Aiden examinó la herida y luego a Tobías, quien permanecía petrificado junto a la puerta.

—Tobías, ¿conoces esa hiedra?

—No parece tan grave, pero te sugiero que mantengas la herida limpia y vendada —dijo Tobías, su mirada seria—. El bosque de Hovra no es un lugar común. Las plantas y los animales aquí no siempre aparecen en los libros extranjeros.

—Diferentes, ¿cómo? —preguntó Marlene, cruzando los brazos mientras observaba a Tobías con interés.

—Es mejor no subestimar lo que puede hacerte. Afortunadamente, parece que lo has atrapado a tiempo. —Tobías esbozó una media sonrisa, apartándose todavía más y encogiéndose de hombros.

Claudia asintió, aunque el comentario de Tobías hizo que Marlene frunciera el ceño con escepticismo. A Aiden también le sorprendió la respuesta evasiva.

—¿Qué especie es? —preguntó Marlene, con un tono que Aiden reconoció como su versión de "no me vas a engañar fácilmente".

—No puedo decirte sin analizar una muestra —sonrió Tobías con educación.

Aiden sintió cómo la tensión en la sala crecía ligeramente, así que decidió intervenir.

—Lo importante es que Claudia estará bien —dijo con una sonrisa tranquilizadora—. ¿Necesitas que te traiga algo?

—Solo descanso —respondió Claudia, recostándose en el sofá—. Mañana tengo que volver al bosque, así que mejor estaré recuperada.

Aiden asintió, aunque su mirada se desvió hacia Tobías, quien lo observaba de manera casi calculadora. Había algo en la forma en que Tobías actuaba y hablaba, que le daba escalofríos. No estaba seguro de qué hacer con toda la información que había recibido esa noche, pero una cosa era clara: Hovra no era solo un pueblo perdido en las montañas. Y Tobías no era solo un habitante más.

Marlene rompió el silencio con una sonrisa traviesa.

—Bueno, ¿y qué tal la cena, niños? —preguntó, mirando a Aiden con una expresión que lo hizo enrojecer levemente.

—Ha sido... interesante —dijo Aiden, sin saber qué más decir—. Iba a mi habitación ahora.

—Ya veo —rió Marlene, y le lanzó una mirada a Tobías—. ¿Y tú vas a arroparlo?

Tobías, por su parte, se limitó a sonreír.

—Solo si él quiere —dijo, antes de inclinar ligeramente la cabeza hacia las chicas y seguir a Aiden escaleras arriba—. Nos veremos pronto. Que descanses bien, Claudia. Cuídate esa herida.

Mientras subían por los escalones de piedra, Aiden le susurró a Tobías.

—Lo siento, es una maleducada a veces.

—No estoy ofendido —rió Tobías. Ya en el corredor, le besó los labios. Aiden se estremeció; una corriente eléctrica subiendo por su espina dorsal.

Pero aún así, mientras sus labios se besaban, se mordían y se saboreaban con deseo creciente, Aiden no pudo evitar pensar que era extraño que Tobías, un supuesto botánico local, no conociera la especie de hiedra que había lastimado a Claudia.

Pronto, el ardor de sus besos hizo que Aiden olvidara sus pensamientos, olvidara todo gracias al sabor adictivo de Tobías. Apenas pudieron llegar a la habitación, y conforme la puerta se cerraba con un azote detrás de su espalda, Aiden ya tenía las manos hambrientas de Tobías explorando todo su cuerpo con desesperación. La cabeza le daba vueltas, y apenas pudo manotear la luz para encenderla: quería mirar a Tobías, quería deleitarse en su belleza. Todavía

le costaba creer que alguien como Tobías se hubiera fijado en él, aunque sea para algo casual.

La espalda de Aiden chocó con fuerza contra la pared, y por algún motivo el dolor se sintió bien, así como el cuerpo fuerte de Tobías acorralándolo. Sus lenguas se encontraron, y Aiden sintió que toda su carne se erizaba. Tobías lo besó hasta que su corazón estaba a punto de explotar, y luego deslizó sus labios y dientes por el cuello de Aiden, haciéndole gemir y temblar, Una erección ya estaba palpitando con urgencia entre sus piernas, y cuando Tobías meció las caderas contra su cuerpo, Aiden notó que él también estaba duro. era irresistible, así como los besos y mordidas que estaban torturando la carne de su cuello. Se aferró con fuerza a los anchos hombros de Tobías, apretándolo contra su cuerpo y soltó otro gemido lastimoso de placer. Sintió los dedos de Tobías deslizarse bajo su sweater, acariciándole la piel del vientre y alzó los brazos para ayudarlo a quitárselo. Tobías prácticamente le arrancó tanto el sweater como la camiseta al mismo tiempo, y los arrojó al otro rincón del dormitorio. Ya con el torso desnudo y la cabeza dándole vueltas, Aiden buscó a Tobías para otro beso. Pero Tobías se alejó con un movimiento súbito y violento, retrocediendo hasta la otra pared con una velocidad casi más rápida que el ojo. Aiden ni siquiera percibió sus pies moviéndose, era como si Tobias se hubiese deslizado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, jadeante y confundido.

Tobias también jadeaba, sus ojos grises ahora encendidos, y por algún motivo, no apartaba la mirada de su pecho. Con dedos temblorosos, señaló el crucifijo que colgaba del cuello de Aiden.

—¿Qué? —Tomó el colgante entre sus dedos—. Me lo regaló Maria...¿qué te pasa?

Todavía jadeando, Tobías soltó una risa incómoda y sacudió la cabeza.

—Perdona, es que soy alérgico al oro.

Tobías rió todavía más fuerte, y Aiden lo acompañó.

—Me asustaste —se quejó Aiden mientras caminaba hacia la mesa de noche y se quitaba el colgante del cuello para guardarlo en un cajón—. Por un momento realmente parecías un vampiro.

Aiden apenas pudo terminar la frase: cuando el cajón de la mesa de noche estuvo cerrado y el crucifijo bien guardado en la oscuridad, Tobías se abalanzó sobre Aiden con una fuerza animal y

primitiva.

Lo arrojó sobre la cama y lo cubrió con su cuerpo, besándole los labios, el cuello, los hombros y el pecho. Cuando la mano de Tobías acarició el perfil de la erección de Aiden, el placer le obligó a arquear la espalda en contra de su voluntad. Desesperado por aire, soltó un suspiro en la boca de Tobías, quien seguía besándolo con frenesí. Tobías le abrió la cremallera con dedos apurados, y Aiden le ayudó a quitarle los pantalones y la ropa interior. En escasos segundos, estaba completamente desnudo, preso de los hambrientos besos y mordidas de un Tobías cada vez más enloquecido.

Con el calor palpitando en cada rincón de su piel, y el miembro ya durísimo y urgente, Aiden desnudó a Tobías con manos torpes y apuradas. Le quitó la camisa y le llenó el pecho pálido de besos, deleitándose con el aroma a especias de su piel. Tobías se apartó y se quitó los pantalones, y luego la ropa interior. Ya desnudo en todo su esplendor, Aiden no podía creer que alguien como Tobías estuviera interesado en él. Cada centímetro de su cuerpo era perfecto: fuerte, vital, poderoso, elegante. Cada porción de su carne rebosaba juventud y fortaleza. Debajo de su vientre plano, donde la delgadas venas azuladas traslucían debajo de sus abdominales definidos, se alzaba una erección grande y enrojecida. Aiden se estremeció de tan solo verla, imaginando todos los placeres que le traería. Pero no solo era el cuerpo de Tobías; Aiden subió la mirada hasta el rostro esculpido en mármol, hacia esos labios carnosos que le sonreían con calidez, a esos ojos grises que simplemente lo desarmaban, que podían ver hasta lo más profundo de su alma. Y lo sobrecogió un sentimiento que nunca antes había experimentado, algo que no solo era lujuria, algo inexplicable.

Tobías dio un paso de nuevo hacia la cama, se inclinó hacia Aiden, tomó sus mejillas entre las manos y lo besó. Aiden no podía soportarlo más; necesitaba a Tobías con cada fuerza de su ser. Le abrazó la cintura y le acarició la sedosa piel fría, hasta encontrar su erección. Sin dejar de besarlo, Aiden acarició toda su longitud con sus dedos, impresionado por su tamaño y grosor. Tobías soltó un gruñido de placer en su boca, y Aiden sonrió.

—Déjame probarlo, ¿sí? —Susurró contra los labios de Tobías. Él asintió con una sonrisa y se enderezó.

Aiden se movió sobre la cama hasta quedar sentado cerca del borde. Acarició a Tobías de arriba a abajo, deslizando sus labios por toda su extensión y sintiendo como el chico se estremecía. Luego deslizó la lengua, y besó la punta que palpitaba entre sus manos. Le gustaban los sonidos que Tobías soltaba y le gustaba besarlo, lamerlo y tocarlo. Le gustaba explorarlo con

su boca y con su lengua mientras el muchacho apretaba los puños y le temblaban las rodillas. Y aunque era divertido torturarlo, Aiden no podía aguantar más para metérselo en la boca. Lo hizo, despacio, escuchando cómo Tobias gemía. Su impresionante tamaño le impedía tragarlo por completo, pero era divertido intentarlo. Aiden movió su cabeza hacia atrás y adelante, acelerando el ritmo mientras Tobías le acariciaba el cabello. Cuando sentía que le faltaba el aire se echaba hacia atrás, y respiraba, sin dejar de masturbar a Tobías, para luego retomar con más hambre que antes. Adoraba como se sentía en su boca, adoraba los sonidos que hacía el muchacho, adoraba su sabor...Su propia polla dolía un poco por la falta de atención, pero a Aiden no le importó. Se concentró en Tobías, en darle placer, en jugar con su lengua alrededor de la punta que chorreaba pre semen, en besarlo y torturarlo.

De pronto, Tobías lo sujetó de los hombros. Cuando Aiden alzó la mirada, él se apresuró a besarlo. Un beso hambriento, profundo, desesperado, suplicante.

—Espera —susurró Tobias contra sus labios, jadeante—, no quiero terminar tan rápido.

Aiden sonrió y se rindió ante otro beso. Tobías lo acostó sobre la cama, su cuerpo encima, y lo envolvió entre sus brazos mientras lo besaba. Descendió con lentitud por su cuerpo, besándole el pecho, el abdomen. Cuando besó la cara interna de sus muslos Aiden sintió un escalofrío. Tobías tomó su polla entre las manos y lo masturbó despacio, Aiden apenas podía respirar. le devolvió la atención besándolo, lamiéndolo, tragándolo casi unetero. La boca de Tobías era deliciosa, y también sus dedos jugando con su entrada. Aiden se encontraba al límite, y cada vez que Tobias subía y bajaba estaba más cerca de su clímax. Tobías se detuvo, estiró los brazos hacia sus pantalones que yacían en el suelo y buscó algo de los bolsillos. El famoso lubricante. Segundos después, no solo su boca estaba envolviendo la erección de Aiden, sino que sus dedos empapados buscaban su entrada. Como si un relámpago lo hubiera golpeado, Aiden se sacudió. Tobías retiró su boca y deslizó la lengua por la entrada de Aiden, despertando miles y miles de cosquillas enloquecedoras. Un dedo entró con facilidad, penetrándolo mientras la lengua seguía jugando afuera. Aiden comenzó a suplicar, y ahora dos dedos lo estaban follando a un ritmo delicioso. Y Aiden admiraba cada reacción, adorándolo con sus profundos ojos grises mientras lo complacía. Un tercer dedo, al mismo tiempo que jugaba con su lengua contra la punta de su polla, y Aiden sentía que desfallecía.

—N--no puedo más...—tartamudeó entre jadeos—...ya...te necesito ya...fóllame ahora...

Tobías le dedicó una media sonrisita, y retiró sus dedos con suavidad. Durante los segundos

que se tomó en acomodarse entre los muslos de Aiden, él se sintió horriblemente vacío. necesitaba a Tobías en su interior como nunca antes había necesitado a nadie. Aun así, Tobias seguía tomándose su tiempo para besarlo, para acariciarlo, para mimarlo. Ni siquiera su ex lo había tratado con tanto cuidado, y Aiden se estremeció. Abrazó los hombros de Tobías con sus brazos y su cintura con sus muslos. Estaban besándose mientras Tobias lo penetró por primera vez, su miembro largo, durísimo y ancho, haciéndolo estremecer de placer mientras lo llenaba. Aiden soltó un gemido en sus labios, y Tobias sonrió. Sus frentes estaban pegadas mientras él comenzó a embestir, sus ojos grises nunca dejándolo ir.

Durante un instante, Aiden se sintió abrumado. No solo por el increíble placer físico que bombeada en todo su cuerpo con una fuerza demoledora, sino por lo íntimo que se sentía todo. Por los besos tiernos y urgentes, las sonrisitas cómplices, los pequeños gemidos y cuidados. No parecía sexo casual, ni que fuera su primera vez. Parecía que se conocían desde hacía años y que habían hecho el amor miles de veces. Sí, hacer el amor fue la frase que brotó en la mente de Aiden mientras Tobías aceleraba sus estocadas, mientras lo besaba y le susurraba contra los labios lo bien que se sentía.

Lo abrazó más fuerte, y la presión de su abdomen contra su polla lo hizo estremecer, Estaba cerca, muy cerca, y cada golpe de Tobías lo empujaba al límite. Tobías lo estaba llenando, enterrado en lo más profundo de él, y su propia erección ya estaba palpitando.

—Eres increíble Aiden...tan ajustado... —le murmuró Tobías con una expresión salvaje, perdida en su propio placer.

Él apenas pudo gemir algo en respuesta. Tobías arqueó un poco la espalda y tomó la erección de Aiden entre su palma. Comenzó a masturbarlo al mismo tiempo que lo follaba, embistiendo más duro y más profundo, hasta hacerlo gritar de dolor y placer.

El orgasmo sacudió a Aiden con un espasmo violento y delicioso, su cabeza martillando mientras el semen escapaba de él a gruesos chorros, aterrizando en su propio abdomen y pecho. Y mientras se vaciaba entre gemidos y jadeos, retorciéndose de placer, Tobías estaba llegando a su propio clímax. Un par de estocadas más, erráticas y violentas, y su semen caliente estaba llenándo por completo,desbordándose mientras Tobias no dejaba de gruñir y empujar.

—Eso...—jadeó Tobías con el rostro arrebolado, todavía sobre Aiden, todavía su orgasmo palpitando entre los dos con rabia—...eso fue...

No pudo terminar la frase, tan solo se dejó caer sobre Aiden. Su cuerpo cubriéndolo, y su cara enterrada entre la curva de su hombro. Aiden sonrió al sentir su aliento cálido y sus pestañas cosquilleándole el cuello.

—Sí..lo fue. —respondió, acariciando el cabello negro de Tobías.

Durante unos momentos permanecieron así, abrazados, jadeantes. Aiden no podía creer que eso era real y no un sueño, no podía creer que podía sentirse así con alguien. Tobías todavía estaba enterrado en él, perdiendo su rigidez, y le besaba el cuello con languidez y ternura.

No quería dejarlo ir.

Pero de pronto recordó con pesar que esto era sexo casuaL Por más tierno y cuidadoso que Tobías fuere, no era su novio. No había sentimientos de por medio.

¿Cómo debía proseguir en esos casos? Amaba cómo Tobías lo estaba besando y acariciando, pero...¿debía decirle que se vaya? ¿debían dormir juntos? ¿debía fingir que esos mimos no eran deliciosos y ansiaba más?

—¿Estás bien? —finalmente preguntó Tobías, levantando la cara para mirarlo. Se veía todavía más hermoso, arrebolado después del orgasmo y con el cabello hecho un desastre.

—Perfecto —respondió él, y le besó los labios. No quería dejar de besar a Tobías.

Un largo silencio, acompañado de una profunda mirada.

—¿Quieres que me vaya? —susurró Tobías.

Aiden tragó saliva, ansioso. No, no quería que se vaya. Quería besarlo, abrazarlo y dormir toda la noche acurrucado a Tobías. Pero...no quería sonar desesperado, ni asustarlo. Habían dicho diversión sin sentimientos. Tal vez Tobías ansiaba salir huyendo y preguntaba solo por educación.

—Pues, como tú quieras —murmuró Aiden, inseguro pero tratando de sonar frío.

Tobías sonrió.

—Quiero quedarme, ¿te molesta?

—Para nada.

Otro beso, y los dos rodaron de lado. Tobías abrazaba a Aiden contra su pecho mientras intercambiaban suaves caricias y arrumacos. Aiden estaba tan feliz de que se quedara...pero esa felicidad también lo asustaba. No podía enamorarse.

—Nunca creí que esto se sentía así —suspiró Tobías, y Aiden no comprendió del todo el comentario—. Esta es la primera vez para mí.

Aiden arqueó una ceja.

—¿Primera vez?

—Bueno no primera-primera —rió Tobías—. No soy virgen, quiero decir que es mi primera vez de un ligue casual.

—No puedo creer eso.

Tobías le devolvió una mirada inocente.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última ocasión —se encogió de hombros—. Durante muchos años me dediqué a otras obligaciones, no tenía tiempo para...para...

—Lo entiendo. Durante los últimos años los estudios me consumieron todo el tiempo libre posible. —Miró a Tobías con timidez—. Tampoco soy muy asiduo a lo casual.

Tobías le besó la punta de la nariz con ternura.

—Demasiado ocupado con vampiros y no con chicos humanos.

Aiden soltó una carcajada.

—Ojalá. —Recordó a su ex y soltó un suspiro—. Los chicos humanos pueden ser una verdadera mierda a veces.

—Lo siento. ¿Siempre has tenido esta fascinación por los vampiros?

—Siempre, de niño vi Drácula por primera vez en cable y desde entonces me obsesioné, Mi madre estaba preocupada, era la típica señora católica que organiza el coro de la iglesia. Mi padre, en cambio, la tranquilizaba diciendo que solo era una fase y que se me iba a pasar con el tiempo. —Aiden soltó una risita—. Curioso, dijo exactamente lo mismo cuando les dije que era gay.

Tobías también rió.

—Deben estar muy orgullosos de ti.

Ese comentario dolió.

—No. Para empezar, están muertos. Accidente automovilístico.

—Lo siento.

Aiden sacudió la cabeza.

—Incluso antes de eso no me hablaban. Nuestra última discusión fue cuando mi padre me anotó en una de esas terapias que supuestamente te convertían en hétero. Querían que dejara de ser gay, que me casara y formara una linda familia católica. —Aiden se quedó pensativo unos largos momentos—. Mi última palabra con él no fue algo bonito.

Tobías no dijo nada, tan solo le cogió las mejillas con ternura y lo miró. ¿Por qué esos ojos grises tenían el poder de sanarlo de que todo doliera menos? Era demasiado, Aiden sintió el ardor en sus lagrimales.

—Lo siento —soltó una risita incómoda—. Arruiné el momento.

—No has arruinado nada. Lamento que eso te haya ocurrido, pero no tienes nada de qué avergonzarte.

—¿Y tus padres? ¿Cómo son?

—Oh, bueno...vengo de una familia bastante antigua. Poseemos varias propiedades en Bucarest y en zonas rurales como esta. Mi viaje no es solo para estudiar sino para ocuparme de unos asuntos familiares. Mis padres también son bastante conservadores, así que comprendo la presión de ser hijo único y cargar las expectativas de tu linaje.

Linaje, pensó Aiden, qué palabra curiosa. Pero quería saber más, quería saber todo de Tobías, aunque al mismo tiempo, sentía que ya lo sabía todo. Que los dos conocían hasta lo más profundo del alma del otro. Tobías interrumpió sus pensamientos con una caricia en su mentón.

—Esto no estaba planeado en mi viaje.

—Me imagino.

Otro beso,Tobías se quedó pensativo unos momentos y luego preguntó.

—En serio, ¿por qué no le temes a los vampiros? Eres la única persona que conozco que le gustan.

—Son elegantes, hermosos, y viven para siempre.

—También son asesinos despiadados.Es eso, ¿quieres vivir para siempre?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. La muerte siempre me ha aterrado. Además, imagina la posibilidad de tener toda la eternidad para viajar, estudiar, conocer el mundo...imagina las infinitas posibilidades que se despliegan frente a tus ojos.

Tobías soltó otra risita.

—Pero estás olvidando la contraparte de esa infinita libertad:no puedes aferrarte a nadie, porque todos morirán antes que tú, Estás condenado a sufrir el dolor de la pérdida por toda la eternidad.

—Eso es cierto. Pero...bueno, yo ya he perdido a mis padres, y no tengo a nadie más que

perder. Supongo que la inmortalidad es un buen trato para mí.

Tobías volvió a reír.

—Pero nunca podrías amar a nadie nuevo, estarías condenado a perder a ese ser querido.

—Entonces supongo que la solución es no enamorarse. No solo para vampiros, también para los humanos.

—Tal vez tengas razón —murmuró Tobías con un dejo de amargura, y le acarició el cabello antes de besarlo—. No enamorarse.

—No enamorarse.

Intercambiaron lánguidos besos y caricias hasta quedarse dormidos el uno en los brazos del otro.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la luz plateada de la luna que se filtraba a través de las cortinas entreabiertas. Aiden, profundamente sumido en el sueño, giraba en la cama, sus respiraciones lentas y rítmicas. Tobías, acostado a su lado, dormía con la misma tranquilidad, ambos envueltos en el silencio de la noche y sus propios brazos.

Sin embargo, algo perturbó la calma.

Aiden abrió los ojos, parpadeando lentamente. Un ruido sutil, casi imperceptible, lo había despertado. Se incorporó en la cama, mirando hacia la ventana. Al principio, no pudo distinguir bien qué era, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, lo vio.

Una figura se movía fuera del hostel, caminando con pasos lentos y vacilantes hacia el bosque.

El corazón de Aiden se aceleró al reconocer la silueta. Era Claudia. Caminaba sola, en medio de la noche, descalza y con una actitud inexpresiva, como si estuviera atrapada en un sueño profundo. Se movía de forma mecánica, sus pies deslizándose sobre el suelo cubierto de hojas caídas, mientras su cuerpo se dirigía hacia la neblina del bosque.

—Tobías... —susurró Aiden, agitado. Le dio un suave empujón en el hombro—. Tobías,

despierta.

Tobías se movió, frunciendo el ceño mientras sus ojos grises se abrían con torpeza.

—¿Qué pasa? —murmuró, adormilado.

—Claudia... está caminando hacia el bosque. Creo que está sonámbula —dijo Aiden, su voz temblando.

Tobías se enderezó de inmediato, siguiendo la mirada de Aiden hacia la ventana. La figura de Claudia ya se estaba alejando, su cuerpo moviéndose con una extraña falta de propósito, como si fuera una marioneta sin alma, guiada por hilos invisibles.

—Tenemos que detenerla —dijo Tobías con calma, pero con urgencia. Se levantó rápidamente, y Aiden lo imitó.

Ambos se vistieron a toda prisa, sin perder de vista a Claudia. Mientras salían de la habitación, el aire frío de la noche los golpeó, despejando cualquier rastro de somnolencia. Aiden no podía sacudirse la sensación de que algo estaba terriblemente mal. No era solo que Claudia estuviera sonámbula, sino que el bosque, con su neblina espesa y misteriosa, parecía llamarla, como si algo en su interior la atrajera.

Bajaron las escaleras del hostal en silencio, cuidando de no despertar a nadie más, y cruzaron rápidamente el vestíbulo. Una vez afuera, el viento helado cortó sus rostros, pero no los detuvo. Claudia ya había avanzado bastante, sus pies descalzos dejando huellas ligeras en el suelo húmedo.

—Claudia —llamó Aiden en voz baja, aunque sabía que ella no lo escucharía en su estado.

—No la llames —advirtió Tobías, poniéndole una mano en el brazo—. Podrías asustarla o empeorar las cosas.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Aiden, su ansiedad en aumento.

Tobías observó a Claudia por un momento antes de responder.

—La seguimos. Despacio. No podemos simplemente despertarla de golpe, podría volverse loca.

Aiden asintió, aunque la situación le ponía los nervios de punta. Ambos comenzaron a seguirla a una distancia prudente, sus pisadas amortiguadas por el suelo blando del sendero. El bosque estaba cerca, los árboles formando una barrera oscura y ominosa en la distancia.

Los dos se acercaron a ella con sigilo. Al ver su rostro de cerca, Aiden sintió un escalofrío. La expresión de Claudia era vacía; sus ojos estaban abiertos pero parecía un cadáver sin emociones. El miedo le aceleró el corazón, pero vio a Tobías actuar con calma. Claudia continuaba avanzando, ajena al peligro, sus pasos lentos pero constantes. No parecía consciente de su entorno, ni del frío que mordía su piel. Era como si estuviera caminando en una dimensión distinta, atrapada en algún lugar entre el sueño y la vigilia.

Aiden miró a Tobías, buscando alguna señal de que sabían lo que estaban haciendo, pero Tobías mantenía su rostro impasible, sus ojos fijos en Claudia. De pronto, se deslizó con una velocidad casi más rápida que el ojo humano, como un depredador. Se quitó el abrigo, envolvió con él los hombros de Claudia y la muchacha finalmente cerró los ojos. Se dejó caer, como una marioneta a la que le cortan los hilos, y Tobías se apresuró a levantarla en sus brazos.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Aiden en voz baja—. No puede ser solo sonambulismo... Esto es demasiado extraño.

—El bosque —respondió Tobías en un tono grave—. Hay algo en este lugar que afecta a las personas. Lo que ella tocó... esa planta... Tuvo más impacto de lo que pensábamos.

Aiden tragó saliva, y los dos aceleraron el paso, entrando en el hostel con la muchacha en brazos de Tobías.

Las ramas crujían bajo sus pies, y el aire se sentía pesado, cargado de una energía que erizaba la piel de Aiden. El bosque, tan sombrío y denso, parecía tener vida propia, como si los árboles y las sombras los estuvieran observando.

Mientras entraban apresuradamente al hostal, el aire cambió de frío a cálido, pero Aiden todavía sentía el peso del bosque sobre ellos, como si una parte de la oscuridad se hubiera colado entre las puertas. Tobías sostenía a Claudia con facilidad, su expresión aún seria, pero algo más

había en sus ojos, una tensión que Aiden no había visto antes.La sala común estaba desierta a esa hora, y el único sonido era el crepitar de las llamas en la chimenea. Tobías se dirigió hacia un sofá cercano y, con cuidado, depositó a Claudia sobre los cojines. Aiden se arrodilló a su lado, notando que su respiración era regular, pero su piel estaba fría al tacto, más fría de lo que debería estar.

—¿Crees que va a estar bien? —preguntó Aiden, con la voz temblorosa, sin apartar la vista de Claudia, que ahora parecía tranquila, como si solo estuviera durmiendo.

Tobías asintió, aunque su expresión no transmitía la misma certeza que su gesto.

En ese momento, Claudia abrió los ojos, como despertando de un largo y apacible sueño. Al ver a Tobías y a Aiden, se mostró confundida.

—¿Qué ocurre? —preguntó refregándose los ojos. Se mostró más confundida al encontrarse en la sala común, y todavía más avergonzada al notar que estaba en camisón, apenas cubierta con el abrigo negro de Tobías—. ¿Qué hago aquí?

—Estabas caminando dormida —explicó Aiden, su voz algo temblorosa—. ¿No recuerdas nada?

—¿Qué? No...—se aclaró la garganta—. ¿Caminando dormida, dices?

—¿No sabías que eres sonámbula? —insistió Tobías con voz grave. Su ceño estaba fruncido.

—No...No hasta ahora —Claudia soltó una risita preocupada—. No puedo creerlo...

—¿No recuerdas nada? —preguntó Aiden—. Estabas caminando directo hacia el bosque. Te vimos a través de la ventana y te fuimos a buscar. Si no me hubiera despertado...

—Solo recuerdo tener una pesadilla. Nada más.

Tobías se acercó, Aiden nunca lo había notado tan preocupado. En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y María y Andrei entraron con una expresión de pánico. Tobías se apresuró a reconfortar a la anciana con un gesto tierno.

—No ocurre nada, por favor, preparen un té de tilo para la muchacha. Ha estado caminando en sueños, pero ya se encuentra bien.

Aiden notó que la voz de Tobías sonaba hipnótica, y que los ancianos le obedecieron con la reverencia con la que se trata a una persona noble. Regresó su atención a Claudia, todavía confundida.

—¿Una pesadilla? —insistió Tobías—.¿Sobre qué?

—Ahora ni siquiera puedo recordarlo. —Claudia se llevó la mano a la cabeza—. Algo sobre el bosque, y unos ojos rojos...No sé, solo recuerdo que era aterrador.

Aiden observó a Claudia con preocupación creciente. La idea de que estuviera siendo afectada por el bosque, por algo más allá de un simple sonambulismo, lo hacía sentir impotente. Tras un silencio incómodo, se acercó más a ella, frotándose las manos como si el frío de la noche hubiera alcanzado su piel.

—Quizá deberíamos llamar a un médico, por si acaso —sugirió, su voz templada pero firme—. Lo que sea que te haya afectado… esa planta, o el sueño… no es normal.

Claudia levantó la mirada, sorprendida, pero negó con la cabeza mientras esbozaba una leve sonrisa. En ese momento María regresó con una taza de té.

—No, Aiden, no es necesario. —Se llevó una mano a la frente como si intentara sacudirse el cansancio, y bebió un sorbo del té—. Solo fue un mal sueño... además, ya me siento mejor. Estoy cansada, nada más. Necesito dormir.

Tobías, que había permanecido en silencio, observó de cerca a Claudia. Aiden pudo ver en sus ojos que no estaba convencido, pero el hombre respetaba la decisión de Claudia.

—¿Estás segura? —preguntó Aiden, sin poder ocultar su inquietud—. Caminabas directo hacia el bosque, Claudia. Fue... extraño. No quiero que vuelvas a hacerlo.

Claudia suspiró y asintió.

—Estoy segura. Ha sido una noche larga para todos. De verdad, solo necesito descansar. Ya no

volveré a salir... prometo que cerraré la puerta con llave si te preocupa tanto. —Intentó tranquilizarlo con una sonrisa, aunque aún había algo en su mirada que indicaba que seguía afectada por lo ocurrido.

Tobías intercambió una rápida mirada con Aiden, y luego habló.

—Si te sientes mal o vuelves a tener pesadillas, ven a buscarnos. No dudes en despertarnos, ¿de acuerdo?

Claudia asintió, agotada. Sus párpados caían pesadamente, y parecía que apenas podía mantenerse despierta.

—Lo haré. Gracias a los dos por ayudarme, y gracias María por el té... pero estoy bien. —Le dedicó a ambos una última sonrisa, esta vez más genuina—. Hasta mañana, chicos.

Con esas palabras, Claudia se levantó lentamente de su asiento y caminó hacia las escaleras, apoyándose en la barandilla. Aiden la siguió con la mirada, sin quitarse la sensación de inquietud que le retumbaba en el pecho.

—Deberíamos haber insistido —murmuró en voz baja, mirando a Tobías cuando Claudia desapareció en el segundo piso.

—No creo que sea buena idea presionarla demasiado esta noche —dijo Tobías, pensativo—. Pero deberíamos estar atentos.

Aiden asintió, aún sintiendo el nudo en su estómago.

—Espero que solo necesite descansar... pero algo me dice que esto no ha terminado.

Ambos se quedaron en silencio unos instantes, escuchando los crujidos del viento afuera. La sensación de peligro aún flotaba en el aire, y Aiden sabía que, aunque Claudia hubiera vuelto a su habitación, esa noche el bosque no estaría en silencio por mucho tiempo.

—¿Está bien la muchacha? —preguntó Andrei desde la cocina. A su lado, su esposa parecía rezar entre dientes.

—Está bien. Por favor, no se preocupen. Regresen a la cama.

De nuevo, a Aiden le pareció extraño cómo Tobías se desenvolvía en la posada, y cómo le hablaba a los ancianos como si fueran sus sirvientes. Tal vez la familia conservadora e influyente que había mencionado era más influyente de lo que Aiden había imaginado. Ya a solas, Tobías entrelazó los dedos con los suyos, y la frialdad de esa caricia le hizo olvidar sus preocupaciones. Tobías le cogió el mentón con suavidad, obligándolo a mirarlo.

—¿Estás bien? —preguntó con un susurro ronco.

—Sí, solo...—sacudió la cabeza y soltó otra risita—. Me da vergüenza decirlo pero...estoy algo asustado.

—No hay nada de qué avergonzarse —lo reconfortó Tobías, acariciándole la mejilla y depositando un suave beso en sus labios—. ¿Puedo pasar la noche contigo?

Aiden asintió, aliviado de que Tobías lo hubiera ofrecido. Lo necesitaba esa noche, necesitaba que Tobías lo abrazara, pero no se atrevía a preguntar. Tenía miedo de sonar muy desesperado, de cruzar una línea que los ligues ocasionales no debían cruzar.

—Sí, por favor. Quédate.

Tobías sonrió, aunque todavía había preocupación en su mirada. Besó de nuevo los labios de Aiden.

—Bien, porque no hubiera tomado un no por respuesta. No pienso dejarte solo esta noche.

Capítulo 11

Aiden durmió toda la noche perdido en los brazos fuertes y protectores de Tobías. Su piel fresca y perfumada a jengibre lo reconfortó, como nunca antes nadie lo había reconfortado.

—Nada ni nadie te hará daño mientras yo esté aquí, Aiden —había susurrado en sus oídos antes de que el sueño lo venciera.

Sin embargo, al despertar, Aiden se encontró de nuevo solo en su cama. No se sorprendió de todas maneras, ya se había acostumbrado a los horarios extraños de Tobías. Pero lo extrañaba....se sentía dolorosa la ausencia de sus brazos.

Sin sentimientos, son sentimientos, se repitió mientras se vestía. Esto es solo una aventura, no te enamores.

Aiden se repitió esas palabras como un mantra mientras se abrochaba la camisa, pero el nudo en su pecho no desaparecía. El vacío dejado por Tobías en la cama era palpable, y aunque intentaba convencerse de que todo aquello era solo una aventura pasajera, su corazón no colaboraba. Se pasó una mano por el rostro, tratando de despejar los pensamientos confusos que lo invadían.

No te enamores, se recordó una vez más, casi con desesperación. Pero las emociones que sentía por Tobías eran más intensas de lo que había previsto. Sus palabras de la noche anterior, el susurro en la oscuridad y el tacto protector de sus manos, todo aquello lo había envuelto en una sensación de seguridad y conexión que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Se acercó a la ventana de la habitación, buscando alguna distracción. El bosque se extendía más allá del hostel, pero era un día soleado, y la luz de alguna forma hacía que los eventos de la noche anterior no fueran tan aterradores. Como un sueño distante.

Con un suspiro, decidió que lo mejor era centrarse en su tesis. Si se distraía con las investigaciones, quizá podría enterrar los sentimientos que lo estaban desbordando. Casi había olvidado toda la información nueva que había encontrado la noche anterior.

Aún así, el eco de la voz de Tobías seguía resonando en su cabeza, suave y firme: "Nada ni nadie te hará daño mientras yo esté aquí." Aiden deseaba que esas palabras fueran algo más que una promesa temporal.

Bajó la escaleras y en la sala común encontró a Marlene desayunando.

—Buenos días —lo saludó ella con la boca llena de pan—, parece que me he perdido una pequeña película de terror anoche.Claudia me contó todo.

—¿Dónde está Claudia ahora? —Aiden se sentó a su lado y se sirvió un café para despejarse.

—Dormida como un tronco.

—¿No se ha levantado?

—Déjala dormir tranquila, ha tenido muchas emociones anoche.

Aiden bebió un sorbo de café y suspiró. En cierta manera era un alivio que Clauida estuviera bien, pero era raro no verla esa mañana.

—No puedo creer que no hayas oído todo el caos anoche —regañó a Marlene.

—Siempre he tenido sueño profundo. —Se encogió de hombros y le dio otro mordisco a su pan untado con mantequilla—. Supongo que esta noche trabajaré sola. De todas maneras, nuestra tesis ya está casi cocinada.

—Que envidia —refunfuñó Aiden—. Yo estoy en un punto muerto. Demasiada información contradictoria.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a darme otra vuelta por las ruinas. —Buscó su mochila y revisó que su cámara tuviera suficiente batería. De alguna manera, algo le decía que las respuestas estaban allí. No solo para su tesis, sino para comprender del todo qué le ocurría a Claudia.

—Las ruinas... —repitió Marlene con una ceja levantada—. No es un lugar donde quisiera pasar mucho tiempo. Pero si te ayuda, te apoyo. Solo ten cuidado, ya sabes.

—Lo sé —respondió Aiden, su voz cargada de determinación—. Pero tengo que ir. Siento que hay algo que no estamos viendo, algo que conecta todo esto.

Marlene lo observó por un momento, luego asintió lentamente mientras terminaba su

desayuno.

—Solo prométeme que si ves algo raro, correrás. No quiero que desaparezcas en el bosque como un personaje de esas películas de terror que tanto amas.

Aiden sonrió, aunque en el fondo entendía que lo que estaba investigando era mucho más peligroso de lo que había imaginado inicialmente.

—Lo prometo. No haré nada estúpido.

Mientras Marlene seguía comiendo, Aiden terminó su café y revisó su mochila una última vez. Su cámara, su cuaderno de notas, y una linterna, todo estaba en su lugar. Algo en su interior le decía que el bosque y las ruinas tenían mucho más que contar.

—¿Tobías te va a acompañar? —preguntó Marlene, limpiándose los dedos con una servilleta.

Aiden se quedó pensativo por un momento. No estaba seguro de los planes de Tobías, pero lo cierto era que, si bien lo tranquilizaba tenerlo cerca, también sabía que el enigma que lo rodeaba lo volvía aún más incierto.

—No lo sé. No lo he visto esta mañana. Pero si lo encuentro, quizás lo invito —respondió finalmente—. Aunque, de alguna manera, siento que puedo hacer esto solo.

Marlene arqueó una ceja, sorprendida por el tono de seguridad en la voz de Aiden.

—Bueno, parece que el bosque no es lo único de lo que tienes que cuidarte —bromeó.

—¿Qué quieres decir?

—He visto cómo lo miras, y cómo él te mira a ti. Estás enamorado.

—¡No estoy enamorado! —protestó Aiden, y sintió el rubor ardiendo en sus mejillas.

Marlene soltó una risa suave, divertida por la reacción de Aiden.

—Claro, claro. Como digas. Pero te lo digo en serio, ten cuidado. Tobías no es alguien fácil de

leer, y... bueno, este lugar tiene algo extraño. No quiero que te metas en algo que no puedas manejar —añadió, con un tono más serio.

Aiden tomó aire, intentando calmar el calor que sentía en su rostro. Sabía que lo que decía Marlene no era del todo falso. Había algo en Tobías que lo atraía de una manera que nunca había experimentado antes. Pero enamorado… no, eso no podía ser. Al menos, eso se repetía a sí mismo.

—Solo somos... amigos —respondió, con menos convicción de la que le habría gustado—. Amigos que follan. Nada más.

Marlene lo miró con una mezcla de ternura y preocupación.
—¿Y estás seguro que puedes manejar algo así?

—Segurísimo. Nada de sentimientos, solo sexo.

—Bueno, lo que sea que sean, solo asegúrate de que te cuide de la misma forma en que tú te preocupas por él.

Aiden asintió, sin decir más. Las palabras de Marlene resonaban en su cabeza mientras salía del hostel, el frío aire de la mañana envolviéndolo. Mientras caminaba hacia las ruinas, el peso de lo que sentía por Tobías y la preocupación por Claudia se mezclaban en su mente, creando una tormenta de emociones que le era difícil de sacudir.

No sabía qué iba a encontrar en Dnega, pero una parte de él esperaba que, al menos, allí pudiera obtener las respuestas que tanto necesitaba. Y tal vez, en el proceso, también aclarar lo que realmente sentía por Tobías.

Aiden llegó a las ruinas de Dnega poco antes del mediodía, cuando el sol luchaba por abrirse paso entre las nubes grises y el frío viento otoñal. El paisaje era desolador, con restos de la antigua fortaleza esparcidos por el suelo como cicatrices de una época violenta y olvidada. Las piedras negras, cubiertas de musgo y líquenes, formaban sombras irregulares bajo la débil luz, y la sensación de estar en un lugar antiguo y lleno de secretos lo envolvía.

Caminó lentamente por el sendero que llevaba a la entrada principal, una puerta de arco derrumbada donde aún se apreciaban los restos de lo que debió ser una imponente muralla. Sacó

su cámara, enfocando los detalles de las piedras, las grietas que el tiempo había cincelado con paciencia. Hizo clic varias veces, tomando fotos de todo lo que llamaba su atención: los grabados desgastados, las ventanas rotas, y los oscuros pasillos que parecían invitarlo a adentrarse en un laberinto de sombras.

Se detuvo frente a lo que alguna vez fue la sala principal, ahora solo un espacio abierto lleno de escombros. Aiden abrió su cuaderno de notas, anotando algunas observaciones sobre la disposición de las ruinas, pero su mente seguía volviendo a Tobías, a la noche anterior, a la sensación de sus brazos, de su voz reconfortante.

“Nada ni nadie te hará daño mientras yo esté aquí, Aiden.”

Esas palabras aún resonaban en su cabeza, y aunque trataba de concentrarse en su trabajo, no podía evitar que el recuerdo de Tobías invadiera sus pensamientos. Había algo magnético en él, algo que lo hacía sentir seguro pero a la vez inquieto, como si estuviera al borde de descubrir un misterio mucho más grande que cualquier leyenda que hubiera venido a investigar.

Tomó más fotos de las ruinas, esta vez enfocando las torres derruidas y las líneas de piedra que una vez formaron parte de la estructura defensiva. Mientras observaba a través del lente, no podía dejar de preguntarse qué significaba realmente la conexión que sentía con Tobías. Había algo profundo y extraño en él, algo que Aiden no terminaba de comprender. ¿Era solo atracción o había algo más, algo oscuro e inexplorado?

Las leyendas de los vampiros, las historias sobre el pacto de Vlad Tepes, todo se mezclaba en su mente mientras caminaba por los restos de la fortaleza. ¿Podría Tobías ser parte de todo esto? Se estremeció ante la idea, aunque no de miedo, sino de una especie de fascinación peligrosa. Sí, Tobías tenía siempre la piel fresca, casi fría, nunca lo había visto de día, ni probar bocado...¿Y esa “alergia al oro”? Si estuviera en una película de terror, definitivamente Tobías sería un vampiro, pensó con una risita.

Se acercó a un viejo muro donde aún quedaban restos de inscripciones antiguas y, mientras fotografiaba los grabados, sus pensamientos volvieron a lo que había compartido con Tobías la noche anterior. No era solo sexo, no podia mentirse a sí mismo.

¿Y si Tobías no era solo una parte de su investigación, sino también una pieza clave para desentrañar el misterio que rodeaba a Hovra y sus antiguas leyendas? ¿Y si no lo había conocido

por casualidad?

Aiden suspiró, cerrando su cuaderno y guardando la cámara. La sensación de estar atrapado entre lo racional y lo irracional, entre su atracción por Tobías y el enigma de las ruinas, lo invadía. De alguna forma, sentía que encontrar respuestas sobre Tobías y las leyendas locales era esencial para completar su investigación, pero también para comprender lo que realmente estaba ocurriendo, tanto en su mente como en su corazón.

Caminó hacia el claro del bosque. La luz del sol, aunque moribunda, lo hacía sentir a salvo. Se sentó a la hierba y descansó. No solo sus piernas estaban agotadas, también su mente.

Aiden se apartó lentamente de las ruinas, el eco de sus pasos resonando entre las piedras antiguas mientras su mente seguía atrapada en pensamientos sobre Tobías y lo que estaba sucediendo en aquel lugar. La fortaleza de Dnega lo había dejado inquieto, y aunque había sacado muchas fotos y tomado varias notas, una sensación de vacío se instalaba en su pecho. Algo estaba mal, como si un misterio se deslizara a su alrededor, siempre fuera de su alcance.

Cuando llegó al claro del bosque, el aire fresco le acarició el rostro, ofreciéndole un breve alivio. La hierba parecía especialmente suave bajo sus pies, y, sin pensarlo mucho, se dejó caer sobre el suelo, estirando las piernas y apoyando la cabeza sobre su mochila. El cielo aún brillaba con la luz moribunda del atardecer, y los árboles se alzaban sobre él como guardianes silenciosos.

Aiden cerró los ojos por un momento, con la intención de despejar su mente, pero algo cambió. El sonido del viento entre las hojas y el suave crujido de la naturaleza a su alrededor lo envolvieron en una sensación extraña, como si el mismo bosque lo estuviera llamando, susurrando una canción que no podía entender pero que lo atraía profundamente. Poco a poco, su cuerpo comenzó a sentirse pesado, sus pensamientos más lentos, difusos. Era como si estuviera entrando en un trance, una niebla envolvente que lo adormecía sin que pudiera resistirse.

Trató de abrir los ojos, pero sus párpados se negaron a obedecer. Una profunda somnolencia se apoderó de él, arrastrándolo hacia un sueño inquietante y oscuro. Imágenes confusas pasaban por su mente: sombras moviéndose entre los árboles, susurros ininteligibles, y esos ojos rojos, los mismos que Claudia había mencionado en su pesadilla.

De repente, Aiden despertó con un sobresalto. Su corazón latía desbocado en su pecho, la

respiración agitada. Miró a su alrededor y sintió el pánico apoderarse de él. El claro del bosque, que antes estaba iluminado por el sol poniente, ahora estaba completamente sumido en la oscuridad. Las sombras eran más densas, más profundas, y el frío de la noche se había asentado en el aire.

Miró el cielo, ahora cubierto por estrellas, y se dio cuenta de que había pasado horas en ese extraño trance. Se puso de pie rápidamente, sus piernas tambaleándose por la confusión y el cansancio. El bosque, que antes le parecía tranquilizador, ahora se sentía amenazante, como si algo invisible lo estuviera observando desde las sombras.

—¿Qué mierda ha pasado? —murmuró para sí mismo, intentando calmar su acelerado pulso.

Debía volver al hostel, y rápido. Pero mientras empezaba a caminar, una sensación extraña lo invadió: no estaba solo.

Aiden avanzaba por el sendero del bosque, pero el lugar había cambiado de forma alarmante desde que se había despertado. La oscuridad era opresiva, cada rama y tronco de árbol parecía una figura distorsionada, una amenaza en la penumbra. El cielo, antes despejado, ahora estaba cubierto por una neblina espesa que envolvía el bosque, haciéndolo sentir como si el mundo entero se hubiera reducido a unos pocos metros a su alrededor.

El silencio era pesado, roto solo por el crujir de las hojas secas bajo sus pies y su respiración rápida y entrecortada. Todo el ambiente había cambiado, como si el bosque mismo se hubiera vuelto consciente de su presencia. De vez en cuando, el viento susurraba entre los árboles, pero el sonido le resultaba inquietante, como voces lejanas.

A medida que caminaba, Aiden empezó a sentir que algo no estaba bien. Se giró varias veces, seguro de que alguien —o algo— lo estaba siguiendo. Aceleró el paso, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. El aire a su alrededor estaba gélido, y la niebla parecía moverse como si tuviera vida propia, envolviéndolo con cada paso que daba. Cuanto más avanzaba, más densa se hacía, sofocando cualquier intento de orientación.

De repente, una sensación helada recorrió su espalda. En medio de la neblina, creyó ver algo que lo paralizó: dos pequeños puntos rojos brillaban entre las sombras, como ojos, fijos en él. Trató de convencerse de que era solo su imaginación, el cansancio jugando con su mente. Pero ahí estaban, parpadeando de forma siniestra, vigilándolo.

—No... no es real... —murmuró, su voz apenas un susurro tembloroso, como si decirlo en voz alta pudiera disipar sus miedos.

Pero los ojos seguían allí, inquebrantables, como si lo estuvieran estudiando.

Aiden empezó a caminar más rápido, casi tropezando con las raíces que sobresalían del suelo. El latido de su corazón era lo único que podía oír con claridad, resonando en sus oídos, mientras su respiración se volvía cada vez más descontrolada. Giró la cabeza varias veces, tratando de sacudirse la sensación de que lo estaban persiguiendo. Las ramas crujían a su alrededor, pero no había viento que las moviera.

El miedo lo consumió cuando vio de nuevo esos ojos rojos, más cerca esta vez, brillando a través de la niebla. Eran ojos inhumanos, fijos, brillando con una intensidad antinatural. Sin pensarlo, Aiden rompió a correr, sus pies golpeando el suelo con torpeza mientras intentaba esquivar los árboles y ramas que parecían cerrar el paso. Su mente estaba en blanco, dominada por el terror de lo que no podía comprender.

Corrió y corrió, con la garganta seca y los pulmones ardiendo, pero el bosque parecía no tener fin. A cada paso, el aire a su alrededor se volvía más pesado, casi irrespirable. Sentía que las sombras se movían junto a él, como si el bosque estuviera vivo y jugando con él.

Miró hacia atrás una vez más, esperando no ver nada, pero ahí estaban, esos ojos rojos, siguiéndolo de cerca. Casi podía sentir su presencia, un peso invisible que le apretaba el pecho.

—¡No! —gritó con desesperación, forzando a sus piernas a moverse más rápido, el hostel debía estar cerca, debía encontrar la seguridad de esas paredes, de Tobías.

La neblina continuaba espesándose, como una cortina que trataba de arrastrarlo a lo desconocido, pero Aiden no se detenía, guiado por el instinto de sobrevivir. Tenía que salir del bosque antes de que... antes de que algo lo alcanzara.

Los ojos rojos lo seguían en cada paso.

Aiden corría, jadeando, sintiendo el aire helado golpear su rostro mientras las sombras del bosque se cerraban sobre él. Los ojos rojos lo seguían, inquebrantables, fijos en su espalda como

una amenaza imposible de sacudir. Cada paso que daba se volvía más desesperado, sus piernas temblaban por el esfuerzo, pero no podía detenerse. Sabía que si lo hacía, algo terrible lo alcanzaría.

De pronto, en medio de la niebla, una figura surgió a su izquierda. Aiden frenó en seco, su cuerpo casi colapsando del miedo. Al principio, pensó que era solo una rama torcida o una roca en forma extraña, pero cuando parpadeó, la figura se movió.

Era una silueta alta, desgarbada, con un cuerpo encorvado y brazos demasiado largos, casi grotescos. La piel pálida, casi translúcida, resaltaba entre la oscuridad, y el rostro... el rostro era lo que hizo que un escalofrío helado recorriera la columna de Aiden. Era alargado, demacrado, con orejas puntiagudas y una calva brillante, pero lo peor eran sus ojos hundidos y amarillos, que brillaban como antorchas mortecinas en la penumbra. Los colmillos sobresalían, afilados, como si fueran armas esperando desgarrar la carne.

Aiden recordó de inmediato las imágenes de Nosferatu, el vampiro de las viejas películas. Esa criatura antigua y horripilante que había visto en libros y cine. Pero esto no era una imagen, no era ficción. La criatura estaba allí, casi inmóvil, observándolo, sus labios retraídos en lo que parecía una mueca perversa.

El corazón de Aiden latía desbocado, sintiendo el terror retorcerse en su estómago. Quiso moverse, pero sus piernas no respondían. La criatura dio un paso hacia adelante, y el sonido de sus movimientos era apenas un susurro en la niebla, como si su cuerpo flotara en lugar de caminar. Cada paso que daba era lento, calculado, como si disfrutara del miedo que le causaba.

—No... no puede ser real —murmuró Aiden, tratando de convencerse, pero su cuerpo entero temblaba, paralizado.

La criatura extendió uno de sus largos brazos, como si estuviera invitándolo a acercarse, sus dedos afilados alargándose hacia él. El miedo lo atrapó, sintiendo que su garganta se cerraba mientras la criatura avanzaba otro paso. Los ojos rojos seguían brillando detrás de él, y ahora, frente a él, esta monstruosa figura lo acechaba, encarnando todo lo que había temido del bosque.

Finalmente, un impulso de supervivencia lo sacudió, y Aiden encontró las fuerzas para correr de nuevo. Escapó, tropezando con las raíces y ramas mientras el terror lo impulsaba. No se atrevía a mirar hacia atrás, pero podía sentir la presencia de la criatura acechando a su alrededor.

El aire a su alrededor parecía más frío, más denso, y los árboles se cerraban en torno a él, como si el mismo bosque quisiera atraparlo.

Corría sin rumbo, guiado solo por la necesidad de escapar, pero cada vez que creía haber dejado atrás la figura, una sombra alargada se proyectaba sobre él, y los ojos rojos lo seguían.

Aiden corría sin rumbo fijo, su respiración entrecortada por el miedo que lo consumía. Los árboles parecían más densos, como si el bosque se retorciera para atraparlo, y las sombras danzaban a su alrededor, jugueteando con su ansiedad. Detrás de él, la presencia de ese ser lo acechaba, silenciosa pero inminente. Los ojos rojos seguían ardiendo en la niebla, como llamas distantes, observándolo desde el abismo del bosque.

De pronto, mientras Aiden giraba desesperadamente por un sendero entre los árboles, una figura surgió de entre la niebla frente a él y lo sujetó con fuerza. Aiden gritó, sus piernas se detuvieron en seco, su corazón golpeando con fuerza en su pecho.

—¡Tobías! —jadeó, su cuerpo temblando de terror y alivio al mismo tiempo.

Tobías estaba allí, a pocos pasos de distancia, su rostro severo pero calmado. Había aparecido de la nada, como si el mismo bosque lo hubiera invocado para salvarlo. Aiden, en su estado de pánico, apenas podía procesar lo que estaba ocurriendo, y la imagen de la criatura detrás de él seguía dominando su mente. Pero aún en medio del caos, el rostro de Tobias era una fuente de paz y seguridad. Preso del pánico, Aiden quería explicarle lo que estaba ocurriendo, quería advertirle sobre la criatura, pero solo pudo soltar unos balbuceos incomprensibles.

—Aiden, rápido —Tobías lo sacudió con voz firme, tomando a Aiden del brazo—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Aiden asintió frenéticamente, sintiendo la voz de Tobías como un salvavidas en medio de la tormenta. Juntos comenzaron a correr, los pasos de Tobías seguros y veloces, guiando a Aiden a través de la neblina espesa. Los sonidos del bosque parecían distorsionados, cada crujido de las ramas resonaba como un eco monstruoso, y las sombras seguían retorciéndose a su alrededor.

—¡La criatura! —balbuceó Aiden, mirando hacia atrás, esperando ver la silueta alargada del Nosferatu aparecer en cualquier momento.

—No mires atrás —respondió Tobías sin mirarlo, apretando su brazo con más fuerza—. Solo sigue corriendo.

El miedo aún lo corroía, pero la presencia de Tobías lo ayudaba a mantener el control. Sentía que el pánico no lo dominaría mientras Tobías estuviera allí, guiándolo, protegiéndolo. Los pasos resonaban entre los árboles, y Aiden sentía que el bosque entero los empujaba hacia adelante, como si los ojos rojos los persiguieran con más intensidad.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, divisaron las luces del hostel entre la niebla. Aiden sintió un alivio momentáneo, pero Tobías no disminuyó la velocidad. Siguieron corriendo, hasta que, con un último esfuerzo, alcanzaron la puerta del hostal. Tobías la abrió de un empujón y ambos se lanzaron adentro, cerrando la puerta de golpe tras ellos.

Aiden cayó al suelo, exhausto, su respiración agitada mientras intentaba controlar el latido frenético de su corazón. Tobías, aunque más controlado, también respiraba con fuerza, mirando por la ventana hacia el bosque como si aún estuviera esperando ver a la criatura.

—¿Qué... qué era eso? —preguntó Aiden entre jadeos, su cuerpo temblando.

Tobías se quedó en silencio un momento, sus ojos fijos en la oscuridad a través de la ventana antes de girarse hacia Aiden.

—¿Te encuentras bien? —dijo finalmente, su voz baja y grave.

—Supongo...

Aiden se encontraba sentado en el suelo, aún recuperando el aliento, con el cuerpo temblando y el sudor cubriendo su frente. Su mente trataba de darle sentido a lo que había ocurrido, pero el miedo seguía enroscado en su pecho, incapaz de desvanecerse por completo. El silencio dentro del hostel era opresivo, roto solo por el sonido de su respiración entrecortada.

Tobías se acercó, se inclinó junto a Aiden y lo abrazó. Sus brazos helados, pero al mismo

tiempo rebosantes del calor que Aiden necesitaba en ese momento. Se aferró a la espalda de Tobías y se perdió en un abrazo ajustado.

—Tranquilo, todo está bien —susurró con su voz tranquila, aunque cargada de tensión, y acarició el cabello de Aiden con ternura.

Aiden asintió, aunque sentía que su cuerpo aún no se recuperaba del todo. Cerró los ojos un momento, tratando de calmarse,perdiéndose en Tobías, pero la imagen de aquellos ojos rojos no desaparecía.

Fueron interrumpidos por los pasos de Maria y Andrei, saliendo de la cocina apresurados. Aiden notó que Andrei traía su rifle.

—¿Qué ha ocurrido? Oímos golpes —dijo el hombre, visiblemente shockeado al ver el abrazo.

Tobías rompió el abrazo con suavidad.

—Lobos —respondió con voz seria—. Por favor, traigan un poco de cognac para Aiden.

Los ancianos asintieron y volvieron a desaparecer hacia la cocina. Aiden se puso de pie con las rodillas todavía algo temblorosas, y Tobías regresó a observar por la ventana. Afuera, el bosque parecía haberse calmado.

—Tobías —susurró, ordenando sus pensamientos—. No... no eran lobos, Tobías. Yo vi algo más.

Tobías lo observó con el ceño fruncido, claramente escéptico. Se acercó y le acarició los hombros con dulzura.

—Aiden, estuviste leyendo mucho sobre vampiros. Cuando estás en peligro, la mente puede jugarte malas pasadas. Es fácil imaginar cosas.

Aiden sacudió la cabeza, la incredulidad mezclándose con la rabia.

—¡No hagas eso! ¡no me hagas lo mismo que me hacía Marcus —chilló, casi al borde de las lágrimas—. No estoy loco...

La expresión de Tobías cambió. Justo en ese momento María salió de la cocina y le entregó un vaso de cognac a Aiden. Tobías lo guió hacia el sillón junto al fuego. Ya sentado, le dio un sorbo al licor, sintiendo cómo el sabor fuerte lo reconfortaba.

—No estoy imaginando cosas, Tobías. ¡Lo vi! No eran lobos... era... —Aiden dudó, temiendo sonar ridículo, pero las palabras escaparon de sus labios—. Era algo como un Nosferatu... una criatura... delgada, encorvada... con esos ojos rojos.

Tobías mantuvo su expresión seria, pero Aiden notó una sombra de duda cruzar su rostro. El silencio entre ambos se hizo palpable.

—Ojos rojos... —murmuró Tobías, como si estuviera procesando la información.

Aiden tragó saliva, su corazón comenzó a latir con fuerza de nuevo al recordar el terror que había sentido.

—Sentí... —insistió, su voz temblorosa—, algo que me observaba, algo que me quería atrapar. Estaba persiguiéndome, como si supiera exactamente a dónde iba.

Tobías lo observó en silencio durante varios segundos, su mirada penetrante, como si estuviera evaluando cada palabra. Finalmente, suspiró y se pasó una mano por el cabello, desviando la mirada hacia la ventana.

De pronto, un escalofrío recorrió a Aiden.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó con sospecha—. Si no hubieras aparecido en el momento justo, yo estaría muerto. ¿Cómo supiste que yo estaba en peligro?

—Casualidad —respondió con firmeza—. Los escuché aullando cuando estaba en el bosque y me apuré en volver. Te vi corriendo y pensé que te habían olido. No fue más que eso.

Algo no cuadraba. Aiden observó a Tobías con desconfianza, su mente reviviendo los momentos de terror en el bosque. Había sido demasiado perfecto, demasiado oportuno para ser solo "casualidad". Su mirada se endureció, buscando algún indicio en el rostro de Tobías, algo que confirmara o desmintiera lo que estaba sintiendo.

—¿Casualidad? —repitió Aiden, su voz teñida de incredulidad—. ¿Realmente esperas que crea eso? El bosque es enorme, y yo estaba bastante lejos de las ruinas. No es tan simple como que "me oíste". —Hizo una pausa, su corazón aún acelerado. Le dio otro sorbo al licor—. Si no hubieras aparecido en ese preciso instante, no habría salido de allí.

Tobías entrecerró los ojos, y aunque su expresión seguía siendo seria, Aiden pudo percibir un leve cambio, una tensión subyacente en su postura.

—Aiden... —dijo en un tono más bajo—. Lo que importa es que te encontré y que ahora estás a salvo.

—No es eso lo que me preocupa —insistió Aiden—. Lo que me preocupa es cómo sabías dónde estaba. ¿De verdad crees que esos eran lobos? No puedo quitarme de la cabeza lo que vi... esos ojos rojos... esa figura... no era un animal, Tobías.

Tobías apretó la mandíbula, su mirada desviándose un momento antes de volver a fijarse en él. Se arrodilló frente al sillón y entrelazó los dedos con los de Aiden. Alzó la cara hasta que sus miradas se encontraron. A pesar de lo extraño de la discusión, había algo infinitamente sincero en los ojos grises de Tobías.

—Aiden —le acarició la mejilla con dulzura. Su voz sonaba profundamente preocupada—, ahora estás a salvo. Nada o nadie va a lastimarte ahora.

Aiden frunció el ceño, todavía confundido y desconfiado, pero decidió no insistir más por el momento. Había algo que Tobías no le estaba contando, algo que aún no podía comprender. Y aún así, se sentía a salvo con él.

Aiden se quedó en silencio un momento más, mirando a Tobías. A pesar de la creciente desconfianza que sentía, algo en la presencia de Tobías lo calmaba, lo hacía sentir protegido. Era una sensación contradictoria: no podía sacudirse la idea de que había más de lo que Tobías admitía, pero al mismo tiempo, estar cerca de él lo hacía sentir a salvo, como si nada realmente pudiera hacerle daño mientras estuviera allí.

—Está bien —dijo finalmente Aiden, bajando la mirada—. Pero hay algo más en ese bosque... algo que no tiene nada que ver con lobos.

Tobías lo miró con una mezcla de seriedad y algo más, una especie de tristeza oculta detrás de sus ojos.

—Aiden, por favor confía en mí —dijo mientras lo abrazaba,su voz baja y firme—. Te mantendré a salvo, siempre. Eso es lo único que importa ahora.

Aiden asintió lentamente, aunque las dudas seguían en su mente. De alguna manera, la sensación de seguridad que Tobías le daba era más fuerte que su propia incertidumbre. Era extraño cómo, a pesar de todo, sentía que podía confiar en él. No sabía si era un error, pero en ese momento, no quería cuestionarlo más.

Tobías lo miró a los ojos y Aiden se estremeció. Le apartó un mechón de la frente con ternura.

—¿Te sientes mejor?

—Estoy bien, solo necesito dormir como quince horas seguidas —dijo Aiden. Apuró lo que quedaba de su cognac, hasta vaciar el vaso. Sabía horrible, pero el calor le daba fuerzas y seguridad. Se puso de pie con un movimiento rápido y pronto un mareo lo debilitó.

Tobías lo atrapó entre sus brazos, impidiendo que caiga.

—Oye, oyes —soltó una risita—, mejor te ayudo a subir. ¿quieres?

Aiden asintió de nuevo, sin palabras. Mientras Tobías lo ayudaba a subir las escaleras, su mente aún daba vueltas, pero había algo innegable: la presencia de Tobías, aunque misteriosa, le proporcionaba una calma que no había sentido en mucho tiempo.

Por ahora, eso era suficiente.

—Espera —dijo Aiden en el umbral de su habitación—, antes quiero ver cómo está Claudia.

Quiso encaminarse hacia la habitación de las chicas, pero se sentía débil. Tobías lo detuvo, sujetando su mano con ternura.

—Esta noche preocúpate por tí mismo primero —le dijo, y abrió la puerta—. Acuéstate, yo

chequearé a tu amiga.

Tobías se encargó de todo: encendió las luces y el pequeño hogar, para asegurarse de que la habitación estuviera cálida. Abrió la cama y ayudó a Aiden a sentarse en ella. Le quitó las botas y las medias, le quitó el sweater y lo acostó con suavidad. Luego lo arropó y le acarició la frente con una dulzura que lo hizo estremecer.

—Voy a preguntar por tu amiga, ya regreso, ¿sí? —le dijo con un arrullo. Aiden asintió.

Aiden cerró los ojos, sintiendo el suave toque de Tobías en su frente, una mezcla de ternura y protección que lo sorprendía y reconfortaba a partes iguales. El calor del hogar y las mantas lo envolvieron, y aunque su cuerpo estaba agotado, su mente seguía enredada en una maraña de pensamientos, principalmente sobre Tobías y Claudia.

El mareo seguía ahí, una sensación ligera que flotaba en su cabeza, pero el peso de la fatiga era mayor. Mientras Tobías salía de la habitación, el sonido de la puerta cerrándose con suavidad lo hizo sentir aún más seguro, como si Tobías estuviera sellando todo peligro fuera de esa habitación.

El crepitar del fuego en la chimenea lo arrullaba, y su mente, aunque cansada, no dejaba de dar vueltas. Los vampiros eran reales...esa era la única certeza. Los mitos eran ciertos. Algo acechaba el bosque.

O tal vez solo se estaba volviendo loco.

"Tobías...", murmuró para sí mismo, dejando que la oscuridad se apoderara lentamente de él. Se sentía protegido. Por un instante, todo parecía estar bien, aunque sabía que algo seguía acechando en las sombras.

Casi como si hubiera oído sus pensamientos, Tobías regresó. Cerró la puerta con un golpe suave y se sentó en la cama a su lado. Le acarició de nuevo el cabello con una sonrisa cálida.

—¿Te sientes más tranquilo?

—¿Cómo está Claudia?

—Estaba dormida cuando llegué —explicó Tobías—. La otra chica me dijo que estuvo en cama todo el día, exhausta, y llamaron al médico para examinarla. Ordenó un análisis de sangre de rutina, mañana tendrán los resultados.

—¿Qué...por qué? Tengo que verla —Aiden quiso levantarse pero Tobías lo detuvo.

—Ella está bien, la he visto. Duerme tranquilamente. Tú necesitas descansar también. —Tobías lo acostó con suavidad, y le dio un tierno beso en los labios—. Por la mañana los dos se sentirán revitalizados. Ahora duerme.

Volvió a besarlo, y el contacto con esos labios era lo que más necesitaba en el mundo. Aiden enredó sus dedos en el cabello negro de Tobías, negándose a dejarlo escapar. Le besó los labios con fuerza, los saboreó y los mordisqueó hasta que su corazón estaba acelerado, el calor bajo las mantas ahora abrasante.

—No te vayas —le suplicó Aiden entre jadeos—, quédate...no te vayas...

No quería estar solo. Pero por sobre todas las cosas, quería a Tobías. Lo necesitaba a su lado esa noche. Necesitaba su presencia, su voz, sus manos...Necesitaba todo de él.

Tobías lo miró de esa forma capaz de desarmarlo por completo.

—¿Estás seguro? —preguntó con un susurro ronco, y le acarició la mejilla con su palma. La piel se sentía fresca sobre la cara ardiente de Aiden.

—Seguro —Aiden lo besó con desesperación, cada beso más hambriento que el anterior, buscando la boca y la lengua de Tobías como si su vida dependiera de ello—. No te vayas...te necesito, Tobías.

No le importaba si estaba cruzando una linea, no le importaba si estaba mezclando sentimientos en algo que debía ser solo sexual. Deseaba a Tobías con todas sus fuerzas, y estaba demasiado cansado para ocultarlo. No quería fingir que no necesitaba a Tobías. No quería fingir que ansiaba sus besos y sus abrazos. No quería fingir que su presencia no lo reconfortaba.

Cada beso crecía en intensidad y profundidad, sus lenguas danzando voraces, desesperadas. Aiden sentía que su piel ardía, y hundía sus dedos en la espalda de Tobías, negándose a soltarlo.

Cuando Tobías separó los labios de los suyos para respirar, sus miradas se engarzaron. Aiden sintió que una neblina placentera lo envolvía y reconfortaba, y tuvo esa sensación de que había conocido esos ojos grises de toda la vida. Con el aliento entrecortado de una manera deliciosa, Tobías le acarició el labio con el pulgar y sonrió.

—Yo también te necesito, Aiden —le dio otro beso, profundo, suave, embriagador—. No tienes idea cuánto.

Aiden prácticamente le arrancó la ropa a Tobías, preso de un frenesí hambriento que solo él podía despertarle. Ya desnudo, Tobías le respondió cada beso y cada caricia con una pasión devastadora. Aiden se despojó de su camiseta y de la ropa interior, y ya estaba duro entre las piernas cuando Tobías y él se encontraron totalmente densudos bajos las sábanas. El miedo y la adrenalina de la persecución todavía palpitaban en la carne de Aiden, y besar, morder y abrazar a Tobías era lo único que podía calmarlo ahora. Tobías le mordía el cuello y los pezones, hasta hacerlo gritar de dolor y placer. Cuando le envolvió la erección con la palma de la mano fría, Aiden soltó un gemido de placer. Tobías lo masturbó un par de veces, pero Aiden lo apartó. Adoraba sus caricias, pero estaba demasiado acelerado y no quería correrse así, ni tan rápido. Quería venirse en la polla de Tobías, así que lo tumbó en la cama con una fuerza que no creía poseer, y se sentó a horcajadas de él.Tampoco se tomó el tiempo de chupársela, aunque la palpitante erección de Tobías era irresistible. necesitaba tenerlo adentro ya mismo Se preparó con un poco de lubricante y dedos apurados, y depositó unos suaves besos en el pecho pálido de Tobías antes de enterrarse por completo en él. Tobías le sujetó la cintura mientras Aiden bajaba, y cuando tuvo la erección durísima de Tobías enterrada en lo más profundo de él, presionando contra sus músculos internos, Aiden echó el cuello hacia atrás y soltó un agónico gemido de placer y dolor a la vez. Las manos frías de Tobías en su cintura lo mantuvieron anclado a la realidad; el placer era enloquecedor, y necesitaba a Tobías con todas sus fuerzas. Aiden comenzó a moverse hacia arriba y abajo, deleitándose en lo ajustado que se sentía Tobías dentro de él.

—Aiden...—gruñía Tobías debajo de él, acompañando sus embestidas salvajes con sus manos fuertes—...no te detengas...

No pensaba detenerse; iba a morir si lo hacía. Aceleró el ritmo, subiendo y bajando a una velocidad rabiosa, chillando y gimiendo mientras la polla de Tobías lo llenaba y lo empujaba al orgasmo. Con la cabeza dándole vueltas, Aiden sintió la mano de Tobías masturbándolo mientras él subía y bajaba. El placer lo hizo gritar más alto, y Tobías lo masturbaba con la misma

velocidad con la que él se apuñalaba con su polla dura.

—Tobías...voy a...voy a...

No pudo terminar la frase; las manos de Tobías lo empujaron al clímax. Su semen brotó con furiosos chorros sobre el abdomen pálido de Tobías, mientras todo el cuerpo de Aiden se retorcía de placer. Perdido en un gozo devastador, a Aiden se le debilitaron las piernas, y en ese momento, Tobías lo jaló de la cintura y lo tumbó de espaldas en la cama.

Aiden se encontró sorprendido de la fuerza física de Tobías, y la facilidad con la que lo dio vuelta. No le desagradó: y envolvió el cuerpo del chico con sus muslos mientras él comenzaba a embestir con todas sus fuerzas. Se besaron con hambre voraz, mientras Tobías empujaba y empujaba, fuerte, profundo y duro. Cuando se corrió dentro de Aiden,este se sintió a punto de volverse loco.

Mientras recuperaba el aliento, con Tobias encima de él, Aiden soltó una carcajada de felicidad, a la vez que las lágrimas corrían por sus mejillas. No podía creer lo que recién había vivido. Tobías tan solo lo miró y sonrió, un lenguaje secreto que solo ellos comprendían.

Largos momentos después, Tobías mantenía a Aiden entre sus brazos, como si se negara a soltarlo. Los cuerpos de ambos sudorosos y exudando placer, agotamiento y felicidad. Aiden no podía dejar de besarlo, y Tobías le respondía cada uno de esos besos cansados con una mezcla de ternura y satisfacción.

Aiden no quería que Tobías se vaya, pero no dijo nada. Tobías tampoco intentó irse, tan solo lo mantenía abrazado contra su pecho pálido. Su miembro todavía estaba enterrado en lo más profundo de Aiden, perdiendo la dureza con palpitaciones suaves y deliciosas, y él no quería que lo abandonara nunca. Quería ser uno con Tobías para siempre.

Pero eso era imposible. La Luna de Sangre estaba cerca, y con ella, la partida de Aiden. Después de todo, su tesis estaba estancada, y el pasaje de vuelta lo estaba esperando.

Besó de nuevo los labios de Tobías deleitándose con su sabor, y el chico de ojos grises le sonrió.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó con un susurro ronco.

—Estoy bien —suspiró Aiden. Aunque no lo estaba...cada caricia lo acercaba a esa verdad imposible de negar: que no podía separar sexo de amor.

Que se estaba enamorando perdidamente de Tobías Nicolai.

—Oye...—Tobías rompió el silencio, acomodándose sobre su espalda y atrayendo a Aiden en un abrazo—. Antes dijiste que no te hiciera lo mismo que Marcus...

—Oh sí, mi ex...—Aiden soltó un suspiro—. Experto en gaslighting. Siempre que yo me quejaba de algo me daba vuelta la discusión diciendo que yo era el loco, el sensible, el que imaginaba cosas...

—Suena como un verdadero imbécil. Perdóname si yo te hice sentir como él.

—Perdonado. —Aiden lo besó—. Era un verdadero imbécil, y yo todavía más por estar con él.

—No creo que sea tu culpa —Tobías le acarició la mejilla con su mano eternamente fría—. ¿Estabas enamorado?

—No lo sé. Creo que en realidad, tenía miedo de estar solo. —Aiden permaneció pensativo unos largos momentos—. Marcus era lo más cercano a una familia que yo podía tener. Y yo nunca...nunca he sido muy popular con los chicos. Supongo que solo quería que alguien me ame.

—Hablas como si fueras difícil de amar —Tobías soltó una risita y le besó de nuevo los labios. Un beso profundo, que reavivaba el fuego con lentitud—. No tienes ni idea de lo irresistible que eres, de lo fácil que es caer absolutamente rendido a tus pies. O de lo difícil que me es resistirme.

El corazón de Aiden comenzó a palpitar rabioso,toda su carne ardiendo de nuevo ante esos poderosos ojos grises.

—Pues, no te resistas —rió contra los labios de Aiden.

Tobías se abalanzó como si quisiera robarle todo el oxígeno. Sus lenguas chocaron, hambrientas, desesperadas, y Aiden abrazó a Tobías con todas sus fuerzas. A pesar de lo mucho que lo deseaba, estaba agotado, así que pronto se adormeció entre los brazos de Tobías.

Justo antes de deslizarse en el sueño, una punzada de miedo apareció. Estaba profundamente enamorado de Tobías Nicolai.

Pero no podía darse el lujo de amarlo.

Capítulo 12

Aiden se despertó tarde, mucho más allá del mediodía. La luz del sol entraba débilmente por las cortinas, y el calor del hogar ya se había apagado. Se sentía mejor físicamente, su cuerpo ya no estaba tan pesado, pero mentalmente seguía atrapado en los recuerdos de la noche anterior. No podía sacarse de la cabeza esa figura espectral, con los ojos rojos brillando entre la neblina del bosque. ¿Había sido real? ¿O su mente, agotada por el miedo y el cansancio, le había jugado una mala pasada?

Se sentó lentamente en la cama, estirando los brazos y frotándose los ojos, pero el recuerdo seguía allí, tan vívido como las imágenes que había capturado en su cámara. Pero incluso más desconcertante que la aparición era el creciente sentimiento que sentía hacia Tobías. Después de lo profundo que habían conectado anoche. le era imposible convencerse de que no era nada, que era solo una atracción pasajera, algo superficial. No podía negar la forma en que su corazón se aceleraba cada vez que Tobías estaba cerca, o cómo su cuerpo reaccionaba a su contacto. "No te enamores", se recordó una vez más, pero esa advertencia sonaba cada vez más débil en su mente.

Estaba enamorado. Como un verdadero imbécil. Aun rodeado de caos y oscuridad, Tobías era capaz de hacerlo sonreír. Era lo último que pensaba antes de dormir y lo primero en despertarse. Esos ojos grises. Y el sexo era espectacular, pero tambien lo era simplemente quedarse abrazados, dormidos. Nunca había sido así con Marcus, ni con nadie.

Decidió vestirse y bajar al comedor. El hostel estaba extrañamente silencioso, pero pronto se dio cuenta de por qué. Un doctor, un hombre mayor de pelo gris y lentes redondos, estaba en la habitación de Claudia. Marlene, que estaba en la puerta, lo vio bajar las escaleras y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Qué está pasando? —preguntó Aiden, acercándose.

—Es el doctor. Vinieron a revisar a Claudia —respondió Marlene con una expresión preocupada—. Está peor. Ha estado más débil y apenas ha comido. No la hemos visto levantarse desde anoche.

El corazón de Aiden se encogió. A pesar de todo lo que había pasado, Claudia era su amiga, y

la idea de que algo más grave pudiera estarle sucediendo lo aterraba. Sin pensarlo dos veces, se acercó a la puerta y observó al doctor tomando notas mientras le retiraba la aguja a Claudia tras extraerle una muestra de sangre. Ella estaba pálida, los ojos entreabiertos con una respiración lenta y débil, sin embargo esbozó una sonrisa al ver a Aiden. Él se la devolvió.

—¿Cómo está? —preguntó Aiden, su voz baja.

El doctor levantó la vista, guardando sus instrumentos en un maletín negro.

—Le hemos hecho algunas pruebas preliminares, pero sus síntomas apuntan a una anemia severa. —Su tono era calmado, pero el peso de sus palabras hizo que Aiden sintiera un nudo en el estómago. Recordó esa historia que le habían contado en la plaza y el pánico le hizo temblar las rodillas—. El resultado del análisis de sangre confirma que está anémica, y bastante. Es importante que descanse, y vamos a iniciar un tratamiento para elevar sus niveles de hierro.

—¿Anemia? —Aiden frunció el ceño, mirando a Claudia. Se veía tan débil, tan distinta a la chica vivaz que conocía—. ¿Cómo es que está tan mal de repente?

—Es difícil de decir sin más análisis —respondió el doctor—. Podría ser alguna deficiencia nutricional, o algo más serio. Claudia me ha comentado que es vegetariana.

El médico viró el rostro hacia la paciente y ella asintió.

—Hace siete años —dijo Claudia con voz ronca.

—¡Siete años! —exclamó Aiden—. Pero si lleva tanto tiempo sin comer carne y sin enfermarse, ¿por qué la anemia justo ahora?

—Es difícil de asegurar —agregó el doctor—. Por ahora, vamos a monitorearla de cerca. Si no mejora, será necesario trasladarla a un hospital.

Aiden asintió, aunque el malestar en su pecho no desaparecía. Había algo que no encajaba. Además, la imagen de esos ojos rojos volvió a su mente. La coincidencia le parecía demasiado extraña.

Cuando el doctor salió de la habitación, Marlene y Aiden lo escoltaron a la sala común.

Marlene lo acompañó hacia el auto y Aiden se quedó frente al fuego, viendo cómo las llamas bailaban y crepitaban en la chimenea. El calor debería haberle brindado consuelo, pero su mente seguía atrapada en una red de confusión. No podía dejar de pensar en lo que había visto la noche anterior: los ojos rojos, la sensación de ser perseguido, y luego la aparición de Tobías, tan sobrenaturalmente oportuna. Y ni hablar de la herida que Claudia se había hecho misteriosamente justo antes de enfermar.

Y la amenaza de enamorarse de Tobías, siempre acechándolo. ¿Dónde estaba Tobías ahora? ¿Por qué siempre aparecía en el hostel de noche?

Marlene entró silenciosamente, acercándose al fuego sin decir una palabra al principio. Se sentó al lado de Aiden, su presencia calmada pero firme.

—¿Cómo estás? —preguntó él, rompiendo el silencio con una voz suave.

—Estoy... preocupada —admitió ella, frotándose la cara con las manos—. No sé qué pensar. Claudia está empeorando y anoche apenas pude pegar un ojo... Ella tiene pesadillas también, y me despierta gritando.

—¿Qué vas a hacer?

Marlene sacudió la cabeza.

—He hablado con la familia de Claudia por teléfono, ellos también están muy preocupados. —Lanzó un suspiro—. Ya han comprado los pasajes. Partimos pasado mañana.

—¿Tú también regresas? —preguntó Aiden. Marlene asintió.

—No puede viajar sola. —Suspiró de nuevo—. Además, nuestra investigación ya está prácticamente lista. Y...hay algo raro aquí, Aiden. No quiero sonar como una loca pero...Hovra no es un lugar normal. Creo que volver a casa sería lo mejor. —Fijó sus ojos en Aiden—. Para todos.

—Mañana es la Luna de Sangre —dijo Aiden, pensando en voz alta.

—¿Sigues pensando en eso? —protestó Marlene. Él nunca la había visto tan molesta—. Aiden, comprendo que necesitas información, y que estás frustrado porque tu tesis no avanza, pero estoy hablando en serio. ¡Algo está mal en este pueblo! ¡No puedes quedarte aquí solo!

—Tienes razón —murmuró.

El silencio se apoderó de la habitación tras las palabras de Aiden. Ambos se quedaron mirando las llamas, que parpadeaban débilmente en la chimenea, proyectando sombras que parecían moverse con vida propia.

Marlene dejó escapar un largo suspiro, soltando la tensión que había estado acumulando.

—Perdona por explotar —dijo ella suavemente, y se masajeó las sienes—. No es solo Claudia. Es todo el ambiente aquí... el aire se siente pesado, extraño. Desde que llegamos no he podido dormir bien, y ahora con lo que está pasando con ella, solo quiero salir de este lugar.

Aiden asintió, pero no pudo evitar sentirse atrapado. Había algo en Hovra, algo que lo atraía y repelía al mismo tiempo. Y mientras Marlene hablaba de volver a casa, él sabía que no podía irse sin respuestas.

No podía dejar a Tobías.

—Marlene... —comenzó Aiden, girándose para mirarla directamente—. ¿Has notado algo más? Además de las pesadillas de Claudia, quiero decir. ¿Algo raro?

Ella lo observó durante unos segundos, y luego asintió lentamente.

—Es difícil de explicar... pero siento que nos están observando. A veces escucho pasos afuera cerca de la cama, pero cuando miro, no hay nadie. solo Claudia durmiendo. Y luego está esa neblina... No parece natural. ¿Te has dado cuenta? Siempre aparece al caer la noche, como si envolviera todo el pueblo.

Aiden sintió un escalofrío al escuchar sus palabras. Él también había notado la neblina, y no podía evitar recordar los ojos rojos que había visto la noche anterior, justo antes de que Tobías apareciera.

—Sí, lo he notado —respondió finalmente—. Y he visto cosas... cosas que no puedo explicar. Siento que hay algo en el bosque, algo que no debería estar aquí.

Marlene lo miró fijamente, sus ojos llenos de preocupación.

—Por eso mismo deberías venir con nosotras, Aiden. Esto no es seguro, y no vale la pena arriesgarse por tu tesis.

Aiden se quedó en silencio, su mente luchando entre la razón y su instinto. Sabía que Marlene tenía razón, que quedarse en Hovra era peligroso, pero algo lo retenía. Tal vez era el misterio que lo rodeaba todo, o tal vez... era Tobías. No podía dejar de pensar en él, en la conexión inexplicable que sentía, en el hecho de que siempre aparecía cuando lo necesitaba.

—Tienes razón —dijo finalmente, aunque pensar en separarse de Tobías se sentía como que le arrancaban la piel.

Marlene esbozó lo más cercano a una sonrisa.

—Bien —dijo mientras se levantaba—. Tengo que ir al pueblo, ¿saco un boleto extra para ti?

Aiden asintió, aunque por dentro ansiaba gritar.

—Házlo —sentenció él, intentando convencerse más a sí mismo que a Marlene—. Compra un pasaje extra para mí. En cuanto tenga Internet te transfiero el dinero. Pasado mañana abandonamos Hovra para siempre.

Marlene se puso el abrigo y envolvió su cuello con la bufanda.

—¿Puedes cuidar a Claudia mientras yo no estoy?

—Por supuesto. Voy a aprovechar para leer un poco.

Marlene apretó los labios en una especie de sonrisa.

—Gracias, Aiden. Lo siento mucho por tu tesis.

Él soltó una risita. En realidad, su tesis era lo que menos le preocupaba en ese momento.

Una vez que Marlene abandonó el hostel, Aiden subió las escaleras con pasos lentos. El pasillo estaba iluminado por la luz del sol que entraba por las ventanas. Frente a la puerta de la habitación de Claudia, se detuvo un momento, respirando hondo antes de girar el pomo.

Al entrar, la habitación estaba en calma, pero el ambiente se sentía pesado, cargado de una energía oscura que no podía explicar. Claudia yacía en la cama, su piel aún pálida y su respiración irregular. Su rostro parecía angustiado incluso en reposo, como si estuviera atrapada en un sueño perturbador.

Aiden se acercó a la cama, acomodando la manta sobre ella con suavidad. Claudia abrió lentamente los ojos, sus párpados pesados, y lo miró con un cansancio profundo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó en voz baja, sentándose a su lado.

—Cansada... —susurró ella, con la voz apenas audible—. Y... asustada.

Aiden sintió un nudo en la garganta al escucharla. Se inclinó hacia adelante, preocupado.

—¿Asustada? ¿Por qué?

Claudia apartó la mirada hacia el techo, su expresión se tensó. Aiden notó que sus manos temblaban ligeramente bajo las mantas.

—He estado teniendo pesadillas —dijo, su voz quebrada por el miedo—. No quería decir nada porque no quería asustar a nadie, pero... todas las noches, veo lo mismo.

—¿Qué ves? —preguntó Aiden, tratando de mantener su tono calmado, aunque un escalofrío le recorrió la espalda.

Claudia tragó saliva, cerrando los ojos como si las imágenes se formaran de nuevo en su mente.

—Es una figura... alta... —susurró con un temblor en su voz—. Siempre vestida de negro. Está

de pie al pie de mi cama. No hace nada, solo me observa... Pero siento que me está... quitando algo, drenando mi vida. No puedo moverme ni gritar, es como si me atrapara en su mirada. Cada noche es peor.

Aiden sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. La descripción de Claudia coincidía demasiado con lo que él había visto en el bosque: la figura pálida, los ojos rojos, como un Nosferatu sacado directamente de una película de terror. Se estremeció, pero intentó mantener la calma.

—¿Has visto su rostro? —preguntó, temiendo la respuesta.

Claudia asintió débilmente.

—No claramente, pero... sus ojos. Sus ojos son rojos... como brasas encendidas en la oscuridad.

El corazón de Aiden latía con fuerza en su pecho. Todo encajaba con la historia que le habían contado esos muchachos. Sobre la hermana que enfermó súbitamente de anemia. Pero no podía decirle lo que había oído, ni su propia experiencia en el bosque. No quería alarmarla más. Su amiga ya estaba lo suficientemente asustada y enferma. Apretó los puños, intentando mantener una fachada tranquila.

—Probablemente... solo son pesadillas —dijo, aunque ni él mismo se creía sus palabras—. Tu cuerpo está débil, y tu mente también. Eso puede hacer que tengas sueños extraños.

Claudia lo miró con una mezcla de desesperación y súplica.

—Aiden... yo sé que no es solo una pesadilla —insistió—. Es real. Lo siento. Me está matando, lo sé.

Aiden sintió una punzada de pánico ante sus palabras, pero se obligó a asentir con suavidad, intentando tranquilizarla.

—Tranquila. Voy a quedarme contigo, ¿de acuerdo? No dejaré que te pase nada. Duerme tranquila, yo estaré leyendo a tu lado.

—¿Y Marlene?

—Fue al pueblo, está haciendo los preparativos para que volvamos a casa lo más pronto posible.

—¿Cuándo volvemos?

—Pasado mañana.

—Falta demasiado...—Claudia se agitó en la cama—. ¡Falta demasiado! No lograré sobrevivir un día más....

Aunque el pánico galopaba en el pecho de Aiden, forzó una sonrisa y reconfortó a la muchacha.

—Claro que sí. Ya verás, en tres días estarás en casa, con tu familia, y te sentirás mucho mejor. Solo necesitas dormir y alimentarte bien.

Claudia cerró los ojos nuevamente, agotada, y asintió con una pequeña inclinación de cabeza. Aiden se quedó a su lado, intentando procesar lo que ella había dicho. La figura en sus pesadillas, esos ojos rojos...

Mientras la observaba dormir, Aiden se sentía más convencido de que el peligro en Hovra no era solo superstición o leyenda. Los vampiros eran reales, y por alguna razón uno de ellos había elegido a Claudia. Recordó todo lo que había leído en novelas y visto en películas de terror, y desarrolló una teoría demencial. Tal vez al lastimarse con esa hiedra,y derramar su sangre, Claudia atrajo a ese vampiro. Y ahora, como a la hermana de aquel muchacho. La visitaba todas las noches para beber su sangre. Hasta asesinarla.

Tal vez si él asistía a la Luna de Sangre mañana, y mostraba respeto hacia los protectores del pueblo,el vampiro dejaría a Claudia en paz.

Era una puta locura.

Aiden había pasado horas sumido en sus pensamientos, sentado junto a la cama de Claudia mientras ella dormía. El fuego en la chimenea crepitaba de vez en cuando, llenando el cuarto con un calor reconfortante que contrastaba con el frío que sentía en su interior. El corte en su brazo le ardía ligeramente, recordándole las ruinas de Dnega. ¿Por qué no lo había atacado el vampiro? ¿Había sido Tobías el factor que lo había salvado?

Aiden se pasó una mano por el rostro, tratando de sacudirse las dudas y el miedo que lo abrumaban. Su mente volvía a Tobías una y otra vez, como si fuera un faro en medio de la tormenta. ¿Cómo había llegado a enamorarse de alguien tan misterioso y, al mismo tiempo, protector? ¿Era realmente casualidad que Tobías hubiera aparecido justo cuando lo necesitaba, o había algo más que Aiden no estaba viendo? El solo pensar en él le daba una extraña mezcla de calma y desconcierto.

El silencio de la habitación, interrumpido por la respiración suave de Claudia, se alargó hasta que escuchó pasos acercándose por el pasillo. La puerta se abrió con un leve chirrido y Marlene entró, envuelta en su abrigo.

—¿Cómo está? —preguntó en un susurro, acercándose al fuego y frotándose las manos para entrar en calor.

—Ha estado durmiendo todo este tiempo —respondió Aiden, poniéndose de pie—. Parece más tranquila.

Marlene asintió, observando a Claudia desde la distancia.

—Me alegra escuchar eso. Hablé con su familia otra vez, están ansiosos por verla en casa. Ya tienen todo listo para pasado mañana.

Aiden asintió, aunque la idea de irse no le resultaba tan fácil de procesar. Parte de él sabía que quedarse en Hovra era una locura. Pero otra parte, más irracional, no quería irse. No cuando Tobías estaba aquí.

Marlene se sentó a su lado, sus ojos cansados pero llenos de preocupación.

—¿Y tú estás bien? —preguntó suavemente, dándole una mirada de comprensión.

Aiden le devolvió una sonrisa débil.

—Sí... o al menos, lo estaré —respondió, sin poder apartar de su mente la imagen de esos ojos rojos en el bosque, o la manera en que Tobías lo había salvado. Se puso de pie—. Voy abajo, a comer algo.

Marlene le agradeció con un gesto, Aiden dejó la habitación y bajó hacia la sala común. Tuvo un almuerzo tardío, casi cena, junto al fuego. Pidió un estofado con pan negro y cerveza, y lo saboreó perdido en sus pensamientos.

El tiempo seguía corriendo y el dilema de Aiden parecía volverse más espeso, como si cada respuesta que buscaba estuviera aún más fuera de su alcance.El crepúsculo se desvaneció rápidamente, dando paso a una noche oscura y densa. Aiden estaba sentado en el salón común del hostel cuando escuchó el leve chirrido de la puerta. Al levantar la vista, su corazón dio un vuelco al ver la figura de Tobías entrando, envuelto en su abrigo oscuro. Su presencia llenó la habitación de una energía inesperada, algo que Aiden no había sentido en todo el día.

Tobías le dedicó una sonrisa tranquila, pero había algo en su mirada, algo más profundo que la última vez. Aiden no podía descifrarlo, pero el efecto era innegable. Se sintió atraído hacia él, como si toda la confusión que había sentido antes se desvaneciera momentáneamente.

—¿Todo bien? —preguntó Tobías, dejando su abrigo sobre una silla. Su tono era relajado, pero observó a Aiden con un interés que hizo que el chico se removiera incómodo.

Aiden asintió, aunque no era del todo sincero.

—Claudia sigue descansando. El doctor dijo que está anémica.

—¿Anémica? —lo interrumpió Tobías. Y por algún motivo, Aiden sintió que los dos estaban en sintonía.

—Necesita recuperarse, pero... —hizo una pausa, el recuerdo de lo que Claudia le había contado más temprano llenando su mente—, algo no está bien con ella.

Tobías frunció el ceño, acercándose y sentándose junto a Aiden en el sofá.

—¿A qué te refieres? —preguntó en un tono bajo.

Aiden titubeó un momento, pero sabía que no podía guardarse todo lo que estaba pasando. Necesitaba compartirlo, aunque le costara.

—Claudia me dijo que... tiene pesadillas —comenzó—. Todas las noches, desde que llegamos. Hay una figura alta, vestida de negro, que se queda parada frente a su cama. No le hace nada, solo... la mira. —Su voz bajó hasta casi un susurro—. Y tiene los mismos ojos rojos que yo vi en el bosque.

El aire entre ambos se tensó. Tobías lo miró con seriedad, pero no dijo nada por un momento. Luego, se inclinó un poco hacia adelante, como si estuviera decidiendo qué decir.

—¿Qué piensas tú, Aiden?

—Debo estar loco pero...creo que algo sobrenatural está acosando a Claudia. —Se arrepintió al instante de decir esas palabras—. Un vampiro. ¿Crees que estoy loco?

—No lo estás.

La comprensión y empatía en la voz de Tobías lo reconfortó. Pero al mismo tiempo, eso solo hacía la siguiente conversación todavía más difícil.

—Hay algo más...—Aiden tomó coraje, pero sentía que su corazón se estaba quebrando en mil pedazos—. Es probable que Claudia necesite ser hospitalizada, y su familia quiere tenerla cerca, con toda razón...así que...Marlene ha sacado boletos para que regresemos a casa. Los tres.

Un silencio horrible, hiriente. Aiden puso palpar el dolor en los ojos grises de Tobías, y le dolió a él también.

—¿Tú regresas con ellas? —murmuró Tobías, como tratando de comprender.

Aiden asintió; hasta hablar le dolía.

—Iba a irme de todas maneras, cuando terminara mi tesis. —Soltó Aiden—. Los dos sabíamos que la separación iba a llegar, solo que...bueno, se adelantó un poco.

Otro silencio incómodo. Aiden quería gritar, pero se mantuvo petrificado. ¿Por qué había sido tan idiota?, ¿por qué creyó que iba a ser capaz de no enamorarse de Tobías?

—Tal vez sea lo mejor para ambos —continuó, clavando el cuchillo más profundo.

—¿Por qué? —susurró Tobías con un temblor en la voz.

Aiden no pudo soportarlo más.

—Porque no puedo enamorarme de ti —soltó, la voz a punto de quebrarse—. Mejor dejar las cosas como están. Esto era solo diversión después de todo.

—Sí, solo diversión.

Maldita sea...en ese instante, Aiden sintió que odiaba a Tobías con todas sus fuerzas. Lo odiaba tanto como lo amaba. ¿Por qué no podía hacer las cosas más fáciles? Cada mirada de esos ojos grises, cada susurro de esa voz ronca era como sal en una herida abierta. Aiden no podía tolerarlo.

El silencio que siguió a las palabras de Aiden fue sofocante. Tobías se quedó quieto, la mirada fija en el suelo, como si intentara encontrar algo en las sombras que pudiese explicarlo todo. Pero no había ninguna explicación. Solo dolor. Tobías alzó la vista y volvió a mirarlo, aunque estaba sonriendo, había algo desolador en su aura.

—Tú mismo lo has dicho, ¿no? Prohibido enamorarse, es la solución tanto para vampiros como para humanos. Nunca enamorarse.

Aiden sintió su propia respiración volverse irregular, el peso de sus propias palabras cayendo sobre él como una losa. Quiso retirarlas, deshacer lo dicho, pero no podía. Ya estaban ahí, crudas y definitivas. No había vuelta atrás.

Su corazón golpeó duro, y de pronto la locura lo arrebató. deseaba decirle a Tobías que estaba enamorado de él, que se quedaría en Hovra o en Bucarest, o donde sea que él estuviera. Porque lo necesitaba como nunca antes había necesitado a alguien. Porque era parte de él, y separarse sería como arrancarse la piel.

Estaba por hablar cuando un grito desgarrador rompió la tensión en un instante. Aiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras Tobías y él compartían una mirada de pánico. No

necesitaban palabras. Ambos se lanzaron hacia las escaleras, sus pies apenas tocando los escalones mientras corrían al segundo piso.

El corazón de Aiden latía con una mezcla de miedo y adrenalina. La voz femenina que había gritado era inconfundible. Claudia o Marlene. ¿Qué había ocurrido? Las posibilidades se arremolinaban en su mente, cada una más oscura que la anterior.

Llegaron al pasillo, donde las sombras parecían más densas y opresivas bajo la débil luz de las lámparas. Las puertas estaban cerradas, excepto una: la de la habitación de Claudia. La puerta oscilaba ligeramente, como si alguien la hubiera empujado con fuerza.

—Claudia... —murmuró Aiden, avanzando hacia la puerta entreabierta.

Tobías lo siguió de cerca, la tensión en su cuerpo palpable, como si estuviera preparado para cualquier cosa. Aiden empujó la puerta de golpe, el rechinar se perdió en el sonido sordo de su corazón. La escena que se desplegó ante él fue una pesadilla hecha realidad. Marlene yacía desmayada en el suelo, su cuerpo inerte junto a la cama, mientras Claudia estaba enredada en las sábanas, rígida, su rostro lleno de pánico.

Pero lo que congeló la sangre de Aiden fue la figura que se inclinaba sobre ella.

Era una criatura alta y delgada, su cuerpo envuelto en un manto oscuro que parecía absorber la luz de la habitación. Su piel era cenicienta, estirada sobre los huesos, y sus ojos rojos brillaban como carbones encendidos en un rostro esquelético. Estaba agachado sobre Claudia, su boca, llena de colmillos afilados, hundida en el cuello de la muchacha.

El sonido de succión, repulsivo y gutural, llenó el aire.

Claudia no se movía, su cuerpo estaba rígido, completamente paralizado por el terror o quizás por algo más. Su rostro estaba cubierto de lágrimas, pero su piel era pálida, demasiado pálida, como si la vida misma estuviera siendo arrancada de su cuerpo. Sus ojos vidriosos buscaron los de Aiden, un último grito mudo pidiendo ayuda.

Durante un fugaz instante, la parálisis y la negación se apoderó de él. Un terror absoluto y profundo, la realización de que todas las historias que había amado desde niño eran reales. Eran reales. Los vampiros, los demonios, los monstruos, existían y eran aterradores.

El sonido de dolor de Claudis lo arrancó de su parálisis. Debía hacer algo...pero, ¿qué? ¿Qué chances tenía el contra una figura tan implacable?

—¡Claudia! —gritó Aiden, lanzándose hacia la cama.

El vampiro levantó lentamente la cabeza, sus colmillos brillando bajo la luz tenue, su boca manchada de sangre fresca. Aiden contuvo el aliento. La criatura los observó, sus ojos rojos perforando a través de ellos con una intensidad casi insoportable. No dijo nada, pero su mirada lo dijo todo. Este era su territorio, su presa.

Tobías se abalanzó sobre el Nosferatu con una velocidad que Aiden apenas pudo registrar. Fue como si el aire se partiera en dos, y antes de que la criatura pudiera reaccionar, Tobías estaba sobre él, sus manos aferrándose al cuello del vampiro con una fuerza sobrenatural.

El vampiro soltó un grito gutural, una mezcla de furia y sorpresa, y comenzó a luchar. Su cuerpo era ágil y fuerte, pero Tobías lo igualaba, moviéndose con una rapidez inhumana, sus músculos tensos como cuerdas de acero. Los dos cuerpos chocaron contra la pared con tal violencia que el yeso se agrietó y pedazos cayeron al suelo. La criatura intentó morderlo, pero Tobías esquivó los colmillos con una destreza inquietante, sus movimientos fluidos y casi letales, como si llevara años haciéndolo.

Aiden se quedó paralizado un instante, su mente luchando por procesar lo que estaba viendo. ¿Cómo podía Tobías moverse con esa velocidad, con esa fuerza? No era normal. Era... imposible,desafiaba la gravedad y sus puñetazos eran más veloces que el ojo humano, dejando una estela sobrenatural a su paso.

Pero no había tiempo para pensar. Marlene seguía inconsciente a sus pies, su rostro pálido y su cuerpo temblando, probablemente por el terror que la había abrumado. Aiden se agachó rápidamente y la levantó en sus brazos, llevándola hacia la esquina más alejada de la habitación, lejos de la lucha feroz que ahora sacudía el cuarto. La examinó con dedos temblorosos; no había rastros de sangre ni mordidas en su cuello.

Mientras Tobías y el vampiro continuaban enredados en una violenta pelea, Claudia emitió un leve gemido desde la cama. Aiden se apresuró hacia ella, observando el rastro de sangre que corría por su cuello. Estaba débil, pero respiraba. Tocó su frente y susurró su nombre, tratando de

mantenerla despierta, pero sus ojos seguían cerrándose, como si el agotamiento la estuviera venciendo.

Un estruendo llamó la atención de Aiden. El vampiro alto había logrado empujar a Tobías contra el suelo, su boca abierta en un siseo amenazante mientras se inclinaba sobre él. Pero Tobías no estaba indefenso. Con un gruñido feroz, atrapó el brazo de la criatura, doblándolo con una fuerza brutal hasta que el hueso crujió de manera espantosa. El vampiro gritó, pero Tobías no se detuvo; lo volteó con rapidez y lo inmovilizó, su rostro reflejando una mezcla de rabia y algo más... algo que Aiden no quería reconocer. era como si todo dejo de humanidad hubiera sido borrado de la cara de Tobías, y reemplazada por la furia animal y primitiva de un depredador.

En un último movimiento, Tobías sujetó el cuello del vampiro con ambas manos y giró. El grito de la criatura fue desgarrador, un eco que resonó en las paredes como si el mismo aire se quejara de su muerte. Luego, todo quedó en silencio.

El cuerpo del vampiro se convulsionó una vez más antes de quedar inmóvil, su cuello totalmente dado vuelta. Y lentamente, comenzó a desmoronarse en cenizas. El polvo oscuro se dispersó por la habitación como si nunca hubiera estado allí.

Aiden respiró con dificultad, su pecho subiendo y bajando rápidamente mientras intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Pero cuando buscó a Tobías, solo encontró vacío.

Tobías había desaparecido.

—¿Tobías? —llamó Aiden, con la voz cargada de confusión y miedo.

Miró alrededor de la habitación, pero no había rastro de él. Solo las cenizas y el eco del combate reciente permanecían. Era como si Tobías nunca hubiera estado allí, como si se hubiera desvanecido en el aire, dejando a Aiden solo con el peso de lo que había visto, de lo que ahora comprendía: Tobías no era un humano. O al menos, no del todo.

Un silencio opresivo cayó sobre la habitación, hasta que Marlene despertó.

—¿Aiden? —Ella se refregó los ojos con voz ronca—. ¿Qué ha ocurrido?

—Claudia estaba gritando por una pesadilla y vine a ver qué ocurría. —Aun con lágrimas en los ojos, él fingió que todo estaba bien—. Te caíste de la cama y te levanté.

—¿De veras? —Marlene miró hacia la cama, donde Claudia había vuelto a dormir—. Creo que yo también he tenido una pesadilla; no te imaginas lo horrible que fue.

—Tranquila, todo esta bien ahora. —La reconfortó Aiden, aunque sentía deseos de gritar—. En solo un día dejamos Hovra para siempre.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, el hostel estaba en calma, como si la noche anterior hubiera sido solo un mal sueño. El sol se filtraba a través de las cortinas, iluminando la habitación con una luz tibia y suave. Afuera, el pueblo se preparaba para el festival de la Luna de Sangre, con las calles

decoradas con guirnaldas rojas y doradas, y los lugareños caminando apresuradamente, susurrando sobre la gran celebración que se avecinaba.

Aiden se despertó con el sonido de los pájaros cantando en la ventana. Pero su mente no estaba en paz. El recuerdo de la batalla con el vampiro seguía fresco en su mente, las imágenes de Tobías peleando con una fuerza sobrehumana, el grito final de la criatura mientras se desintegraba en cenizas… y luego, la desaparición de Tobías. Era como si todo hubiera sido arrancado de una pesadilla, pero el dolor en su pecho y la incertidumbre en su cabeza le decían que era muy real.

Se levantó, se dio un buen baño caliente y se vistió. No podía dejar de pensar tampoco en su conversación con Tobías. Finalmente habían roto...aunque en realidad nunca habían sido novios. Ahora solo quedaba olvidar Hovra y regresar a casa. Olvidar a Tobías, aunque el dolor en su pecho le advertían que eso era imposible.

Pero, ¿qué era Tobías, realmente? Ningún humano podía pelear así.

Decidió chequear a sus amigas antes de desayunar. Atravesó el corredor con pasos lentos y golpeó la puerta. Marlene le indicó que entrara. Vio a Marlene en la silla al otro lado de la habitación. Tenía los ojos abiertos, pero su expresión era tranquila, casi alegre, como si nada extraño hubiera ocurrido.

—Buenos días —dijo Marlene, sonriendo—. ¿Cómo te sientes?

Aiden la miró, incrédulo por su despreocupación.

—Bien, ¿y ustedes? —preguntó, tratando de controlar el tono de su voz.

—Todo bien. Gracias por ayudarme ayer, si me fracturaba algo con esa caída nunca podría irme de este horrible lugar. —Marlene frunció el ceño ligeramente.

Cuando volteó la mirada a Claudia, la encontró sentada en la cama, hojeando un libro de folclore rumano. Su piel estaba pálida, pero sus ojos brillaban de la misma manera que siempre lo hacían cuando encontraba algo interesante. Se veía más recuperada.

—Aiden, buenos días. —dijo, levantando la vista del libro.

Aiden respiró hondo y trató de calmar el torbellino de pensamientos en su mente.

—Claudia… ¿te sientes bien? —preguntó, acercándose con cautela.

—Sí, un poco cansada, pero mejor. ¿Por qué lo preguntas?

Aiden observó el lado de su cuello, buscando alguna señal de lo que había ocurrido la noche anterior. Pero la piel estaba perfecta, sin marcas, sin rastro de las heridas que había visto. ¿Se había curado sola? ¿O simplemente no había dejado huella visible? Claudia no recordaba nada, como si la mente hubiera bloqueado completamente el evento.

—Anoche escuchamos un grito… —intentó decir, pero Claudia lo interrumpió.

—¡Ah! ¿Dices por el sueño que tuve? Creo que soñé con esa figura de la que te hablé. Ya sabes, la que siempre está de pie al pie de mi cama. —Soltó una pequeña risa nerviosa—. Pero no fue nada, ya pasó. No sé ni por qué grité, supongo que el cansancio me jugó una mala pasada.

Aiden sintió que un frío le recorría la espalda. Claudia no recordaba el vampiro, ni a Tobías, ni nada de lo que había sucedido. Solo tenía un vago recuerdo de una pesadilla, mientras Marlene parecía completamente ajena a lo ocurrido.

—Me alegro que te sientas mejor —murmuró para sí mismo, aunque Claudia no lo escuchó.

Desayunó solo en la sala común, perdido en el fuego de la chimenea. Mientras el día transcurría, Aiden se sentía cada vez más apartado de la realidad que lo rodeaba, como perdido en un hechizo.

Necesitaba ver a Tobías, por más doloroso que fuera. necesitaba respuestas que solo él le podía brindar. Pero sabía que no iba a verlo hasta que cayera de noche. Así había sido siempre, y ahora entendía porqué.

Contó los minutos hasta el anochecer, su corazón galopando y sus ojos fijos en la puerta, esperando ver a Tobías cruzar el umbral.

Pero nunca llegó.

Las calles del pueblo empezaban a llenarse de gente que preparaba el festival, y el sonido de música folclórica inundaba el aire. Pero él no podía dejar de pensar en la desaparición de Tobías, en el Nosferatu, en el hecho de que él era el único que parecía recordar la verdad. Cada vez que veía a Claudia y Marlene moverse tan despreocupadamente, sentía un nudo en el estómago. ¿Por qué él recordaba? ¿Por qué ellas no?

Aiden seguía en la sala común del hostal, el crepitar del fuego de la chimenea acompañando sus pensamientos oscuros. El día transcurría lentamente, cada minuto se sentía como una eternidad mientras su mente giraba alrededor de Tobías. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había venido? La ansiedad lo consumía, como si estuviera atrapado en un hechizo que lo mantenía apartado del mundo real.

A media tarde, mientras el bullicio del festival comenzaba a oírse a lo lejos, María entró en la sala. Llevaba una sonrisa afable y un paño de cocina sobre el hombro. Aiden apenas notó su presencia, perdido en sus pensamientos, con los ojos fijos en el fuego.

—¿Estás bien, chico? —preguntó María, su voz dulce pero cargada de curiosidad.

Aiden parpadeó, volviendo lentamente a la realidad, y se encontró con la mirada inquisitiva de la anciana. Parecía que ella había notado su preocupación desde hacía rato.

—¿Te traigo una cerveza? —ofreció—. Siempre ayuda a calmar los nervios.

Él asintió, agradecido por cualquier distracción que pudiera sacarlo de esa espiral de pensamientos. Mientras María desaparecía hacia la pequeña cocina, Aiden comenzó a darle vueltas a una idea que le había rondado desde que despertó. ¿Sabían los ancianos algo sobre Tobías? Si alguien tenía respuestas, tal vez era ella.

María regresó al poco tiempo con una pinta de cerveza negra en la mano, la cual dejó sobre la mesa frente a Aiden.

—Gracias —murmuró él, tomando un trago. Necesitaba una excusa para sacar el tema sin parecer demasiado sospechoso—. Anoche... bueno, fue una noche difícil. Claudia tuvo una pesadilla, y creo que escuché a Tobías en algún momento.

María levantó una ceja y sonrió.

—Tobías... es un buen hombre. Siempre ha sido amable con los huéspedes —comentó mientras se sentaba en una silla cercana, cruzando los brazos—. Siempre está cuando se le necesita, ¿verdad?

Aiden sintió cómo una ligera corriente de inquietud recorría su cuerpo. Las palabras de María parecían normales, pero había algo en la forma en que las decía, algo velado, como si supiera mucho más de lo que dejaba entrever.

—¿Siempre se hospeda aquí? —preguntó Aiden, tratando de sonar casual.

María hizo una pausa, como si estuviera midiendo sus palabras.

—Bueno, viene y va —respondió con una sonrisa ambigua—. Hovra ha sido su hogar durante mucho tiempo. No sé cuánto exactamente, pero siempre está ahí, cuidando de todos... incluso cuando no te das cuenta. Es bueno tener a alguien así cerca.

Aiden sintió que el corazón le daba un vuelco. "Cuidando de todos, incluso cuando no te das cuenta". Había una suavidad en la voz de María, pero también un matiz de complicidad, como si supiera mucho más de lo que estaba diciendo. Aiden decidió arriesgarse un poco más.

—Anoche... bueno, vi algo extraño. No sé si fue real o si solo fue mi imaginación. Pero después de todo lo que pasó con Claudia, no he podido dejar de pensar en Tobías. Hay algo en él que... —se detuvo, el miedo a decir lo que realmente sospechaba lo hacía dudar—. No sé, es diferente.

María lo miró durante unos segundos, sus ojos arrugados por los años, pero llenos de una sabiduría profunda.

—Diferente, dices... —murmuró—. Sí, Tobías es diferente. Siempre lo ha sido. Pero nunca ha hecho daño a nadie. Si hay algo que te inquieta, debes saber que él siempre ha estado del lado de la gente de este pueblo, protegiéndonos... aunque pocos lo sepan.

Aiden sintió un nudo formarse en su garganta. María acababa de confirmarlo, sin decirlo abiertamente, pero dejando entrever lo que él ya había sospechado: Tobías no era humano. Y, sin

embargo, la anciana hablaba de él con respeto, casi con afecto, como si le debieran algo. Como si, de alguna manera, Tobías siempre hubiera sido el guardián silencioso de Hovra.

—Entonces... ¿lo sabías? —preguntó Aiden, en voz baja, con un nudo en el estómago.

María asintió lentamente, su expresión se volvió más seria.

—Él no eligió ser lo que es. Pero sí ha elegido cómo vivir con ello. Y hasta donde yo sé, nunca ha hecho daño a los inocentes. De hecho, si sigues aquí hoy, probablemente sea gracias a él.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de todo lo que no se decía en voz alta. Aiden sentía que cada pieza del rompecabezas caía lentamente en su lugar, aunque no le gustaba lo que veía. Tobías había salvado su vida la noche anterior, y probablemente otras veces antes de eso, sin que Aiden lo supiera. Y ahora, mientras todo el pueblo celebraba el festival de la Luna de Sangre, él era el único que entendía el verdadero significado detrás de esas palabras.

Tobías no era un monstruo. Pero sí era un vampiro.

Y ahora Aiden tenía que decidir qué hacer con esa verdad.

Su corazón se aceleró, y miró la hora en su móvil.

—Gracias, María —dijo, antes de correr hacia la entrada y buscar su abrigo y bufanda en el perchero.

Justo en ese momento, Marlene bajó las escaleras.

—Oye, ¿por qué no estás empacando?

—Voy al festival —respondió apurado.

Marlene le dedicó una mirada confundida.

—Salimos mañana por la mañana para el aeropuerto.

—¡Tranquila, allí estaré! —dijo antes de cruzar la puerta y salir a la oscuridad de la noche.

Sí, necesitaba olvidar Hovra, y olvidar a Tobías, pero antes de eso, necesitaba respuestas. No podía darle un cierre de otra manera. Y las respuestas que buscaba se encontraban, por algún motivo, en el festival de la Luna de Sangre.

Aiden salió a la fría noche de Hovra, la brisa gélida cortando su rostro mientras caminaba rápidamente hacia la plaza principal, donde el festival de la Luna de Sangre estaba en pleno apogeo. Las luces y la música llenaban el aire, pero para Aiden, todo aquello parecía distante, como si el mundo a su alrededor estuviera envuelto en una burbuja mientras su mente se aferraba a un solo pensamiento: Tobías.

La verdad que acababa de descubrir pesaba en su pecho como una losa. Tobías no era un monstruo, pero tampoco era humano, y Aiden no podía ignorar eso. Sin embargo, lo que más le perturbaba eran sus propios sentimientos. ¿Cómo debía sentirse después de todo lo vivido junto a él? ¿Cómo debía actuar frente a alguien que había estado protegiéndolo, pero que también escondía un secreto tan oscuro?

Las calles se iluminaban con antorchas y linternas rojas, un simbolismo que ahora Aiden comprendía con mayor claridad. La Luna de Sangre no era solo una tradición festiva para los habitantes de Hovra, sino un eco de algo más antiguo y oscuro. Un ritual, tal vez, un tributo a la presencia que vigilaba el pueblo desde las sombras. Una presencia que tenía nombre: Tobías.

Mientras se acercaba al centro del pueblo, la multitud se volvía más densa. Grupos de aldeanos y turistas bebían, reían y celebraban, ajenos al verdadero significado del festival. Aiden caminó entre ellos, buscando desesperadamente alguna señal, algo que le indicara que Tobías estaba allí. Tenía que encontrarlo, tenía que obtener respuestas.

Se detuvo un momento al borde de la plaza, observando el gran escenario donde los músicos tocaban y la gente bailaba alrededor de una hoguera. Las sombras danzaban con las llamas, y por un momento, Aiden sintió que esas sombras ocultaban algo más. Algo que lo observaba. Su corazón latía con fuerza, y por un instante, pensó haber visto una figura familiar entre las sombras, alta y delgada, con esos ojos rojos que conocía tan bien.

Tan solo un pestañear, y la figura desapareció.

Siguió caminando entre la multitud, las manos en los bolsillos de su sobretodo. El festival de la

Luna de Sangre en Hovra era una mezcla inquietante de lo antiguo y lo moderno, de lo pagano y lo cristiano, como si las costumbres del pasado y del presente convivieran en una armonía tensa. Aiden caminaba entre las luces y las sombras, sintiéndose ajeno al bullicio a su alrededor, mientras su mente no podía dejar de pensar en Tobías.

Las calles estaban adornadas con guirnaldas de flores secas y ramas de olivo, entremezcladas con cruces de madera y velas rojas que ardían suavemente en altares improvisados en las esquinas. Los aldeanos colgaban pequeños íconos religiosos de las puertas de sus casas, junto a amuletos antiguos tallados en piedra, símbolos que Aiden no reconocía, pero que parecían de alguna manera… protectores.

En el aire, la música gitana flotaba, una melodía que evocaba tanto alegría como melancolía. Violines y tambores se entrelazaban en un ritmo frenético, mientras las voces de los músicos se alzaban como lamentos. Las notas parecían resonar en los huesos de Aiden, cada acorde una vibración que lo llevaba más profundo en sus propios pensamientos. A su alrededor, los aldeanos y turistas bailaban en círculos bajo la luz de las antorchas, sus siluetas alargadas y deformadas por las llamas, pareciendo casi espectros danzantes.

Aiden se detuvo en una plaza donde un grupo de jóvenes gitanos giraba en torno a una hoguera, sus movimientos rápidos y ágiles, como si estuvieran siendo poseídos por la música. Sus rostros estaban pintados de blanco, con marcas rojas sobre los ojos y las mejillas, un contraste que hacía que sus expresiones parecieran tanto festivas como aterradoras. Los colores rojos y negros dominaban la escena, símbolos de la sangre y la noche, del peligro y la protección.

Aiden cerró los ojos por un momento, tratando de bloquear el ruido y las imágenes, pero no podía. El rostro de Tobías seguía apareciendo en su mente, como una sombra persistente. Sus ojos grises, esa mirada intensa que siempre parecía verlo más allá de las palabras y las mentiras. Aiden intentaba negarlo, intentaba convencerse de que todo era solo una fase, algo pasajero, pero la verdad era que seguía enamorado de él. Y esa verdad lo aplastaba.

No era solo la atracción física, no solo el deseo incontrolable que sentía cada vez que Tobías estaba cerca. Era más profundo que eso. Había algo en Tobías que lo conectaba con Aiden de una manera que nunca había experimentado antes. Algo que le hacía sentir que, por primera vez en su vida, estaba donde debía estar, incluso en medio de toda esta locura.

Pero Tobías era un vampiro. Y Aiden era un hombre que había jurado no enamorarse de

alguien que no pertenecía a su mundo.

Los ecos de las risas y los gritos de la gente lo trajeron de vuelta a la realidad. En una esquina, unos niños jugaban alrededor de una estatua de la Virgen María, iluminada con velas y rodeada de ofrendas: flores, pequeñas botellas de vino y trozos de pan. Era una escena profundamente cristiana, pero el ambiente general del festival tenía una capa de paganismo que lo envolvía todo. Las oraciones a la Virgen se mezclaban con susurros a antiguos dioses que Aiden no entendía, pero que parecían palpitar en el aire.

Mientras continuaba caminando, una sensación de desconexión lo invadió. Todo a su alrededor era extraño, pero al mismo tiempo, de alguna forma, encajaba. Las antorchas que iluminaban el camino parecían danzar como lo hacían las sombras, creando figuras que se movían al ritmo de la música gitana. Era como si el propio festival tuviera vida propia, algo misterioso y antiguo, que se deslizaba entre los aldeanos sin que ellos lo notaran.

Aiden se detuvo frente a un altar improvisado, adornado con una mezcla de símbolos cristianos y paganos. Había cruces, rosarios y figuras de santos, junto con cuernos de ciervos y ramas de espino blanco. Una ofrenda de pan y vino se colocaba a los pies de una figura de madera tallada, que representaba a una mujer con alas. La imagen le recordó a las leyendas de los ángeles caídos que había leído alguna vez, seres atrapados entre dos mundos, condenados a vagar eternamente.

Un suspiro escapó de sus labios mientras observaba la escena. ¿Qué estaba haciendo aquí? Todo le parecía irreal, como si estuviera atrapado en un sueño. Y en el centro de ese sueño, siempre estaba Tobías, con su presencia inquebrantable, con esa dualidad entre protector y depredador, entre humano y vampiro.

Aiden sintió un nudo en la garganta. Sabía que debería estar empacando, preparándose para volver a casa con Marlene y Claudia. Pero no podía. No mientras todas las respuestas que buscaba seguían en las sombras de este festival, y sobre todo, en los secretos que Tobías aún no había revelado.

Mientras la luna roja comenzaba a asomarse en el horizonte, Aiden no pudo evitar preguntarse si alguna vez podría dejar atrás lo que sentía. Sabía que debía marcharse, alejarse de Tobías, pero una parte de él, una parte profunda y visceral, le suplicaba que se quedara. Que luchara por aquello que, por más imposible que fuera, lo hacía sentir vivo como nunca antes.

Y así, perdido entre las luces, las sombras y la música del festival, Aiden continuó caminando, sabiendo que el destino, de una forma u otra, lo estaba llevando inevitablemente hacia Tobías.

La hoguera crepitaba con fuerza, una torre de llamas que se alzaba imponente hacia el cielo nocturno, iluminando el centro del pueblo con un resplandor anaranjado y rojizo. El calor se sentía desde lejos, abrasador y reconfortante a la vez, mientras las chispas danzaban en el aire, como pequeñas estrellas atrapadas en el remolino de fuego. Alrededor de la fogata, los aldeanos bailaban en un círculo, moviéndose al ritmo hipnótico de los tambores y cánticos que resonaban en la plaza.

El ambiente era cargado, tanto de celebración como de temor. Cada año, el festival de la Luna de Sangre terminaba con la quema de esta fogata, un ritual antiguo destinado a proteger al pueblo de las fuerzas oscuras que, según las leyendas, acechaban en los bosques circundantes. Las llamas eran un escudo de luz, una súplica a los cielos para que guardaran Hovra de cualquier mal que pudiera acechar en las sombras.

Aiden observaba la danza desde el borde del círculo, sintiendo el calor del fuego en su rostro mientras su mente se sumía en un torbellino de pensamientos. Los aldeanos movían los brazos al unísono, levantándolos hacia las llamas, sus voces elevándose en una plegaria colectiva. El sonido de los tambores retumbaba en su pecho, haciéndolo sentir más pequeño, más insignificante, como si formara parte de algo mucho más grande y antiguo.

Pero su atención no estaba en el ritual, ni en los rostros de los aldeanos iluminados por el fuego. Estaba en las llamas, en cómo danzaban y rugían, creando formas y sombras que lo confundían. Era como si algo más allá del fuego estuviera tratando de mostrarse, una presencia que Aiden podía sentir pero no identificar.

Y entonces lo vio.

Al otro lado de la fogata, entre las sombras, una figura se perfiló contra el resplandor del fuego. Tobías. Alto, inmóvil, con su semblante tan oscuro y enigmático como siempre. La luz de las llamas bailaba en su rostro, revelando sus pómulos afilados y sus ojos, esos ojos grises que lo miraban con una intensidad que cortaba el aliento de Aiden.

Todo el mundo a su alrededor pareció desvanecerse. Los tambores, los cánticos, las risas y los movimientos de la danza, todo se apagó en su mente cuando Tobías y él engancharon miradas a

través del fuego. Había algo en los ojos de Tobías que lo atraía, como si el fuego que ardía entre ellos no fuera suficiente para mantenerlos separados. Aiden sintió que sus pies se movían por sí mismos, acercándose lentamente hacia el otro lado de la hoguera, sin poder apartar la vista de Tobías. Cada paso que daba, el calor de las llamas se hacía más intenso, pero no se detuvo.

Tobías también comenzó a moverse, sus pasos lentos pero decididos. Cruzaba la distancia entre ellos con una serenidad inquietante, como si supiera exactamente lo que iba a suceder. La multitud continuaba danzando alrededor de ellos, ajena a lo que estaba ocurriendo, mientras Aiden sentía que todo su cuerpo se tensaba con una mezcla de deseo y ansiedad.

Las llamas crepitaron y se elevaron con un rugido, pero incluso entonces, Aiden no pudo apartar la vista de Tobías. El vampiro se acercaba con esa gracia casi sobrenatural que siempre lo caracterizaba, su rostro iluminado por el fuego, mostrando una expresión que Aiden no supo descifrar del todo. Era una mezcla de tristeza y anhelo, de algo que se guardaba profundamente.

Cuando finalmente estuvieron frente a frente, tan cerca que el calor del fuego parecía fusionarse con la energía entre ellos, Tobías habló con una voz apenas audible, solo para Aiden.

—No deberías haber venido.

Aiden tragó saliva, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho.

—No podía quedarme —respondió, su voz quebrada por la confusión y el deseo que lo atravesaban.

Tobías no apartó la mirada, y Aiden sintió cómo una oleada de emociones lo atravesaba, como si algo en la profundidad de esos ojos lo estuviera llamando, suplicando ser comprendido. El fuego rugía a sus espaldas, pero entre ellos solo había un silencio cargado de todo lo que no se decía.

—Aiden, si cruzas esta línea… —murmuró Tobías, su voz llena de advertencia.

Pero Aiden ya había tomado una decisión, aunque no lo supiera del todo.

—Ya la he cruzado —dijo, apenas un susurro que se perdió en el rugido de las llamas.

Y entonces, sin pensarlo más, extendió la mano, sus dedos rozando los de Tobías, como si ese contacto fuera lo único real en medio de toda la confusión, del fuego y las sombras. El mundo alrededor de ellos seguía girando, los aldeanos seguían bailando y el festival continuaba, pero para Aiden y Tobías, en ese momento, solo existían ellos dos, atrapados entre el fuego y la oscuridad, entre lo que eran y lo que deseaban ser.

El contacto entre sus manos fue breve, pero suficiente para encender una chispa que Aiden sintió en todo su cuerpo. Tobías no apartó la mano. Por un instante, las llamas de la hoguera iluminaron sus rostros con un resplandor casi irreal, como si el mundo hubiera decidido detenerse para ellos dos. Pero entonces, sin decir una palabra, Tobías dio un paso hacia un lado, señalando con un leve movimiento de cabeza hacia el sendero que bordeaba la plaza.

Aiden lo siguió, su corazón latiendo con fuerza en sus oídos, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Tobías y lo que acababa de suceder entre ellos. Mientras se alejaban del calor de la fogata y de la multitud danzante, el bullicio del festival parecía disminuir, aunque las risas, la música gitana y el eco de los tambores aún resonaban a lo lejos.

Caminaban uno al lado del otro en silencio, bordeando los puestos decorados con banderines rojos y negros, colores que representaban tanto la vida como la muerte, la dualidad del festival. Las guirnaldas de hojas secas y flores marchitas, símbolos de la transición entre el mundo de los vivos y los muertos, colgaban de los árboles, balanceándose con la brisa nocturna. Aiden observaba las decoraciones, cada detalle entre pagano y cristiano, mezclado en un mosaico que reflejaba las creencias antiguas del pueblo. Cruces de madera adornadas con símbolos de protección, imágenes de santos y figuras de la Virgen María, todo entrelazado con figuras de lobos y cuervos, seres que, según las leyendas, custodiaban los secretos de la noche.

El aire olía a incienso y cera derretida, mezclado con el aroma de la tierra húmeda y el bosque cercano. Aiden respiró profundamente, sintiendo la energía del festival envolviéndolo. Era un ambiente extraño, festivo y aterrador a la vez. Las personas que pasaban junto a ellos estaban ataviadas con máscaras talladas en madera, representando espíritus y animales, como si en esa noche se volvieran algo más que humanos. Algunos niños corrían entre los puestos con linternas en forma de calabazas encendidas, riendo y jugando, ajenos a los misterios oscuros que Aiden sabía que acechaban en las sombras.

Finalmente, Tobías rompió el silencio.

—Necesitas respuestas antes de irte. —Su voz era baja, casi un susurro, pero en la quietud de la noche, cada palabra parecía resonar con fuerza en el aire.

Aiden lo miró de reojo. Sabía que había algo más en esas palabras, algo que Tobías no estaba diciendo.

—Si —dijo sin apartar la mirada de los puestos decorados con velas que iluminaban el camino.

Tobías no respondió de inmediato. En lugar de eso, sus ojos grises se oscurecieron, su expresión volviéndose distante, como si estuviera calculando qué decir.

—He vivido más tiempo de lo que puedes imaginar —admitió finalmente, su tono lleno de una tristeza que Aiden no esperaba.

—¿Cuánto tiempo? —Aiden se atrevió a preguntar, aunque parte de él temía la respuesta.

—Generaciones. He visto nacer y morir a muchas personas aquí. —Tobías se detuvo, sus ojos ahora fijos en un punto lejano del festival, como si estuviera viendo algo que Aiden no podía.

La revelación golpeó a Aiden como un puñetazo. Aunque había sospechado que Tobías no era humano, o al menos no completamente, escucharlo confirmarlo era una realidad que aún no estaba listo para asimilar del todo. El peso de los años, de los siglos tal vez, colgaba sobre Tobías como una sombra que nunca lo abandonaba.

—Y aun así... siempre has estado solo. —Las palabras de Aiden salieron antes de que pudiera detenerse, un reflejo de los sentimientos que había acumulado desde que lo conoció.

Tobías lo miró, sus ojos grises más penetrantes que nunca.

—No siempre... —susurró, y aunque no lo dijo directamente, Aiden sintió que esa frase llevaba más de lo que parecía. Había algo más detrás de esa soledad, algo que Tobías no estaba listo para compartir aún.

El silencio volvió a caer entre ellos, pero esta vez no era incómodo. Era un silencio lleno de todo lo que aún quedaba por decir, de todo lo que ambos sabían que sentían pero no podían expresar con palabras.

Cruzaron un pequeño arco de ramas secas que los llevó a una parte más tranquila del festival, donde las luces eran más tenues y las risas y la música se escuchaban a lo lejos. Aiden observaba las sombras proyectadas por las velas, cómo las figuras humanas parecían desdibujarse en la penumbra, recordándole que en esta noche, los límites entre lo real y lo imaginario eran delgados.

Finalmente, Tobías se detuvo, y Aiden lo imitó. Estaban cerca del borde del bosque, lejos de la multitud, donde solo el susurro de las hojas y el eco de la música llegaba hasta ellos. Aiden miró a Tobías, sintiendo que algo importante estaba por suceder, algo que podría cambiarlo todo.

—Perdón por haberte mentido —dijo Tobías de repente, su voz firme pero llena de dolor.

Aiden sintió que su corazón se hundía. Sabía que esas palabras llegarían, pero no estaba preparado para escucharlas.

—Puedes decirme la verdad ahora —susurró, su voz quebrándose.

Tobías lo miró, y por un instante, Aiden vio en sus ojos todo el peso de los siglos, toda la tristeza, la culpa y el amor que había acumulado a lo largo de una vida que no terminaba.

—No aquí —dijo Tobías, y se encaminó hacia el bosque. Aiden lo siguió sin decir una palabra,

El crujido de las hojas secas bajo sus pies y el susurro del viento entre los árboles eran los únicos sonidos que los acompañaban mientras Aiden y Tobías caminaban por el oscuro bosque. La música y las voces del festival apenas llegaban hasta allí, como un eco lejano, dejando que la noche se volviera cada vez más densa, más impenetrable.

—Eres un vampiro —finalmente soltó Aiden, rompiendo el silencio que había comenzado a volverse insoportable.

No podía creer que estaba diciendo esas palabras en voz alta. Todo se sentía tan irreal, y al mismo tiempo, fascinante.

Tobías no respondió de inmediato. Sus ojos grises, tan oscuros como el cielo nocturno, permanecieron fijos en el sendero, como si estuviera buscando las palabras adecuadas, o tal vez

una excusa para no tener que decir nada.

—Lo soy. —Su voz era baja, casi un susurro, cargada de una melancolía profunda—. Lo he sido durante más de doscientos años.

Aiden no pudo evitar sentir cómo esa respuesta lo desgarraba por dentro. Todo lo que había pasado entre ellos, todo lo que había sentido desde el primer momento en que conoció a Tobías, ahora colgaba en el aire, sin solución aparente.

—Pero.,.tú no eres como esos monstruos que atacaron a Claudia. Tú la salvaste, me salvaste —insistió Aiden, sintiendo cómo la frustración crecía dentro de él. Se detuvo y lo miró directamente. Tobías también se detuvo, pero sus ojos seguían enfocados en el suelo.

—Esa criatura que viste —Tobías se aclaró la garganta— es un vampiro también. Son los Moroi, antiguos espíritus oscuros de estos bosques. Ellos atacaron a los invasores turcos durante la época de Vlad Tepes, y también fueron los que masacraron Hovra. Verás, Aiden, así como los humanos tienen diferentes ideologías, partidos políticos, religiones, también los vampiros nos dividimos en diversos linajes y creencias. Los Moroi ven a los seres humanos como ganado, alimento. No sienten ninguna empatía por ellos.Para nosotros,los humanos y los vampiros podemos coexistir,

—¿Nosotros?

—La familia Nicolai, los descendientes de Vlad Tepes —dijo con un dejo de orgullo en su pesar—. Mi padre fue su vasallo, y luchó contra los Moroi durante esa primera invasión. Desde aquel entonces, mi linaje ha protegido al pueblo de Hovra. Pero el bosque...el bosque sigue siendo territorio de los Moroi.

Aiden hizo un largo silencio, analizando toda la información nueva que le estaba haciendo doler la cabeza. pero al mismo tiempo, le extasiaba saber que todo eso era real.

—Entonces, ¿tú no te alimentas de sangre?

—Por supuesto que lo hago, soy un vampiro —respondió Tobias—, pero no humana. Me alimento de la sangre de animales.

—Eres como la versión vegetariana de los vampiros.

Tobías lo miró con una media sonrisa.

—¿No tienes miedo?

Aiden sacudió la cabeza y dio un paso adelante.

—Sé que debería temerte, tal vez estoy loco, pero...no te tengo miedo. Tú me salvaste. —Se quedó pensativo unos largos momentos—. Esa noche en el bosque...

—Percibí que estabas en peligro —lo interrumpió—, y fuí a buscarte.

—¿Por qué?

Tobías hizo un largo silencio.

—Me gustabas.

Aiden sintió que las piernas le temblaban. Quiso decirle que a él también le gustaba, con todas sus fuerzas, pero Tobias siguió hablando.

—No debería haberme acercado a ti pero...no pude evitarlo. Así como Claudia atrajo al Moroi derramando su sangre en el bosque, tú me trajiste a mí.

—La herida en las ruinas.

Tobias asintió.

—No sabes lo difícil que era contenerme de morderte cuando estábamos juntos. Ni siquiera debería haberte hablado pero...no pude evitarlo. Y cuando tú me ofreciste, ya sabes, lo de la diversión sin compromisos, no pude resistirme. Aunque al mismo tiempo, temía no poder cumplir con nuestro pacto. Temía no poder separar los sentimientos del sexo. y al final...no pude hacerlo.

Aiden se estremeció.

—Yo tampoco pude hacerlo —susurró, sus ojos grises se clavaron en él.

El viento se levantó, moviendo las ramas sobre sus cabezas, y por un segundo, el bosque se llenó de sombras danzantes.

De repente, Tobías levantó la cabeza, sus sentidos agudizados. Aiden notó el cambio en su postura, el cuerpo tenso como si hubiera percibido algo peligroso. Antes de que pudiera decir algo, Tobías lo empujó hacia un lado, alejándolo del camino.

—¿Qué sucede? —preguntó Aiden, su corazón acelerándose.

Tobías giró hacia la oscuridad del bosque, sus ojos entrecerrados, como si estuviera buscando algo en la penumbra. Y entonces, una figura emergió de entre las sombras. Era una silueta delgada y deformada, de piel pálida y ojos brillantes como brasas. Aiden lo reconoció de inmediato: era igual al que había atacado a Claudia.

El Moroi.

El vampiro emitió un gruñido bajo y gutural, mostrando unos colmillos largos y afilados mientras avanzaba hacia ellos con movimientos torpes, pero rápidos. Aiden dio un paso atrás, el pánico se apoderó de él.

—¡Tobías! —gritó.

Tobías ya estaba en movimiento. En un abrir y cerrar de ojos se lanzó hacia el Moroi con una velocidad sobrehumana que Aiden apenas pudo seguir. El choque entre ambos fue brutal, una mezcla de fuerza y velocidad que llenó el aire con el sonido de huesos rompiéndose y gruñidos salvajes. Aiden, paralizado, solo podía observar.

Tobías golpeó al vampiro en el pecho, empujándolo hacia un árbol con una fuerza tremenda. Las ramas crujieron, y el Nosferatu emitió un aullido de dolor, pero no se detuvo. Sus garras se alzaron, afiladas como cuchillas, y se dirigieron hacia Tobías con un zarpazo feroz. Tobías esquivó el ataque, pero el Nosferatu era rápido, más de lo que Aiden había anticipado. Logró arañar el cuello de Tobías, y un chorro de sangre oscura brotó de la herida.

—¡Tobías! —Aiden gritó, su voz temblorosa.

Tobías retrocedió, jadeando, pero no se detuvo. Con un gruñido furioso, se lanzó nuevamente contra el Moroi, sus manos cerrándose alrededor del cuello de la criatura. La figura se debatió, gimiendo y arañando, pero Tobías no lo soltó. Finalmente, con un movimiento rápido y violento, le rompió el cuello, dejando que el cuerpo cayera inerte al suelo, inmóvil.

El silencio que siguió fue espeso, cargado de tensión. El vampiro estaba muerto, pero Tobías se tambaleaba. Aiden corrió hacia él, su corazón latiendo desbocado.

—Tobías, ¿estás bien? —preguntó, su voz llena de preocupación.

Tobías se apoyó en un árbol cercano, respirando con dificultad. La herida en su garganta sangraba profusamente, y su piel, normalmente pálida, se veía aún más gris bajo la luz de la luna. Aiden miró la sangre, sintiendo el terror apoderarse de él.

Aiden, con las manos temblorosas, se arrodilló a su lado, buscando algo, cualquier cosa que pudiera usar para detener la hemorragia. Arrancó un trozo de su camisa y lo presionó contra la herida, sintiendo el calor de la sangre empapar la tela.

—Tobías, no puedes morir... —dijo, su voz apenas un susurro, mientras su corazón latía con desesperación.

Tobías lo miró, sus ojos grises llenos de algo indescriptible, algo que Aiden no podía entender completamente.

—Sí, sí puedo —Tobías cerró los ojos, apretando los dientes, claramente en agonía—. Solo un vampiro puede asesinar a un vampiro.

Aiden sostuvo su mano, incapaz de ocultar el miedo y la desesperación en su mirada. Las palabras estaban atrapadas en su garganta, y lo único que podía hacer era mantener a Tobías con vida, a su lado.

—Te sacaré de aquí —dijo Aiden con una determinación que no sabía que tenía—. No voy a dejarte.

El silencio del bosque, roto solo por la respiración entrecortada de Tobías, parecía envolverlos mientras Aiden lo miraba, su corazón dividido entre el amor y la creciente desesperación por salvarlo.

—Déjame...—suplicó Tobías—. Ya he vivido demasiado.

—¡Estás demente! —Aiden no pudo evitar derramar lágrimas—. No puedo dejarte morir.

—Puedes...somos monstruos, Aiden, asesinos —susurraba entre borbotones de sangre—. Olvida Hovra, olvídame.

Aiden se arrodilló más cerca, con las manos aún presionando la herida de Tobías, su rostro lleno de desesperación y dolor.

—¡No eres un monstruo! —Aiden casi gritó, sus palabras cargadas de emoción—. No después de todo lo que has hecho, no después de salvarme, de salvar a Marlene, a Claudia... ¡No puedes decir eso!

Tobías intentó sonreír, pero su rostro palidecía cada vez más, como si la vida se le escapara lentamente. Sus ojos, esos ojos grises que Aiden había aprendido a amar, estaban ahora llenos de cansancio, de una tristeza antigua que iba más allá de lo que Aiden podía comprender.

—Aiden... he visto y hecho cosas que... —Tobías se interrumpió, tosiendo, y Aiden vio cómo más sangre manchaba sus labios—. No puedes imaginarlo. He vivido más de lo que cualquier ser humano debería. Es un ciclo interminable... de muerte, de oscuridad... —cerró los ojos con fuerza, como si el solo recordar fuera doloroso—. No quiero que tú te quedes atrapado en este mundo.

Aiden, con las lágrimas corriendo libremente por su rostro, negó con la cabeza, aferrándose a Tobías con fuerza.

—No me importa lo que hayas hecho antes —murmuró, su voz temblando—. Lo que sé es que me salvaste. Me protegiste. Y... —hizo una pausa, temblando—... yo te amo. No puedo perderte, no ahora.

Tobías abrió los ojos lentamente al escuchar esas palabras, y por un momento, Aiden vio algo diferente en su mirada, algo más allá de la tristeza. Había una chispa de sorpresa, de humanidad, como si sus palabras hubieran tocado algo profundo dentro de él.

—Aiden... —su voz fue apenas un susurro, quebrada por el dolor y la fatiga—. No sabes lo que dices...

—Sí, sí lo sé —respondió Aiden, su voz llena de determinación—. No me importa lo que seas. Lo único que sé es que no puedo imaginar este mundo sin ti. No puedo simplemente olvidarte.

Tobías lo miró en silencio durante unos largos segundos, como si estuviera tratando de entender cómo alguien podía amarlo a pesar de todo. Finalmente, dejó escapar un suspiro débil, su mano, fría y temblorosa, alcanzó la de Aiden, entrelazando sus dedos.

—No merezco tu amor... —dijo Tobías, apenas audible—. Pero no tienes idea de cuánto lo deseo...

La respiración de Tobías se hizo más irregular, y Aiden, desesperado, lo sostuvo con más fuerza.

—No te vayas... por favor —suplicó Aiden, sintiendo que el tiempo se desvanecía, que cada segundo que pasaba los alejaba más del futuro que él soñaba.

Tobías cerró los ojos de nuevo, como si estuviera rindiéndose al agotamiento, y en ese instante, el bosque pareció quedarse completamente en silencio. Aiden se quedó allí, abrazándolo, aferrándose a la última esperanza de que Tobías pudiera sobrevivir a pesar de lo que había dicho.

La luna llena, teñida de un rojo profundo por el eclipse de la noche, brillaba sobre ellos como una testigo muda de la batalla interna de Tobías, de su lucha por la vida y el amor.

Aiden sabía que el tiempo se estaba acabando, pero no podía aceptar perder a Tobías, no ahora, no cuando por fin había sido honesto con sus sentimientos.

—Te sacaré de aquí... y encontraremos una forma de salvarte —prometió Aiden, aunque su voz temblaba con una mezcla de miedo e incertidumbre.

Tobías respiraba de forma entrecortada, sus ojos apenas abiertos, luchando por mantenerse consciente. Aiden lo sostuvo más fuerte, como si el simple acto de aferrarse a él pudiera detener lo inevitable.

—Necesito... sangre —murmuró Tobías con una voz rasposa, apenas audible—. Es la única manera... de sobrevivir.

Aiden lo miró, comprendiendo de inmediato el sacrificio que eso implicaba. Su corazón latía con fuerza en su pecho, pero sin titubear, asintió.

—Tómala —dijo con determinación—. Toma mi sangre. Si eso es lo que necesitas para vivir, entonces házlo.

Los ojos de Tobías se abrieron un poco más, la sorpresa cruzando su rostro pálido. Negó débilmente con la cabeza, su voz llena de dolor y resistencia.

—No... no puedo hacerte eso —susurró, su mirada desesperada—. Te haría daño... te pondría en peligro. No soy... eres irresistible para mí. No puedo controlarlo.

Aiden lo interrumpió, sus palabras firmes y llenas de convicción.

—No me importa. Prefiero correr ese riesgo que verte morir aquí.

Tobías intentó apartarse, pero estaba demasiado débil, y Aiden, con suavidad pero firmeza, lo sostuvo en su lugar. La mirada de Aiden era decidida, casi desafiante. No iba a retroceder.

—Si no lo haces, te perderé —murmuró Aiden—. Y yo no puedo vivir con eso. No después de lo que siento por ti.

Tobías cerró los ojos, la culpa y el dolor visibles en su expresión. Con manos temblorosas, Tobías alzó su brazo y lo apoyó contra el pecho de Aiden, como si intentara apartarlo una última vez. Pero Aiden no se movió, esperando, permitiéndole decidir.

—¿Estás... seguro? —preguntó Tobías en un murmullo, sabiendo que esa decisión cambiaría todo.

Aiden asintió, su corazón acelerado, pero sin miedo. Se inclinó hacia él y apartó con cuidado su propio cuello, ofreciendo su piel. La luna roja seguía brillando sobre ellos, intensificando la sensación de fatalidad y conexión.

Finalmente, con un último suspiro de resignación, Tobías se rindió. Sus colmillos, que habían permanecido ocultos hasta ahora, emergieron lentamente. Aiden sintió el roce frío de los dientes de Tobías contra su piel, el ligero toque antes del dolor.

—Lo siento... —susurró Tobías justo antes de hundir sus colmillos en el cuello de Aiden.

El dolor fue agudo al principio, pero pronto se desvaneció, dando paso a una extraña sensación de calidez, casi placentera. Aiden cerró los ojos, dejando que Tobías bebiera, sintiendo cómo la vida se le escapaba lentamente pero también cómo la conexión entre ellos se hacía más profunda, más visceral.

Los labios de Tobías pronto despertaron unos escalofríos orgásmicos en todo su cuerpo, y un gemido escapó de Aiden. Se sujetó del cuerpo de Tobías, quien bebió con cuidado, controlando cada gota que tomaba, resistiéndose a la sed que le quemaba por dentro. No quería tomar demasiado, no quería perder el control, pero la necesidad de sangre era urgente, su cuerpo desesperado por sanar.

Aiden sentía la debilidad apoderarse de él, pero no se apartó, confiando en que Tobías sabría cuándo detenerse. Y al mismo tiempo, entregarse así a Tobías lo ponía al límite, todo su cuerpo palpitando con un hormigueo caliente que crecía. Pronto, un placer oscuro lo golpeó, casi al borde de un orgasmo devastador, uno que literalmente podía arrebatarle la vida del cuerpo. Y, justo cuando el mareo comenzaba a nublar su visión, Tobías se separó bruscamente, jadeando, sus labios manchados de sangre.

—Basta... —gimió Tobías, retrocediendo, sus ojos llenos de culpa—. No puedo tomar más. No puedo... arriesgar tu vida.

Aiden, pálido pero consciente, sonrió débilmente, su mano aún aferrada a la de Tobías.

—Estoy... bien —murmuró—. Lo hiciste. Vas a estar bien.

Tobías se apartó un poco más, la herida en su cuello comenzó a cicatrizar por sí sola lentamente. Su expresión estaba marcada por una mezcla de gratitud y angustia. No podía creer lo que acababa de hacer, lo que Aiden le había permitido hacer.

—No sabes la locura que has cometido —susurró Tobías, su voz rota por la emoción.

Aiden, todavía mareado, sonrió con suavidad.

—Solo... vive —murmuró—. Eso es todo lo que te pido.

—¿Vivir sin ti, extrañarte durante toda la eternidad? —dijo Tobias entre dientes apretados. La sangre que había bebido lo había revitalizado, y ahora sus ojos brillaban como el fuego—. Crees que me has salvado, pero en realidad solo me has maldito todavía más.

Aiden sintió una punzada en el pecho al escuchar las palabras de Tobías. Apenas se sostenía en pie, el mareo producto de la pérdida de sangre nublando sus sentidos, pero la intensidad de las palabras de Tobías lo atravesaba como una daga.

—¿Maldito? —susurró, tratando de enfocar la mirada en él—. No... yo solo quería salvarte.

Tobías, ahora caminaba inquieto, como un león atrapado en una jaula. Sus ojos brillaban con una mezcla de furia y desesperación, una llama que Aiden nunca había visto en él antes.

—¿Salvarme? —repitió Tobías, su voz más dura de lo que había planeado—. Aiden, no entiendes. No puedes salvar a alguien que ya está condenado. Esto... —señaló su propio cuerpo, lleno de poder nuevamente gracias a la sangre de Aiden—, esto es una prisión. Y tú... al darme tu sangre, solo has prolongado mi sufrimiento.

Aiden lo miró, aturdido por la intensidad de las palabras. Sus piernas temblaron, y cayó de rodillas sobre el suelo cubierto de hojas secas. A pesar de la oscuridad que lo rodeaba, y el cansancio que lo invadía, intentó mantener la mirada en Tobías.

—Pero... te quiero —confesó Aiden en un susurro apenas audible, su voz quebrada por la debilidad—. No podía dejarte morir.

Tobías se detuvo de golpe, sus ojos fijos en Aiden. El dolor y el amor en su mirada lo desgarraban por dentro. Quería acercarse a él, sostenerlo, pero sabía que cualquier vínculo entre ellos solo traería más desgracia.

—¿No lo entiendes? —dijo Tobías con la voz quebrada—. Soy un monstruo, Aiden. Mi familia se cree diferente a los Moroi solo por no beber sangre humana, pero no somos superiores. Somos asesinos, y lo que hice esta noche solo lo demuestra más. Te herí. Tomé tu vida para salvar la mía.

Aiden, arrodillado frente a Tobías, lo miró con ojos llenos de una mezcla de amor y tristeza. Estaba agotado, pero sus emociones eran más fuertes que cualquier dolor físico.

Un solo pestañeo, y Tobías desapareció en la negrura del bosque.

Solo, Aiden rompió en llanto.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, el frío viento de Hovra les golpeaba la cara mientras Aiden, Claudia y Marlene salían del hostel, arrastrando sus maletas hacia el coche que los llevaría al aeropuerto. Las calles estaban desiertas, como si el pueblo hubiera vuelto a sumergirse en su extraño letargo tras el festival de la Luna de Sangre.

Claudia, aunque aún pálida, parecía mucho mejor que la noche anterior. Había recuperado algo de su energía, aunque seguía un poco desorientada.

—¿Qué pasó la otra noche? —preguntó, abrochándose el abrigo mientras miraba a Aiden—. Tengo recuerdos borrosos... sueños raros.

—Nada importante —respondió Aiden con una sonrisa tranquilizadora, aunque su mente estaba en otra parte—. Solo fue un mal sueño.

Marlene, siempre práctica, se limitó a comprobar la hora en su reloj.

—Vamos, que si no, perdemos el vuelo —dijo con prisa, cargando su maleta al maletero del coche.

Aiden se movía mecánicamente, ayudando a meter las maletas y subiendo al coche. El trayecto hacia el aeropuerto fue silencioso, con Claudia adormecida en el asiento trasero y Marlene mirando por la ventana, absorta en sus pensamientos. Pero Aiden apenas notaba el paisaje que pasaba a toda velocidad. Su mente estaba fija en Tobías, en el bosque, en la confesión de la noche anterior.

Tobías era un vampiro, y él le había ofrecido su sangre. Todavía podía sentir sus labios y colmillos ardiendo en la piel de su cuello, y ese placer tan exquisito que había experimentado mientras Tobías bebía de él. Era como el más potente de los orgasmos, y al mismo tiempo,era como si Tobías y él se fundieran en un solo ser.

Lo asustaba lo placentero que se había sentido entregarse así a un vampiro.

El tiempo pasó en un parpadeo, y antes de que lo supiera, estaban en el aeropuerto. El bullicio de los pasajeros y los anuncios por los altavoces contrastaba brutalmente con la quietud de Hovra. Claudia y Marlene ya estaban revisando sus boletos de embarque, preparándose para cruzar el control de seguridad.

Pero Aiden se detuvo.

—No voy a irme —dijo de repente, su voz firme, rompiendo el silencio entre las tres.

Marlene lo miró con sorpresa, deteniéndose a medio paso.

—¿Qué? ¿Cómo que no vas a irte? —preguntó, mirándolo como si no hubiera escuchado bien.

Claudia, aún con la cara pálida, frunció el ceño.

—Aiden, no puedes estar hablando en serio. Hovra es... raro. Ya nos costó bastante salir de allí con vida. ¿Por qué querrías volver?

Aiden tragó saliva, sintiendo el nudo en su estómago apretarse. Sabía que esto sería difícil de explicar, pero también sabía que no podía seguir huyendo. No podía abandonar Hovra. No podía

abandonar a Tobías.

—Hay algo que necesito hacer —dijo, buscando las palabras—. Algo... alguien. No puedo simplemente dar media vuelta y seguir con mi vida como si nada hubiera pasado. Ustedes... ustedes no lo recordarán, pero hay algo en ese pueblo que no puedo dejar atrás.

—¿Esto tiene que ver con ese chico? —preguntó Marlene, cruzando los brazos, su tono desconfiado.

Aiden asintió lentamente.

—Sí, tiene que ver con Tobías. Pero no puedo explicarlo. Solo sé que debo regresar.

Claudia lo miró con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—Aiden, por favor. No puedes quedarte en ese lugar... —Su voz temblaba—. No quiero que te pase nada. No después de todo esto.

Aiden le sonrió suavemente, apreciando su preocupación.

—Estaré bien. Lo prometo. Pero esto es algo que debo hacer. No puedo dejar a Tobías solo.

Marlene resopló, negando con la cabeza, frustrada.

—No entiendo nada de esto, pero si estás decidido, no puedo detenerte. Solo... no hagas ninguna locura.

—Gracias —respondió Aiden con un susurro, antes de abrazarlas brevemente—. Ustedes vayan a casa. Yo... encontraré mi camino de vuelta, de alguna forma.

Se despidió de ellas en la puerta de seguridad, viendo cómo avanzaban lentamente entre los demás pasajeros. Y mientras se alejaban, sintió que una parte de él también se marchaba, pero otra más profunda se mantenía firmemente enraizada en Hovra.

Suspirando, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida del aeropuerto, el sonido de los aviones despegando y aterrizando quedando atrás. Había tomado su decisión. Y aunque no sabía

exactamente qué lo esperaba en Hovra, una cosa era clara: no podía abandonar a Tobías, ni a todo lo que había descubierto.

El viento frío de Hovra lo recibió cuando tomó el primer autobús de vuelta al pueblo, donde el misterio y el peligro lo aguardaban. Pero en lo más profundo de su corazón, Aiden sabía que, pase lo que pase, no estaría solo.

Nunca volvería a estar solo.

Aiden caminó de vuelta por las estrechas calles de Hovra, sintiendo el peso de su decisión con cada paso que daba. Por alguna extraña razón, sentía que ese era su hogar. Allí estaba Tobías. El pueblo estaba desierto, como si la vida se hubiera desvanecido tras el festival de la Luna de Sangre. Las pocas luces que quedaban encendidas proyectaban sombras alargadas y siniestras en el pavimento, y el viento gélido soplaba a través de las casas, produciendo un susurro constante que parecía llamarlo de vuelta.

Finalmente llegó al viejo hostel de Andre y María. El edificio, con su aspecto antiguo y desvencijado, lo recibió como un viejo conocido. Al abrir la puerta, el sonido familiar de la madera crujiendo bajo sus pies lo tranquilizó, aunque algo en el aire parecía distinto esta vez.

María estaba detrás del mostrador, hojeando un viejo libro que parecía haber leído cientos de veces. Cuando vio entrar a Aiden, levantó la vista con una ligera sonrisa.

—Has vuelto —dijo con voz suave, como si lo hubiera esperado desde el momento en que se fue.

—Sí —respondió Aiden, intentando no pensar demasiado en lo que eso significaba—. Necesito una habitación otra vez... no sé por cuánto tiempo.

María asintió con una comprensión silenciosa, sin hacer más preguntas de las necesarias. Parecía saber que Aiden ya no era un turista más, que lo que lo mantenía en Hovra era algo más profundo, algo que solo ella y unos pocos otros comprendían.

—La misma habitación de antes está disponible —dijo, mientras le entregaba la llave—. El

pueblo siempre tiene lugar para aquellos que necesitan quedarse.

Aiden aceptó la llave y se dirigió por las escaleras hacia la habitación que ya se le hacía familiar. La misma cama de madera, las mismas paredes desconchadas, y esa vista desde la ventana hacia el bosque, donde sabía que Tobías podría estar vigilando. Se sentó en la cama, apoyando la cabeza entre las manos, tratando de calmar el torbellino de pensamientos y emociones que lo invadían.

El día se alargaba de forma exasperante. Fuera, el sol colgaba bajo en el cielo, lanzando destellos dorados sobre los tejados, pero Aiden no podía disfrutarlo. La espera se le hacía interminable, con la cabeza llena de preguntas sin respuesta. Cada minuto que pasaba era una mezcla de ansiedad y expectativa, y también con la sensación de que esta era la mejor decisión de su vida.

Las horas se deslizaron lentamente. Aiden se quedó sentado junto a la ventana, observando cómo la luz del día se iba desvaneciendo, cómo las sombras se extendían lentamente por las calles. A medida que el cielo se teñía de naranja y luego de un profundo azul, la ansiedad en su pecho se mezclaba con un latido que no podía ignorar. Un latido que, a cada segundo, lo acercaba más a Tobías.

Finalmente, la oscuridad cayó completamente. El pueblo, envuelto en silencio, parecía haberse rendido al dominio de la noche. Aiden se levantó de la cama, se acercó a la ventana y se quedó mirando el bosque, donde la negrura parecía engullirlo todo.

—Tobías... —susurró, casi como un llamado.

Sabía que el vampiro lo escucharía, lo sentiría. Porque, de alguna manera, siempre había estado ahí. Siempre observando, siempre esperando.

Y ahora, Aiden también esperaba.

El frío de la noche envolvía el pueblo mientras Aiden se preparaba para partir hacia el bosque. Las sombras se alargaban más allá de las calles, y el silencio opresivo hacía que cada pequeño ruido resonara con mayor intensidad. Se echó su abrigo sobre los hombros y, sin mirar atrás, dejó el hostel y caminó por el sendero que lo llevaría al límite del bosque.

Las ramas crujían bajo sus pies, y el aire, denso y húmedo, tenía un olor a tierra y musgo que llenaba sus pulmones con cada respiración. El festival había terminado, pero el ambiente seguía impregnado de una extraña energía, como si las leyendas y los miedos que se escondían en los rincones más oscuros del bosque aún permanecieran acechando. Sabía que no debería estar allí, que era territorio de los Moroi, pero algo más profundo lo impulsaba a seguir adelante. Algo que lo atraía irremediablemente hacia Tobías.

La relación entre ellos estaba más allá de las palabras, más allá de cualquier lógica. Había compartido su sangre con él, había sentido el frío de la muerte en la piel de Tobías, y ahora estaba más ligado a ese ser inmortal de lo que quería admitir. En su pecho, el deseo de verlo una vez más, de comprender lo que verdaderamente había entre ellos, lo empujaba hacia la oscuridad del bosque.

Los árboles se cerraban sobre su cabeza, creando un dosel espeso que apenas dejaba pasar la luz de la luna. Todo se veía igual, cada tronco y cada sombra, pero Aiden sabía que estaba yendo en la dirección correcta. Se detuvo un momento, escuchando atentamente. El bosque parecía susurrar a su alrededor, como si lo guiara, como si lo animara a continuar.

El viento helado le golpeaba la cara, pero él lo ignoraba. A medida que se adentraba más y más, sus pensamientos se mezclaban con recuerdos de la última noche que compartió con Tobías, de la lucha y la sangre. No podía sacarse de la cabeza la mirada de Tobías, esos ojos grises que parecían llevar siglos de soledad. ¿Por qué seguía huyendo? ¿Por qué no lo enfrentaba de una vez?

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, el bosque se abrió en un pequeño claro. La luz de la luna bañaba el lugar, y las sombras danzaban entre los árboles. Aiden sintió un escalofrío recorrer su cuerpo cuando lo vio: la figura de Tobías, inmóvil, de pie junto a una gran roca cubierta de musgo, como si lo hubiera estado esperando.

El vampiro no se movió ni dijo nada al principio. Simplemente observó a Aiden desde la distancia, sus ojos brillando bajo la luz de la luna. Aiden sintió cómo el tiempo se detenía. Todo lo que había pasado entre ellos, toda la confusión, el miedo y el deseo, parecían concentrarse en ese instante.

—No debiste haber regresado —dijo Tobías finalmente, rompiendo el silencio.

El vampiro parecía cansado, aunque su cuerpo ya no mostraba signos de las heridas que había sufrido la noche anterior.

—No podía irme —continuó Aiden, avanzando lentamente hacia él—. No después de todo lo que pasó. No después de que... compartieras mi sangre.

Tobías lo miró con intensidad, sus ojos reflejando la lucha interna que parecía consumirse dentro de él.

—Lo que hice te pone en peligro —dijo Tobías con voz ronca—. Si permaneces aquí, si sigues buscándome, te arriesgas más de lo que puedes imaginar. Aiden... no soy lo que crees. No soy el protector que María quiere creer que soy. Soy un monstruo.

Aiden negó con la cabeza, acercándose más hasta quedar frente a él.

—Te he visto luchar, he sentido tu dolor. Y si eres un monstruo, entonces... soy parte de ti ahora. No importa lo que digas, Tobías, no puedo dejarte solo.

El silencio volvió a caer entre ellos mientras sus miradas se entrelazaban bajo el cielo nocturno. Tobías cerró los ojos por un momento, como si quisiera resistir la atracción que los unía, pero finalmente, su voz quebrada rompió la tensión.

—Hay algo que necesito saber —dijo Aiden en un susurro—, mi primera noche aquí yo...soñé contigo.

Tobías lo miró sorprendido.

—Necesito saber —agregó Aiden— si realmente fue un sueño, o si te escabulliste en mi cama.

—No hice eso —respondió—. No me escabullí en tu cama.

—Entonces...—Aiden sonrió: era la respuesta que ansiaba oír—, soñé contigo antes de conocerte. Vi tu rostro en mi mente antes de siquiera saber que existías. Te sentí contra mi piel como si te hubiera conocido siglos atrás. —Hizo una pausa—. ¿Por qué?

—Porque nuestras almas se conocieron, mucho tiempo atrás —susurró Tobías—. Yo también

lo sentí. Por eso no pude resistirme: era algo mucho más profundo que solo tracción por tu sangre. Me gustabas tú, un humano.

—Lo sé —suspiro Aiden—, de alguna manera, siempre lo he sabido. Por eso nunca te tuve miedo. Por eso me han fascinado los vampiros desde que tenía memoria, por eso mi vida me trajo a Hovra.

Tobías sacudió la cabeza.

—Tienes que irte, Aiden. ¿Por qué no tomaste ese avión?

Aiden tomó aire y caminó hacia Tobías, su corazón galopando a punto de explotar.

—Vine para que termines lo que has comenzado —sentenció—. Conviérteme.

Aiden dio un paso más cerca de Tobías, hasta que casi podía sentir el frío que emanaba de su piel. Las palabras que llevaba días masticando finalmente encontraron salida, aunque su propia voz apenas fuera un susurro.

—Hazlo, Tobías —dijo, su mirada fija en esos ojos grises—. Quiero que me conviertas. Quiero ser un vampiro, y estar contigo para siempre.

Tobías retrocedió un paso, como si el peso de esas palabras lo hubiera golpeado. Su expresión, hasta ese momento controlada, se quebró por un instante, revelando la angustia que llevaba dentro.

—No sabes lo que estás pidiendo —respondió, con la voz áspera—. No es como en las historias, Aiden. No es algo que puedas desear y simplemente… continuar. Es una condena.

Aiden sintió cómo su corazón latía con fuerza, como si quisiera escapar de su pecho. Sabía que lo que estaba pidiendo era algo irreversible, pero también sabía que no podía continuar con su vida, sabiendo lo que había entre ellos. Tobías lo había salvado, había compartido su verdad, su oscuridad. Y ahora, Aiden quería ser parte de eso, más allá de lo que significara.

—Estoy seguro —dijo con firmeza—. Quiero estar contigo, Tobías. No puedo volver a mi vida normal después de esto, después de haberte conocido. Quiero ser como tú.

Tobías lo miró fijamente, como si intentara encontrar algún rastro de duda en sus palabras. Pero lo único que encontró fue determinación.

—Aiden... —Tobías apartó la mirada, sus ojos volviéndose hacia el bosque, como si quisiera desaparecer en la oscuridad—. No entiendes lo que significa esto. Tendrás que ver morir a todos los que conoces, una y otra vez.

—Ya he visto morir a todos quienes quise —sentenció con la voz a punto de quebrarse—. No tengo a nadie. Más que a ti.

—Me estás pidiendo que te mate.

—No —sacudió la cabeza—, te estoy pidiendo que me des vida. Vida eterna, a tu lado. Seguir viviendo sin ti es la verdadera muerte en vida.

—Ya tuviste un novio tóxico, y ahora quieres ofrecerle tu vida a un depredador.

—Tú no eres como él. Tú nunca me has lastimado, tú arriesgaste tu vida por salvarme. —Miró a Tobías—. A menos que tú no quieras.

—No hay nada que desee más. Pero...no quiero lastimarte.

Aiden sintió un nudo en la garganta, pero no retrocedió. Sabía que Tobías estaba intentando protegerlo, alejarlo de un destino que consideraba peor que la muerte. Pero no podía vivir sin él. No después de todo lo que habían compartido.

—No me importa —dijo con una sinceridad cruda—. Si puedo estar contigo, nada de eso importa. No puedo dejarte solo, y tú tampoco deberías estarlo. No tienes que cargar con esto solo, Tobías. Déjame ayudarte. Déjame estar contigo.

Tobías cerró los ojos por un largo momento, sus puños apretados a los costados. Parecía debatirse entre dos fuerzas, una que lo empujaba hacia Aiden y otra que intentaba alejarlo, mantenerlo a salvo. Finalmente, abrió los ojos y lo miró, con una tristeza profunda que parecía infinita.

—Si te convierto, ya no habrá vuelta atrás —advirtió, su voz baja y sombría.

Aiden asintió, aceptando la gravedad de sus palabras. Sabía lo que implicaba, y aun así, no titubeó.

—Ya he tomado mi decisión, Tobías —dijo, su voz firme—. Quiero estar contigo, no importa lo que cueste.

El vampiro lo miró en silencio por un largo tiempo, como si quisiera grabar ese momento en su memoria. Lentamente, dio un paso hacia Aiden, acercándose lo suficiente para que sus rostros estuvieran a centímetros el uno del otro.

—No hay marcha atrás —repitió Tobías, su voz apenas un murmullo mientras inclinaba la cabeza hacia el cuello de Aiden.

Aiden cerró los ojos, su respiración entrecortada, mientras sentía el aliento frío de Tobías rozar su piel. Había esperado este momento con una mezcla de miedo y deseo, y ahora, justo antes de que ocurriera, sentía una extraña calma.

—Hazlo —murmuró Aiden, su voz temblando solo un poco—. Te amo.

Y entonces, en un movimiento rápido y silencioso, Tobías hundió sus colmillos en el cuello de Aiden, y él sintió el mismo estremecimiento que cuando lo penetraba.

El dolor fue agudo al principio, pero rápidamente se disipó, dando paso a una sensación indescriptible. El mismo placer oscuro, enloquecedor, palpitando en todo su cuerpo. Aiden sintió cómo la vida se le escapaba, cómo su sangre fluía hacia Tobías, y al mismo tiempo, cómo una nueva fuerza, una oscuridad antigua, se abría paso dentro de él.

Toda su carne ardía y ardía, un gozo abismal.

El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse, los sonidos del bosque se hicieron lejanos, y lo único que permanecía era Tobías, su toque, su presencia. Aiden sabía que estaba muriendo, pero también sabía que estaba renaciendo. Estaba cruzando un umbral del que no podría regresar.

Los labios de Tobías bebían y bebían, construyendo un orgasmo rabioso en toda su carne. Y

Aiden sentía que estaba muriendo. Tobías se separó, sus labios manchados con la sangre de Aiden, y lo miró con una mezcla de culpa, tristeza y lujuria.

—Tranquilo —dijo Tobías, su voz suave pero llena de pesar—. He bebido de ti hasta llevarte al límite. Ahora debes beber de mí.

Aiden apenas pudo oírlo mientras Tobías lo abrazaba y lo depositaba sobre la hierba con ternura. Con ojos entrecerrados, Aiden vio que Tobías usaba sus uñas para abrirse una herida en el cuello. La sangre brotó como un hilo fino escarlata sobre su piel azulada por la luz de luna, y por algún motivo, la visión de la sangre hizo que Aiden se estremeciera con deseo. Necesitaba probarla, beberla...deseaba a Tobías tanto como deseaba beber su sangre.

Tobías se inclinó sobre él,y Aiden sintió el aroma de su piel y su sangre envolverlo. Tobías acercó la herida abierta de su cuello a su boca, y Aiden bebió. La sangre era dulce, oscura, deliciosa, y Aiden se encontró adicto a ella en una fracción de segundo.

El sabor de la sangre de Tobías inundó los sentidos de Aiden como un fuego líquido. Era densa, rica, y más dulce de lo que jamás habría imaginado. La sensación era embriagadora, cada sorbo lo llenaba de una energía oscura, vibrante, que recorría su cuerpo como un rayo. Sintió cómo su corazón, que hasta hacía poco había latido con desesperación, ahora parecía ralentizarse, cada latido más profundo y potente. Todo en él, desde sus venas hasta sus huesos, se tensaba, como si estuviera renaciendo.

Tobías lo observaba con una mezcla de deseo y compasión, sus dedos aferrándose al suelo mientras Aiden bebía de su cuello. La luna iluminaba la escena, creando sombras fantasmales alrededor de ellos, como si el bosque entero estuviera conteniendo el aliento. El silencio que los rodeaba era pesado, roto solo por el sonido suave de Aiden bebiendo, sumido en una fiebre que nunca había sentido antes.

—Suficiente —dijo Tobías con gruñido, y apartó su cuello con un movimiento violento.

Incapaz de saborear más sangre, Aiden se retorció de dolor. Tobías lo miró con tristeza, su expresión era una mezcla de satisfacción y dolor. La herida en su cuello ya comenzaba a cerrarse, cicatrizando rápidamente.

—Tranquilo. Así comienza —respondió en un susurro—. Al principio, todo parece doloroso, pero esa intensidad pronto desaparece.

—¿Qué me ocurrirá ahora? —chilló Aiden, retorciéndose sobre la hierba.

—Pronto sentirás que te desmayas, que pierdes el conocimiento. No tengas miedo, solo déjate ir. Dormirás esta noche y todo el día de mañana. Y al anochecer, despertarás como yo. Como un vampiro.

—No me importa lo que venga después —dijo Aiden, acercándose a Tobías—. Solo sé que quiero estar contigo.

Tobías lo observó en silencio durante lo que pareció una eternidad, sus ojos grises brillando con una intensidad dolorosa. Entonces, con un suspiro que parecía llevar el peso de siglos, lo tomó entre sus brazos, estrechándolo contra su pecho. Le dio un suave beso en los labios, y Aiden se sintió desvanecer.

Aiden se dejó envolver por el abrazo de Tobías, sintiendo la calma momentánea que les brindaba ese instante. Sus ojos cerrándose mientras la transformación tomaba control de su cuerpo. El dolor, el frío, y la sed, todo lo consumía.

Y entonces, solo quedó la oscuridad.

Capítulo 15

Aiden despertó al anochecer siguiente, con el peso de un nuevo mundo sobre sus hombros. La oscuridad del cuarto lo envolvía, pero sus ojos se adaptaron de inmediato, como si la luz no le hiciera falta. Podía distinguir cada rincón del pequeño cuarto en la posada, las texturas de las sábanas, el leve movimiento de las cortinas agitadas por la brisa nocturna. Todo era más nítido, más agudo. Cada sonido, por mínimo que fuera, llegaba hasta él con una claridad perturbadora: el crujido de la madera bajo sus pies, el susurro del viento en las ramas fuera de la ventana, incluso el latido de un corazón que, sabía, ya no le pertenecía.

Se sentó lentamente en la cama, su cuerpo sintiéndose más fuerte, más ligero, como si de repente pudiera moverse con una precisión sobrehumana. Respiró hondo, y el aire, cargado con el aroma de la noche, lo llenó de una manera que nunca había experimentado antes. Había una dulzura en el ambiente que lo llamaba, una sensación de poder latente en sus venas.

La puerta de la habitación se abrió suavemente, y Tobías entró, su presencia era tan etérea como siempre, pero ahora, Aiden lo percibía con una nueva intensidad. Cada detalle de su rostro era más claro, desde el brillo de sus ojos grises hasta las líneas suaves de su boca. Era como si el mundo entero hubiera sido redibujado solo para él.

Tobías sonrió al verlo despertar, una mezcla de alivio y algo más profundo en sus ojos. Se acercó lentamente, sus pasos apenas eran audibles.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con voz suave, pero Aiden podía escuchar el eco de las emociones que Tobías trataba de ocultar.

Aiden se tomó un momento antes de responder, procesando todo lo que sentía. Su corazón ya no latía, pero su cuerpo estaba lleno de una energía vibrante que no reconocía, un deseo latente que lo atravesaba como fuego.

—Diferente —respondió, susurrando las palabras—. Todo parece... más vivo, y al mismo tiempo, yo ya no lo estoy.

Tobías asintió lentamente, tomando asiento a su lado en la cama. Sus manos buscaron las de

Aiden, entrelazando los dedos.

—Es una paradoja, lo sé. Sentirás todo más intensamente ahora.

Aiden miró las manos de Tobías, las mismas manos que lo habían salvado y condenado al mismo tiempo. No se arrepentía, no cuando sentía el calor de Tobías tan cerca, sabiendo que ahora tendrían toda la eternidad. Calor...el cuerpo de Aiden ya no se sentía frío, sino ardiente.

—Estoy contigo, eso es lo que importa.

Tobías lo miró con una intensidad que hizo que el corazón de Aiden, aunque ya muerto, se agitara en su pecho. Sonrió, una sonrisa que era más luminosa que cualquier otra que Aiden le había visto antes.

—Para siempre —murmuró Tobías, sus ojos brillando con la promesa de la eternidad. Y lentamente, acercó su rostro a Aiden. El beso fue suave y tierno, pero él sintió que todo su cuerpo despertaba con una ola de calor.

Aiden se perdió en el beso, acariciando el cabello de Tobías con sus dedos.

—Pareces triste —susurró Aiden cuando sus labios se separaron.

—Estoy triste de lo egoísta que soy —murmuró Tobías—. He hecho lo que juré nunca haría: convertí a un ser humano en vampiro. Y aun así, estoy feliz. Mi alma gemela, finalmente está conmigo. Para toda la eternidad.

Aiden lo besó de nuevo, y el contacto con sus labios era mil veces más salvaje e intenso que cuando era humano. Tobías apartó la boca de la suya y le acarició la mejilla mientras recuperaba el aliento.

—Ven —le dijo con un susurro ronco—. La oscuridad te espera, y tienes mucho que aprender.

Se levantaron juntos, sin necesidad de más palabras. Aiden seguía explorando la nueva fuerza que habitaba en su cuerpo, la agudeza de sus sentidos que lo hacía consciente de cada detalle: el roce de su ropa contra su piel, el latido distante de la vida que aún existía fuera de ellos, y el vínculo profundo y primitivo que ahora lo unía a Tobías.

Bajaron las escaleras del hostel, en la sala común, la chimenea chisporroteaba y bañaba todo de una reconfortante luz anaranjada. María y Andrei los esperaban desde la cocina.

—Ustedes supieron todo desde un principio —murmuró Aiden con una sonrisa cómplice. Ninguno de los dos respondió, solo saludaron a Tobías con una reverencia.

—María y Andrei siempre han sido leales al linaje Nicolai —explicó Tobías, y se sentó en una de las mesas junto al fuego. Aiden se sentó a su lado—. ¿Tienes hambre?

—Muero de hambre —respondió él—. Jamás creí que fuera capaz de tener tanta hambre.

Tobías asintió.

—Es normal: como vampiro, ahora todo lo sentirás amplificado por mil. El hambre es una tortura, pero también la felicidad es más eufórica, y la paz más reconfortante. Además, es mi primer día. —Tobías miró a María -- .Por favor, tráiganos una botella de vino.

La anciana asintió y desapareció en la cocina junto a su marido. Regresó unos segundos más tarde con una botella y dos copas. Les sirvió y los dejó solos de nuevo.

—¿Vino? —preguntó Aiden, olisqueando la botella. Nunca le había gustado el vino, pero olía delicioso.Al darle un sorbo, sintió que una energía dulzona lo revitalizaba, y apuró el vaso.

—Es una mezcla especial —Tobías soltó una risita—. Cosecha de la familia Luretti.

—¿Luretti? —Aiden se sirvió otra copa.

—Otra noble familia de vampiros, reside en Italia.

—Imagino que esto contiene sangre —dijo Aiden entre sorbos.

—Imaginas bien: de ganado. —Tobías jugueteó con su copa antes de beber—. Es una forma de alimentarte sin lastimar a humanos.

—Es delicioso. —Aiden estaba vaciando una tercera copa cuando Tobías se la quitó de las manos con una risita.

—Basta, ya es suficiente. Todavía eres un recién nacido; no puedes beber tanto tan rápido. Vamos —se puso de pie y le ofreció la mano.

—¿Adonde?

—A probar tus nuevas habilidades.

Salieron de la posada, el aire frío de la noche acariciando sus rostros. Aiden alzó la vista al cielo, donde la luna brillaba pálida y distante. Era el primer día de su nueva vida. Había algo poético en ese momento, algo que lo llenaba de una calma extraña. Ya no era el mismo hombre que había llegado a Hovra buscando respuestas. Ahora, lo tenía todo claro: estaba al lado de Tobías, y juntos enfrentarían lo que viniera.

—Soy libre ahora —dijo Aiden, su voz resonando en el aire—. Así me siento: libre. Como si toda la infinidad del mundo de desplegara frente a mis ojos.

Tobías le sonrió, y esa mirada le trajo una paz profunda. La eternidad los esperaba, y por primera vez en mucho tiempo, Aiden no sentía miedo.

—Sí —respondió, tomando la mano de Tobías y apretándola con fuerza—. Juntos, para siempre.

La luna bañaba el camino frente a ellos con su luz plateada mientras Aiden y Tobías se adentraban en la quietud de la noche. El frío aire del bosque envolvía sus cuerpos, pero Aiden apenas lo sentía; la nueva fuerza que corría por sus venas lo hacía casi inmune a esas sensaciones. Cada paso que daba a su lado lo hacía sentir más fuerte, más conectado con el mundo, y con Tobías.

—¿Qué es lo primero que quieres probar? —preguntó Tobías, su tono juguetón, pero con una seriedad subyacente.

Aiden se detuvo un momento, mirando sus manos, aún maravillado por la energía que sentía fluir en su interior. Podía escuchar los pequeños sonidos de la noche: el roce de las hojas en el viento, el susurro de pequeños animales escondidos en la maleza, incluso el latido de algún corazón distante. Era como si el mundo le hubiera abierto las puertas a un nuevo plano de

existencia.

—No lo sé —respondió, sintiéndose a la vez emocionado e intimidado—. Todo se siente tan... diferente. Quiero descubrirlo todo, pero no sé por dónde empezar.

Tobías sonrió de lado, acercándose a él y colocando una mano en su hombro.

—No tienes que apresurarte. Esta nueva vida es eterna, pero lo más importante es que aprendas a controlarla. —Le hizo un gesto hacia adelante—. Vuela conmigo.

Aiden lo miró confundido.

—¿Volar?

—Es una de las muchas habilidades que aprenderás. Cierra los ojos, concéntrate en la energía dentro de ti, en tu nuevo poder. —Tobías dio un paso hacia atrás, y Aiden pudo ver cómo, con una suavidad casi irreal, Tobías comenzaba a elevarse del suelo, suspendido en el aire con la misma facilidad con la que un humano camina.

Aiden lo observó con los ojos abiertos de par en par, luego cerró los suyos, siguiendo las indicaciones. Se concentró en esa fuerza latente, en ese torrente de poder que ahora corría por su cuerpo. Poco a poco, sintió como si su cuerpo se hiciera más liviano, como si se desprendiera de la gravedad que lo ataba a la tierra.

Cuando abrió los ojos, estaba flotando, a unos metros del suelo.

—¡Lo logré! —dijo sorprendido, riendo con incredulidad.

Tobías lo miró con orgullo.

—Lo has logrado, pero esto es solo el principio. Hay mucho más que descubrir.

Juntos, ascendieron más alto, sobrevolando el bosque que se extendía bajo ellos como un mar oscuro. Las copas de los árboles parecían una alfombra suave bajo la luz de la luna, y el viento nocturno los envolvía como una caricia fría y refrescante. Desde esa altura, el mundo parecía pequeño, insignificante, y Aiden sintió una emoción indescriptible, una mezcla de libertad y

poder que lo hizo sonreír.

—¿Cómo se siente? —preguntó Tobías, volando junto a él.

Aiden lo miró, el viento moviendo su cabello mientras su sonrisa se ensanchaba.

—Se siente increíble. Como si nada fuera imposible.

Tobías se rió, pero había algo suave y cálido en su mirada. Aiden no pudo evitar sentirse profundamente agradecido. Tobías le había dado más que una nueva vida; le había dado un propósito, un futuro al que aferrarse, y, sobre todo, la posibilidad de compartirlo con él.

—Tienes razón, Aiden —dijo Tobías—. Nada es imposible para nosotros ahora.

Descendieron con cuidado, Tobías guiándolo hasta que se encontraron de nuevo rodeados por los árboles.

—¡Ahora quiero aprender a pelear como tú! —festejó Aiden.

—Y lo harás, pero eso lleva tiempo.

—Entonces, ¿puedo transformarme en lobo?

—Oh, eso sí es imposible —rió Tobías ante la decepción de Aiden—. Solo los Moroi pueden hacer eso. Lo cual me recuerda: hay ciertas reglas que tienes que recordar.

—Déjame adivinar....—Aiden abrazó a Tobías con fuerza y le dio un beso rápido en los labios —. Nada de ajo, nada de crucifijos ni luz solar.

—No hay problema con el ajo —rió Tobías—, pero ya has visto cómo reaccioné a tu colgante.

—Sí, «alérgico al oro» —Aiden bufó—. No puedo creer que me lo creí.

Tobias lo besó de nuevo.

—Presta atención, esto es importante. La luz del sol puede matarte, no puedes salir a la luz del

día bajo ninguna circunstancia.

—«Botánico que estudia una flor que solo florece de noche» De nuevo, no puedo creer que me lo creí con tanta facilidad.

—Porque estabas enamorado de mí —soltó Tobías.

—Es cierto. Lo estoy —dijo Aiden, y abrazó a Tobías con más fuerza todavía. Se besaron, perdidos el uno en el sabor del otro.

Y mientras Aiden saboreaba y mordisqueaba los irresistibles labios de Tobías, se dio cuenta que una ola de calor lo quemaba por dentro. Desde el primer beso que compartió con él, esa sensación lo abrumó por completo. Sin embargo, ahora que había renacido como vampiro, esa sensación parecía haberse multiplicado por mil. Ahora, su piel escaldaba con cada beso de Tobías, como llegando al punto máximo de ebullición después de horas cocinándose a fuego lento. Era un hambre despiadado, similar a esa sed de sangre con la que había despertado, pero concentrada en Tobías. En su cuerpo, en su piel, en su carne...en él.

Mordió el labio inferior de Tobías con ahínco, y el chico expulsó un gemido de dolor y placer. Aiden notó que su miembro ya estaba durísimo entre sus piernas.

—Oye —dijo jadeante, separando los labios de los de Tobías para respirar, pero cada segundo sin besarlo era una tortura insoportable—, antes dijiste que, como vampiro, todos los sentido se amplifican.

—Así es —sonrió Tobías, Sabía muy bien a qué se refería Aiden.

—¿Eso también incluye...?

Tobías se mordió el labio y besó de nuevo Aiden, un beso corto, apenas para torturarlo y dejarlo deseando más. Su erección ya dolía bajo sus pantalones y lanzó un pequeño gemido lastimoso en la boca de Tobías.

—Como vampiro...—explicó Tobías con un susurro ronco, su aliento cálido acariciando la boca de Aiden y su mano acariciándole la mejilla—, tu cuerpo puede hacer cosas que al principio te parecerán increíbles. Eres más flexible, más resistente, pero también la lujuria y el deseo se

sienten más intensos. Y los orgasmos, los orgasmos se sienten como la muerte misma.

Aiden no pudo tolerarlo más y se abalanzó contra la boca de Tobías, besando, mordiendo, succionando...Su hambre por Tobías era una tortura deliciosa, y él le devolvía cada beso con labios y dientes, con una voracidad dominante.

Cuando Aiden le arrancó la ropa Tobías a jirones, de pronto reparó en lo fuertes que eran sus manos ahora, y que debía aprender a controlar su nueva fuerza vampírica. Sin embargo, Tobías parecía disfrutar la brutalidad apasionada, y pronto él también lo estaba desvistiendo con manos urgentes.

Los dos desnudos bajo la luz de la luna, se perdieron en un fuerte abrazo. Aiden amaba lo ardiente que se sentía la piel de Tobías ahora, cómo ese calor lo envolvía y lo tragaba.

Aiden lo derribó de espaldas sobre la hierba y se sentó a horcajadas de él; depositó besos en su pecho blanco y duro, le mordisqueó los pezones y le besó el abdomen y los muslos. La polla de Tobías ya estaba durísima y enrojecida, y Aiden la envolvió en la palma de su mano, maravillándose por su dureza y desesperado por sentirla en su interior. Le besó la punta y oyó a Tobías gruñir de gusto, la tragó y subió y bajó la cabeza un par de veces, ansioso. Pero quería más. Necesitaba más.

—¿Y el lubricante? —pregunté entre jadeos.

Acostado boca arriba, Tobías volvió a reír.

—No lo necesitas ahora. Tu cuerpo es más flexible, y también tienes un umbral de dolor más alto.

Al oír esa frase, miles de hormigueos calientes subieron desde la entrepierna de Aiden por todo su cuerpo. Se inclinó sobre Tobías, le besó los labios una vez más y luego se incorporó sobre sus rodillas. Quería probar su nueva flexibilidad, así que giró a horcajadas de Tobías, dándole la espalda. Extendió su brazo detrás de su espalda y guió la erección de Tobías hacia su entrada. Descendió despacio, hundiéndose en esa erección rígida, gruesa y larga. Sintió las dos manos de Tobías en sus caderas, acompañándolo mientras descendía. Cuando tuvo esa polla enterrada por completo dentro de él toda su extensión ajustando sus músculos internos, Tobías creyó que iba a enloquecer de placer. Se tomó un momento para acostumbrarse a ese límite entre el dolor y el

placer, y luego comenzó a moverse.

Aiden subía y bajaba enloquecido, la polla dura de Tobías golpeando todos los lugares que lo hacían gritar. Y renacido como vampiro, ese placer era mil veces más intenso. No creía que ningún humano pudiera experimentarlo sin perder la locura.

Aceleró el ritmo todavía más. apuñalandose con el miembro de Tobías mientras su propia polla latía y expulsaba pre semen. Sintió a Tobías sentándose detrás de él, y Aiden giró el torso para abrazarle los hombros. Se besaron mientras Aiden seguía subiendo y bajando las caderas, las manos de Tobías subiendo por su pecho y pellizcándole los pezones hasta hacerlo gritar.

Los movimientos de Aiden se tornaron más erráticos conforme su eyaculación se acercaba, su polla latiendo con fuerza. Y de pronto Tobías lo tomó entre sus brazos y lo giró, como si él no fuera más que una muñeca de trapo. Aiden le envolvió la cintura con los muslos y lo sintió embestir como un animal. Cada estocada era bestial, y sus labios se besaban y mordían afiebrados.

Aiden sintió que su visión se tornaba negra, aunque quería seguir mirando los ojos grises de Tobías, que lo miraba como nadie nunca lo había mirado antes. Su polla empujaba duro y profundo, volviéndolo loco.

Cuando Aiden creyó que realmente iba a morir o enloquecer, Tobías le envolvió la erección con la mano. Lo masturbó al mismo tiempo que seguía follándolo, y cuando se inclinó para besarlo, Aiden perdió el control.

Se corrió a borbotones sobre su propio estómago, mientras Tobías lo llenaba con su propio semen. El cuerpo de Aiden se retorció de placer como nunca antes lo había hecho. Tobías tenía razón: ese orgasmo se sintió como la muerte misma; toda su carne ardiendo y perdiendo el control mientras Tobías y él formaban uno solo.

Para toda la eternidad.

Capítulo 16

A medida que la noche avanzaba, el horizonte comenzaba a aclararse con las primeras luces del amanecer. Aunque el sol aún no había salido, Aiden podía sentir su proximidad. Era una sensación extraña y nueva, como un instinto profundo que lo advertía del peligro que representaba el día para lo que ahora era. Su cuerpo, más fuerte que nunca, empezaba a sentirse inquieto, como si supiera que la oscuridad, su nueva aliada, estaba a punto de desaparecer.

Tobías lo mantenía abrazado junto a su pecho, pero Aiden notó la urgencia en su aura.

—El sol se acerca —dijo Tobías, su voz firme, pero calmada—. Debemos regresar a mi refugio antes de que amanezca.

Aiden asintió, su propia preocupación empezó a florecer. Había pasado toda su vida bajo la luz del día, pero ahora esa luz era su enemigo. Se vistieron y Tobías lo tomó de la mano antes de elevarse juntos. Aiden se maravilló una vez más ante su liviandad, y ante la escena de los bosques debajo de sus pies.

Descendieron lentamente, aterrizando en las afueras de Hovra, frente a una casa aparentemente común. Era una construcción antigua, con un jardín salvaje y descuidado. Las ventanas estaban cerradas con gruesas cortinas, y la pintura de las paredes exteriores comenzaba a agrietarse. A simple vista, era una casa más en las afueras, aislada y olvidada, pero Aiden podía sentir el poder oscuro que emanaba de ella.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Aiden mientras seguía a Tobías hacia la puerta.

—Mi casa está en Bucarest —respondió Tobías, abriendo la puerta y dejándolo entrar—. Ya la visitarás, pero aquí me quedo cuando visito Hovra para el festival anual.

El interior de la casa era sorprendentemente acogedor, con muebles antiguos y libros apilados por todos lados. Parecía el hogar de alguien que había estado allí por mucho tiempo, aunque claramente la luz del día nunca entraba. Tobías lo guió a través de la sala y bajaron por unas escaleras de madera que crujían ligeramente bajo sus pies.

El sótano era oscuro, pero no por mucho tiempo. Tobías encendió unas velas, revelando un

espacio amplio y bien organizado. Estanterías llenas de objetos antiguos, armarios y, en el centro de la habitación, un ataúd de madera negra.

Aiden se detuvo al verlo, una extraña sensación de incomodidad recorriéndolo.

—¿Esa es tu cama? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y aprensión.

Tobías sonrió ligeramente, aunque su rostro parecía más serio que antes.

—Sí. No podemos exponernos a la luz del día. Aunque esta casa está protegida, el único lugar realmente seguro para un vampiro durante el día es dentro de un ataúd. —Se acercó al ataúd y deslizó la tapa hacia un lado—. No es tan extraño como parece. Te acostumbrarás con el tiempo.

Aiden lo observó en silencio.

—Comprendo que esto debe ser aterrador para ti —comenzó Tobías, pero Aiden lo interrumpió.

—No es aterrador, es que...solo hay uno.

Tobías sonrió y sacudió la cabeza.

—No dejas de sorprenderme, mi amor.

«Mi amor», Aiden sintió que le temblaban las rodillas. Pero era verdad, era su amor, y Tobías era el suyo para toda la eternidad.

—Solo tengo un ataúd ahora —explicó Tobías—, pero prometo conseguir uno para ti solo prontito.

—¡Ni te atrevas !—Aiden se adelantó y lo besó con fuerza, jalándole las solapas del abrigo. Tobías le respondió el beso acariciando su lengua con la suya. —Duerme conmigo.

—Es un poco estrecho. —El aliento cálido y dulce de Tobías le acarició el labio inferior.

—Mejor.

Aiden lo besó de nuevo, una ola de calor atravesándolos a los dos con suaves azotes. No podía creer esta nueva felicidad, esta euforia de besar a Tobías con sus sentidos agudizados por la inmortalidad.

—Vamos —susurró Tobías, jadeante—, es tarde. O temprano, mejor dicho.

Aiden le devolvió la sonrisa. Se quitaron los abrigos, los pantalones y los zapatos. Él se acostó primero sobre el mullido terciopelo del interior. Era más cómodo y suave de lo que esperaba. Admiró el torso pálido y esculpido de Tobías mientras se desvestía frente a sus ojos. Luego Tobias se acurrucó junto a él dentro del estrecho ataúd y lo abrazó con fuerza. Aiden se perdió en ese abrazo. Tobías lo soltó apenas un segundo para cerrar la tapa, y luego lo abrazó todavía más fuerte.

En la oscuridad del ataúd, Aiden se encontró envuelto por la piel y el aroma a jengibre de Tobías.

—¿Sabes? Me costó decidir entre la Maestría en Folklore o Historia del Arte. Elegí Folklore, pero siempre me lamenté de ser muy viejo para comenzar una segunda carrera ¡Ahora puedo hacerlo! ¡Y idiomas! Ahora tengo todo el tiempo del mundo para aprender... También podría hacer otra Maestría en artes audiovisuales, y como se expresa el mito del vampiro en el cine de terror...

—Qué ñoño eres, vas a pasar la eternidad estudiando. —Tobías lo besó, Aiden no se cansaba de sus besos—. Duérmete.

—¡Y viajar! ¿Me llevarás a Bucarest, a conocer a mis suegros? Eso sí es aterrador.

—Pues claro. Y después a Italia, Mallorca, y Dubai...El mundo es nuestro.

—¿No hay mucho sol en Dubai?

—Duérmete —lo regañó Tobías con cariño, y le besó la mejilla—. Mañana comienza nuestra nueva vida juntos, mi amor.

Aiden sonrió en la oscuridad y cerró los ojos, sus sentidos agudizados aún percibiendo el

mundo a su alrededor, aunque la quietud del lugar lo envolvía como una manta. Estaba a punto de iniciar su primer sueño como vampiro, y aunque el concepto le parecía extraño, algo en su interior se acomodaba. Este era su destino ahora. Estaba listo para enfrentarlo, junto a Tobías, su amor, para siempre.

FIN

¡Hola! Espero que hayas disfrutado la historia de Tobías y Aiden.

¿Sabías que tengo más de **cincuenta libros** publicados con temática **romántica/erótica gay**? Puedes encontrarlos en Amazon, y si tienes KU Select puedes leerlos todos gratis.

Romance con estrellas de rock:

La Música y la Furia
La canción de Liam

Romance con BDSM:

Dominado por mi mejor amigo
Sumiso por mi jefe-trilogía completa
Amo y Sirviente
Mi irresistible compañero
Sumiso de dos amos
Mi chico sumiso
Sí, Amo
Lecciones de placer
Prisionero del vikingo
Enamorado de mi jefe
La venganza del jefe
Mi hermoso modelo-trilogía completa
Tomado por el enemigo
El Amante del jefe
Castigo para el Príncipe

Romance paranormal:

Jugando con el demonio-trilogía completa
Mi amo y señor Vampiro
El caballero y el dragón

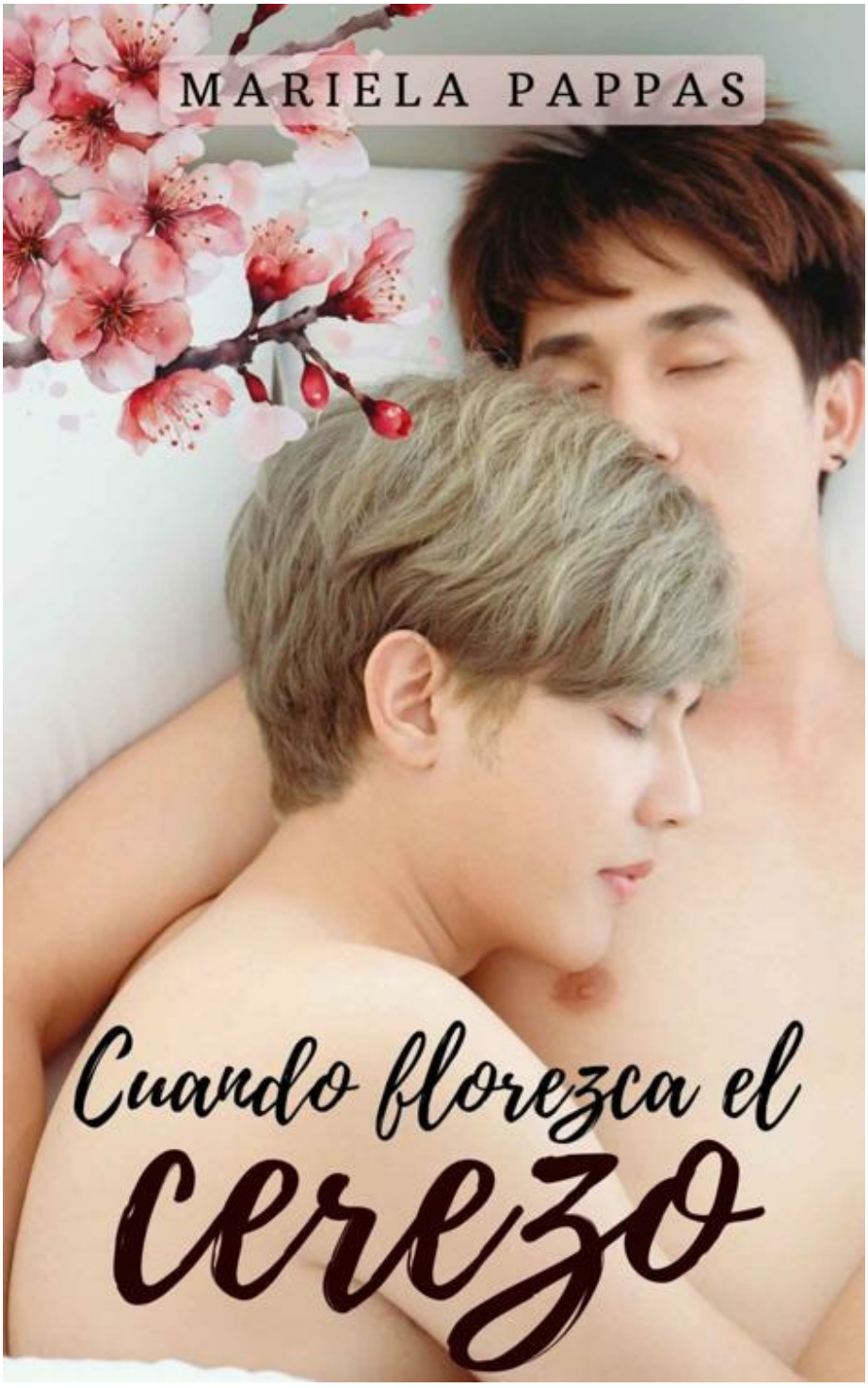
Príncipes azules

Romance erótico contemporáneo-comedias románticas:

Mi primer amor gay ¡a los cincuenta!
El Video prohibido
Cam Boy: Mi sexy vecino
Mi ardiente jefe
Un tipo duro
¿Activo o pasivo?
Estudio de Anatomía
Cita con el millonario. Mi Sugar Daddy
Seducido por el escritor
Mi sexy profesor

Puedes verlos todos aquí, y seguirme en mi perfil de Amazon para enterarte de los futuros lanzamientos.

Cuando florezca el cerezo-Mariela Pappas



«Mi alma está atada a la tuya. Te espero donde cantan los ruiseñores. Cuando florezca el cerezo, finalmente estaremos juntos»

Kenji Iwamoto, el escritor de terror más exitoso (y gruñón) de Japón, vive recluido en su hogar debido a su agorafobia. Su tranquila y solitaria existencia, rodeada de libros, plantas y películas de terror, da un vuelco cuando su agente le encarga escribir una novela romántica. A sus veintiocho años, Kenji nunca ha tenido una experiencia amorosa y ni siquiera ha salido del clóset.

Una noche, todo cambia al conocer a Hirokata, un enigmático admirador secreto de ojos oscuros y aura melancólica, que lo hace sentir a salvo, como nadie nunca antes lo ha hecho. Para ayudarlo a superar su bloqueo creativo, Hirokata le narra la leyenda de Aritoki y Gennosuke, dos samuráis cuyo apasionado romance desafió los límites de la vida y la muerte.

A medida que Hirokata ayuda a Kenji en su nueva novela, la atracción entre ellos se transforma en un amor incontrolable. Pero, ¿es posible que la leyenda de los dos samuráis esté más entrelazada con sus vidas de lo que Kenji imagina?

Cuando florezca el cerezo es una novela autoconclusiva de romance gay, una historia de

almas gemelas destinadas a encontrarse, con elementos fantásticos y escenas spicy, que combina una trama histórica con una contemporánea.

Encuéntrala aquí